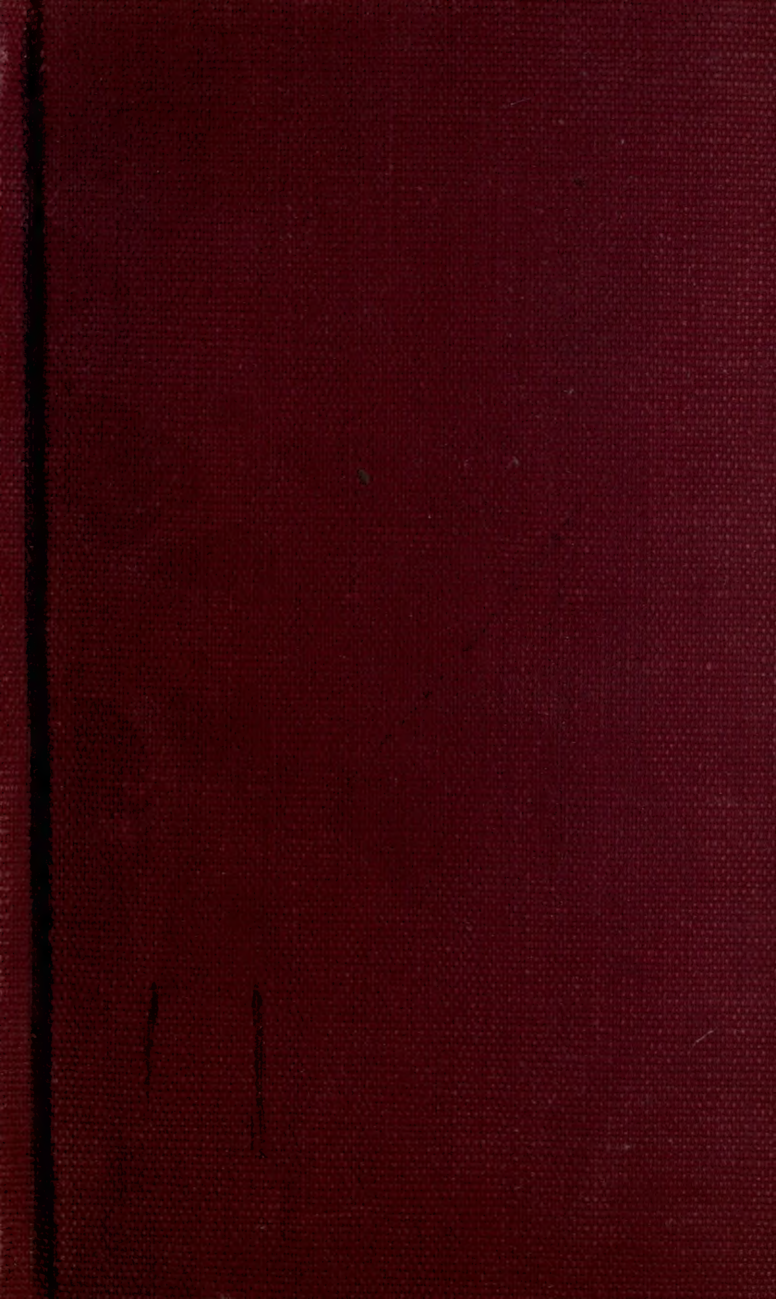


COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XVI

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN PRIMERO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900



ADVERTENCIA PRELIMINAR

Reimprímese ahora la añeja obra *Ruiz Montoya en Indias*, tanto por ser libro rarísimo, como por su importancia literaria, histórica y geográfica.

Seguramente que entre las VIDAS de los misioneros que en Indias evangelizaron, no se halla otra que encierre tanto interés como la del famoso peruano Antonio Ruiz de Montoya. Fué este hombre célebre un propagador del Evangelio y la civilización, tan activo, tan constante, tan sufrido y dotado de tales energías, que en absoluto se puede

decir que no le aventajó ningún otro en sus santas misiones y tareas humanitarias.

No solo fué apóstol del Paraguay, sino que en sus empresas trabajó por igual para sembrar las semillas del bien en casi todos los países que hoy constituyen la América del Sur, como podrán ver los curiosos que con alguna atención lean la nueva edición que de su VIDA publicamos ahora.

Comenzó sus afanes bienhechores hacia 1608 y duraron sus cuidados para con los indígenas, á quien siempre consideró como hermanos, que en distintas regiones vivian en la América meridional, hasta su muerte, ocurrida en 1652; no cesó un solo día en dedicar sus fuerzas físicas y sus pensamientos á los que, habiendo nacido en el mismo suelo en que él vió la primera luz, no habían conseguido que les alcanzasen, como á él, las luces civilizadoras.

Huelga aquí la bibliografía de las obras que escribió el autor de la *Conquista del Paraguay* y *Arte y tesoro de la lengua Guaraní*, porque plumas mas doctas se han ocupado en ello y de reimprimirlas.

Del Dr. Francisco Jarque, que tan minuciosamente nos relata lo heróico de sus hazañas, los sucesos de su vida, y que fué su amigo y compañero, nos dice su paisano el Dr. D. Francisco Lorente:

«...el Dean D. Francisco Xarque debe contarse en el número de los Padres Jesuítas, porque, aunque salió de la Compañía, fué, como escribe su hermano (1), para quedarse siempre dentro de ella, como lo testificaron los amorosos oficios con que la correspondía, y el tenor de religiosa vida que guardaba; no falta quien asegura que dejó la sotana para poder mejor defenderla de diferentes calumnias, con que intentó infamarla un prelado de las Indias; pero lo más cierto es

(1) Refiérese Lorente al P. Juan Antonio Jarque, humanista y orador notable que imprimió diversas obras desde 1626 á 1662. Latasa le hace autor de unas *Vidas* de los PP. Ruiz de Montoya y Cataldino, insignes jesuítas. Zaragoza, por Miguel de Luna, 1662, en 4.º.

Cuantas diligencias hemos empleado para hallar este libro, han sido infructuosas hasta hoy.

que llegó muy maltratado á la América, á donde lo condujo el celo de la conversión de las almas y que quebrantándose nuevamente la salud con los aires y alimentos de aquella tierra, y con los estudios y cargas de la vida religiosa, quedó enteramente imposibilitado en dictamen de los médicos á emprender tan trabajoso ejercicio, y diciéndole que eran incurables sus accidentes si no volvía á los aires naturales; por esta razón y por librar á los pobres colegios de tan contínua molestia, se vió obligado á dejar la ropa prohibiendo con justas causas la Compañía que vuelvan á Europa con ella los que una vez pasaron á las Indias; vino á la corte de España con una comisión no pretendida y muy honrosa, concerniente á la seguridad de una provincia, y en atención á sus grandes méritos y servicios le hizo la gracia S. M. del decanato de la catedral de Santa María de Albarracín; en esta dignidad se mantuvo todo el resto de su vida, retirándose al fin á su amada patria Orihuela, en donde, y en otros lugares, que contribuían á su prebenda, distribuía toda su renta de li-

mosna, no olvidándose del debido culto á su patrona, á quien consagró diferentes y ricas presentallas, y entre otras una lámpara de plata que hoy alumbre en su capilla. Fué D. Francisco de elevado talento, profundo teólogo, y versado también en ambos derechos.»

Añade Lorente que fué orador elocuentísimo y en sus sermones campean grandemente las luces de su sabiduría (*Historia de María Santísima del Tremedal*. Zaragoza, Joseph Fort, 1744; folios 11 y 12.)

Latasa, en la *Biblioteca de los escritores aragoneses*, al folio 54, tomo I, de la reimpresión hecha en Zaragoza en 1885, dice lo siguiente:

«JARQUE (D. Francisco).—Nació en Orihuela de Albarracín el año 1609. Fué hermano del P. Jesuíta Juan Antonio Jarque, el cual en el tomo cinco del *Orador cristiano*, pág. 39, col. 2, dice, que entró en la misma religión en Zaragoza el año 1624 Que en 1627 viajó al Paraguay con destino á sus reducciones, y que finalmente, hallándose con una enfermedad de peligrosas conse-

cuencias, dejó la ropa de Jesuíta. En este tiempo mereció la protección del Ilmo. Señor D. Francisco de Borja, Arzobispo de Charcas, quien viéndole muy restablecido y siempre de una vida piadosa y empleada en el estudio, le confirió la rica Rectoría de la villa imperial del Potosí, el cargo de su Juez metropolitano, y últimamente el de su comisario en España, donde en su corte desempeñó sus encargos. Fué presentado en la Abadía de San Juan de la Peña, y no tuvo efecto esta presentación. Suplicó se le diese acomodo en Chile, cuyo clima le era favorable, y en este tiempo, como se vé por un *Memorial* (1) suyo, se opuso á la Canongía Penitenciaria de la catedral de Albarracín, que obtuvo, y después su Deanado y Vicariato general, juntamente con todos los oficios de una sólida piedad y caridad. Costeó en dicha iglesia el retablo de San Ignacio de Loyola, é hizo otras memorias de un eclesiástico próvido y discreto.

---

(1) Nuestras pesquisas para hallar este Memorial han sido estériles.

Murió el 6 de Julio de 1691, y fué sepultado con sus mayores en Orihuela.

Escribió:

1.° *Sacra consolatoria* del tiempo de las guerras y otras calamidades públicas de la casa de Austria y Católica monarquía. Valencia, por Bernardo Nogués, 1642, en 8.°. Dedicó este escrito á D. Fernando de Borja, Virey de Aragón.

2.° *Obelisco de piedad.* Exequias del Ilmo. Sr. D. Martín de Funes, dignísimo Obispo de Albarracín. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1654, en 4.°.

3.° *Declamación* panegírica ó acción de gracias en el nacimiento del Sr. Infante Don Felipe. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1658, en 4.°.

4.° *Vida prodigiosa* del V. P. Jesuíta Antonio Ruiz de Montoya. A S. M. Católica. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1662, en 4.°.

5.° *Oración fúnebre* predicada en la santa iglesia de Albarracín en las honras de su digno Obispo el Ilmo. Sr. D. Jerónimo Salas Malo de Esplugas. Zaragoza, por Juan de

Ibár, 1664. Se imprimió en la misma en 1766.

6.° *Vida* del V. P. Jesuíta Josef Cataldino, misionero apostólico en la América. Zaragoza, por Juan de Ibár, 1664, en 4.°.

7.° *Insignes* misioneros Jesuítas de la provincia de Paraguay, y estado del Río de la Plata. Pamplona, por Juan Micón, 1687, en 4.°.

Hay en esta obra trabajos de su referido hermano el P. Jarque.»

Los insignes misioneros... se dividen en tres libros. El primero contiene la vida del P. Simón Maceta. El segundo, que termina en el folio 283, contiene la vida y empleos del P. Francisco Díaz Taño, y en el tercero, se describe el «Estado que al presente gozan las misiones de la Compañía de Jesús en las provincias del Paraguay, Tucumán y Río de la Plata.»

Este importante y raro libro se compone de 424 folios de texto á dos columas y 4 hojas más de tabla, 425-432.

Solo se conocen de esta obra tres ó cuatro ejemplares.

El título completo del libro que hoy se da nuevamente á la prensa, es:

«Vida prodigiosa, en lo vario de los sucesos, exemplar en lo heroico de religiosas virtudes, admirable en los fauores del Cielo, gloriosa en lo Apostolico de sus empleos. Del Venerable Padre Antonio Rviz de Montoya, Religioso profeso, Hijo del Ilustrísimo Patriarca San Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesvs. Escrivela, y la presenta á los reales pies de Su Magestad, su mas humilde, y leal vafallo el doctor Don Francisco Xarque, Dean de la Santa Iglesia Catedral de Santa María de Albarracin, Visitador y Vicario General de su obispado, Comisario del Santo Oficio, y Cura Retor que fué en el Perú, de la Imperial villa del Potofi Con licencia. En Zaragoza, por Miguel de Luna. Imprefor de la ciudad y del Hospital Real y General de N. S. de Gracia. Año 1662.»

En 4.°, 8 hojas preliminares sin numerar, 630 págs. y cinco hojas de índice de lo que se contiene en los libros y capítulos de esta historia.

Se ha reimpreso íntegra con la más escrupulosa fidelidad, y hemos sintetizado el título para hacerlo más comprensible y que quede según el gusto de hoy.

*
* *

A Ruiz Montoya en Indias se ha añadido para completar el volumen cuarto la Relación del Martirio de los PP. González de Santa Cruz, Rodríguez y Castillo, escrita por el P. J. B. Ferrufino, que constituyen en el expresado volumen los folios 259 á 308.

Consta de dos hojas preliminares sin numerar y 28 de texto, signaturas A-H, de á 4 hojas, excepto la última que solo tiene 2.

Mereció esta relación ser traducida al francés y publicada en el libro *Histoire de ce qvi s'est passé au royaume du Japon, les annes* 1625, 1626 *et* 1627. París, Seb. Cramoisy, 1633. En 4.°.

En aquel libro lleva el título siguiente:

«Relation de la glorieuse mort des PP.

Roch Gonzales, Alphonse Rodriguez et Jean de Castillio, de la Compagnie de Jesus, occis pour la saincte foy, par les Indiens de la province d'Uruay, appartenant au Paraguay, en l'annee 1628.»

Ocupa en la mencionada obra los folios 474-485.

También se trató del martirio de estos Padres en el siguiente libro:

De arte voluntatis libri sex..... Accedit ad calcen historia panegyrica de tribus martyribus eiusdem societatis Jesu, in Urugaî pro fide occisis, apud P. Eusebio Nieremberg. Lugduni, J. Cardon. 1631. En 4.°

La relación del *Martirio* de los PP. Roque González de Santa Cruz, Alonso Rodríguez y Juan del Castillo ocupa 45 páginas.

***

PAÍSES Y CIUDADES NOMBRADOS EN ESTA OBRA

Acaray.—Arequipa. — Asunción (Ciudad de la).

Brasil (Reino del).—Buenos Aires (Ciudad de).

Cabelludos (Nación de los).—Callao.—Candelaria (Reducción de la).—Cartagena.—Ciudad Real de Guayrá.—Concepción (Reducción de la Purísima). — Copacavana (Nuestra Señora de).—Córdoba (Ciudad de).—Cuzco (provincia del).

Chaco (provincia de).—Chile (Reino de).—Chiquís (Nación de los).—Chuquisaca.

Encarnación (Nuestra Señora de la).—Espíritu Santo (Villa del).

Geneiro (Río).—Grande (Río).—Guamanga.—Guañañas (Nación de los).—Guaray.—Guayrá.—Guarayrú.

Ibitiruna.—Ibiangui.—Ibiticoy.—Ibitirembeta.—Iñeai (Río).—Itacurú.—Itupé.—Itatines (Nación de los).—Iujuí (Ciudad de).

Jesús María (Reducción de).

Lima (capital del Perú).—Loreto (Nuestra Señora de).

Maracayú. — Marañón (Río). — México (Ciudad de).

Nuatingui de la Encarnación. — Nueva España (Reino de).—Nueva Xerez.

Panamá.—Paraguay (provincia del).—Paraná.—Parará.—Paranapane.—Patos (puerto de).—Peabiyú.—Perú (Reino del).—Piquiri (Nuestra Señora de).—Pirapo de Nuestra

Señora de Loreto.—Plata (Río de la).—Potosí (Villa del).—Puertobelo

Querembetay.

Salta (Ciudad de).—Salto de Arayní.—Salto del Guayrá.—Salto del Paraná.—San Antonio (Reducción de). — San Francisco Xavier (Reducción de).—San Ignacio (Reducción de).—San Josef (Reducción de).—San Miguel (Reducción de). — San Pablo (Ciudad de).—San Pedro (Reducción de).—San Vicente (Ciudad de).—Santa Cruz de la Sierra.—Santa Fe (Ciudad de).—Santiago del Estero (Villa de).—Santo Tomé (Reducción de).—Siete Corrientes (Ciudad de).

Tape (Reducción de).—Tayaoba (provincia de).—Tayatí (Reducción del).—Tibiquari (Río).—Tivaxiva.—Tucuman (provincia de).—Tucutí (provincia del).

Ubay (Rio). — Uruay (provincia del).—Uyahy (Río).

Vibay (Río). — Villa Rica del Espíritu Santo.

Xuxui (Río).

Yabebiri (Río).—Yagatimi (Río).--Ypaumbuzú.

***

PERSONAS CITADAS

Abiyurá (Capitán Manuel). — Aguado (Francisco).—Alfaro (D. Francisco de). — Alegambe (Felipe).—Alvarez (Pedro).—Alvarez (Simón).—Alvarez de la Paz (Diego). Añasco (D. Antonio de).—Aquaviva (Claudio).— Aranda (D. Rodrigo de).— Arenas (Cristobal de).—Aripú (Josef).—Arriaga (Josef de).—Arnot (Luis).—Aresti (Fr. Cristobal de).—Atiobi (Martín).—Avila (Pedro Esteban de).

Badía (Vicente). -Baseo (Juan).—Benavides (Pablo de).

Cabral de Alpoin (Manuel).—Campo y Medina (Juan).—Cañete (Marqués de).—Carranza (Fr. Pedro).—Carnero (Francisco).—Cataldino (Joseph).—Cebrian (Juan).—Céspedes Xeria (D. Luis).—Comental (Pedro). Contreras (Agustín de).—Contreras (Francisco).—Contreras y Sotomayor (Pedro de). Chinchón (Conde de).

Díaz Taño (Francisco).—Domenec (Josef). Durán Mastrillo (Nicolás).—Duarte (Baltasar).

Espinosa (Pedro de).—Espinosa (Agustín de).

Ferrer (Diego).

Godoy (D. Francisco de).—Góngora (don Diego de).—González de Santa Cruz (Roque).

Henarcio (Nicolás).—Hornos (Juan de).

Jarque (Juan Antonio).

Lima (Salvador de).—López (Gregorio).

Macera (Marqués de)—Maceta (Simón). Maldonado (Fr. Melchor). — Manquiano (Juan Antonio).—Mansilla (Justo).—Marín de Funes (D. Pedro).—Marín (Juan).—Marín (Marcos).—Martínez (Ignacio).—Melgar (Cristobal de).—Monte-Rey (Conde de).—Mendoza (Cristobal de).—Mouro (Manuel).

Nieremberg (Juan Eusebio).

Ocaña y Alarcón (D. Gabriel). — Oñate (Pedro de).

Portel (Cristobal).—Pastor (Silverio).

Raposo (Capitán Antonio).—Ruiz de Contreras (D. Fernando).

Solorzano y Pereira (D. Juan).—Salazar (Diego de).

Trejo (D. Fernando de).—Tello (Bernardino).

Urraco (Fr. Pedro de).

Vázquez Truxillo (Francisco). — Vicudo (Capitán).—Villar (Conde del).—Vitalesqui (Mucio).— Xavier (Martín).— Xulve (Gregorio).

***

Aun cuando solo fuese por la purisima prosa castellana, culto lenguaje y basto conocimiento del idioma español, que emplea Jarque, y cuya galanura y alarde no cede al empleado por los ingenios de su época, aun cuando solo fuese por esto, repetimos, puede darse por bien empleado el tiempo y recursos que se han gastado en hacer esta nueva edición de Ruiz Montoya en Indias.

Madrid 16 de Mayo de 1900.

P. VINDEL





AL REY NUESTRO SEÑOR

Dico ego opera mea Regi Catholico regum Opt. Max.

—

SEÑOR:

A quien experimentó en beneficio suyo tan liberal y piadosa la mano de V. M., piense le dió para prometerse propicios los reales pies. Con más confianza llego respetuoso á besarlos agora que otras veces. La primera que sin merecerla se vieron en esta honra mis humildes labios, fué el año 1640, recien venido del Perú, con despachos del servicio de V. M., por el cual arriesgué gustoso por mar y tierra la vida y vencedor de borrascas y corsarios, cuando esperé surgir en salvamento, dí en un oculto escollo y padecí en el puerto naufragio, en que se per-

dió hacienda y libertad, despojado y preso en Lisboa por orden del duque de Berganza. La hacienda fuese á pique, la libertad se rescató con singular providencia del cielo. Con la misma salvé mis despachos y los presenté en audiencia privada á V. M., quedándose de mis leales afectos por bien servido, lo fué de mandar se me hiciesen las pruebas de inquisidor, como se hicieron en la inquisición de Valencia, con ánimo de premiar aquellos con alguna plaza del Santo Tribunal. Asímismo ordenó V. M. por su Real Decreto al Supremo de Aragón, me consultase en las vacantes deste reino, y vacando el abadiado de San Juan de la Peña me hizo merced dél V. M. en las Cortes de Zaragoza, aunque no tuve suerte de lograrla por justos respetos. Finalmente, coronando unas mercedes grandes con otras mayores, y hallándome canónigo penitenciario en la santa iglesia de Albarracín, me honró V. M. con su decanato, que hoy poseo, sirviendo el oficio de Vicario general y Visitador deste Obispado. Más era lo que dejé en el rico curato del Potosí, y lo dejé gus-

toso por servir á V. M. Menos es lo que tengo y lo estimo más, por ser premio de lealtad, y de la mano de tan soberano señor. Sobrada cumbre para la pequeñez de mis méritos y caudal menguado, bien que no mucha para la generosidad y grandeza de monarca tan poderoso. *Nihil tam Regium est, quam fecisse felicem, & eo usque præstare, quo se erectus stupeat attigise*, dijo Casiodoro. No hay acción tan de Rey, como beatificar á un pobre y leal vasallo y levantarlo á tal cima de honor que pasme de verse en ella. Obra V. M. como la divina, que de tal suerte cuida de los grandes, que no olvida los pequeñuelos. *Quoniam æqualiter est illi cura de omnibus*. Alguno podrá darme el parabién, ó envidiarme la dicha, con que la beneficencia de V. M. no solamente venció mis esperanzas, sino también la modesta ambición de mis deseos. *Extendisti super spes meas munera tua, & quod est magnum, atque rarissimum. Tua dona mea vota vicerunt.*

Por donde esta mi dedicatoria no es ya, señor, memorial de pretendiente, sino pro-

testación de vasallo agradecido. Mi desgracia es que aún no puedo mostrar mi gratitud sin mezcla de piadoso atrevimiento. Por tal tengo honrar con el real y venerable nombre de V. M. los rasgos de una mal cortada pluma. Pero siempre temí más la villanía de ingrato que la nota de atrevido. Y cuando mi historia, por lo que tiene de mía, no merezca tan alta y tan gloriosa protección, no la desmerece el sujeto de ella, vasallo fidelísimo de V. M., soldado valiente de la Compañía de Jesús, de cuyas proezas yo fuí testigo de vista, y puedo afirmar que con su predicación Evangélica pobló el cielo de millares de almas, y con sola una cruz de palo por espada le conquistó á V. M, más indómitas naciones que los españoles en muchos años con el poder de sus armas.

Este fué el santísimo Padre Antonio Ruiz de Montoya, nuevo Javier del Occidente, ínclito apóstol del Paraguay, lustre de su solar andaluz, gloria de su patria la famosa Lima, en cuyas hazañosas conquistas diré, nada lisonjero, que tuvo V. M. no menos

parte que el mismo que las acometió intrépido, y venturoso las acabó.

Pues nada hizo en la conversión de tantas gentes infieles, ni pudiera hacer sin la asistencia y favor de V. M. por medio de varias cédulas reales, pregoneras todas del celo digno de tan católico monarca, que mandó concederle en beneficio, inmunidad y defensa de los recién convertidos y sin los socorros perpétuos de las reales rentas con que á costa de V. M. viven los apostólicos misioneros y visten la desnudez y matan la hambre á aquellos bárbaros, cuyo usual alimento solía ser la humana carne y los reducen á pueblos y leyes de vida política y cristiana, nada de lo cual pudieran conseguir si V. M. no les acudiera tan dadivoso y tan pío con tan copiosas limosnas. Título honorífico de apóstol de la Gran Bretaña concede la Iglesia á San Gregorio, que el renombre de Pontífice esmaltó con el mismo nombre de Magno, con que Felipe IV el de Rey, solamente porque envió cinco ó seis predicadores á Inglaterra.

Pocos son los años que V. M. no envie á

expensas suyas de sola la Compañía más de ciento. Diga agora el doctor santísimo lo que siente del mérito relevante de príncipes que tal hacen. *Proprium fructum ulmus non habet, tamen portare fructum cum vite solet.* Estéril parece el olmo frondoso de sazonados racimos, y halló ardid admirable para competir con la vid por fecundo; porque dándole grato arrimo en su sólido tronco y sustentando sus vástagos en sus firmes ramas, viene á coronarse de suerte con la riqueza de sus frutos, que se equivoca la vista más de lince y llega á dudar si son del olmo ó no, sino de la parra; pues no menos sirven á la gala de aquel que al atavío de esta.

Plantas hay en el Parque ó Aranjuez que sobresalen entre las demás, lo que V. M. en grandeza de dilatado imperio, sobre todos los príncipes del mundo. Pedirles á estos que prediquen el Evangelio y que conviertan á la fe naciones de paganos, es pedir al olmo peras, y pretender que se arracime como de partos propios de sabrosas uvas. Pues árboles hay de tan milagrosa estirpe,

que si no las producen por naturaleza, las llevan por gracia, como el augustísimo Emperador Ferdinando el segundo, á quien meritísimamente apellidaron apóstol de Alemania, porque sin subir jamás al púlpito ni salir á misión, dicen sus coronistas que redujo á la católica fe doce millones de herejes.

Muchos más son los de solos gentiles en cuarenta años de su reinado, que ojalá los duplique el cielo, que ha reducido en ambos orbes V. M. sustentando á los ministros Evangélicos, con tan pródiga y prodigiosa liberalidad que con solo lo que gasta de su real patrimonio en esta obra de tan insigne piedad, tan del servicio de Dios, y dilatación de su Iglesia, es cosa averiguada y fácil de probar, que se pudieran sustentar una armada poderosa por mar y otra por tierra. De donde bien se concluye que cuantos gentiles á devoción de V. M. se convierten en todas las cuatro partes del mundo, tantos preciosos diamantes engasta en su real corona.

No podrá V. M. no mirar con ojos llenos

de cariño y favor á un venerable P. Antonio Ruiz Montoya que tanto engastó. *In multitudine Populi dignitas Regis*. Ya nadie extrañará que en el sereno cielo del ánimo benignísimo de un rey tan todo de la clemencia se forjen rayos de justísima indignación y que tantas cédulas reales se fulminen contra los impíos y desleales Mamalucos del Brasil, que invadiendo y saqueando las nuevas reducciones que dieron á Cristo y á V. M. la obediencia, tiran á eclipsar el esplendor más sacro, á obscurecer el más precioso lucimiento de dicha imperial corona.

En el año de 1640, en que comenzaron á conjurar los vientos y enfurecerse las ondas contra la nave del austriaco y católico imperio, dí á la estampa una *Consolatoria* del tiempo, y sin ser profeta pronostiqué que todas aquellas tempestades habían de hacer con aquella lo que las aguas del diluvio con el arca. *Multiplicatæ sunt aquæ, & elevaverunt Arcam in sublime á terra*; que habían de servir á su mayor exaltactón y parar en la bonanza de la paz, que por la misericor-

día de Dios hoy goza y en otra mayor que se espera.

Sirvió á mi pronóstico de fiador seguro la nunca dignamente ensalzada piedad de Rey tan Católico, tan celoso y constante defensor de la Iglesia de Cristo, y nunca me pude persuadir, que todo el poder del mundo y del infierno hubiese de prevalecer contra una Monarquía, que habiéndola fundado Dios para principal baluarte de su Fé, es fuerza corra su defensa por su cuenta y por la de su gran tutelar la Sacratísima Virgen, á quien casi á un mismo tiempo nombró el Emperador generalísima de sus armas, y V. M. Patrona y protectora de todos sus reinos.

Testigo doméstico y fidedigno me aseguró haber visto aquella mi *Consolatoria* en manos de V. M. y que en la fuga de aquellos disturbios, sirvió de algún alivio al real corazón, que fué la honra mayor, á que pudo su autor aspirar.

No espera menos esta mi historia, por el consuelo que podrá causar á V. M. el ver cuán bien se emplea lo que de la Real Ha-

cienda se aplica, para conducir de Europa y sustentar en las Indias obreros tan apostólicos como el P. Antonio Ruiz de Montoya. El cual, si en la tierra se mostró tan celoso de la dilatación de la Monarquía, cierto es, que con más ahinco la solicitará en el cielo, y que con su poderosa intercesión alcanzará de Dios á V. M. y á la Reina nuestra señora largos y felices años de vida, para que entre tantos infantes, como tuvo hijos el patriarca Jacob, vean coronado Rey al serenísimo príncipe D. Carlos nuestro señor como todos los vasallos deseamos y la cristiandad ha menester.

Albarracín á 12 de Diciembre de 1661.

Señor:

Besa los reales pies de V. M., su más humilde y leal vasallo,

El Dr. Francisco Jarque

Dean de Santa María de Albarracín.



CENSURA

DEL PADRE JUAN ANTONIO JARQUE

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.

—

Por comisión del muy ilustre señor don Jerónimo Sala, canónigo de la santa iglesia metropolitana de Zaragoza y vicario general por el excelentísimo señor D. Fr. Juan Cebrian, arzobispo de Zaragoza y del Consejo de Estado de S. M., he leído con gran consuelo mío esta *Vida del venerable padre y apostólico varón Antonio Ruiz de Montoya*, donde hallo mucho que admirar en tantos y tan gloriosos trabajos como padeció en la conversión de los indios, y mucho que imitar en sus excelentes virtudes, que escribe con grande acierto y muy castizo estilo el Dr. D. Francisco Jarque, mi her-

mano, dean y vicario general de SantaMaría de Albarracín, que por muchos años lo trató familiarmente, y puede ser buen testigo de su heróica santidad y claros ejemplos.

El ser el escritor hermano, me excusa el elogiarlo, que me embarazara mucho el temor, no hiciese sospechosa la alabanza el fraterno amor, por aquella regla general que quien feo lo ama, hermoso le parece.

No puede dejar de estimarse el trabajo y desvelo en escribir esta vida, pues entre tanta asistencia á su iglesia y tantas ocupaciones de su oficio en poco más de dos meses la ha escrito y toda de su mano. ¿Pero qué maravilla, si él mismo me escribe en una carta que siendo molestado de gravísimas jaquecas, en tomando la pluma para escribir luego se congratulaba libre de sus dolores, atribuyéndolo á la intercesión del venerable Padre Antonio Ruiz?

Si este beneficio experimentó, cierto que hizo mal en darse tanta prisa en acabarla. Si ya no espera en premio de su piedad el total remedio y cura de su achaque por la

misma intercesión. Muchas cosas hay en esta apostólica vida en favor de las buenas costumbres y religiosa perfección; ninguna que haga oposición á la sana y católica doctrina. Por donde juzgo será de mucha gloria de Dios, honor de mi madre la Compañía y edificación de los fieles, que llegue por la estampa á noticia de todos.

Zaragoza, Noviembre, á 15, 1661.

Juan Antonio Jarque
de la Compañía de Jesús.

IMPRIMATUR

V. Sala. Vic. Gen.





APROBACIÓN DEL MISMO

—

De orden y comisión del muy ilustre señor D. Gregorio Xulve, del Consejo de Su Magestad y su regente del Reino de Aragón, he revisto con gran consuelo mío esta *Vida del apostólico varón el venerable Padre Francisco Ruiz de Montoya*, verdaderamente segundo Xavier del Paraguay, y nuevo Job en lo invencible de su paciencia, en los inmensos trabajos que padeció con admirable tesón en la conversión de los indios, escrita por el Dr. D. Francisco Xarque, mi hermano, dean y vicario general de la santa iglesia de Albarracín, que lo trató muchos años familiarmente, y sobre lo que admiró en él de encumbrada perfección y heróicas virtu-

des, tuvo ciertas noticias en los informes que se hicieron por la Compañía y se le remitieron auténticos.

Dije ya que el ser el coronista hermano, me escusa el elogiar el acierto y cordura con que escribe en estilo tan grave y tan ajustado á la materia y al sujeto.

Grandes ejemplos hay en esta historia para la imitación de todos estados y mucho hallarán que aprender con el magisterio deste misionero grande, los que emplean sus vidas en tan gloriosos ministerios.

No ha sido estudio ni diligencia, sino acaso que los dos muy ilustres tribunales, sin saber el uno del otro, hayan conspirado en cometer y fiar de un hermano la censura.

Alguno lo tendrá por buena suerte del escritor, pues siempre es el juicio más favorable cuando lleva por conjúdice el afecto.

Yo digo que ha sido desgracia suya, pues aunque la revista corriera por el censor más extraño y criminal, no podría negarle muy honorífica la aprobación. Pues con el caudal que el Señor le dió en todo género de buenas letras, se ha desempeñado el Dean con la fe-

licidad con que acostumbra en todo lo que emprende.

Este es mi sentir; si alguno juzgare que lleva mezcla de pasión, podrá perdonarlo al amor de hermano.

Lo cierto es que tiene mucho concerniente á fomentar la piedad y buenas costumbres y nada que se oponga á la católica enseñanza.

Zaragoza, Noviembre, 15 de 1661.

Juan Antonio Jarque
de la Compañía de Jesús.

IMPRIMATUR
V. Xulve Reg.





INTRODUCCION

Y ADVERTENCIAS Á ESTA HISTORIA y protestación del autor.

Con razón le pareció al Rey David que aunque Dios, por omnipotente y sabio en lo que hace, por el acierto en disponerlo y facilidad en ejecutarlo, es siempre digno de toda admiración y alabanza; pero singularmente y por excelencia admirable en sus santos, mucho más que en todas las demás obras de sus manos divinas, Psal. 67, *Mirabilis Deus in sanctis suis*. Eso no solamente porque á ellos los hizo santos con los auxilios de su gracia y por los extraordinarios caminos por donde los condujo á la santidad y perfección sino también por haberlos tomado por instrumentos para hacer santos y perfectos á

otros muchos, y de los mismos que en algún tiempo militaron en las banderas del mundo, y del demonio, declarados enemigos de S. M., haber formado y reformado los tercios de su más leal y valerosa milicia para hacer guerra al pecado y al infierno. Que sea el Bautista santo en las entrañas de su madre y que el que santo nace, prosiga en serlo hasta que santo muere, grande milagro y que no poco arguye el poder infinito de Dios. No sé yo si lo concluye con más eficacia un apostol, San Pablo; de grande pecador, grande santo; de vaso de ira, vaso de elección; de carnicero lobo, cordero manso; de perseguidor sangriento, defensor máximo de la fé. Esto es lo que celebra la Iglesia en María Magdalena. *De vase contumeliæ in vas translata gloriæ.*

Mucho puede ostentar el aurífice su destreza y primores del arte en labrar de un pedazo de oro un vaso artificioso, del cual se puede decir: *Materiam superabat opus*, que se estiman más las manos que lo que pesa el rico metal. Pero mucho más diestro y admirable se mostraría si de un pedazo de

sucio barro, de frágil vidrio, de tosco hierro, fundiese un hermoso copón de oro para el aparador y mesa real. Que el que vino se exprime en el lagar de las uvas, vino se conserve y con el tiempo en buena madre se mejore en néctar, no es maravilla; el prodigio sería convertir en generoso vino un fortísimo vinagre. Lo primero hizo Dios en un Bautista, lo segundo en Saulo y Magdalena; donde más admirable cada uno lo juzgue, que yo no quiero resolverlo; conténtome con exclamar de nuevo con David: *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

De suerte que por tres títulos, entre otros muchos, debemos tributo de admiración y alabanza al divino poder, porque hace á los hombres santos, porque forma y transfigura en santos grandes desalmados pecadores, y porque habiendo purificado á éstos en el crisol de la penitencia, de la escoria de sus culpas, se vale dellos para santificar los pueblos, para sacar naciones enteras de las crasas tinieblas de su ignorancia y malicia; para alumbrar con la luz del Evangelio provincias de gentiles que yacían sepultadas en las

sombras de la muerte. Todos estos motivos para admirar la potencia y sabiduría de Dios, y hacernos lengua en alabar su bondad, hallaremos en la vida que escribo del venerable Padre Antonio Ruiz.

Si consideramos la que hizo en el mundo en el abril de sus floridos años en el fervor de aquella edad lozana y briosa, representarásenos un prodigio en desperdicios de tiempo, de hacienda, de salud y aun de los dones de la naturaleza y de la gracia; un Saulo, si no perseguidor de la fé, sí enemigo de la virtud, fautor del desgarro y libertad, estrellero, picado de valiente y asomado á temerario, camarada de gente de la hoja, inquieta, bulliciosa y holgazana, que nunca mira al cielo ni se acuerda que ha de morir.

Si se me desparece secular y se me esconde en el buen retiro de la sagrada religión de la Compañía de Jesús y deseoso de ver en qué paró aquel relámpago de la bizarría, aquel rayo del valor, voy en busca suya, es necesaria mucha atención para no desconocerlo, y con agravio del testimonio fiel que de él me dan los ojos, no acabo de persua-

dirme que sea aquel el que conocí en el siglo. Tan trocado lo admiro de cabeza á pies, que parece otro, ó que Dios lo fundió de nuevo como á Saulo en la vía de Damasco, con el cerco que le puso de celestiales luces. Véolo todo del desengaño, del conocimiento suyo y de Dios, de la piedad y devoción, de la modestia y encogimiento, de la penitencia y rigor; todo careado con el cielo y con sus eternos bienes; todo olvidado de las vanidades del mundo, todo celo de la salvación de las almas y conversión del gentilismo; y en una palabra, respeto en él un traslado de Pablo en Occidente y un nuevo Xavier en Paraguay; y sin poderme contener, vuelvo á exclamar con David: *Mirabilis Deus in sanctis suis.*

En los varios empleos y ministerios santos deste apostólico varón, se hallan rarísimos sucesos, grandes maravillas que obró mediante la intercesión y asistencia de la soberana emperatriz de los cielos, de quien fué cordialísimamente devoto y muy privado y favorecido. A imitación de su reina fueron muchos y no pequeños los favo-

res que le hicieron los espíritus celestiales.

¿Cómo no han de querer bien los de palacio á quien saben que mira con buenos ojos su princesa y señora, siquiera por hacer á su gusto esta grata lisonja? Pero cuando llegue á referirlos, nunca será mi intención darles más apoyo, autoridad y crédito que el que resulte de la humana fé y opinión; bien que fundada ésta en la deposición de abonados testigos *Omnis exceptione maiores.* Antes bien, como hijo obedientísimo que me profeso de la católica Iglesia, todo lo sujeto á su corrección y censura; que quien en los rumbos de su pluma la lleva por Norte, seguro de escollos navega mares, y libre de naufragios, desprecia golfos. Y en todo me ajusto al decreto de nuestro Santísimo Padre y Papa Urbano VIII, de felíz recordación.

Ningún título de los que sobre él de venerable le diere al Padre Antonio Ruiz, tendrá más autoridad que el dárselo yo hasta que la misma Iglesia, como se puede esperar, se la conceda mayor.

Para tener más ciertas noticias de sus glo-

riosas empresas y formar concepto cabal de sus heróicas virtudes, tengo por necesarias algunas previas advertencias, satisfacción á los reparos que podrían los lectores hacer, si no fuesen prevenidos, sobre lo sucedido en aquellas provincias, de nuevo aquistadas á ambas magestades divina y católica, por todo el tiempo que el Padre Ruiz trabajó incansablemente en su conquista y defensa y las ilustró con el resplandor de sus ejemplos, santificó con su fervorosa predicación y estableció y aumentó con sus fatigas y desvelos.

Sea, pues, la primera advertencia que mucho de lo que yo refiero se hallará ya en los Anales del mismo año en que sucedió, ó en otras *Relaciones* impresas, particularmente en el libro de la *Conquista espiritual*, que dió á la estampa el mismo Padre cuya vida escribimos, á quien será fuerza citar en sus lugares, publicando el nombre del autor de obras excelentes que su humildad y modestia calló, en las cuales tuvo tal vez más cuidado con la sustancia de la verdad que con accidentes y circunstancias del cómputo de

los tiempos y confrontación de los lugares en que se ejecutaron.

Así trabajaron los grandes santos en ocultar sus nombres á las noticias de los siglos venideros, para que á solo Dios se diese la gloria de sus hazañas: pero no siempre lo pudieron conseguir, porque la Divina Providencia frustró sus humildes intentos, y por donde pensaron quedar más escondidos los hizo á todo el mundo más manifiestos. Imitó este apostol del Occidente al del Oriente San Francisco Xavier, el cual dice en una de sus epistolas, lib. I, ep. 5: *Equidem hominem, novi cum inipsis periculis omnem in Domino spem & fiduciam habere consuevisset, cœlestibus donis, quæ longum esset precensere mire cumulatum.* Para animar á sus hermanos á que esperasen en Dios y arrojasen alegres el pecho á la corriente de los mayores peligros, dice el ánimo y la confianza con que él atropelló con los suyos, y los regalos y favores que le hizo el cielo en premio de su valor; pero cuéntalo de suerte que siendo él el valeroso y beneficiado de Dios, quiere que se entienda de tercera per-

sona. La segunda advertencia juzgo por muy necesaria para que nadie extrañe cómo siendo el P. Antonio Ruiz tan humilde y despreciador de sí mismo, como adelante constará que fué, pudo publicar, dejándolos escritos de su mano, los grandes favores que recibió del Señor, de su santísima madre y de otros santos de la corte del cielo.

San Agustín decia que el humilde es santo, y más santo el más humilde, y el humildísimo santísimo. Pues si no hay santidad sólida donde no hay humildad, ¿cómo se compadece con ésta pregonar las mercedes que le hizo Dios en el retiro de su celda? No aprenden esto los hijos en la escuela de su santísimo Padre y Patriarca Ignacio, el cual mostraba disgusto de que en las quietes contasen revelaciones, no quería hiciesen dellas tanto caso como de las macizas virtudes. Aquellas están muy expuestas al viento de la vanidad, éstas se conservan como las brasas cubiertas con ceniza. Y á su confesor le mandó, so pena de descomunión, que á nadie comunicase lo que él en secreto de confesión le descubría de las misericor-

dias grandes que recibía su alma del Señor. ¿Pues cómo, cuando el discípulo humilde de tan gran maestro tomó la pluma para escribir las suyas, no se la quitó de la mano santamente indignada su profunda humildad?

Poco tropiezo para un noticioso de los fueros municipales que observa la Santa Compañía, en el dar los súbditos á sus superiores cuenta de sus conciencias, ó en confesión ó fuera della, como más se consolaren. Manda su gran fundador en la regla escrita con el dedo de Dios, como decía un Pontífice Sumo: *Digitus Dei est hic*, que aquellos á estos con toda llaneza y verdad les desabrochen sus pechos para que vean el estado de sus almas sin celarles, ni vicios y siniestras inclinaciones, ni virtudes y regalos de Dios, los unos como el doliente al médico ó cirujano experto las llagas, para que les aplique remedio y las cure; los otros para ser encaminados donde quiera que algo torcieren; que si bien me acuerdo, son formales palabras de aquella prudentísima constitución. Porque suele el enemigo co-

mún transfigurarse en angel de luz y engañar á muchos.

Pues si el superior llega á saber estos favores que hace el Señor en la soledad al alma del súbdito y le manda á este que se los dé por escrito, ¿cómo podrá, por más instancias que haga la humildad, resistirse una obediencia tan rendida como profesan los hijos de Ignacio?

Demos que obedeció el súbdito con toda candidez, y que el Superior tiene la relación de aquellos favores; callarlos podrá prudente mientras el sujeto viva; pero si lo alcanza de días, ¿por qué no los ha de publicar después de su muerte, cuando ya cesó el riesgo de desvanecerse? Mover le debe á manifestarlos el celo de la mayor gloria de Dios, el consuelo y edificación común de los demás súbditos que militan debajo de la misma bandera, para que se alienten á servir con nuevo fervor á un dueño tan generoso, que así premia á quien bien sirve, y aun en esta vida corona á los que legítimamente pelean.

Cuando esta doctrina no tuviera más autori-

dad que la grande de un hombre tan alumbrado de Dios, como aquel santísimo Patriarca, era para la seguridad apoyo suficiente, porque en materias de espíritu la pluma de Ignacio es punta de unicornio, que las aguas que toca pueden beberse sin temor de veneno.

Pero es esta doctrina de muchos santos Padres y jubilados maestros de la vida espiritual. Valga por todos el testimonio de uno tan grave como San Juan Crisóstomo, hom. 26, de verb. Apost. *Quemadmodum suas recitare virtutes, extremœ videtur esse dementiœ, si nulla superest necesitas; ita, necesitate violenter incumbente, perditio est eatacere, quœ quis studiose perfecit.* Así como el ir pregonando á son de clarín sus virtudes, como lo hizo en el templo el altivo fariseo, es una hipocresía y soberbia loca, que da mucho en rostro á Dios, á los ángeles y á los hombres, cuando no hay ó necesidad ó conveniencia grande del bien común y gloria de Dios que á ello obligue; así el callarlas cuando tercia semejante obligación que siempre ha de ser para el verdade-

ro humilde violenta, sería cosa de mucho escrúpulo. Por donde cuando lo manda quien puede, fuerza es que la humildad preste paciencia, y se tenga firme en sus estribos y le deje á la obediencia descubrir lo que obró en el estudio de la perfección.

Véanse sobre este punto estos autores que cito: P. Palma, lib. 2 del *Camino espirit*, cap. 19; P. Andrade, Aviso 39, § 8; Aviso 41, § 5; Aviso 50; § 3; Fr. Jerónimo de San Joseph, lib. 5, cap. 9, núm. 8, con que yo escusaré el meter la hoz en mies agena. No diré más que lo que Santa Isabel, vírgen, refiere de sí misma en una carta á la bienaventurada Hildegarda, que un angel la reprendió y castigó severamente porque callaba las mercedes que de Nuestro Señor recibía; advirtiéndole que muchas veces no las hace su Majestad, *Ut abscondatur, sed ut manifestentur ad laudem, & gloriam Dei, Salvatoris, & populi utilitatem.* Justificada queda la manifestación, cuando estos dos altísimos fines de la gloria de Cristo y utilidad de los fieles la solicitan.

Muchos y grandes fueron los favores que

recibió de Dios nuestro Padre Antonio Ruíz; era humilde de corazón, y quisiera esconderlos con perpétuo silencio. Pero asimismo era hijo de obediencia que en la religión manda más que la humildad. Cumpliendo con su regla en la cuenta de su conciencia, dió de todos individual noticia á su superior. Mandole éste que se los diese por escrito; lance forzoso fué obedecer, bien que con repugnancia notable; y celando algunas circunstancias que no tanto conducían á los dos fines sobredichos cuanto á la estimación de su persona que siempre aborreció. Para la fe de otras grandes mercedes que se hallaron en el libro de su recibo, no será necesario apelar á su deposición, porque viven hoy muchos testigos de vista en la Compañía y fuera de ella, y yo fuí uno de ellos, que tuve estrechísima amistad y larga correspondencia con el Padre Antonio Ruíz y le debí tierno amor y grandes beneficios. No fué el menor haber venido desde la Corte, donde residía, por negocios gravísimos de aquella nueva cristiandad, á descansar en esta su casa, y santificar con sus huellas la

de mis padres en el lugar de Orihuela, diciendo misa en la doméstica capilla, y en la que tenemos en la parroquial, que aunque siempre lo fueron, después acá con particular cariño las venero, santuarios de mi devoción, y con más consuelo celebro en ellas. Ultimamente advierto que los historiadores de las Antiguas, en todo el tiempo que este angel veloz discurrió por aquellas dilatadas provincias, solicitó de la conversión de sus bárbaras naciones, no tuvieron cumplida noticia de las varias regiones que peregrino ilustró con su presencia y apostólico benefició con su predicación, ni de otras cosas notables de que con el tiempo se adquirieron ciertas noticias, que yo con toda fidelidad daré en esta vida, para que sea glorificado el Señor que en todos los siglos cuida de proveer operarios tan insignes á la labor de aquella extendida viña de la inculta gentilidad. Pero asimismo se debe notar que de las narraciones y cartas que en esta historia cito (y por la mayor parte son del mismo P. Antonio Ruiz), pongo todo cuidado en no faltar un punto á la relación del hecho, de que ellas dan

noticia; pero no siempre traslado las mismas palabras, porque el que las escribió, más atendió á narrar la verdad que al aliño del estilo, del cual tiene obligación de cuidar el que escribe una historia. Una misma verdad en la sustancia se puede proponer con accidentes de palabras más ó menos propias, ceñidas, decentes y compuestas; bien así como engastarse el mismo diamante en más y menos precioso metal.





LIBRO PRIMERO

De la vida del Venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya

DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
APOSTOL DEL PARAGUAY

CAPÍTULO PRIMERO

Su patria, nacimiento y educación hasta los nueve años.

Muy á la letra vemos cumplido en el ya rozado y con la labor Evangélica, fructuoso campo del gentilismo de la América, lo que el Señor prometió misericordioso que había de hacer en la venida de su hijo, por el evangélico profeta, Isaías, 35, *Lœtabitur deserta, & invia, & exultabit solitudo, & florebit, quasi lilium. Germinans germinabit & exultabit lœtabunda & laudans; gloria Li-*

bani data est ei; decor Carmeli & Saron. Ipsi videbunt gloriam Domini & decorem Dei nostre. Ya da saltos de alegría aquella cuarta parte del mundo, por muchos siglos tan olvidada y desconocida, como si no lo fuera deste todo; desierta en otro tiempo de hombres de razón y habitada de brutos y fieras en andar de hombres. Páramo poblado de jarales espesos donde no se hallaba camino para la verdad y conocimiento de Dios porque no los permitía la superstición é idolatría que dominaba aquellas regiones.

Ya, gracias á Dios, se abrieron por él muchos y reales para el cielo, y sendas seguras para llegar á la cumbre de la perfección. Regocijarse ha, y alabará al Señor que la convirtió, mediante la predicación del Evangelio, de esteril eriazo que antes era, en ameno y fecundo paraíso, á donde parece que se trasladó la gloria del Líbano, la hermosura del Carmelo, la gala de Saron, y cuantos montes de piedad, de religión y descollada virtud se admiran en la más anciana cristiandad de Asia, de Africa y Europa.

Ya los indios mexicanos, los tepehuanes,

los peruanos, los chilenos, araucanos, los caribes y otras naciones bárbaras innumerables vieron entrar triunfante por sus provincias la gloria de nuestro Dios, y se enamoraron de la hermosura de Cristo y abrazaron y profesan su santísima ley. *Et quœ erat arida, eric in stagnum, & sitiens in fontes aquarum.* La que estaba hecha un salitral seco y sediento, se congratula deliciosa vega de regadío. A cada paso saltan fuentes de cristalinas aguas que la fecundan y aseguran las cosechas con que se llenan las trojes de la militante y triunfante Jerusalem. *In cubilibus, in quibus dracones habitabant, orietur viror calami & iunci.* La que en su sombría é impenetrable espesura de malezas, de errores crasísimos, de vicios abominables, toda era un vivar de dragones; después que prendió en ella el fuego que del cielo trujo el Salvador y pudo entrar á rozarla y cultivarla y hacer sementeras y planteles en ella el Evangelio, ya es una gloria ver lozanear sus sazonadas mieses, descollar sus fructuosas plantas. Una de estas fué el venerable Padre Antonio Ruiz de Montoya.

Nació en la famosa ciudad de Lima, cabeza y metrópoli agora de los reinos del Perú, corte en otro tiempo de los reyes Ingas, emporio rico y nobilísimo de dos mundos: madre díchosa de hijos insignes en letras y en armas, no menos feliz después de cristiana en santísimos arzobispos y esclarecidos vireyes, á quienes parece que infunde su propicio cielo acierto en el gobierno, inclinación al servicio de ambas Magestades, á la administración de la justicia y al amparo de los naturales y propagación de la fé por las naciones de sus conquistas.

Fué su padre Cristóbal Ruíz de Montoya, natural de Andalucía, persona en sangre principal, y deudo muy cercano de aquel gran P. Diego Ruiz de Montoya, bien conocido por sus doctísimos escritos, más por la opinión de religiosísima vida, ciencia y santidad que le granjearon tanto crédito en Sevilla, que vino á ser el oráculo de aquella ilustrísima ciudad, donde ninguna cosa de importancia se resolvía sin su consejo, y raras veces dejó de ejecutarse lo que él juzgó, aunque sintiesen y diligenciasen lo contrario

personajes de alto porte y de suma autoridad. Esta era la voz común de los gobernadores y tribunales en sus dudas: Consúltese el P. Diego Ruíz y sígase en todo su parecer, muy persuadidos que les hablaba por su boca el mismo Dios.

Dejó Cristóbal su patria y embarcóse para las Indias con las ordinarias esperanzas de mejorar fortuna. Arribó á Lima, donde su virey, que á la sazón lo era el Excelentísimo conde del Villar, lo abrigó á su sombra, y satisfecho de su talento, lo empleó en oficios de mucha confianza, con cuyo sueldo adelantó su caudal y más su crédito, con la fidelidad y expedición en todo lo que corría por su mano.

Casó con una señora de iguales prendas, hacienda y calidad, y solo hubo en ella á nuestro Antonio, á quien como á único y heredero de sus bienes, criaron sus padres con mucho cuidado, en particular la madre que lo amaba tiernísimamente y se le murió, dejándole de solos cinco años. Llevábalo aquella tan engastado en las niñas de sus ojos, que no se podía reducir á perderlo un

instante de vista, y si ya no en compañía suya, nunca le daba licencia para salir de casa; en ella le tenía el pedagogo y la escuela. Pero para darle á entender que toda su providencia era corta si Dios no asistía con la suya, entre las seguridades de su casa se vió el niño en el mayor peligro de la vida; porque entrando cierto día en una secreta del doméstico jardín, cayó en ella y hubiera sin duda perecido, así de la caida como de la asquerosidad del puesto, si á la menor de sus voces no hubieran acudido tan puntuales los criados, que lo sacaron de aquel inmundo lodazar y de cabeza á pies le trocaron los vestidos.

Este fué el primer beneficio que después del bautismo recibió nuestro Antonio de Dios, y toda la vida lo llevó, con otros muchos, grabado en la memoria, para el agradecimiento; como se colige del libro donde por orden de sus superiores apuntó lo adverso y próspero de sus sucesos particulares. Allí dice: «Fué presagio de lo que después »sucedió espiritualmente, cayendo en el al»bañar de miserias y pecados, de donde la

»mano poderosa de Dios lo sacó,» como ade-
»lante veremos.

En la primera desgracia se verificó en él lo del rey David, Psal. 68. *Infixus sum in limo profundi.* De allí pudieron sacarlo manos de hombres; del atolladero de sus vicios solo Dios, á quien dió repetidas voces con el mismo rey, Psal. 129. *De profundis clamavi ad te Domine.* Harto más digno de compasión, por más arriesgado, el que atasca en sus culpas que el que se hunde hasta los ojos en el más hediondo cieno. Lástima grande; cae el hombre en un pozo y luego pide á grandes voces el favor humano; da consigo en el pecado, y no despliega los lábios para implorar el divino. De aquel todos se compadecen y le socorren; deste no hay quien se acuerde para ayudarlo á salir.

Aunque los estóicos ó muy espirituales dicen que para el hombre fuerte toda la tierra es patria, como para los peces todo el mar, y nuestro refrán añade: que por mejoría, mi patria y casa dejaría, Con todo:
Nescio quæ Natale solum dulcedine cunctos
Allicit; & memores non finit esse sui.

No sé qué se tiene el amor de la patria propia, que siempre por la memoria está latiendo en el pecho, y pulsando el corazón con cariños de los aires naturales. Indicio de que los hombres no tenemos por patria al cielo, pues no digo entre felicidades, pero ni aun en apretados asedios que nos ponen las miserias de la vida suspiramos por aquella.

Atraído de aqueste afecto tan poderoso Cristóbal Ruiz, sin embargo que gozaba en Lima comodidades mayores que en España, se resolvió de dar la vuelta á ella y traerse consigo la prenda más amada, á su hijo Antonio, con quien le pareció volvería á su país tan consolado como Jacob con todos sus hijos al suyo Y que el huérfano de madre lo pasaría mejor entre las caricias y regalos de sus deudos donde no le podría faltar buena educación, que era el bien que le deseaba con más ahinco. Procuró estampar en la blanda cera de sus tiernos años el santo temor de Dios y el aborrecimiento al pecado, como lo hizo con su hijo el santo Tobías, I, *Quem ab infantia timere Deum do-*

cuit & abstinare ab omni peccato. Para este fin le enseñaba ejercicios varios de devoción; y por la entrañable que él tenía al Seráfico Padre san Francisco, lo vistió con su hábito, refiriéndole algunas prerrogativas de su santo instituto. Y oyendo el niño entre otras, que los que lo profesan no pueden tocar dinero, se le imprimió de suerte que cuando en su navegación á Panamá los capitanes y soldados le daban de barato en el juego algunos reales, no los quería recibir, admirándose todos de ver en un niño tal desinterés y aborrecimiento á la plata, cuando los de aquella edad no hay cosa que más codicien ni medio más eficaz para tenerlos contentos. Ensayábase ya en el desprecio que pobre religioso había de hacer de todo lo caduco; que la rosa recien salida de su verde cuna, ya recrea con su fragancia; así como la espina apenas apunta, cuando ya se muestra toda del horror.

Aportaron salvos á Panamá y los que en el mar no corrieron fortuna, se vieron á pique de perecer en el puerto, porque hallaron aquella ciudad anegada en olas de brava

pestilencia que hizo en sus vecinos riza. Libró Dios de aquel contagio al padre, aunque no de su dolor, pues permitió que se hiriese el hijo, el cual llegó á los últimos trances. Pero guardábalo su Majestad para apostol del gentilismo, y así proveyó que cuando más sin esperanzas de vida, se compadeciese dél una piadosísima señora, que arriesgando la suya, se encargó de curarlo, y agonizando ya Antonio le aplicó por su mano medicamentos de tal virtud, que luego comenzó á remitir la maligna calidad y á corregirse el humor pestilente, quebrándosele sin violencia extrínseca una higa de azabache que sobre el corazón tenía pendiente al pecho. La piedad que halló en esta cristiana señora parece que fué pronóstico de la que había de experimentar en la sacratísima Vírgen en las varias y graves enfermedades que padeció por todo el discurso de su vida.

Con esta rémora que á nuestros navegantes se les atravesó en el primer tercio de su camino, tocó Cristóbal á reconsejo y con el de todos sus amigos, se determinó de cejar

y volverse á Lima, que fué sin duda lo que pretendió el Señor en herir á Antonio con la peste, para los altos fines de su divina providencia. Con más viento en popa volvió que vino; y restituído á su casa, compró y obtuvo en propiedad uno de los oficios de aquella república, que con universal aprobación de todos estados había servido en ella.

Su cuidado principal fué la educación de nuestro Antonio; condenolo á la misma clausura con que lo había criado su buena madre, que no se le hizo muy difícil, por estar ya acostumbrado á ella, aunque la había interrumpido con los desahogos de navegante y licencias de convaleciente. Dábasela para salir cada día á misa; para enseñarle á leer y escribir y los rudimentos de la doctrina cristiana; ya le tenía asalariado en casa maestro docto y de buenas costumbres.

Reprensibles son los caballeros que haciendo diligente información para conducir un criado que cuide de los caballos, el más diestro oficial para cortar los vestidos, el médico de más fama para curar sus acha-

ques, y pagándoles con gusto crecidos estipendios, no hacen esa inquisición del caudal y de la buena vida de los ayos, á quienes fían sus hijos, y les hace duelo lo que gastan con ellos.

Venturoso fué nuestro Antonio con la solicitud que puso su padre en dárselo cabalísimo, con cuyo magisterio y ejemplo, no solamente hizo grandes progresos en las primeras letras, sino que se adelantó mucho á otros de su edad en la modestia, en la compostura y devoción, en la circunspección de su trato, no de niño, y cordura de sus razones, muy de viejo. Fué esto tan notorio por singular, que llegó á oídos del Excelentísimo señor marqués de Cañete, ya virey, que para averiguar si era así lo que contaban de Antonio, quiso experimentarlo por sí mismo, y mandó á su padre que lo trujese consigo cuando por razón de su oficio acudía á palacio.

Hizo la prueba su excelencia con varias preguntas y fué grande el gusto que le dió con sus prontas y sazonadas respuestas. Y es cierto que desdice mucho menos de la

autoridad de un príncipe cristiano en el rato de treguas que le conceden los negocios públicos, apearse de lo serio de su gravedad y grandeza y permitirse el trato con semejantes niños, á oir sus sales y agudezas, que librar su entretenimiento en las chacorrerías y desgraciadas gracias de licenciados bufones, de chanceros truhanes. A imitación del rey de los reyes, que en la conclusión de negocios tan graves como los de la redención del mundo y salvación de las almas, tenía por divertimiento el trato familiar con los niños. Marc. 14. *Sinite parvulos venire ad me.* Y se entendía con ellos. Luc. 10. *Et revelasti ea parvulis.*

Con este cuidado lo educó su padre los tres años que le vivió después de la muerte de su madre, dejándole huérfano de todo á los ocho años de su edad. Vióse entre sueños el casto mancebo Josef adorado del sol, de la luna y estrellas. El sol y la luna, sus padres, los astros sus hermanos mayores. A quien por ocaso se le esconde el sol, ya le es de consuelo que le raye la luna, y si ésta se retira, que brillen las estrellas, para que

en la oscuridad de la noche no pierda el camino. Estrellas y lunas, no se echan de menos cuando se gozan las luces del sol.

La mayor desdicha es que este se ponga. No tuvo Antonio hermanos que pudiesen hac^r oficio de padres. Murió la madre, alguna falta le hizo; ó su sombra para el amparo, ó luz su para el consejo y ejemplo. Pero quedóle en su padre el sol.

Infeliz es el mancebo á quien primero se le muere el padre. Porque los hijos de viuda de milagro alcanzan buena educación. Uno nos describe el Evangelio, hijo único de su madre, como el nuestro, y nos advierte que era viuda. *Filius unicus matris suæ & hœc vidua erat*; y á ese nos le pinta difunto á las puertas de Nahin, que significa la hermosa. A tales puertas de ordinario yacen mortales los hijos de las viudas. Pero el mozo que padre y madre pierde, pierde las dos lumbres de sus ojos, y quedando sin destrón de algún hermano mayor que le guie, fácilmente da ciego en los despeñaderos de los vicios; es como un arco total, demolidos ambos estribos, que luego se sigue

su total ruina. Es bajel, sin piloto y gobernalle en medio de un golfo borrascoso, que cada viento lo estrella en su escollo. Bien conoció el moribundo padre el peligroso estado en que dejaba á Antonio su hijo, y resguardando todo lo que pudo su perdición, ordenó en su testamento que hasta que sus deudos lo llevasen á su patria, Andalucía, se criase en Lima en el Seminario de San Martín, donde á cargo de los Padres de la Compañía, á quienes dió el Señor espíritu y gracia particular para educar la juventud, se cría la más noble de aquella ciudad y reino. Nueva infelicidad del padre que muere y del hijo que sobrevive, errar aquel en la elección de los tutores; porque si éstos no son leales, y de toda satisfacción, es cometer á los lobos la tutela del cordero. Ninguna de ambas cosas ordenadas en el testamento tuvo efecto, porque el principal tutor, que se alzó con todo, por sus particulares intereses, le disuadió así la vuelta á España, como la entrada en el Seminario, y pudo conseguirlo fácilmente de un niño. *Cereus in vitium flecti, monitoribus asper*, que al paso que

codicia la libertad, tiene horror á la férula, á la estrechez y encerramiento.

Aunque se aparte la mano, siempre el torno prosigue por algún espacio en moverse á la parte, á que el impulso lo inclinó. Así nuestro Antonio, como sus padres lo tenían tan bien inclinado á ejercicios de virtud, por la de aquel impulso perseveró algún tiempo en ellos. Y aunque se había hecho bastantemente capaz de los misterios de la fe, no formó entero concepto de sus verdades, hasta que siendo ya de nueve años, un día de repente sintió ilustrado su entendimiento con una luz celestial y superior conocimiento. Pondré aquí las palabras con que él mismo, en el libro citado lo refiere y son las siguientes:

«Siendo de nueve años, un día bien de »repente, reconoció su entendimiento ilus»trado con una soberana luz con que se le »representaron con clarísima inteligencia las »cosas creadas é increadas. Conoció que ha»bía criador universal, uno solo, sin princi»pio ni fin, y que su morada era en el cielo, »bien que estaba presentísimo á todas las

»cosas, y que su conservación dependía de »solo él, que era el último fin del hombre; »que este en pecando, no podía escapar de »sus manos, ni tenía otro sagrado á qué »acogerse para librarse de ellas.

»De aquí concibió notable temor, estima »y reverencia, reconociéndose súbdito de »tan alta Majestad. Asimismo entendió que »todas las cosas de la tierra eran de poca »monta y dignas de todo desprecio. Desde »esta edad se sintió devoto de la Vírgen Ma»ría Señora Nuestra, y deseoso de prose»guir toda la vida en serlo. Rezábale cada »dia el Rosario con ternura y devoción, »acompañada de copia de lágrimas y desnu»dando el pecho, se daba con una piedra re»ciosgolpes, haciendo actos de contricción y »de amor de Dios, aunque desta edad no le »constaba haber ofendido á Dios en cosa »grave. De aquestos golpes se le hacían en el »pecho cardenales. Tejió por sus manos de »cerdas una áspera cuerda, la cual usaba »por cilicio los domingos, cuando había de »acudir á públicos entretenimientos. Retirá»base á su aposento y cerrando la puerta

»puesto en pie, levantaba su corazón al cie-»lo y con tierno afecto adoraba la Divi-»na Majestad. Luego, dobladas las rodillas, »cosía sus lábios con la tierra, sin saber lo »que hacía, sin magisterio humano, sin ha-»ber leído libro alguno que tratase de ora-»ción. Con todo, oraba mentalmente sin dis-»curso sobre materia prevista, sino impelido »de un afecto que le movía, prevenido de »una luz soberana que le daba á conocer la »bondad y hermosura de Dios, cuán digno »era de ser amado de todas sus criaturas. De »aquí nacía un ardiente deseo de entregárse-»le todo rendido á su Divina voluntad. Lo »cual le suplicaba sin ruído de palabras, si-»no con íntimo silencio, encendiéndose el »corazón de manera en su amor, que le sal-»taba derretido en dulces lágrimas por los »ojos, dejando bañada el alma en rocío de »consuelos celestiales. Aquí los fervorosos »deseos de servir á Dios y de imitar á los »santos.

»Todo su desvelo era adornar un altar »que tenía en su aposento, y deseoso de te-»ner una imagen de Cristo crucificado, gas-

»tó toda una noche en formarlo de cera; pú»solo en su altar, y delante una lámpara »que encendía todas las fiestas, cuidando »ardiese toda la noche, y pasándola desve»lado en atenta oración.

»Todo el dinerillo que le venía á las ma»nos lo empleaba en estampas, de manera »que con ser harto capaz el aposento, no »se veían en él sino imágenes de santos has»ta el techo.»

Y concluye en su narración:

«Estas impresiones quedaron tan fijas en »el alma, que con haber ya más de cincuen»ta años que esto pasó, se acuerda muy »bien, y tan distintamente dellas, como si »entonces acabaran de suceder.»

Admiración nos podrá causar que á un varón tan prevenido en la niñez de la divina misericordia, tan ilustrado con desengaños, le permitiese Su Majestad las caidas que veremos, con altísimo consejo de su divina providencia, sin duda para su mayor bien y para más asegurar sobre el fundamento de su humildad la alteza de este edificio.



CAPITULO II

Intenta ser religioso de San Francisco ó Ermitaño, y no lo consigue.

Desengañada un alma por entendida, de que sólo Dios puede ser centro de su bienaventuranza y que en solo Dios puede hallar verdadero descanso, síguense las ánsias de unirse con Su Majestad, cuales vemos en las más insensibles criaturas, para ír en busca de su centro; fuera destos están tan violentas, y en ellos gozan quietud.

Durante esta mortal vida, es Dios centro de nuestras almas por gracia; vive el alma en gloria todo el tiempo que está unida con él por lazos de caridad. Pero no son indisolubles, porque los corta el pecado mortal

con sus aceros, si la libre y mal aconsejada voluntad le dá licencia para juzgarlos. Del conocimiento desta poca seguridad en la presente vida nacen los vivos deseos de verle y gozarle en el cielo, para descansar sin peligro y temor en aquel centro divino, y el cuidado de negociar su eterna salvación. Y como en el mundo hay tantos embarazos que divierten al hombre della, y hierven las ocasiones de pecar y perderse para siempre, el cuerdo que la quiere asegurar vuelve los ojos al estado religioso, que sin duda es el camino más libre de tropiezos y más lleno de medios para alcanzar su fin y salvarse. Así lo entendió nuestro Antonio, cuando conocida en aquella ilustración celestial la vanidad del mundo, lo soez de sus deleites, lo pobre de sus riquezas, lo menguado y falido de sus honras y dignidades y la breve duración de sus mayores dichas, se resolvió de entrar en la religión seráfica, pareciéndole muy á propósito para el rigor de vida que pensaba profesar, y donde podría dar rienda larga á la mortificación y penitencia á que sumamente se sentía inclinado y movido.

Con este fin, hallándose ya en edad competente, escribió una carta á un amigo suyo desta santa familia, en que le daba razón de sus intentos y le suplicaba le ayudase en su pretensión con los superiores de la Orden. Pero ¡oh inconstancia de la humana voluntad, más mudable que el viento! En un mismo instante se vió determinado y arrepentido; pues acabar de escribir la carta y hacerla pedazos, revocando su primera resolución, todo fué uno. Bien que no retrató los deseos de perseverar en las banderas de la virtud y servicio de Dios.

Cuando más confuso vacilaba en la elección de estado, vino á parecerle muy ajustado á su natural el de un ermitaño que hacía vida solitaria y austera en la cumbre de un cerro vecino á la ciudad de Lima. De cuya compañía, ejemplo é institución se prometió que había de medrar mucho en espíritu. Sin más consejo, tomó el camino para su choza, fabricada de la naturaleza y guarnecida del arte contra las inclemencias de los tiempos en el hueco de un peñasco.

Llegó á sus piés, dióle cuenta de sus in-

tentos, que eran de ser discípulo suyo y prestarle en todo rendida obediencia para seguir sus pasos é imitar sus virtudes. Admiró el buen ermitaño en tanta flor de edad tanta madurez de cordura, y en un mancebo de gentil disposición, rico y bien nacido, tales alientos decaminar á la perfección. Alabó su fervor y desengaño; pero con espíritu del cielo le dijo no era posible condescender por entonces con su petición, si ya no le traía licencia expresa del arzobispo, juzgando la alcanzaría dificultosamente. Que lo que le aconsejaba, como quien bien le quería, era que tomase tiempo para madurar aquella vocación; que la encomendase á Dios y consultase con la almohada y con personas doctas y religiosas. Que eso era lo que por entonces convenía para conservar el crédito de los dos; pues haciendo lo contrario, se exponían á la pública murmuración, y á notarlos en los corrillos de fácil y liviano al uno, de precipitado é indiscreto al otro. Que lo juzgaba por muy delicado y sin fuerzas para la aspereza de vida que quería seguir, y que si volviese atrás, como era pro-

bable, había de ser la risa del pueblo. Que continuase sus estudios en las escuelas de la Compañía de Jesús, y si perseverasen aquellos deseos de mayor perfección, la buscase en alguna de las sagradas religiones, donde con más suavidad y no con menos fervor podía conseguirla.

No le armó mucho el consejo del prudente Ermitaño. Así suele suceder en los que los más ancianos nos dan, que nos parece caducan, cuando no nos hablan al sabor de nuestro paladar. O no consulte el hombre las canas, ó resuélvase de gobernarse por ellas. Pues aun á los muy entendidos les afianza más el buen acierto, el parecer ageno, que el suyo, y más en cosas propias, en que no son comunmente los hombres buenos para jueces. El médico cuando adolece se hace visitar de otro, en quien por ventura no reconoce exceso de caudal, y se rige por lo que aquel receta.

Despidióse Antonio del ermitaño y retirado entre aquellas breñas, hincadas en la tierra las rodillas, enclavijadas las manos, los ojos clavados en el cielo, derramó muchas

lágrimas, sentido de verse deshauciado de la vida de anacoreta, en que tenía librada la quietud de su espíritu, y, á su parecer, segura su salvación. Suplicó al Señor aceptase sus buenos deseos y los premiase con llevarlo por camino seguro, á donde más le hubiese de agradar. Volvió á Lima, aunque con ánimo de buscar algún otro desierto donde ejecutase solo con el magisterio del Espíritu Santo lo que conseguir no pudo del ermitaño prudente.

Pero cautelándose siempre del propio juicio, consultó de nuevo á un secular muy confidente suyo. Este, no menos cuerdo, le disuadió la vida eremítica y solitaria, poniéndole delante sus pocas fuerzas para tanta penitencia, los peligros que corren y desconsuelos que padecen los que solos viven, pues como dijo el Espíritu Santo, Ecles. 4. *Melius est duos esse simul, quam unum; habent enim emolumentum societatis suæ; si unus ceciderit, ab altero fulcietur. Vœ soli, quia cum ceciderit, non habet sublevatem se.* Por algo se dijo compañía de dos, compañía de Dios; mejor es que vivan dos en compa-

ñía y santa conformidad, que cada uno de por sí. Tiene ese género de vida comodidades grandes. Si el uno deslizare, el otro no le dejará caer; y si cayere, le dará la mano para que se levante. ¡Ay del solo que no tiene quién se la dé en sus caídas! Una mano con dificultad se lava á sí misma, y fácilmente la una á la otra. Que si en el siglo vivía descontento, se recogiese á alguna religión, ó en poblado ó en desierto, que de todas hay en la iglesia santa. Muchas brasas juntas mejor conservan el fuego; una sola presto se resfría y queda carbón.

Estas y otras razones le dijo para entretenerlo; pero pasó á divertirlo de aquella que llaman melancolía ó vehemencia de imaginación. Dió noticia á su tutor, que juzgando lo mismo, lo llevó consigo á unas haciendas que tenía en el campo; y para salir de cuidado, y arrancarlo de raíz de aquellos propósitos, trató por medio de un religioso grave de la Compañía, de casarlo con una hija suya, ofreciéndole lo mejor de sus posesiones y heredades. Hizo el Padre su oficio, ignorante de los deseos de Antonio; re-

presentole las conveniencias de aquel casamiento, pero no las quiso escuchar, diciendo que lo llamaba Dios á más perfecto estado, que no trataba de cautivar su libertad ni se sentía con bríos para las cargas del matrimonio. Viendo Antonio que se le despintaba todo en orden á conseguir su fin, vivía melancólico y pensativo y fué tal el sentimiento, que le ocasionó una grave enfermedad.

Vivía vecino á las casas de su habitación un sacerdote de ejemplarísima vida, y sabidor de los pasos en que andaba su vecino, se le entró por sus puertas, lo que con pocos, hacía y hablándole familiar y amorosamente, le dijo:

—Sabido he, hijo mío, que vuestro tutor os quiere echar el pesado yugo del matrimonio. No vengáis bien en ello, porque Dios no os quiere casado, sino religioso. Lo que importa es continuar vuestros estudios, y entraros en la Compañía de Jesús. No ignoráis los grandes ejemplos de virtud y perfección que esta santa familia da al mundo, lo infinito que trabaja en la salvación de las

almas, en reformar las vidas de los fieles y en convertir naciones infieles á la fe. Gran dicha sería la vuestra si llegásedes á ser uno de los apóstoles que ha dado á este nuevo mundo; tomad, hijo, mi consejo, y entended que en esto consiste vuestra salvación, que tanto deseáis asegurar. Y si no, persuadios que la ponéis en mucha contigencia. Esto os digo de parre de Dios y en nombre suyo.

Estas razones propuestas del mismo Dios por boca de aquel sacerdote santo, dejó escritas el mismo P. Antonio Ruiz en el libro de sus *Memorias*.

El concepto grande que tenía de la santidad de su consejero, le hizo juzgar que era del cielo su consejo. Trató luego de continuar sus estudios con todo calor. Desengañó resueltamente á su tutor que no había de casar con su hija, de lo que aquel recibió tanta pesadumbre por haber ya publicado por cierto casamiento que le estaba tan bien, que dió con él en una cama, y á pocos días en la sepultura, entendiendo todos la causa de su dolencia y de su muerte.

Congratulose Antonio libre deste lazo;

pero no pudo de los muchos que le armó el astuto y común enemigo, que parece pronosticaba ya la sangrienta guerra que aquel mancebo, tan inclinado á cosas de virtud, y tan desamorado del mundo, le había de hacer, si asentase plaza en la Compañía de Jesús.

Valiose de todas sus artes para obligarlo á retroceder, dándole valientes empellones para derribarlo en alguno de aquellos atolladeros inmundos, figurados en el que cayó niño de cinco años.

Faltó Antonio un día al estudio por su culpa, y más por instigación de Satanás, que con las muy ligeras dispone para las graves. Como era tan conocido y puntual, echolo menos el maestro, y habiendo averiguado que no tuvo excusa suficiente, trató del castigo para el escarmiento. Por ventura hubiera sido mejor no darse por entendido, ni espantar con estruendo de amenazas la caza.

Temió Antonio su mal, y de ese miedo se valió el demonio para persuadirle no volviese más á las escuelas, pues era dueño de

su libertad y no tenia quien lo pudiese compeler.

Logrósele su ardid al enemigo infernal, y juzgando que si lo viese ocioso lo tendría seguro, por ser la ociosidad madrastra de la virtud y madre de todos los vicios, comenzó á irritarlo contra su maestro, como contra hombre imprudente y terrible, que nada sabia disimular. De aquí fué fácil el persuadirle el divorcio con los estudios; el horror á la Compañía, perdiendo la estimación y el cariño que había engendrado aquel santo sacerdote en su pecho.

Al ocio siguió el tedio; á los ejercicios espirituales, la aversión al estado religioso, el olvido de Dios, con que vino á quedar próximamente dispuesto para miserables caídas. Muerto el tutor, un ciudadano rico, y veinticuatro de Lima, hallándose ya viejo, y sin sucesión ni esperanzas de tenerla, por la amistad que había profesado con su padre, quiso adoptar á Antonio en hijo y dejarle heredero de su grande hacienda. Fué en busca suya con ánimo de traerlo á su casa para dueño della. Propúsole el partido, sin otra

condición que querer aceptar lo que tan bien le estaba. Otro fuera que creyera haber nacido de piés, y señalara aquel día para celebrarlo todos los años. Pero no sé como se concibió el beneficiado de la merced, que no hizo caso della, con que el bienhechor se retiró á buscar otro que le estimase más el beneficio.

Por muerte del primero le nombró la justicia por segundo tutor un hombre de calidad y de muy buenas prendas. Engañado de algunos falsos amigos, no quiso admitirlo; diligenció que le nombrasen otro, con que entre los dos hubo formado pleito, y la sentencia salió, á pesar del pupilo, á favor del primero.

Con ella lo libró el Señor de los intentos del segundo, que era casarlo con una hija suya, lo que sin duda se hubiera efectuado, según estaban dispuestas con maña las materias, y hubiera sido Antonio tan desdichado, como lo fué el que casó con la señora sobredicha.

Tenía ya cumplidos diecisiete años y con ánsias de vivir independiente, señor absolu-

to de sus acciones y hacienda, comenzó á obrar como tal, halajando su casa con rico menaje, escritorios curiosos, sillas, bufetes, servico de plata, costosas tapicerías, asalariando criados, previniendo caballos y galas, reponiendo en el trono de su corazón al ídolo de la vanidad, que tan desterrado tenía.

El día de San Francisco de Asís ciñó la espada, con asistencia de todos sus amigos, con el aplauso y solemnidad que acostumbran los caballeros. Todo era solicitar entretenimientos, cursar garitos, ruar las calles, acudir á los paseos consumiendo largamente su patrimonio, en lo que él prodigó el suyo, divertido en todo lo profano y olvidado de todo lo divino. *Peor que un gentil.* Así lo dice en sus *Apuntamientos.*

Este es el que suspiró por ser ermitaño y lloró porque no mereció serlo. Este es el que pretendió ser soldado de la Santa Compañía de Jesús y ahora sirve plaza de capitán en los reales enemigos. ¡Oh, infelicísima mocedad, enemiga del buen consejo, escollo del acierto, viento abrasador de pensamientos santos

en flor, sepulcro de piadosas resoluciones! ¿A qué peligros de cuerpo y alma no te arrojas loca? ¿En qué abismos de maldades temeraria no te precipitas? Lamentable por cierto ceguera es la tuya, pues tal vez no abres los ojos sino para verte sin remedio derrotada y perdida para llorarte sepultada en el profundo del infierno. ¡Oh, qué misericordia usa Dios con aquel mozo á quien se los abre á tiempo, aunque sea exprimiéndole, el agraz en sus niñas ó hiriéndolas con ofensivo acero de casos adversos!





CAPÍTULO III

Prosigue en la relajación de sus costumbres; peligros varios que corre su vida, con que Nuestro Señor solicita su enmienda.

Diferentes prisiones le ocasionaron sus valentías y travesuras por acompañarse de noche con otros mozos atrevidos y desenvueltos, haciendo pesadas burlas á la justicia cuando iba de ronda por la ciudad en las tinieblas de la noche, valiéndose dellas para poner en las calles tropiezos á sus ministros, donde se hacían los ojos con risa de los que desde barrera se estaban á la mira. Porque ya del todo desatento á su mayor obligación, insen-

sible á los azotes de su conciencia, no trataba de otro que de lo que el mundo llama y tiene por pasatiempo. Como si el tiempo no fuese para pasarlo y emplearlo en honestos y loables ejercicios. Desperdiciaba el suyo, antípoda de la naturaleza, en rondar y jugar de noche, en dormir y pasear holgazán y pisaverde de dia; en asistir á las fiestas; á las profanas, para aplaudirlas y autorizarlas, á las sagradas, para profanarlas con libres acciones y menos modestas vistas. Verdad es que por lo que presumía de valiente, acudia también á jugar las armas; todo era blasonar del arnés y publicar sus valentías; las más, soñadas, algunas verdaderas.

La Magestad de Dios que lo tenía escogido para más gloriosos empleos, no se descuidaba en dar al caballo desbocado algunas sofrenadas, en echarle acibar en lo dulce de sus deleites, en repetir golpes con el rebenque interior, que aunque hallaba ya hechos callos no dejaba de hacer ronchas y dar mucha pesadumbre. Experimentaba á despecho suyo que todos sus gustos tenían alegres entradas y tristes salidas, los principios dulces y los

dejos amargos. Prov. 14 *Extrema gaudij luctus occupat.* Esta experiencia le causaba gran confusión y profunda melancolía, llevaba en perpetua prensa el corazón, y abrumado con la carga destas penas, no buscaba, como debiera, el alivio en el arrepentimiento y descargo de sus culpas: antes apelaba con engaño de si mismo á la raiz y fuente de su dolor. Por este camino procuraba el Señor arrancarle de aquel mal estado, compasivo de su eterna perdición.

Obligado destas congojas, no cabiendo en su casa ni en toda la ciudad, salió un día á respirar en el campo. Subió á un cerro á ella vecino que enseñorea el convento de los Padres Franciscos Descalzos, y considerando la paz, la quietud, la seguridad y alegría con que vivían en aquel amable retiro los religiosos santos, empleándose de día y noche en las divinas alabanzas, hablando consigo mismo, decía con tierno sentimiento:

—Esta, sí, Antonio, que es vida bienaventurada, no ya de hombres, sino de ángeles; que la tuya no lo es sino de infelices é irracionales brutos, y no la has de llamar vida

sino muerte. Porque ¿cómo puede vivir quien vive sin Dios y lleva un infierno en el pecho?

¿Cómo puede sosegar quien trae atravesado en el corazón un estoque? Espada de dos filos es el cuidado de la suerte que te ha de caber; ó pena eterna ó gloria eterna.

Sobre duras tablas amortajados en tosca y áspera jerga, duermen dulcemente estos siervos de Dios, que le tienen por amigo. ¿Cómo no te ha de robar á tí el sueño saber de cierto, que con tu rota vida lo tienes por enemigo declarado? Claro está que viviendo en desgracia suya, por muchos amigos que te bandeen, por más risueña y propicia que se te muestre la fortuna, no has de alcanzar una hora de placer.

Veníanle aquí de tropel á la memoria, para dar nuevas vueltas al garrote de su tormento, desastrados sucesos de algunos camaradas y confidentes suyos, y las muertes súbitas y sin confesión, ó con ella muy aprisa, con que fueron arrebatados al tribunal divino, y venía á temer no saltase á su casa el fuego que había abrasado las de los vecinos.

Todos estos eran toques de la mano de Dios y él siempre mas sordo que el áspid; más terco y duro que un ayunque. Era ya como perro de herrero que le concilian el sueño las martilladas. Si á tanto estruendo despertaba alguna vez, era para volverse del otro lado; para buscar nuevos entretenimientos con qué divertir y ahuyentar aquellos pensamientos santos. En cierta ocasión le pareció que con alientos de clarín le decían al oído:

—¿Hasta cuando, hasta cuando han de durar estas locuras?

Y que él respondía:

—Hasta los cuarenta años, que entonces o prometo ser fraile lego de San Francisco hacer rigurosa y ejemplar penitencia de mis ecados.

Allí lo baldonan de loco, y la respuesta que a no lo acredita de cuerdo. ¿Porque qué esatino mayor que prometerse tantos años, uien no tiene un instante de vida seguro? on estas engañosas esperanzas iba de día n día dilatando la enmienda, y dejaba de licar á sus males socorrido remedio.

Palabras suyas son las que se siguen:

«Una noche lo cogieron solo en una casa, »y fué ventura no matarlo á estocadas. Es»capó con tres heridas en el lado del corazón, »que á penetrar un poco más, bajara por la »posta al infierno.»

Curáronse las heridas del cuerpo, no las mortales del alma, por la mala disposición del doliente; tal, que se viño á tener compasión de la poca piedad con que en sus remordimientos lo celeaba su mala conciencia y envidia grande á los que condenados á su misma galera, asidos con las mismas prisiones á los bancos de su crujía, falsamente se imaginaban exentos del rebenque de aquel comitre cruelísimo. Pero llegando á trabar amistad mas estrecha con los que en sus vicios ostentaban el semblante más pacífico, alegre y sereno, y parando mientes con reflexión hallólos en lo exterior joviales, en lo interior desesperados, por mal sufridos en los mismos azotes.

Otra vez que apretado de aquestas congojas volvió á desahogarse en la cima del cerro sobredicho, con la vista por mar y tierra

del dilatado hemisferio de la ciudad y de sus hermosos países, le dió segunda batería con más apretado cerco, aquella primera ilustración, que con la vista de la seráfica descalced lo tiraba suavemente á mejorar la vida.

Vínole al pensamiento, si acaso entre tanta flor de nobleza cuanta dentro de sus muros encierra Lima, entre tantos mercaderes ricos y señores poderosos, habría alguno cabalmente contento con su fortuna, que gozase sus beneficios sin pensión, su soberanía y libertad sin feudo de servidumbre, su lustre sin lastre, sus lucimientos sin sombra, sin menguante, sin eclipses; sus riquezas sin desvelo, y que viento en popa, sin temor de corsarios y ocultos bajíos, navegase el piélago de sus deleites.

Solo un caballero se le ofreció á su fantaía con ese lleno de felicidad. Porque le paecía que la naturaleza había amontonado n él en grado eminente tantas prendas, que ada una bastaba á hacerlo esclarecido. Gaardo entendimiento, gentil disposición, noleza de sangre, gran valor de ánimo y fuer-

zas de cuerpo, agilidad y destreza en jugar las armas, robustísima salud. A esto se añadía el opulento patrimonio, muchos juros y dilatadas posesiones, número de esclavos, lucimiento de criados, palacio suntuoso y alhajado á toda ostentación, amado de toda la ciudad, que cuando en uno de sus caballos ruaba por ella, se llevaba tras sí los ojos y afectos de todos. ¿Qué le falta á este caballero, decía, para ser cumplidamente dichoso?

Y si este no lo es, digo que nadie puede serlo en el mundo. Aquí volvió á pulsarle el corazón, si no la envidia del bien ajeno, que no decía con su generosidad, si algún pesar de que en dotarlo y enriquecerlo á él no hubiesen echado el resto la naturaleza y su autor.

Ocupada con estos desvaneos la fantasía, bajó de su Tabor ó Calvario, y entrando en Lima, el primero con quien topó fué aquel caballero que él había ideado tan feliz, porque no lo tenía tratado ni conocido. Cuando lo vió en su caballo hermoso, asistido de criados con vistosas libreas, confirmose en

el concepto que había formado de su buena ventura. Pero llegando á comunicar con un amigo este su juicio, no sin disposición del cielo, aquél, que era hombre cuerdo y muy cristiano, viéndole tan enamorado de aquella fantástica representación de gloria secular, para desamorarlo della, y que estuviese lejos de envidiarla, le dió á entender cuán engañado vivía. Porque le hacía saber que conocía muy bien á aquel caballero, que tenía franca entrada en su casa y noticias de lo que pasaba en ella y muy individuales de su persona. Que está lleno de diversos hipócritas el mundo; no son solos los que engañan con palideces de rostro, con rosario al cuello y especie de santidad. Otros sepulcros hay por fuera blanqueados, por adentro llenos de cuerpos muertos. Que es necesario desmentir la vista y creer que no es todo oro lo que reluce. Que se acordase de lo que Séneca dijo de personajes semejantes: *Istorum omnium, quos incidere altos videx, bracteata felicitas est. Inspice & vide sub hac boni specie quamtum mali lateat.* No es sólida plata la felicidad destos caballeros que

más descuellan en las Cortes; ojuelas delicadas son, que tal vez cubren leños carcomidos. Manzanas de Sodoma en lo exterior de lindo ver; en lo interior, cisco y ceniza.

Que entendiese que aquel caballero que se le pintaba objeto de la envidia, podía serlo de la compasión, porque padecía ocultas y asquerosas enfermedades, acribillado de llagas, cuya hediondez él mismo no podía sufrir; con dolores contínuos y agudos de pecho encancerado; en cada brazo su fuente. Que para divertir su melancolía buscaba alivio á sus males en las salidas con toda aquella ostentación y en el recurso á los paseos y conversación con otros caballeros amigos. Creyó Antonio que se burlaba quien este informe le hacía; y tomándolo nuevo de sus mismos domésticos, halló que aquel había quedado corto en el suyo. Y aunque deste suceso salió algo compungido y más desengañado de lo poco que se debe fiar de las mayores glorias del mundo, y que á sola la virtud tiene Dios vinculado el verdadero contento.

No obstante este claro conocimiento, pudo lamentarse con el apostol. Rom, 7. *Non enim quod volo bonum hoc ago; sed, quod odi malum illud facio* y con otro no tan santo, *Video meliora, proboque, deteriora sequor*. Tan tiranizado sentía el libre albedrío con la costumbre en sus vicios, que se había ya hecho naturaleza particularmente con el deshonesto.

Hacia más ardua su conversión el retiro de la frecuencia de los Sacramentos, pues rectifica que en tres años no llegó al de la confesión y cortados estos arcaduces por donde á Betulia le entraba el agua, claro está que había de dar la plaza por suya al enemigo. De la buena educación de su niñez solo le quedó el oir misa cada día, procurando fuese en el altar de Nuestra Señora, á quien también rezaba el Rosario, esperando siempre que mediante esta devoción había de arrancar del atolladero de sus pecados.

Iba la misericordia del Señor asistida de su justicia, apretando el cerco y reforzando la batería con el temor de los peligros de

muerte, temporal y eterna, que cada día evadía de milagro. Cierto caballero, que con siniestra información de algún malsín, se dió por gravemente ofendido de nuestro Antonio, trató de despicarse como valiente, cuerpo á cuerpo; y como le constaba que no era cobarde aquel con quien había de sacar la espada, previno á un esclavo de buenos pulsos que le guardase las espaldas.

Acometióle con brio, pero como lo apadrinaban su inocencia y la razón, portóse tan valeroso, que al contrario lo dejó en tierra mal herido, y cerrando con el esclavo, se le escapó por piés. Aunque la defensa fué tan justificada, ocasionóle muchas inquietudes y parte de su hacienda el componer la pendencia.

En otros muchos riesgos se vió, nacidos de las pasadas burlas que hacía á los ciudadanos, cinco de los cuales, reduciéndolas á veras de lesa reputación, se resolvieron de quitarle la vida. Pusiéronle sus espías, y una noche, que más descuidado rondaba con otro amigo, le embistieron de repente; y aunque el compañero se retiró, reconociendo venta-

jas en la cuadrilla, solo Antonio, con bravo denuedo, les hizo á todos cinco frente, y heridos á estocadas unos, quedándolo él también, los otros se retiraron á una casa vecina persuadidos que lo dejaban muerto. Echó mano de él la justicia y metiólo en estrecha prisión, y siempre rebelde á las divinas inspiraciones, siempre terco y endurecido en su mal estado.





CAPÍTULO IV

De otros peligros grandes de que lo libró la Providencia Divina, y desastradas muertes de algunos amigos suyos.

Bien pudiera darle el Apostol á nuestro Antonio aquella amorosa queja de su Carta á los romanos, 2. *Andivitias bonitatis eius & patientiœ, & longanimitatis contemnis? Ignorat, quoniam benignitas Dei ad pœnitentiam te adducit?* ¿Es posible, en hombre de buen entendimiento, y de natural no malo, tal descortesía con Dios, tanto desprecio de su bondad, de su paciencia, de su longanimidad? ¿Es posible, Antonio mío, que no reparáis en lo que Su Majestad con tanta es-

pera y benignidad de vos pretende, que es traeros á penitencia temporal de vuestras culpas por no verse obligado á dárosla en el infierno con eternas penas? Nada de eso vé porque lo tienen ciego; nada oye, porque sordo sus pasiones.

Él en sus desafueros con descortés porfía, y Dios en sufrirlos con tesón de tan admirable paciencia. Mas ¿qué fruto se promete de tanto disimular con quien tan poco se lo merece?

El mismo Pablo lo dice y me dará licencia para que yo piadosamente lo discurra, por ventura algo diferente de lo que el santo apóstol pretendió. Rom. 9. *Sustinuit in multa patientia vasairæ, apta in interitum ut ostenderet divitias gloriæ suæ in vasa misericordiæ, quæ præparavit in gloriam.* ¿Qué maravilla que tenga tanta espera con este vaso de ira, si lo tiene predestinado para vaso de elección? No es mucho haga alarde de las riquezas de su propiedad y las gaste liberalmente en defender la vida de quien presto ha de emplear toda la suya en solicitar su mayor gloria? Así como los abismos de maldad

se van llamando unos á otros, así también los de la divina misericordia que sobrepuja infinitamente á la humana malicia. *Avyssus Avyssum invocat.*

Iba esta con nuevas travesuras irritando nuevos contrarios, tres de los cuales buscaron ocasión para ejecutar en él lo que no pudieron los cinco. Aguardáronlo á traición á la vuelta de una esquina con las espadas desnudas, y sin darle lugar para que él requiriera la suya, le dieron una estocada que de parte á parte le traspasó todo el cuerpo. No perdió el ánimo por verse mal herido, antes cobrándolo nuevo con la vista de su sangre, acometió á los tres; derribó luego al uno, y siguiendo á los dos el alcance, le echaron como á irritado toro las capas para que se embarazase en ellas. Recogiólas para testimonio de su valor, y llevólas á su casa, donde entró arrojando gran copia de sangre por las dos bocas de la herida. Vino el cirujano, y como no tocaba en el arca, dijo que no era de peligro, con que salió Antonio de cuidado; mayor se lo daban las llagas de su alma y el ver que con tantos avisos del cie-

lo nunca trataba de su cura y remedio. La bondad de Dios asida siempre á sus aldabas y él, villano, dándole siempre con las puertas en los ojos. A competencia andan una impiedad humana con una divina piedad; no dejará esta de quedar señora del campo.

Dos casos harto trágicos le sucedieron en breve tiempo, fué el primero que estando preso un esclavo por rebelde y atrevido á su señor, habiéndolo azotado crudamente por justicia, dió esta orden que se restituyese á su dueño, juzgando que con aquel castigo quedaría más obediente y morigerado. No fué así, sino que pareciéndole que la vida en servidumbre era mayor mal que la misma muerte, arrebatado de un infernal corage, resolvió de perpetrar delito que la mereciese y este fué quitar desesperado la vida al primero que en saliendo de la carcel, se le pusiese delante, sin distinción de personas.

El primero con quien encontró fué nuestro Antonio, bien descuidado de tan fiera alevosía. Parose á mirarlo el negro esclavo con resolución de acometerlo, cuando por especial providencia que el cielo tenía de su

vida, volvió el agresor los ojos á otro hombre que estaba de rodillas con mucha devoción y más descuido en el soportal de una iglesia vecina. Encaminóse á él y con muchas puñaladas le acabó la vida. Fué preso de nuevo y llevado á la horca, remató con su esclavitud si ya no la comenzó nueva y eterna en el infierno. Por lo que el reo confesó, entendió Antonio el riesgo que su vida había corrido; y que si él fuera el desdichado, no solamente lo fuera en tiempo, sino también en eternidad. Pero no hizo más mella este golpe en su empedernido corazón que bala de algodón en muro de diamante.

El segundo caso fué aún más temeroso, y lo pondré con sus mismas palabras. Dice así: «Afligiole, no poco tiempo, mucho, un aviso de Dios, que lo traía muy atormentado. Sentía interiormente que lo habían de matar de repente y sin confesión. Y el modo que se le representaba era: que pasando por la calle habían de tirarle de una casa una piedra, y con ella le habían de quitar la vida, y así cuando iba solo iba por medio de la calle; cuando acompañado, ponía al com-

pañero al lado de donde temía el peligro.

Habiendo gastado una noche en una gravísima ofensa de Dios, y paseando muy contento, acompañado de los que le habían guardado las espaldas, súbitamente lo asaltó una vehementísima imaginación, que Dios estaba muy indignado contra él. Pareciale ver á Cristo en el aire sobre él, que alzaba la mano para castigarlo, amenazándole con muerte desasirada y repentina; y aunque hacía el esfuerzo posible para sacudir de sí tan congojoso pensamiento, como era aviso de Dios y concepto suyo, que había dado al alma, no podía desecharlo; antes se iba apoderando della con tanta fuerza que le faltaban todas las suyas para resistirse, y que nuestro Señor le flechaba agudas saetas, cuyos golpes sentía. Conoció que todo esto era en orden á su enmienda y á que se acogiese luego á la religión é hiciese penitencia; sentíase compelido á ello como á último remedio de sus males. Pero su flaqueza era tan grande, y su voluntad tan habituada y rendida á lo malo, que aunque aquellos sobresaltos engendraban propósi-

tos de corregirse, no nacían tanto de amor de la virtud cuanto del deseo de evitar las pesadumbres en que se hallaba. Luchando iba con estos pensamientos, tan absorto en ellos, que no atendía á lo que sus compañeros hablaban, cuando uno de ellos tropezó en un cuerpo muerto y avisó á los demás, que con la oscuridad de la noche no pudieron verlo. Aquí fué su mayor agonía y sentimiento, porque era de un íntimo amigo suyo, que una hora antes se había apartado dellos. Apoderóse del corazón una tristeza terrible, juzgándose ya muerto á manos de la divina justicia. Apresuraron el paso por no encontrarse con la ronda, y se les achacase aquella muerte. El no temía la de la tierra, sino la del cielo, que le parecía lo llevaba ya preso para dar con él en la cárcel del infierno.

»Aunque todos temblando, cada uno con su miedo, y Antonio con mayor, llegaron salvos á sus casas. Trató luego de dormir, buscando en el sueño suspensión de sus penas con la de los sentidos. Pero añade que aun este no fué poderoso para darle alivio,

porque en solas tres horas que durmió, con la memoria del muerto se le representó tan al vivo la ira de Dios, que despertó bañado de un trasudor frío, y no pudiendo reposar, se levantó, y medio vestido, volvió á las dos de la noche á donde habían dejado el cadáver, aunque el puesto estaba harto distante de su casa. Pero ya halló que lo habían llevado. Volvió á su retiro, acudiendo para su consuelo, como á Sagrada áncora, á la sacratísima Vírgen, representándole, para obligarla, los deseos que en la niñez había tenido de servirla. Nada fué bastante para que acabase de rendir las armas ni poner en ejecución las inspiraciones divinas.





CAPITULO V

Resuélvese en seguir la milicia para engañar los remodimientos de su conciencia y entregarse á los vicios con más desahogo y libertad.

—

Antojósele eficaz contraveneno de las angustias interiores que tanto lo molestaban, seguir la vida militar. Con estruendo de pífaros y atambores, engañaban los sacerdotes de los ídolos á los pobres padres, porque no penasen oyendo los llantos de sus inocentes hijos, que sacrificaban en las aras de sus falsos dioses.

Así se persuadió Antonio que había de divertir sus penas al ruído de las cajas del sonoroso parche, á los truenos de los mosque-

tes y piezas de artillería. En todos estados hay harto que llorar, en este siglo infeliz la rotura de las cristianas costumbres; pero sin duda que su mayor desgarro se lamenta en la Milicia. Parece que las armas más se fraguaron para defender los vicios que los reinos, más para dilatarles á aquellos su libre jurisdicción, que á los reyes sus señoríos. ¿Qué maldades no se perpetran ó se permiten en la guerra? Aun lo que fuera della es pecado gravísimo, en ella pasa por virtud, como pondera el gran Cipriano: *Homicidium, cum admittumt singuli, crimen est; virtus vocatur cum publice geritur.* Lo que en tiempo de paz es detestable crueldad, en las campañas es valor; lo que allí traición, aquí estratagema, lo que allí latrocinio, aquí saco. Todo es uno, arbolar banderas y erigir sagrados á gente facinerosa, que toda halla acogida en aquellas como en ciudades de refugio.

No lo ignoraba Antonio, cuando para ser vicioso desgarrado, sin temor de Dios y sin respeto del mundo se acogió á la milicia. Persuadido sin duda que entre la libre sol-

dadesca gozaría exención de aquellos cuidados, que ni le dejaban reposar de día ni dormir de noche, como si no llevara consigo su mala conciencia, si ya no decimos que ni buena ni mala se halla entre gente de guerra. No la buena, porque es ajustada á las leyes divinas, que allí no se guardan; no la mala, porque no hay quien sienta sus remordimientos. Si no creyó esto Antonio, esperó por lo menos que tendría más ocasiones de ostentar su valor; y que por las armas alcanzaría nuevos honores con que ilustrar su casa y hacer famoso en el mundo su nombre; aunque lo más verosímil es que uno y otro fin lo movieron á hacerse soldado, pues ambos eran medios para acallar sus miedos y desahogar de sus penas el angustiado corazón. Presto olvida los escrúpulos el que se engolfa en pretensiones de honras y puestos lucidos. Porque la ambición no deja al ambicioso un solo instante libre para pensar en otro que en subir, en descollar, en valer y más valer.

Resuelto ya de seguir la milicia, juzgando que no medran en ella puños sin favores,

para que no le faltasen estos, pues le sobraban aquellos, fué luego á besar la mano al Excelentísimo señor conde de Monte-Rey, á la sazón virey y capitán general del Perú, y se le ofreció para servir á Su Majestad á expensas propias en el reino de Chile, donde es la guerra más viva y peligrosa, con los valientes araucanos, que tanto han dado que hacer á los españoles, y hoy tienen destruida gran parte de aquella provincia. Alabole su excelencia la resolución, estimole el servicio de militar sin sueldo, ofreció correría por su cuenta el galardón. Lo mismo hizo el gobernador de Chile, que se hallaba en Lima solicitando los socorros de su gobierno. A los diecinueve años de su edad, asentó su plaza por dos años en la bandera de uno de los capitanes más valientes y de la más lucida y numerosa compañía.

Dióle el virey una provisión con licencia para que cumplidos sus plazos ninguno le embarazase la vuelta á su casa. Previno armas y ricos vestidos, saliendo á las reseñas con singular lucimiento. Y aunque algunas personas graves á quienes él debía mucho

respeto, procuraron disuadirle la jornada, pudo más con él el ejemplo de más de doscientos caballeros mozos, ricos y principales que con celo del servicio de Dios y del Rey, se habían alistado para aquella empresa, que siendo contra enemigos de la fé, no podía dejar de ser muy gloriosa.

Uno de los achaques de la mocedad es la facilidad grande con que se determina y se arrepiente. No hay pólipo que mude más colores. Era Antonio mozo, no hay que extrañar que dél adoleciese. Bien acaso encontró con un hombre principal y confidente suyo, que sabidor por su informe de sus designios, con fuerza de razones, sobre la grande de su autoridad, procuró que desistiese dellos, representándole su casa sin sucesión, la ruina de su hacienda, no quedando persona propia que cuidase della, y si muriese en la guerra había de deshacerse como la sal en el agua. Que los trabajos y peligros de la milicia son muchos, los premios pocos, ó porque tercia la muerte y los embarga, ó porque el valimiento se alza con ellos, y los da á los que menos los merecen. Que advirtiese que

el virey que le había prometido galardón, había de acabar su gobierno antes que él los dos años de su campaña, y que el sucesor olvidaría sus empeños. Que tendiese los ojos por las ciudades de aquel reino, cuando no quisiese fatigarlos con registrar las de España, y las hallaría pobladas de soldados viejos que habiendo servido leal y valerosamente muchos años, y arriesgado su vida, y derramado su sangre en cercos, en batallas, en asaltos é interpresas, tan olvidados y pobres, que para no morir de hambre habían de hacer recurso á las porterías de los conventos. Que lo que le importaba era quietarse, componer sus costumbres, y tomar modo de vivir, pues le habían dejado sus padres honrado patrimonio y no le faltaba caudal para adelantarlo. Tanto le supo decir, que le hizo mudar los intentos.

No se quietó del todo su bullicioso natural. Determinóse de trocar el viaje de Chile en el de Panamá, con los galeones que parten del Callao y traen las mercancías que los de España dejan en Puertobelo. Pero no comunicó este segundo viaje con quien le

había disuadido el primero. Dió parte á solos aquellos falsos amigos á quienes solía darla de sus liviandades, unos lo aplaudieron, otros lo condenaron. Angel sin duda fué para él de buen consejo, el que estando ya de leva los navíos para el puerto del Callao, le acordó los evidentes peligros á que se expone el que fía su vida de la inconstancia del mar y de los pesados reveses de los vientos. *Digitis a morte remotus quatuor, aut septem.* El de más robusta salud, de edad más florida, no dista más que cuatro ó siete dedos de la muerte, que es lo que tiene de grueso la tablazón del navío. Y por tanto, sería gran cordura prevenirse con una buena confesión, pues la experiencia enseña que los pecados de los navegantes echan muchos bajeles á pique. Pareciole bien este consejo, y fué principio de todo su bien.

La memoria de las pasadas tragedias suyas y de sus amigos, le ayudaron mucho á ponerlo en ejecución, persuadiendo lo mismo á otros camaradas que habían de hacer el mismo viaje. Hizo Antonio examen de los innumerables pecados que en aquellos

tres años había cometido; esforzóse con la divina gracia al arrepentimiento y propósito, y con esta disposición llegó á los piés de cierto religioso grave, que aunque lo recibió con agrado, pero por lo que el penitente le dijo, conoció que no había precedido suficiente examen, y que le faltaba la debida preparación, aconsejóle tomase más tiempo para examinarse y que le rogaba entendiese que esto no era rigor, sino celo de su salud, no negarle la absolución, sino dilatarla un poco para más asegurarle la gracia del Sacramento; que si no se recibe dignamente, la triaca de vida se vuelve veneno de muerte. Replicó Antonio que los bajeles estaban levadas áncoras para hacerse á la vela, y que no podía excusar el absolverle. Sin duda que el prudente confesor estaba cierto de que los navíos no partirían tan presto como decía el penitente, pues después de varias razones, lo desengañó que si no se preparaba mejor no podía absolverlo.

Sintió tanto esta santa libertad, que fué milagro no responderle con otra mayor atrevida suya, y no hacer allí nueva mate-

ria de absolución, perdiendo el respeto á Dios en su ministro. Encendióse en tanta cólera, que dice él mismo, hablando, como suele, de tercera persona: «Salió enfurecido »y desesperado; y atizando el demonio el »fuego de su ira, se determinó de no volver »al confesor ni confesarse más en toda su vida.» ¡Qué baldones no granizó contra el pobre confesor, tratándolo de imprudente, de poco corazón y menguado caudal, mezquino en franquear á los pecadores los tesoros de la sangre de Cristo, siendo así que hacer barato della á tan mal dispuestos penitentes, no es liberalidad, sino culpable desperdicio del cual han de dar estrecha cuenta los confesores á Dios, pues no yendo los reos absueltos, quedan ellos por delincuentes en su oficio, condenados!

Aquí campeó insignemente y con alarde nuevo en favor de Antonio lo grande de la Divina misericordia, pues la usó con él como con otro Saulo, Act. 9. *Adhuc spirans minarum, & cœdis*, cuando menos lo merecía. Oyó el fugitivo de su remedio una voz que le decía, «Antonio, Antonio, vete á la

Compañía de Jesús, que allí te absolverán.» Oyó la voz de aquel Señor, que con sola ella saca de sus sepulcros á los muertos. Pero como el nuestro estaba hediondo, no ya de cuatro días, como en el suyo Lázaro, sino de tres años, con tantas losas acuestas cuantos eran los vicios en que yacía sepultado su corazón, necesario fué repetir las voces y esforzarlas en clamor. Volvió el rostro para ver quien le daba el buen consejo, y por el mismo caso que era bueno, lo tuvo por ilusión del oído. Pasó adelante ardiendo en llamas de indignación, y el Señor en seguimiento suyo, cual nos los pinta San Agustín artero de acuchillado. *Fugientis dorsa persequitur; faciem redeuntis illuminat.* Por todas partes le pone el asedio, por las espaldas con truenos de su poderosa voz, por frente con rayos de su luz divina.

Segundó aquella con el mismo aviso; pero como tenía el ánimo tan obstinado, no quiso darse por entendido; sucediéndole á Dios con él lo que al montero con el lobo que persigue, que cuanto más le grita tanto más huye. Por tan imaginación tuvo el lla-

mamiento segundo, como el primero. A la tercera voz fué la vencida, porque lo cortó de suerte que lo dejó inmoble. Entonces dió en la cuenta y entendió ser Dios el que le hablaba, ó algún angel en nombre suyo, que le dijo con toda claridad: «Anímate y »vuelve mañana y hallarás quién te absuel»va y consuele. ¿Quieres perder el trabajo »que has tomado en el examen de tus cul»pas y ponerte á riesgo de condenarte para »siempre?

Con este postrero asalto quedó la plaza rendida, y Antonio, del todo trocado con firme resolución de confesarse, en lo cual no halló ya las dificultades que solía, porque le pareció que uno como viento impetuoso le había barrido del entendimiento una densa nube que no le dejaba ver su peligro ni pesar los daños de su perdición. Llegó á su casa, y fué tal la alegría de su espíritu, que no pudo dormir en toda la noche. Muy larga se le hizo ésta, y no aguardó que llegase el día para acudir al Colegio de la Compañía de Jesús, cuyos religiosos, como no tienen á media noche coro, ma-

drugan mucho al ejercicio de la santa oración.

Unas veces hacía el rey David lo primero, *Media nocte surgebam ad confitendum tibi*; otras lo segundo. *In matutines meditabor in te.* Halló ya puntual al portero; pidióle un confesor, y hallólo tan á la mano como si muy avisado se lo tuviera prevenido; tan docto, tan santo, tan prudente y apacible, cuanto requería la necesidad extrema del penitente. Informóse primero del estado de su vida, oyóle con admiración las maravillas que Dios había obrado para traerlo á penitencia, y luego la muchedumbre y variedad de sus pecados. Juzgó que con mucho fundamento había dudado el primer confesor de la suficiencia de su examen, porque en tanta diversidad de malezas, tan profundamente arraigadas en el alma, había andado Antonio muy sobrepeine. Así se lo dijo amorosamente, volviendo por el crédito del que le habia negado la absolución.

Añadió que si la embarcación daba mucha prisa y era forzoso lance exponerse á los

peligros del mar, él se la concedería con mucho gusto. Pero si aquella daba tiempo, era de parecer que gastase alguno más en repasar su vida y su conciencia. Que cuando el río corre turbio, la vista más lince no descubre peñascos en lo hondo de su cauce; y cuando claro alcanza á ver las más menudas chinas.

Que hasta entonces había vivido turbado y revuelto con la salida de madre de sus pasiones y avenidas de sus vicios, por donde no era maravilla se le hubiesen hurtado á la vista pecados muy graves, que ahora que se hallaba pacífico y sereno sacaría en limpio hasta las faltas más leves. Díjole esto con tan buen modo y con afecto tan de padre celoso de su bien, que lo abrazó todo sin repugnancia alguna.

Viéndolo ya más dócil y rendido, por haberle ganado con destreza el homenage de la voluntad, pasó á persuadirle que se dispusiese para una confesión general de toda la vida, con que echaría una red barredera y conseguiría la perfecta paz y quietud de su alma.

No se puede negar sino que á los desta sagrada religión les ha comunicado el Señor gracia especial para domesticar estas fieras, para reducir grandes pecadores y curar sus achaques más envejecidos.

Nunca las armadas salen del puerto para viajes largos y de importancia con la puntualidad que los príncipes mandan, que generales desean y los pilotos publican. Dijo bien un sabio: *Navis & mulier dum comuntur, dum poliuntur annus est.* Hay mucho que hacer en componer una nave; en fletarla, en proveerla de bastimentos, de municiones, de armas y soldados, ó en cargarla de mercaderías, viene á ser lo mismo que plantar una ciudadela en el mar. Tiempo tuvo Antonio para examinar despacio toda su vida y disponerse á una sincera consión general, la cual hizo con tantas muestras de sentimiento y tanta copia de lágrimas que dejó igualmente edificado y consolado al confesor. Y él lo quedó de suerte, que pudo decir con el rey David. *Conscidisti saccum meum & circunde distime lœtitia.*

Con un cuchillo de dolor hizo pedazos el cilicio ó sambenito de pecador, con que entró en su casa la paz y alegría de la buena conciencia, que della habían desterrado los vicios.





CAPITULO VI

Continúa la frecuencia de Sacramentos, entabla una vida muy penitente, y llámalo Dios para la Compañía de Jesús.

—

No es cosa nueva para el pastor por excelencia bueno, fatigarse en busca de la oveja descarriada y habiéndola hallado, cargarla sobre sus hombros y volverla gozoso á sus apriscos, pidiendo para sí los parabienes que debieran darse á ella de su buena ventura.

Muy hecho está el celestial Padre á recibir con los brazos abiertos y banquetes de fiesta á los pródigos que se le fueron de casa con desprecio de su gracia y agravio de su amor. Así lo hizo con nuestro

Antonio, perdonándole generoso en el Sacramento de la penitencia todas sus pasadas travesuras y regalándolo en el del altar con su cuerpo y sangre. El cual agradecido á tantas finezas de su divina misericordia, hallándose ya otro hombre en paz del alma, quietud del corazón, serenidad de la conciencia y con aquel gozo cumplido y leal que hallar no pudo en las criaturas, desde luego se dió por obligado á consagrarse con todas sus fuerzas al servicio de Dios, como si con él solo hablara el Apóstol, Rom. 6. *Sicut enim exhibuistis membra vestra servire immunditiæ, & iniquitati ad iniquitatem, ita nunc exhibete membra vestra servire justitiæ in sanctificationem.* Bien podemos decir que hasta aquí no hizo más que estercolar el campo que cultivado del divino Labrador, había de rendir copiosísimas mieses, sobreabundando la gracia donde abundaron los delitos.

Hizo firmísima resolución de mudar la vida y el estado, y soldar sus quiebras con penitencias rigurosas y largas horas cada día de atenta y fervorosa oración.

Ayudóle mucho al cumplimiento destos santos propósitos lo que le sucedió con el P. Gonzalo Suárez, de la misma Compañía. Fué este Padre sujeto muy insigne, religioso espejo de perfección, gran maestro de espiritu, á quien entre otros muchos dones había comunicado el Señor uno muy especial de reducir á camino de salvación y guiar por él á los mozos más extraviados y divertidos. Varón verdaderamente apostólico, de quien testifica en su libro nuestro P. Antonio Ruiz que en el año de 1644, le dijo doña Luisa Melgarejo, señora bien conocida en Lima por su gran santidad y ejemplarísima vida, que lo había visto en el cielo con otros muchos de la Compañía, muy adelantado en gloria.

«Víle, dijo, con aventajada gloria á los de»más. Estaba, á nuestro modo de decir, »como un santo de oro todo, transparente »como el cristal.»

Este es el oro más corriente en aquella corte soberana. Apoc. 21. *Aurum mundum simile vitro mundo.* Esto le dijo á nuestro Padre Antonio una vez entre otras muchas

que la oyó de penitencia. Con que quedará más calificado el testimonio de dicho Padre Gonzalo Suárez. El cual viendo que Antonio acudia cada noche á la disciplina, estilo santo que se observa en aquel colegio de la Compañía de Jesús, con harto concurso de disciplinantes, tuvo interiores impulsos de hablarle y para este fin salió algunas veces á la portería en busca suya. Topó finalmente con él y le dijo:

—Sepa, hijo mío, que ha dos años que vivo con particular deseo de comunicarle.

Juzgó Antonio que sin duda se equivocaba el P. Gonzalo en la persona, y maravillado le dijo:

—¿A mí, Padre?

—Sí; y para que entienda que le digo verdad, acuérdese que en tal calle, el año pasado hizo tal acción. Refirióle algunas otras que en los dos años antecedentes le habíanotado, y añadió: Entienda que en todo este tiempo he deseado verle para decirle que Dios se quiere servir de su persona para algún negocio de grande importancia y servicio suyo. Lo que le ruego es que nos vea-

mos y hablemos frecuentemente. Otras cosas le dijo con tal cortesía y humanidad, en que el P. Gonzalo era eminente, que le cautivó la voluntad, y de allí adelante él tenía buen cuidado de ir en busca suya y pasar con él largos ratos en santa conversación.

El día siguiente fué á oir misa en el convento de San Francisco, como solía los demás, en la capilla de la Purísima Concepción. Había olvidado el rosario y rezólo por los dedos. Formó escrúpulo y pidió perdón deste tan leve descuido á la reina del cielo. Aquí oyó que la imagen de bulto que estaba en el altar, le dijo:

—No tengas pena, que yo te daré presto rosario.

Extrañó el favor tanto más cuanto menos merecido lo tenía. Y con esta profunda humildad y conocimiento de su bajeza, mereció un consuelo interior muy diferente de los pasados del mundo, al cual se siguió un vivo deseo de renunciar para siempre los vicios y hacer estrechísima amistad con la virtud, particularmente con la castidad, cuya hermosura se le representó y quedó tan ena-

morado della, que quiso luego obligarse con voto á guardarla. Pero temiendo su flaqueza contentóse por entonces con propósitos firmes de conservarla ilesa lo restante de su vida, como la conservó con ayuda del cielo.

Asimismo al dulce son de aquellas palabras que la Vírgen le dijo, parece que se le infundió una cordial devoción al santo Rosario, que contínuamente traía consigo, rezándole con mucha frecuencia, y sus cuentas le servían de balas contra el demonio, que nùnca dejaba de hacerle guerra, revocándole á la imaginación los divertimientos de la vida pasada, y persuadiéndole que no podría vivir sin ellos. Este mismo día por la tarde fué á la Compañía á ver á su padre Gonzalo, que lo recibió con la cara de risa, y con estas palabras en la boca:

—Sepa, Sr. Antonio Ruíz, que hoy me ha dado un Padre un Rosario muy lindo, y así como lo recibí, se lo dediqué á v. m.; tómelo y seame muy devoto de la Santísima Vírgen.

Recibiólo con acción de gracias, y dijo que aquella misma mañana le había prome-

tido la misma Vírgen aquel Rosario, y que le había cumplido fidelísimamente su palabra; y le contó lo que le había sucedido; de lo que el Padre recibió grande consuelo.

Al paso que él se iba declarando en favor de la virtud, iba el demonio reforzando sus baterías. ¿Cómo puedes, le decía, á ley de hombre de bien, negarte al trato y correspondencia de tus más leales amigos? Pues mal podrás corresponderles si no acudes, como solías, á entretenerte con ellos. Satirizarante en sus corrillos, de zafio y descortés, de beatón y aturdido y no faltará quien te condene á un sayo verde y jaula del hospital. Por otra parte le pintaba en la imaginación con vivos colores hermosuras varias y halagüeñas en que solían cebarse sus torpes aficiones con tal vehemencia, que venía á hallarse sin fuerzas para resistir. Y cierto es que fueran flacas las suyas, si en esta peligrosa pelea no le asistiera la divina gracia con otro cerco de luz celestial, á la cual conocía claramente la hipocresía y poca seguridad de aquellos gustos perecederos, y luego hacía tránsito á su solidez y

duración perpétua de los eternos. Ya hacía reparo de la losa de un sepulcro, acordándose de lo que había de ser dél en él; ya se acogía al sagrado del Tribunal de Dios, considerando la rigurosa cuenta que en él se toma. Ya se hundía en el infierno, que con sus pecados tenía bien merecido, y de allí sacaba armas de fuego para resistir á su contrario. Ya se abrigaba en las llagas de Cristo bañándose con su preciosísima sangre; y le parecía execrable maldad vender por un sucio deleite al demonio el alma, que el Señor rescató con sangre de valor infinito. Este era el modo que tenía de hacer sus defensas, para salir, como salía, siempre vencedor, y no era la menos eficaz la devoción de la Vírgen y recurso á su santo Rosario.

Acudiendo el miércoles de la semana Santa, como tenía de costumbre, á la disciplina, rebozóse con la capa por no ser conocido. Así entró por la portería, cuando un hermano, gran siervo de Dios, que sustituía en oficio de portero, le conoció á luz superior, sin verle la cara, y le dijo cómo él era recien

venido á aquel colegio, y que sola otra vez lo había visto de d a, y que al mismo punto que se careó con él le dió á entender Nuestro Señor que lo tenía escogido para una empresa de mucha gloria suya. Prosiguió en algunas razones consonantes á las que le había dicho el P. Gonzalo Suárez, y juzgó Antonio que sin duda había sido concierto entre los dos.

Despidióse del hermano y á pocos pasos encontró con el P. Suárez; dióle cuenta de lo que el portero le había dicho y del juicio que él había hecho. Pero el Padre le aseguró con toda verdad no había conferido aquella materia con dicho hermano, ni aun presumido que este pudiera conocerle, siendo tan nuevo en aquella ciudad y colegio. Pero advirtióle no despreciase aquellos avisos, pues por ventura la providencia divina, por medio dellos, lo quería conducir á donde de veras le sirviese.

Llegó la Páscua de flores, confesó y comulgó para cumplir con la parroquia, y juzgó que teniendo á Dios por amigo, podía ejecutar su viaje sin los peligros que en otro

tiempo. Aunque ya procuraba desasirse de los amigos, que había tenido por cómplices en sus tropiezos, con todo, para más disimular la mudanza de estado que trataba de hacer, y la iba madurando en su su pecho, dispensó en la amigable comunicación con algunos, pero presto experimentó el daño de una mala compañía, pues á pesar de tanto propósito y desengaño y avisos del cielo, se vió á pique de volver atrás en lo comenzado. Y fiando poco de sí mismo, cortó de raíz la correspondencia con todos. Muchos de los cuales convirtieron en odio el amor que antes le tenían; y uno, que era el más íntimo, sentido de verse despreciado le hizo algunos desaires. Pues en cualquier amor mal correspondido se verifica: *Ámor lœsus vertitur in furorem.*

El segundo día de Pascua de Resurreción resucitaron en su ánimo los deseos de volver á los estudios. No faltaron dificultades. La primera, la navegación que había de emprender dentro de breves días. La segunda y principal, hacérsele muy cuesta arriba á los diecinueve años la vuelta á pueriles ejer-

cicios, pareciéndole que había de ser la risa de sus amigos. Pero con la gracia del Señor atropelló el qué dirán y se hizo niño para entrar en el reino de los cielos. Y como habían revivido en su corazón los deseos de ser religioso Francisco, comenzó á ensayarse en las penitencias de la Orden. Castigaba el cuerpo con cilicios, con disciplinas y ayunos, que los más días eran á pan y agua, y solamente comía carne los domingos.





CAPÍTULO VII

Determina estudiar para ser religioso, sucesos raros con que Dios lo confirma en sus intentos; procura desvanecerlos el demonio.

Nadie quiere eficazmente el fin, que si están en su mano, no aplique luego los medios. A las luces con que Dios le ilustró el entendimiento, y a los impulsos que dió á su rebelde voluntad, hizo Antonio resolución de arrancar de los peligros del siglo, y acogerse al seguro puerto de la vida religiosa. Y no llamándolo Su Majestad para estado de lego, porque se quería servir dél en la dignidad de sacerdote, para llegar á serlo bien entendió que era fuerza el estudiar, y así se aplicó al estudio como si de él pendiera su

vida y su ser. Para lo uno y para lo otro le sirvieron de acicates algunos casos raros que sucedieron por este mismo tiempo. Fué uno la desastrada muerte de cierto caballero amigo suyo, noble, rico, alentado, y con todo extremo olvidado de sí mismo y divertido en liviandades de mozo. Ciego con la pasión de unos celos, sacó desafiado al campo á otro caballero de su calidad. Este, ó más venturoso ó más diestro en jugar las armas, al primer encuentro le envainó á su contrario por el corazón la espada, y lo dejó muerto sin confesión. Dichoso si espiró contrito, lo que alcanzan con dificultad hombres de estragada vida aun cuando en sus camas mueren más despacio.

Quedó toda la noche en campaña el cadáver, echáronlo de menos en su casa; buscáronlo y dieron en él.

Acudió Antonio compasivo al espectáculo y vió á su amigo tan desfigurado, que por el rostro no lo pudiera conocer. Veneró en Dios su recta justicia, y alabó la misericordia grande que con él habia usado. Ratificó supropósito de dar libelo de repudio al mun

do, y el tiempo que viviese en él vivir muy lejos dél con el corazón.

Era día de ayuno á pan y agua, en que no solía tomar la refección hasta la noche. Salió á la plaza melancólico y pensativo, recibiendo pésames como amigo suyo, de la desgracia del muerto, que le daba más pesadumbre que la hambre, que gustoso padecia en satisfacción de sus pecados. Sintió gran flaqueza y desmayo, y dél quiso valerse el demonio para ponerlo en tentación. Acordóle los regalados manjares con que solía deliciarse en otro tiempo. Representóle imposible á su delicada complexión perseverar en aquella aspereza de vida en que se había empeñado, y vino á condenarse imprudente en aquellos rigores. Pero no llegó á pronunciar la sentencia, porque de repente vió delante de sí un demonio de horrible figura; teníala de negro, como de edad de dieciseis años, hocico de fiero jabalí, centelleando los ojos; los pies y manos de zambo; la piel cerduda como la del oso, que le miró airado y enfurecido.

No se perdió de ánimo con la vista de

monstruo tan espantoso. Pero túvolo mayor cuando volviendo la suya á uno y otro lado vió al angel de su guarda que le asistía, para defenderle de aquella fiera. Sintióse revestido de nuevo valor para proseguir con la cruz que había cargado sobre sus hombros, y quedó entendido con esta visión que el demonio era el autor de su desmayo y flaqueza, ó para que dejase sus ayunos ó para que se compadeciese de su cuerpo, y con escrúpulo de ser homicida de sí mismo aflojase en el rigor de su penitencia.

Esperó aquel que había de desalentarlo en esta carrera con su formidable vista; pero más poderoso fué el santo angel para animarlo con la suya, con que cobró tales brios que luego renovó sus propósitos de hacer á la carne sangrienta guerra sin concederle un solo dia treguas de descanso, maltratándola con más rígidos y largos ayunos, con más ásperos cilicios, con disciplinas de sangre, con parco sueño sobre la tierra desnuda, y con otros mil géneros de martirios.

Dióse más á frecuentar Sacramentos, con conocido fruto de su espíritu. Entre otros

muchos y grandes favores que después de la Sagrada comunión recibió, uno fué el que cuenta por estas palabras:

«Dando gracias un dia, cuando más retirado y dentro de sí, sintió de repente á Nuestro Señor, con particular presencia, llenando su alma de bienes celestiales y comunicándole luces soberanas, que le incitaban á que hiciese perfecta entrega de si á este gran señor y que le ofreciese alguna cosa particular. Y considerando cuál podía ser la que más le mereciese el agrado de sus divinos ojos, sintió le decían que el voto de perpetua castidad, ofreciéndose á Dios en agradable sacrificio, por medio de la reina de los ángeles. Y aunque en otra ocasión la desconfianza de su flaqueza lo detuvo, en esta se halló tan animoso y confiado, que votó de guardar castidad perpétuamente, eligiendo por singular patrona á la Santísima Virgen. Gran medio la tierna devoción con María para conservar la pureza, que singularmente aseguran los devotos de su purísima Concepción, como enseñaba el Venerable Padre maestro Avila, apostol de Andalucía.

Para lograr mejor los deseos que tenía de aprovechar mucho en poco tiempo, en letras y virtud, sabiendo ya por propia experiencia que los mayores tropiezos y embarazos que ambos estudios tienen, nacen de la libertad de los licenciados estudiantes, se resolvió de cautivar la suya y estrenar la obediencia que había de profesar en la clausura de la religión. Pareciole muy á propósito el colegio de San Martín, cuyo gobierno está á cargo de los Padres de la Compañía de Jesús, que con estos Seminarios es grande el servicio que estos Padres hacen á Dios y beneficio á la República, venciendo los muchos enfados que consigo trae el trato y educación de los niños. Antes de tomar la beca quiso ver el orden y distribución del tiempo con que en él se vive, y las ayudas de costa que en la caridad y cuidado de aquellos, verdaderamente Padres y pedagogos, gozan los que á su sombra viven; el honrado tratamiento que se les hace, la policía que se les enseña, las ayudas de costa para la ciencia y virtud y las comodidades para la vida humana. Visitolo un día como hués-

ped, disimulando sus intentos; registrólo todo con curiosidad, tomó sus informes, y todo le pareció á pedir de boca para lo que él deseaba; pareciole haber entrado en un paraíso.

Consolóse más cuando vió entre los seminaristas á un mancebo principal, con quien había profesado amistad muy estrecha. El cual en los viajes de México y Panamá con empleos considerables había adquirido mucha hacienda. Habíalo hallado menos en la ciudad de Lima y no sabía el rumbo de vida que había tomado. Y así se alegró mucho cuando lo vió contento en aquel buen retiro, ocupado todo en ejercicios literarios y virtuosos; juzgó que no le podría estar mal á él lo que tan bien le estaba á su amigo; que nadie extrañaría hiciese él lo que todos alababan en aquel caballero tan noble y tan rico.

Quiso saber dél lo que le había movido para arrimar el trato, navegando con tan próspero viento. Respondiole como si le leyera lo interior, que todos ven los alhagos que hace el mundo á sus amantes necios

para engañarlos y detenerlos en su dura servidumbre; pero que no todos alcanzan á ver, ó ya se avergüenzan de confesar el mal tratamiento que les hace y las hieles que derrama sobre sus más sabrosos gustos; que para una onza de placer, tiene muchas arrobas de pesar, y á un día de bonanza siguen muchos de deshechas tormentas. Que huyendo dél y de sus embustes y traidoras caricias se habia acogido á aquel sagrado con ánimo de tomar desde allí el vuelo para ponerse en salvo en la religión. Así lo hizo, porque luego entró en la Compañía y se dió tanta prisa en sazonar, que en el mismo noviciado, con gran consuelo de su alma, lo llevó el Señor para sí. Sap. 4. *Consummatus in brevi, explevit tempora multa.*

El ejemplo de este mancebo, su felicísimo fin, puesto en balanza con el desastrado del otro amigo, le hicieron resolver la entrada en el Seminario venciendo el empacho y repugnancia en volver como niño á los rudimentos de la gramática. Dió luego cuenta de su deliberación á su querido P. Gonzalo Suárez, que se alegró mucho de ver la efi-

cacia que había dado el Señor á sus razones, y cumplídole los deseos que tuvo de ver á Antonio en el Seminario de San Martín, con que dió por cierta su entrada en la Compañía. Exhortole á que hiciese los ejercicios de San Ignacio, medio tan eficaz para hacer mella en pechos de bronce, cuanto cada día experimenta el mundo en milagrosas conversiones de los hombres más divertidos. Puso luego en ejecución el consejo de su maestro en una celda del colegio de San Pablo de la misma Compañía. Comenzó sus ejercicios á 20 de Mayo del año del Señor de 1605. Y las mercedes grandes que en ellos recibió, veremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO VIII

Hace los ejercicios de San Ignacio; llámalo Dios á la Compañía y le significa que quiere servirse dél en la provincia del Paraguay.

Con razón deseó el Espíritu Santo que los hombres de tanto tiempo como pródigos desperdician en vanidades del mundo y en adquirir bienes caducos y perecederos, empleasen siquiera algunos días en tratar del granjeo de los eternos, que no es bien que se alce con toda la vida la solicitud de las comodidades del cuerpo y que no haya un rato desocupado para solicitar las del alma. Deut. 32. *Unitam saperent, & intelligerent,*

ac novísima providerent. Ojalá los que con tanto ahinco pretenden adquirir fama y renombre de sábios, y con ese fin cursan universidades y se queman las cejas sobre los libros, llegasen á graduarse, ya que no de doctores y maestros, siquiera de discípulos en esta celestial sabiduría, que consiste en saberse el hombre salvar. *Et intelligerent*, y mostrasen en esto sus buenos entendimientos, pues desdice mucho dellos poner la voluntad en lo que tan poco dura, y retirarla de lo que ha de durar para siempre.

Para poner en ejecución este medio tan importante, le dictó el mismo Espíritu Santo al gloriosísimo patriarca San Ignacio aquel librito admirable de los *Ejercicios*, del cual podemos con veidad decir: *Magna gemma in parvo auro.* En poco oro engastada una perla peregrina, que no tiene estimación, una margarita preciosa con que se compra el reino de los cielos. Querellarse puede de nuestra tibieza el dulce Bernardo. *Tampio, tamque utile considerationis otio nullam in vita operamdare, nonne vitam perdere est?* Ciertamente que si el mundo

está perdido por falta de consideración, intolerable negligencia es la nuestra, cuando voluntariamente nos queremos perder por no consagrar siquiera ocho días, de trescientos sesenta y cinco que tiene el año, á ejercicios tan santos y provechosos, cuyo fruto veremos en los que hizo nuestro Antonio Ruiz con la mudanza de vida que se admira en cuantos los hacen en ambos Orbes.

En los cuatro primeros días, aunque trabajaba mucho en recoger los sentidos y quietar el ánimo para la atenta oración, eran tantas las distracciones que padecía de su veloz pensamiento, que hallaba la puerta cerrada para el trato con Dios. No podía formar composición de lugar, que es la que tiene presa la imaginación, ni sosegar en pie ni de rodillas, ni asentado, ni en otra postura alguna. No hallaba la deseada y necesaria quietud. Cuanto más fuerza hacía para recoger las potencias, tanto más se le derramaban, impacientes de ver en apremio su libertad. Sin pedirle licencia se le iban á las calles y plazas, á los concursos del pue-

blo, á la conversación con los amigos, los públicos entretenimientos y á otros paseos de más peligro. Intentaba á violencias meterla en freno, y entonces más insolentes y cerriles se le desbocaban. Que es muy difícil arriendar una fantasía muy acostumbrada á vivir al aire de sus antojos, y más cuando el demonio con la representación de objetos de su gusto la provoca y espolea, si ya el poder de la divina gracia no la reprime y domestica. Verdad es que en la parte superior del alma hallaba prontitud y fortaleza para sufrir esta pena, ajustándose en todo á la voluntad divina.

Al quinto día serenó el cielo, quietóse aquel alterado golfo, y comenzó la bonanza con una visión misteriosa, en que se vió acariciado y favorecido del Señor, con la elección que dél hizo para soldado de su santa Compañía. En dos partes hace memoria deste favor; en el libro de la *Conquista*, y en el de sus *Apuntamientos*. En aquel dice:

«Al cuarto día, temeroso de ponerse en oración, como si fuera á empuñar un remo, porque allí fuertemente lo apretaba el demo-

nio, excitándose á esperanza de algún sosiego espiritual, se sintió con deseos de orar; libre de pensamientos, el entendimiento claro, la voluntad bien afecta, y con asomos de algún consuelo; bien de repente se halló como en región extraña, y tan lejos y apartado de sí mismo, como si él no fuera. Aquí le mostraron un dilatado campo poblado de muchos gentiles, y algunos hombres que con las armas en las manos corrían tras dellos, y dándoles alcance les daban de palos, los maltrataban y herían, y cautivando á muchos dellos los ponían en grandes trabajos. Vió juntamente unos varones más resplandecientes que el sol, que aunque con vestiduras más blancas que la nieve, conoció ser los religiosos de la Compañía de Jesús, no por el color del hábito sino por cierta inteligencia que ilustró su entendimiento. Aquellos varones procuraban con todo conato arredrar á los que parecían demonios en traje de hombres; y todo hacía una viva representación del juicio final, como comunmente lo pintan. A los ángeles defendiendo las almas para conducirlas al cielo, y al demonio ofendiéndolas

para llevarlas al infierno. Vió que los de la Compañía hacían oficio de ángeles. Y con esta vista se encendió en un ardiente deseo de serles compañero en empleo tan honroso. Siguiose luego el ver á Cristo, Señor nuestro, que bajaba de lo alto vestido de una ropa rozagante, á modo de manteo, arrojado por debajo del brazo sobre sus hombros y llegándole el rostro á la llaga del costado, le puso la boca sobre ella, donde por buen rato bebió de un suavísimo licor que della salía, deleitando el gusto y el afecto sobre todo lo imaginable. Aquí entendió que Cristo Jesús, único regalo de las almas que se unen por amor con Su Majestad, lo escogía para la provincia de Paraguay, donde hay gran número de naciones gentiles, que solo esperaban oir las dichosas nuevas de las bodas del Cordero, imprimiéndole en su alma un ardiente deseo de emplearse todo en su conversión. Afirmó muchas veces al P. Francisco Diaz Taño, íntimo confidente suyo, misionero insigne de aquel gentilismo, que dos veces vino procurador á Europa, «que fué »tan divina la suavidad que sintió, que ha-

»biendo durado este regalo más de una hora, »le pareció que había pasado en un punto.» Trocósele aquí el despego y desamor que tenía á la Compañía en entrañable y tierno amor, cobrando grande estima de su santo instituto y ansias de pedir lo recibiesen en ella. Pero el alto concepto que había formado de sus apostólicos empleos, lo acobardó para que en muchos dias no descubriese sus deseos. Hasta que comunicándolos con un varón docto y santo, lo alentó á ponerlos en ejecución, encargándole que no diese cuenta de su llamamiento al Paraguay, dejándolo todo á la disposición de la Providencia divina. Guardó el consejo exactamente. Pero tal vez gusta el Señor que sus favores se manifiesten, y cuando el que los recibe dice Job. 12. *Sacramentum Regis abscondere, bonum est*; sabe Su Majestad manifestarlos por sí mismo, para mayor gloria suya y provecho nuestro.»

En el *Memorial* de sus *Apuntamientos*, refiriendo la misma vision, dice:

«El cuarto día por la tarde, se puso de rodillas con toda resignacion en la voluntad

divina, y firme propósito de perseverar, aunque fuesen dos meses, en ejercicios. Cuando de repente sintió que se le iban recogiendo los sentidos, y como adormecido, con grande suavidad y no poca admiracion suya, se le representaron todas las religiones, y á ninguna se sintió aficionado, ni aun á la de San Francisco, cuyo deseo había estado muy vivo hasta este punto, y para entrar en ella había resuelto el estudio. Vió á los de la Compañía y no los conoció por el hábito, porque traían vestiduras cándidas y transparentes, pero conociolos por especial ilustracion, y que lo transparente del vestido denotaba la caridad en descubrir á sus superiores las conciencias; lo blanco, la candidez de sus vidas. Significósele que era esta una de las religiones más agradables á Dios, así por la pureza sobredicha, como por el celo de la salvacion de las almas. Entonces sabía muy poco del instituto y reglas de la Compañía; pero después que las leyó, dió gracias á Nuestro Señor porque se las dió á conocer antes de profesarlas.» Después prosigue en referir la vision que narramos arriba.



CAPÍTULO IX

Entra en el Seminario de San Martín; ocúpase en el estudio de la gramática y no menos en el de la oración y mortificación; hace voto de ser de la santa Compañía de Jesús.

A los 28 de Mayo acabó sus espirituales ejercicios, y sin detenerse á otro negocio alguno, luego voló al Seminario de San Martín. Lo primero que hizo en habiéndole dado la beca, fué ir á la capilla de Nuestra Señora y ofrecerle como en sacrificio el trabajo de sus estudios, pues el fin único dellos era no lucirse él ni hacer prendas y méritos para honores del siglo, sino para emplearse más digna y fructuosamente en servicio de Dios

y suyo, y en defensa de la opinión pía de su inmaculada Concepción. Suplicole con tiernísimo y filial afecto se dignase de admitirlo en el número de sus hijos y de abrigarlo como madre piadosa al seno de su poderosa protección; ofreciole, para más obligarla, las primicias de sus estudios. Con el favor desta universal madre de la cristiana sabiduría, aprovechó tanto que en once meses, con admiración de sus maestros, llegó, precediendo riguroso examen, á la clase de retórica, jornada que á los niños de más agudo y despierto ingenio suele durarle tres y cuatro años, con que pudo cumplir su promesa, haciendo y recitando en público, con mucho aplauso, una elegante oración latina en alabanza de las virtudes de su Señora, con especial elogio de su profunda humildad.

Parecíale vivir en aquella casa como en un delicioso paraíso, por el orden y modestia con que en ella se vive, y por haber hallado allí la paz y quietud de su conciencia, por la que tanto tiempo había suspirado. Pidió luego le diesen el oficio de cuidar de los

enfermos, y lo ejercitó con toda humildad y caridad, asistiéndoles de noche como de día. Y porque no le faltase tiempo para dar rienda larga á su devoción, prevenía al alba, levantándose dos horas antes que la comunidad, gastándolas en atenta oración delante del Santísimo Sacramento, y con la luz que bebía en aquella fuente de divinos resplandores, igualmente aprovechaba en noticias de entendimiento que en ardores de voluntad.

De ocho en ocho días comulgaba y se detenía á dar gracias dos y tres horas. Guardaba dentro el Seminario grande recogimiento y nunca salía de casa sino los domingos á visitar y servir á los enfermos del hospital, lo que hacía con notable gusto, consuelo de aquellos y edificación de los enfermos y ministros.

En el discurso de la semana cada día tenía diputadas dos horas para la oración, y los domingos y fiestas cuatro y cinco. En solo esto no quería ajustarse con los de menor edad, pues el tiempo que estos gastan en lícitos entretenimientos, él empleaba en el

trato con Dios. Y al paso que él se disponía, Su Majestad lo regalaba con tan larga mano, que á ratos le parecía estar ya en el cielo.

Comparando estos gustos de su alma con los que en otro tiempo diligenció á su cuerpo, y que con tanto hipo solicitan á los suyos los amadores del mundo, decía con particular sentimiento. «¡Ah, pobres, y si supiésedes lo que perdéis y los bienes que »renunciáis por los verdaderos males de »vuestros apocados deleites!» Cuando el tedio le acometía ó el sueño le molestaba, acordábase luego de aquellas noches que desvelado pasar solía, sirviendo á sus apetitos y vanidades. Y con una santa indignación se decía á sí mismo: ¿Es posible, traidor, que no has de hacer por Dios y por lo eterno, lo que tan hacedero hallaste por el mundo y sus gustos? Con esta consideración se animaba á hacer todo cuanto podía sin perder ocasión ni instante de tiempo; tanto que aun el que gastaba en ir á las clases con las demás colegiales y en volver de ellas sin desplegar su boca lo empleaba

en hacer el examen de su conciencia ó en rezar otras devociones.

La memoria de su mala vida pasada le servía de lastre para navegar seguro y no dar al través con el viento de la presunción. Y para esto llevaba muy grabados en ella los castigos grandes que por sus culpas tenía muy bien merecidos, y lo traían tan humillado y confuso que si alguno lo alababa hacía extremos de sentimiento, y para alivio dél, no hallaba otro remedio que el recurso á la oración, donde amorosamente se quejaba del Señor porque permitía alabanzas á quien tan digno era de baldones y vituperios.

Con la opinión que su vida le granjeó presto de santo, yendo un día á las escuelas, un niño de tiernos años se llegó á él y le inclinó las rodillas, ó con ademán de besarle la mano, ó con deseo que le diese la bendición. Reparó el compañero y díjole: ¿Qué presagio es este, Antonio? Turbóse de suerte que no acertó á responderle.

En aquel, como noviciado, no aún de la profesión religiosa, sino de la cristiana per-

fección, ya Nuestro Señor le iba enseñando cómo y en qué había de mortificarse para adquirir la paz de su corazón y él sabía lograr las ocasiones, no ya como novicio, sino como anciano muy provecto. En una le presentaron unas manzanas sazonadas, hermosas y de mucha estimación por su singular grandeza. Resolvió de repartirlas entre los seminaristas; no lo pudo hacer tan prontamente, porque por ser día de asueto andaban esparcidos en honestos entretenimientos. Y como el mayor, antes el único de Antonio, era la oración, retiróse á su oratorio, que era la iglesia. Inquietóle el demonio con la memoria y codicia de sus manzanas, como tan hecho á vencer con ellas. Resistióse valientemente y propuso repartirlas sin gustarlas, como lo hizo; que para un mozo fué acto heróico de mortificación, pues nuestros primeros padres, por no haber hecho con una lo que Antonio con muchas, se perdieron y nos perdieron.

Quiso llevar adelante su abstinencia con el rigor con que la había comenzado, ayunando á pan y agua y comiendo no más

que una vez al día, y le sucedía pasar dos y tres días con solo una colación. Pero juzgando el confesor prudente que el ayuno tocaba en indiscreto y que podía impedir mayores bienes gastándole la salud, le mandó que lo moderase, como también en limitarle las cotidianas disciplinas y cilicios, en tres cada semana. Ya que no se le concedía martirizar con tantas asperezas como él quisiera á su cuerpo, ponía todo su cuidado en mortificar sus sentidos y las pasiones del alma. Y como no se lo había prohibido el confesor, ponía chinas ó balas para lastimarse caminando entre el zapato y el pie. Para todo le ayudaba mucho la contínua meditación de la Pasión de Cristo, que era su pan cotidiano. Con tal viveza se le representaba llagado al pensamiento, que cuando creía estar solo, con una dulce y oculta violencia era obligado á doblarle á cada paso la rodilla y hacerle profunda reverencia. Mas cuando en compañía de otros, contentábase con inclinarle la cabeza.

Para gozar más frecuentemente de la presencia de su amado Señor, visitaba al San-

tísimo siempre que podía, y no de día solamente, sino también á todas las horas de la noche. Encontrábale su rector, que á la sazón era el religiosísimo P. Joseph de Arriaga, que como no menos enamorado de Dios andaba en las mismas rondas. Alguna vez ya le mandaba se retirase á dormir; las más disimulaba y condescendía con su devoción. Antonio de allí adelante por no ser visto, conteníase en la clausura de su aposento, de donde puesto de rodillas hacia el Santísimo, penetraba con el afecto las paredes, y quedando lejos el cuerpo, se acercaba á venerarlo con toda el alma. De contado le pagaba el Señor estos cariños con el sabroso maná que llovía el cielo. Dando un día gracias después de la comunión se le ofreció lo de David: *Quid retribuam Domino, pro omnibus quœ retribuit mihi?* Deseó retornar con algún grato obsequio, y no hallando por entonces otro que le pareciese más agradable, hizo voto de entrar en la Compañía de Jesús, suplicando humildemente al Señor facilitase su entrada, pues él era tal que habría muchas dificultades en admitirle.

Bien se deja entender que lo sentía así, pues considerando una vez la alteza de su instituto y lo que el Señor le había declarado de cuán aceptos le eran sus ministerios, y la inculpable vida de ios hijos de Ignacio, volviendo la vista á los desafueros de su juventud, comenzó á deshacerse en lágrimas, juzgando que él no podía ser á propósito para estado de tanta pureza y perfección. En medio de este desmayo lo alentó una voz interior que le decia: «No te dé eso pena, que te recibirán, y con mucho gusto.» Otro día, pensando en las palabras sobredichas, se dió ya por recibido en la Compañía; pero aguóle este contento la duda y cuidado si perseveraría en ella. Oyó esta voz de mayor consuelo:

«Si perseverarás y morirás en ella.»

Con esta paz vivía favorecido del cielo en su seminario, cuando el demonio, envidioso de tanta bonanza, y de lo que aquel bajel se adelantaba con tanto viento en popa, revolvió los mares y le armó una no temida tempestad para echarlo á pique, y fué necesario recorrer, como solía, á la oración: *Do-*

mine salva nos, perimus, y reforzarla con más ásperas penitencias.

Descubriéronse en aquel tiempo las islas que llaman de Salomón y para su conquista se aprestaban navíos y gente de guerra. Alistose para esta jornada un grande amigo de Antonio, y cuando más empeñado en ella y en deseos de hacer aquel servicio á su rey, llamado del rey de los reyes con particular vocación, resolvió su vuelta á España para obedecerla, y ser en ella religioso. Para clavarse más en aquel santo propósito, hizo los ejercicios en la Compañía. Procuró el demonio estando en estos derribarle de aquel, apareciéndole en espantosa figura, vomitando llamas por ojos, boca y narices. Algo lo intimidó con sus fieros, pero ni lo sacó de su celda ni le mudó la intención; antes quedó más confirmado en ella. De aquí tomó pie el enemigo para persuadirle á Antonio que sería mayor gloria de Dios que él con su amigo volviese á España y que en ella entraría en la Compañía. Llegó á vacilar; pero acudiendo á la oración, conoció el ardid del astuto y embustero enemigo.



CAPITULO X

Entra en la Compañia de Jesús, favores que le hace Dios en el Noviciado.

—

En espacio de diecisiete meses concluyó los estudios de letras humanas, gramática y retórica, y salió tan eminente discípulo, que pudo graduarse en las dos facultades de maestro.

Cuando trataba de pasar al curso de artes, le aconsejó su confesor que entrase en la Compañía, que en ella con más comodidad estudiaría facultades mayores. Tiene aquella provincia su noviciado en Lima, cabeza del Perú. Pero habiendo oído decir que venía á aquella ciudad el P. Diego de Torres de la misma Compañía, varón apostólico y

de tan heróica perfeccion, cuanto su vida, que corre en estampa, testifica, y que había de pasar á la fundación de la nueva provincia de Paraguay y conversión de tantas naciones infieles como en sus dilatados lindes incluye, acordándose de que Nuestro Señor le había significado quería servirse dél en tan gloriosa empresa, sintióse eficazmente movido á ir en compañía de dicho P. Torres y recibir la religiosa investidura de su mano.

El confesor, que conocía el caudal y espíritu del sujeto, anteponiendo el bien de su provincia al de las agenas, dábale priesa á él para que entrase y á los superiores para que le recibiesen; si ya no temió peligro en la dilación, como cada día experimentamos, que muchas vocaciones se malogran con ella. Están ya los sujetos arrancados del mundo; mueren por verse en el seguro puerto de la religion, cada día se les hace un siglo; con que, ó ya pareciéndoles poca estimación de sus prendas, ó ya cansados de tantas largas, ó impacientes de la vida secular, toman otro rumbo y se van á otras religiones. Son los alumbramientos de la gracia muy dife-

rentes de los de la naturaleza. En esta, los abortos nacen de acelerados, en aquella no pocas veces de tardos y muy detenidos. Había ya señalado el provincial día para recibirlo, y así consultó lo que debía hacer, con otro Padre muy espiritual, con quien los días de fiesta comunicaba largos ratos las cosas de su alma, y se gobernaba por su consejo. Dióselo aquí que entrase luego en aquella provincia, que si Dios lo tenía destinado para la conversión de los gentiles de Paraguay, Su Majestad abriría camino. Díjole también que él era uno de los consultores que habian de escoger los sujetos para aquella misión, y que procuraría fuese uno de los escogidos.

Con esto habló á los Padres que habían de examinar y aprobar su vocacion. Preguntándole uno por qué quería ser de la Compañía, respondió que porque Dios, con especial llamamiento, lo quería para ella. Replicó el Padre por gracia.

—Y si yo no quiero que entre, ¿qué ha de hacer?

Aquí Antonio con mucha modestia:

—Si Dios quiere, poco importa que vues-

tra Paternidad no quiera; y si no quiere Dios, yo tampoco quiero, porque solo deseo hacer su santísima voluntad.

Maravillóse el Padre de respuesta tan cuerda, y habiéndole examinado los demás, fué recibido en el añò 1606, en día señalado de la Presentación de la Virgen, á quien de nuevo se ofreció con todo afecto para perpetuo esclavo, poniendo en su mano toda la satisfaccion de las obras meritorias que hiciese en todo el discurso de su vida, para que absoluta señora, dispusiese de aquella á su voluntad en beneficio de las almas, reservando la de sus culpas para el purgatorio.

Entró en la primera probación con tanto ánimo de medrar mucho en espíritu, que ninguna dificultad hallaba en los ejercicios y continuas tareas del noviciado; antes todo le parecía suave y llevadero, y le pareciera más si hubiera experimentado, como deseó, la vida de soldado, con cuyos rigores no pueden competir los de la religion más estrecha, sino que los unos son forzosos, los otros voluntarios. Mucho merecería el soldado cristiano si supiese hacer de la necesi-

dad virtud, y más en un siglo en que no hay cosa más olvidada y menos asistida que la milicia. Para militar con más mérito en la de Cristo, luego se alistó Antonio en la bandera de su cruz. Sintió que lo clavaban en una y lo levantaban en alto, y que el Señor estaba á su diestra en otra, en cuya compañía hallaba singular consuelo en los dolores de la suya, y se ofrecía fervoroso á otros mayores trabajos, con vivos deseos de verse ya en ellos.

Una vez, ejercitándose en actos semejantes, vió delante de sí una grande cruz, que abrazó con íntima reverencia y júbilo de su corazón, y regalándose con ella se ofreció á todo género de trabajos con grandes alientos de perseverar obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

Por este tiempo dice él en sus *Apuntamientos* pidiendo afectuoso en la oracion á la Soberana Virgen, su madre y señora, le concediese su reverencial amor y que fuese medianera en el Consistorio divino para que se le perdonasen sus muchos y graves pecados, sintió la presencia y el favor desta reina

de los serafines, y que él le daba su corazón y la Virgen con agrado lo recibía, y poniéndole en lugar del suyo, éste se lo entregaba á él, dejándolo anegado en un piélago de consuelos celestiales.

Temía que se le había de ausentar el bien que gozaba presente, y rogábale no se fuese tan presto, que él ofrecía de no amar otra cosa criada en todo el discurso de su vida, y de procurar con todas sus fuerzas que todos la amasen con todo su corazón. Testimonio grande de los muchos favores que la reina del cielo hacía á su esclavo novicio. De la mano desta Señora, y por el arcaduz de su cordial devoción, conocía venirle todas sus dichas. Muchas veces confesó á sus superiores, dándoles cuenta de su conciencia, que entendía que las mercedes que con tan franca mano le hacían el Señor y su Santísima madre, era premio del cuidado que él ponía con la gracia divina, en mortíficarse sin perder ocasión. Vivía muy contento en cualquier oficio, por muy humilde y trabajoso que fuese. Siempre para sí elegía lo peor y de más fatiga, en que le parecía que

otros hallaban más repugnancia. Hizo firme propósito, y lo cumplió, de no proponer carga alguna que la obediencia le echase, diciendo que si fuese mayor que sus fuerzas, Dios, que por medio de su superior la ponía, se las daría para llevarla.

Mostró bien este deseo de padecer por Dios en lo que sucedió en aquel noviciado, donde de una especie de enfermedad contagiosa adolecieron casi todos los novicios, quedando con salud solo Antonio, con otros dos compañeros, sobre cuyos hombros cargó el peso y cuidado de servir á los enfermos.

Era admirable su puntualidad, su asistencia, su desvelo de noche como de día en dar los cordiales y medicinas á la hora que ordenaban los médicos sin alcanzar una hora de descanso en que pagar al sueño su forzoso tributo. Con que rendido á la carga, adoleció de una ardiente calentura que luego hizo rapto á la cabeza y lo privó del juicio; y cuando más fuera dél, su mayor desvarío era repetir muchas veces: «O trabajar, ó morir.»

Publicaba la lengua lo que tenía en el co-

razón. Fué sin duda efímera, pues solamente le duró un día y á la media noche se halló del todo libre della, con que sin poderlo detener para asegurarlo, se levantó luego, y con mayor fervor volvió á servir su plaza de enfermero.

Dió á entender el Señor por este mismo tiempo lo que se complacía en aquella caridad grande de nuestro hermano Antonio Ruiz.

Deshauciaron los médicos á uno de los enfermos; intimáronle recibiese los Sacramentos y se dispusiese para morir, porque la enfermedad era de mucho cuidado, mortales los indicios y el peligro manifiesto.

Entristeciose sobremanera con esta nueva. Compadecióse Antonio de verlo tan afligido. Acudió como solía á la oracion, y lo que con Dios le pasó en ella, no se sabe; lo cierto es, que fué á dicho enfermo, y con toda resolucion le dijo:

—Hermano mío, tenga buen ánimo, que no siempre aciertan los médicos en sus pronósticos.

Deus super omnia; encomiéndese á Dios

muy de veras, y no tema, que yo le aseguro que desta no morirá.

·Alegróse de suerte con esta nueva, que sin otra medicina luego comenzó á mejorar, hasta que cobró entera salud. Contó lo que con el Hermano Antonio le había sucedido, y pagóle el beneficio, dando á su humildad no ligera pesadumbre.

En estos y otros santos ejercicios de caridad, de oración, de mortificación y penitencia, pasó la carrera de su noviciado, espejo á los demás novicios de todas las virtudes, esperando cada día llegase de la provincia del Nuevo Reino el P. Diego de Torres, que había de fundar la del Paraguay, para la cual tenía destinado á nuestro Antonio la providencia divina, como veremos en el capítulo siguiente.





CAPITULO XI

Elige Nuestro Señor para las Misiones del Paraguay al Hermano Antonio Ruiz.

—

Solos cinco meses contaba de novicio, y si se midiera la duración de su noviciado, no por días, sino por progresos en el camino de la perfección, pudiera contar muchos años de profeso, cuando en el de 1607, llegó de Nuevo Reino á Lima el V. P. Diego de Torres, que como ya dijimos, por orden de su general el P. Claudio Aquaviva, había de pasar á la fundación de la provincia de Paraguay, y en ella arbolar los estandartes de la católica fe.

Traía consigo tres novicios que era el insigne martir P. Pedro Romero, á quien yo

conocí muy bien, varón de señalada virtud, gran fondo de espíritu y caudal, todo abrasado en celo de propagar la fe, y deseos de derramar su sangre por Cristo, como la derramó predicando el Santo Evangelio á los Itatines, nación igualmente inhumana y belicosa.

El segundo fué el P. Baltasar Duarte, que tanto ilustró con su magisterio y letras la provincia, leyendo filosofía y teología con suma aceptación y crédito suyo, y de la Compañía.

El tercero el P. Gabriel de Melgar, no menos docto y religioso, el cual, quebrantadas las fuerzas del largo camino, se juzgó no las tendría para otro más prolijo y trabajoso que le esperaba, y así quedóse con él la provincia del Perú, aunque con obligación de dar otro en su lugar.

Llegó el tiempo en que había de partir el P. Diego de Torres, á quien daba mucha prisa el celo de socorrer la urgente. extrema necesidad de obreros para el cultivo de aquellas regiones tan incultas como extendidas. Comunicó con el P. Provincial del Perú,

quién había de sustituir por el P. Melgar. Consultaban los hombres sobre lo que ya estaba decretado en el supremo consejo de Dios, que como es dueño absoluto de las voluntades humanas y rige á donde le place sus elecciones, fuéle fácil disponer las cosas de modo que cayese sobre Antonio la buena suerte.

El cual vino á dudar si hablaría al P. Provincial, ó se contentaría con dar cuenta al Maestro de novicios de lo que Dios le había manifestado acerca desta misión. Pero conformándose con el consejo de su confesor, resolvió continuar en su silencio, dejándolo todo á la providencia divina.

Un domingo, dando gracias con mucho fervor después de la comunion, oyó dentro de sí una voz que le decía:

—En este punto te han de enviar al colegio, donde se efectuaıá tu ida al Paraguay.

Abriósele el cielo con esta buena nueva, y duplicó la acción de gracias. Llamolo luego el Padre Rector á su celda, y por estar aún convaleciente, le preguntó si se hallaba

con fuerzas para ir al Colegio con otros novicios, que solían ir á servir las misas y mesas y á ejercitarse en otros oficios de humildad. Respondió que sí.

Fué con los demás á dicho colegio, y los días que en él estuvo, procedió con el mismo fervor de espíritu ayudando cuantas misas podía y sirviendo á sanos y enfermos. Comenzó ya á darle pena el ver qué se acercaba la partida del P. Torres y no le daban aviso del nombramiento. Acudió en este conflicto á su gran señora, haciéndole un novenario en la octava del Corpus, suplicándole encarecidamente, bien que con toda resignacion, dispusiese dél como fuese más servicio suyo y gloria de su hijo.

Aquí testifica que se le presentó delante la begnísima Señora con un semblante lleno de agrado y majestad, acompañada de San Ignacio á la mano derecha, y á la izquierda San Francisco Xavier, y claramente le dijo:

—No tengas pena, que irás.

Salió como fuera de sí de puro contento, sin saber donde se estaba, absorto y enagenado de los sentidos.

Un día destos que Antonio estuvo ministrando en el colegio, vino á él una señora de gran virtud y muy favorecida de Dios, llamada Jerónima de San Francisco, que después murió religiosa. Confesábase esta señora con aquel Padre que había aconsejado á Antonio entrase en la Compañía sin atencion á la ida del Paraguay, ni á la venida del P. Diego de Torres, porque si su eleccion era de Dios ninguna diligencia humana la podría impedir. Estando á sus piés para confesarse, á vistas del altar mayor, salió el Hermano Antonio á ayudar la misa que en él se decía, y en viéndolo dijo al confesor:

—Padre mío: á aquel Hermano que sirve la misa, tiene Dios escogido para el Paraguay.

Así lo refiere él mismo en el párrafo 4 de su *Conquista*, con las palabras siguientes:

«Así lo reveló Dios á una santa mujer, muy aprobada en espíritu, la cual, comunicando las cosas de su alma con su confesor en la iglesia, le dijo:

—¿No vé, Padre á aquel Hermano que sale agora á ayudar á misa en el altar mayor?

Pues sepa que ha de ir á la provincia de Paraguay que se trata de fundar agora, y en ella ha de padecer muchos trabajos. Pero el Señor irá con él, y será en su ayuda.

Preguntole el confesor si lo había conocido antes. Respondió que nunca hasta entonces lo había visto; pero que el Señor se lo había revelado. Y ella misma, habiéndolo ya nombrado para el viaje, se lo dijo al mismo Hermano Antonio, animándolo para los trabajos que había de padecer en la conversión á Cristo de aquellas bárbaras gentes.

Juntáronse el Provincial y sus consultores para señalar el sustituto del P. Melgar. Pusieron todos los ojos en uno, y por justos impedimentos, no tuvo efecto; nombraron á otro y halláronse las mismas dificultades. Fué maravilla que siendo consultor aquel Padre que le había ofrecido favorecerle, y sabía que lo llamaba Dios para aquella misión, no se acordó de proponerlo; permitiolo Dios así, para que se entendiera que Su Majestad era el que lo enviaba.

En la tercera consulta dijo el P. Provincial de su propio motivo que le parecia muy

á propósito el Hermano Antonio Ruiz, á quien hallaba bien fundado en sólida virtud, desprecio del mundo, amor y estima de la Compañía, desengañado, fervoroso, espiritual, deseoso de padecer y con edad y fuerzas competentes para las fatigas de tan larga peregrinación.

Aprobaron los cansultores por buena la eleccion, y en particular aquel Padre que le había prometido su voto, y había oido lo que aquella señora penitente había profetizado, y el mismo Hermano Antonio mucho antes le había descubierto. Dió gracias al Señor, Sap. 8. *Qui attingit a fine usque ad finem fortiter & disponit omnia suaviter*. Alegróse mucho cuando le dieron la nueva de que ya era llegado el plazo en que vería cumplidos sus deseos.

Entre tanto que se acababa de disponer la jornada del Paraguay, como siempre las grandes tienen muchos embarazos, y el partir es el mayor, volvió el Hermano Antonio á la fragua del noviciado á darse otro baño de espíritu y hacer más provision de aquellas virtudes que son más necesarias para la

conversion de las almas y para la tolerancia de los trabajos infinitos que se ofrecen en reducir al conocimiento de la verdad y amor de la virtud, las de ciegos y viciosos gentiles, nacidos y criados más en la idolatría de sus gustos que en la de sus falsos dioses.

Ocúpanse á ratos los novicios en ejercicios manuales y corporales y á la sazon el más ordinario era acarrear piedra para el edificio. Esto hacía Antonio con particular gusto, y tanto más contento cuanto más cargado; y porque no le impedía ir en contínua presencia de Dios y de la Santísima Virgen. Venía á ser como la palma, que cuanto más peso le echan á cuestas más se levanta en busca del cielo. Aunque no era necesario subir para hallarlo cuando el mismo cielo bajaba en busca suya. Porque más de una vez se vió cercado de ángeles y mereció ver al de su guarda y á la misma reina de los serafines, á quien de nuevo hizo entrega de su corazon, con fervientes deseos de que todos amasen y sirviesen á esta emperatriz de los cielos.

Quiso hacer otra vez los ejercicios juzgando que en ellos se hallaba el matalotaje principal para semejantes viajes.

En el quinto día, poniéndose por la tarde en oracion, notó de repente que los sentidos exteriores se le iban entorpeciendo y retirando, y que al mismo paso se le avivaban las potencias del alma. Con ellas vió un camino cuesta arriba, áspero, enriscado y fragoso, por donde le parecía que había de subir con mucha dificultad. Y en lo más alto dél, vió á la Santísima Virgen, toda coronada de bellísimos resplandores, cual la pinta en su *Apocalipsi* el amado discípulo, y que estaba como de guarda á una hermosísima puerta. Que él subía por aquella cuesta con fatiga grande por su extremada aspereza y que llegando á donde la reina del cielo estaba, lo recibía con mucho agrado, y franqueándole la puerta le hacía señas con la mano para que entrase por ella. Que habiendo entrado largó la vista y descubrió un muy ameno y dilatado jardín, llenas todas sus eras de flores maravillosas, y nunca vistas, cuyo olor embriagaba el alma con una inexplicable sua-

vidad. Partíalo por medio una larga y curiosa calle, y encaminándose por ella sintió que le retardaban el paso; quiso hacer alto entre reverente y temeroso; pero la Virgen lo volvió á animar para que pasase adelante y registrase lo interior de aquel jardín, ó más propiamente celestial paraiso; obedeció á su gran Señora, y vió al fin de aquel andador á Cristo Señor Nuestro, muy resplandeciente y glorioso, y advirtió que el lugar que este Señor ocupaba, era el medio, y como centro del jardin, donde remataban como líneas sus espaciosas calles.

Lo que su alma sintió con estas vistas no lo pudo declarar, sino con las palabras que de sus raptos hasta el tercero cielo dijo el apostol San Pablo: *Quod nec oculus vidit nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.* Que eran espectáculos gloriosos, muy fuera de la esfera y capacidad de los sentidos humanos, que ni vieron ojos ni oyeron oídos, ni pudieron caber en los mayores ensanches del corazón del hombre.

Decir pudo que sintió grandes deseos de llegar más cerca al puesto donde Cristo es-

taba, para gozar más de su presencia. Llegó finalmente y violo que estaba en pie, con la mano sobre su sacratísimo costado, como convidándole que llegase á él. Y como ya otra vez había experimentado las dulzuras y regalos deste favor, no pudo contenerse; corrió luego á él con grande amor, humildad y confianza, y con la mayor reverencia que pudo y conocimiento de su suma indignidad, hincado de rodillas se abrazó con Su Majestad; y Cristo Señor Nuestro le echó á él los brazos al cuello, como al Pródigo su buen padre; aplicándole el rostro á la llaga del costado, que halló abierta, por la cual salía un suavísimo vapor, al modo que la alquitara, cuando la destapan, exhala la fragancia de sus flores.

Comenzó á beber de aquel vapor celestial, y cuanto más bebía más deseaba beber. Duró una hora este favor, y le pareció no había durado un instante. Quedó con el cuerpo muy quebrantado de los esfuerzos que el alma había hecho para gozar estos regalos del cielo. Los sentidos exteriores como embotados. Pero la memoria muy viva

con las frescas especies de lo que había visto. El entendimiento lleno de luces, con más claro conocimiento de la alteza de Dios, y de su bajeza; y la voluntad con mayores ánsias de amar y servir á tal Señor y tal madre toda su vida. La fragancia de aquellas flores le quedó tan impresa, que aun con el sentido exterior la percibió algunos días. Su materia era como de finísimo oro, acendrada plata y piedras preciosas; pero tan flexibles y suaves al tacto, como si fueran de seda fina, aunque toda comparacion es muy corta para declarar su hermosura y suavidad.

Con estos halagos acariciaba el Señor al que si aun era en el estudio de la perfeccion novicio, habia de llegar á ser muy profeso y jubilado maestro. Con este cebo sabroso le cubria, como prudentísimo pescador, el anzuelo de hierro que había de tragar en los inmensos trabajos que le esperaban en la conversion de los indios. Con este suave licor bañaba el sábio Médico los lábios del vaso en que había de tomar tan amarga purga. Menos peligrosos pudieron parecer

los favores sobredichos, por los buenos efectos que obraron en el alma.

Porque dellos resultó mayor humildad y desprecio de sí mismo, viendo que á una tan vil criatura y que tan graves ofensas había hecho á su criador, este Señor le hiciese tales mercedes. Sacó también dellas un mortal aborrecimiento detodo lo que no era servir á Majestad tan soberana. Y aunque antes había deseado emplearse todo en la salvacion de las almas, ya menos satisfecho de su suficiencia para tan alto ministerio, vino á persuadirse sería muy dichoso si mereciese servir de criado ó cocinero á los que habían de trabajar en aquella nueva y gloriosa conquista.

Concibió asimismo nuevos deseos de mortificarse más, al paso que lo regalaba el Señor, suplicándole afectuosísimamente alzase la mano de aquellos favores con el espiritu con quese portó en los suyos el grande apost l de las Indias San Francisco Xavier; que á los regalos del cielo decía: «Basta.» Y á los trabajos que había de padecer en el Nuevo Mundo: «Más, más,» juzgando los dos que

por esta senda estrecha, sembrada de abrojos, como por atajo, llega á Dios el alma en tiempo más breve, y más segura.

Aquí conoció dos cosas. La primera que para vivir con consuelo en una comunidad religiosa, es muy necesario el abrazar siempre la mayor mortificacion, y escoger para sí lo peor de la casa, como ordena la regla de su glorioso Patriarca San Ignacio, pues Nuestro Señor trata como á muy hijos á los que con este cuidado se mortifican y anteponen á las propias, las comodidades de sus hermanos. La segunda que aún le faltaba mucho que entender, y una jornada grande en la subida del monte de la perfeccion; es á saber, el conocimiento de la divinidad abismo inapeable de perfecciones infinitas.





CAPÍTULO XII

Hácese á la vela con sus compañeros, acaba su noviciado, y sucédenle otros casos de edificación.

Estando ya de leva, quiso probar un Padre si era firme la vocación de Antonio para aquella apostólica provincia. Púsose de propósito á persuadirle quedase en la de Perú, donde sin duda viviría entre sus deudos, amigos y conocidos con más consuelo y comodidad. Que para qué quería ir con tantos peligros por mar y tierra á aquel rincón del mundo, tan desamparado de toda humana consolacion, más poblado de fieras que de hombres, á lidiar con idiomas bárbaros

donde no hallaría ni ocasión, ni tiempo, ni maestros, ni libros para continuar sus estudios. Que qué le importaba haber revencido tantas dificultades en echar tan buenos fundamentos, si no había de haber materiales para levantar el edificio. Que en Lima había hartas almas, en cuya salvación podría lograr su celo; y si le llamaba Dios para la conversión de los gentiles, no faltaban más cerca hartas naciones á las cuales aún no había penetrado la luz del santo Evangelio.

Estas y otras razones le dijo, no con ánimo de hacerle retroceder, sino de explorar la constancia de su vocación, y la solidez de su virtud. De todo hizo ostensión Antonio, respondiendo con breves razones:

—Padre mío, yo no voy á Paraguay á descansar ni estudiar, sino á hacer la voluntad de Dios, que allá me llama; no voy á holgar y vivir á placer, que para eso no saliera de Lima, ni me desterrara de los aires de mi patria; voy á morir trabajando ó á derramar la sangre por la fe y por su amor; si este fin consigo, aunque no estudie más de lo poco que sé, me tendré por muy di

choso, y daré por muy bien empleadas las fatigas del viaje.

Muy edificado quedó el Padre con esta respuesta, y quitándose el rebozo, le dijo:

—Sepa hermano mío, que no ha sido mi intención divertirle de su vocación, sino asegurarme della; harta envidia le tengo, y si me dieran facultad fuera gustoso en su compañía. Vaya muy enhorabuena á donde le llama Dios, que sin duda lo llama para cosas de mucha gloria suya.

Hiciéronse á la vela en el puerto del Callao el Hermano Antonio Ruiz y los otros dos novicios sus compañeros, con el P. Juan Ponte que los llevaba á su cargo y obediencia, con oficio de maestro suyo, para ejercitarlos é imponerlos en las cosas del instituto y observancia regular.

Continuaban en la nave sus ejercicios con la misma exacción que si estuvieran en el noviciado de Lima, dando grande ejemplo de modestia y devoción á los soldados, pasajeros y otra gente de la mar.

Dentro de pocos días, con próspero viento, arribaron á Chile, y continuando su via-

je por tierra, llegaron á Córdoba, cabeza de Tucumán. En el camino usó Dios con ellos de una especial misericordia, que se atribuyó á las oraciones del Hermano Antonio y á su gran devocion con la santísima Virgen. Iban los cuatro compañeros en dos carretas, dos en cada una.

Una de las dos, por descuido, ó somnolencia del indio que la regía, dió en el precipicio de una barranca; una rueda quedó en el aire, encajada la bocina.

Acudieron todos los carreteros de la tropa al socorro de los Hermanos que iban en ella, que no recibieron alguna lesión. Aplicaron todos las fuerzas para arrancar la maza, que se había engastado en una abertura, y todas fueron pocas, aun ayudadas de la maña, que puede más que la fuerza. Aunque más poderosa que las dos es la oración; que sustituye á la maña la sabiduría y á la fuerza la omnipotencia de Dios.

Acudió el Hermano Antonio á su gran patrona, rezóle no más que una salve, y dió esperanzas que haría lo que no pudieron todos, y porque no se le atribuyese la haza-

ña, llamó un indio, ambos se pusieron debajo, y con los hombros sin dificultad desenclavaron la pesada rueda.

En este camino mostró su mucha caridad y deseo de padecer por escusar el trabajo á sus hermanos. Faltando á una carreta un indio que la guiase, fué lance forzoso remudarse en esta ocupacion los tres novicios, avivando los dos tiros de los bueyes que las tiran, lo que no es muy fácil por ir los unos apartados de los otros en buena distancia, y haber de ir manejando continuamente una vara como una pica con su aguijón.

Fué el primero en el turno Antonio, que siempre lo era en todas las cosas de trabajo y desvelo. Comenzó á marchar el carruaje á puestas del sol, y aunque entre los tres estaban repartidas las tres vigilias de la noche, por no despertar á sus compañeros, sirvió de guion hasta que rayó el sol, aliviando aquella fatiga con oracion y regalos que en ella le hacía Nuestro Señor, como le sucedía á otro Antonio el Grande en su Tebaida de Egipto. Del sereno, de las lluvias, vientos y soles le resultó una fluxion á los ojos, y della se le

hizo en uno una nube. Y aunque para resolverla sabía un remedio eficaz, no quiso aplicar otro que el de la paciencia. Hasta que el P. Francisco Vázquez de la Mota, que iba por superior, varon en todo eminente, en letras y religion, de quien pudiera hacer elogios grandes, como testigo de vista, por haber sido en teología mi maestro, le dijo:

—Hermano Antonio; dígame por su vida si sabe algún remedio para su achaque,

Respondió:

—Sí, padre.

Esto bastó para darse por entendido de que la voluntad de su superior era que lo aplicase; aplicólo y luego se vió libre del molesto accidente.

Hizo por obediencia su mansion en la ciudad de Córdoba, benigna en el temple, fertil y apacible en la campiña.

En ella tiene la Compañía Universidad, donde se crían aventajados sujetos de todas las ciudades circunvecinas, así seculares como religiosos, y se dan los grados como en otras de Europa. Tiene también su noviciado, en el cual concluyó Antonio el suyo.

Con licencia de sus superiores salía por las calles á hacer penitencias públicas, iba á las puertas Reglares de los conventos á comer con los pobres. Llegó en una ocasion con otros Hermanos á la de San Francisco. Era el P. Guardián muy devoto de la Compañía, y muy noticioso de la perfecta obediencia que el santo P. Ignacio pide á sus hijos, quísolos probar, y habiéndoles hecho varias preguntas, añadió que les daría de comer con mucho gusto, pero que habían de ganar la comida trabajando en el huerto.

Llevólos á él, mandólos plantasen cada uno su era de lechuguino, con advertencia que las hojas se habían de enterrar y dejar fuera sola la raíz. Los dos novicios, ó juzgando que se burlaba el Guardián, ó no acostumbrados á hacer las cosas al revés, ó formando escrúpulo de desperdiciar el lechuguino, plantáronlo como diestros hortelanos, pero no como perfectos obedientes. Solo Antonio, ajustándose al tenor del mandato, y á la obediencia ciega que San Ignacio pide, juzgó que era menos mal perder las lechu-

gas que dejar de obedecer, y así plantó las suyas como se le había mandado.

El P. Guardián acudió á dar el sueldo á sus jornaleros, y viendo lo que habían hecho, alabó mucho la obediencia de Antcnio y cobró alto concepto de su virtud; vino luego al Colegio y contó al P. Rector lo que le había sucedido.

Entró en ejercicios, como es costumbre, para hacer los tres votos sustanciales, aunque no solemnes, que después de dos años de noviciado hacen los de la Compañía. Los primeros cuatro días parece que se le retiró el Señor, para mayor mérito suyo, porque se halló tan seco, tan sin jugo de devocion, con tan importunas y molestas distraciones, que le dió no poca pena el temor que él tenía la culpa y que sin duda habría dado alguna ocasion para aquel entredicho en los antiguos favores. Pero de allí adelante prosiguieron como solían, y concluídos los ejercicios hizo sus votos á 12 de Noviembre de 1608, día de San Martín, Papa y mártir. Renovó su servidumbre á la Santísima Vírgen, y en premio de su afecto, recibió nuevos re-

galos desta soberana Señora. Muchos pudiera referir; pero por evitar proligidad, solamente contaré algunos, que sirven para fomentar su devocion.

Habiendo comulgado un día, sintióse muy movido en la accion de gracias, y muy deseoso de saber cómo agradaría mucho á Nuestro Señor. Oyó que Su Majestad le decía estas palabras:

—Primero, con vigilancia grande en la observancia de sus reglas. Segundo: serás muy obediente á tus superiores, mirándome á mí en ellos, haciendo con tanto gusto lo que te mandaren, como si yo mismo te lo ordenara. Tercero: traerme presente en cuanto hicieres, sin perderme de vista.

Pareciéndole cosa árdua á la humana fragilidad entre tantas ocupaciones y estudios que divierten aquella perpétua presencia de Dios, oyó que le decían:

—No es sino fácil para los que de veras se disponen y desocupan el corazon de toda afición á las cosas de la tierra, aun á las de poca monta.

También le pareció difícil no dejarse lle-

var algo del apetito en la comida, y suplicó al Señor lo privase del sentido del gusto para que sin aquel riesgo socorriese á la necesidad. Dijéronle:

—Cuando comieres, come por obediencia, que ésta no llama á no comer. Pero sea de suerte que no pierdas mi presencia sin faltar á las leyes de la templanza, no con fin de regalar al cuerpo, sino de reparar las fuerzas para más servirme. Pues escrito está. 1, Cor. 9. *Non alligabis os bovi trituranti.* Coma de la parva el buey que la trilla.

Oyó la doctrina de tan divino maestro, y así cuando comía estaba tan absorto en Dios, que muchas veces no sentía gusto ni hacía distincion de manjares; otras, los más sabrosos le parecían barro desabrido. Mucho más satisfecho quedaba con el que alimentaba al alma, y la regalaba en la misma mesa con interiores dulzuras. Y decía que la grandeza destas no podía conocer quien no llegaba á gustarlas, que por eso dijo el profeta Rey, Psal. 33. *Gustate & videte, quoniam suavis est dominus.* Decía que rezaba el Rosario cada día para alcanzar, por intercesión de la

Vírgen, perseverancia en la Compañía, y una vez oyó:

—Perseverarás y morirás en ella.

Deseó cortar la tela de sus estudios para dedicarse todo á la conversión de los gentiles, que ya no podía más con los ardores de su celo. Dijéronle:

—Hijo, lo que agora importa es estudiar con cuidado, para beneficiar después estas gentes, que para eso te llamé.

Ofreció dejarse todo en las manos de Dios y renovó la promesa de emplear su vida y estudios en la reducción de los gentiles. Aquí vió un brazo clavado en otro de la cruz con que el Señor le dió á entender lo que le había costado la redención de las almas y lo que él había de padecer por salvar las de aquellos gentiles.





CAPÍTULO XIII

Comienza el curso de Artes y Nuestro Señor le es maestro de espíritu.

Aunque Antonio impaciente de tanta dilacion deseaba echar por el atajo para acudir más prontamente al ejercicio santo de las misiones, rindió su juicio al de sus superiores, que le mandaron oyese el curso de Artes, y entendió que esto era de mayor gloria de Dios, juzgándose por tan humilde que había de sazonar más y arraigar en sólidas virtudes, para llegar menos indigno á tan alto ministerio. Entró en esta carrera de la filosofía con mucho adelantamiento, porque

la capacidad era grande, el ingenio vivo, y para que la aplicación fuese suma, bastábale saber que este era el gusto de Dios.

No le embarazaban los estudios su oracion, continua presencia de Dios, mortificacion y penitencia. Son dos hermanas muy bien avenidas la virtud y sabiduría; son aquel signo de Gémini, astros hermosos que aseguran toda felicidad á los navegantes, y más cuando se lleva por norte el mayor gusto de Dios. Este era en quien llevaba siempre Antonio clavados los ojos, con que ni le podían faltar luces al entendimiento para deshacer nieblas de errores, ni aciertos á la voluntad para la fuga de peligrosos arrecifes.

Ocurrióle un día si lo que estudiaba le podía servir de embarazo para el empleo de las reducciones temiendo no le ocupasen en la cátedra, si así lo juzgasen apto para ella. Dudó de nuevo si por esta razón sería mejor dejar los estudios.

Tocando á reconsejo en la oracion, la tuvo por tentacion declarada del enemigo; y que lo seguro era dejar obrar á sus superio-

res. Con todo, le pareció debia darles cuenta, y representarles con toda indiferencia las razones que se le ofrecían para comenzar á servir luego en la conversion de tantas naciones ciegas y miserables, cuya desdicha le llevaba atravesado el corazón.

Juzgaron aquellos sin duda con especial mocion del Espíritu Santo, que debían condescender con sus deseos con mucha contradiccion de sus maestros, que á lo humano sentían mucho el que llamaban malogro de su gran caudal. Pero como todo lo gobernaba el cielo, ejecutóse la resolucion.

Libre deste cuidado, todo el que antes ponía en el estudio de las letras, lo trasladó al de la perfeccion, con nuevos alientos de ejercitarse con todo fervor en los puntos siguientes:

1. Grande observancia de las reglas, examinándose cada día cómo las guardaba.

2. La templanza en el comer y beber, pues con lo que la carne ayuna, el espíritu se alimenta; y con los bríos que cobra el cuerpo con el buen tratamiento, el alma desfallece en sus propósitos santos.

3. Para los ejercicios espirituales nunca ha de faltar tiempo, aunque se le robe el suyo al sueño, y al descanso el suyo.

4. En las recreaciones se ha de hablar de Dios, y á ratos interiormente con Dios, gustando más de su conversacion que de la de los hombres.

5. Nunca sacar á plática faltas agenas, antes escusarlas cuanto fuere posible.

6. Tratar á todos con igualdad y con alegre semblante y en las pláticas espirituales con toda prudencia, pues lo contrario suele hacer más daño que provecho.

7. Procurar dar gusto á todos donde no hubiere pecado ó transgresion de regla.

8. En lo que se estudiare ó leyere, rectificar la intención, que mire en todo sin torcerse á Dios.

9. Las fiestas y asuetos tomar algún rato para examinar cómo se camina en el divino amor, y en diligenciar la salud de los indios.

10. Todos los días hacer fervorosa oracion por la exhaltacion de la Iglesia, concor-

dia entre los príncipes cristianos, y por las almas del Purgatorio.

11. No tratar cosa que no sea encaminada al mayor servicio de Dios y de la Virgen.

12. En los caminos poner todo esfuerzo en que no se dejen los ejercicios espirituales, oracion, exámen, rosario, leccion espiritual y otras devociones.

13. Obedecer á todos, aunque no sean superiores, como criado ó esclavo de todos por amor de Dios.

14. La continua mortificacion ya se sabe de cuánta importancia es para la oracion, amor del Señor y de su Santísima madre.

15. Exactísima observancia de los votos y el de la castidad con mayor exaccion.

16. Despego total del corazón aunque sea de cosas de poco valor, ¿qué importa que la cadena sea de hierro tosco, ó no, sino de oro fino, si igualmente lo tienen cautivo? Más apocado es el que lo pone en lo poco que el que en lo mucho.

17. Huir como de peste de privilegios y

exenciones de antigüedad, porque hace á los ancianos principiantes en la religion.

18. Hurtar el cuerpo á las honras con aborrecimiento de ellas, buscando siempre el oficio y puesto más humilde.

19. Las comuniones espirituales ayudan mucho para el fervor de la vida, como lo has experimentado.

20. Cordialísima devocion á la Santísima Virgen, amor como á madre, respeto como á señora, de la cual te ha venido todo tu bien, y en quien tienes librado tu mayor consuelo

El primer día de Pascua del Espíritu Santo, dando gracias después de la comunión, se le representó Cristo Señor Nuestro, en el altar al lado de la epístola, como un hermosísimo mancebo; tenía en la siniestra una tabla limpia y lisa; donde no había cosa escrita, y con el índice le apuntaba. Yo dijera que le mostraba el Señor uno de aquellos escudos que llamaban los antiguos Parma cándida, y los daban á los nuevos soldados que iban á la guerra, en que les decían que en aquel campo habían de grabar las armas

de su casa, según las hazañas que hiciesen en la guerra; y que si en ella no se portasen como valientes, se quedarían en blanco.

Si eso pretendió Su Majestad, mucho tuvo que pintar en aquella cándida tabla nuestro Antonio, de tantas naciones de gentiles conquistadas con su valor al imperio de Cristo y sujetas á la corona de la Iglesia. Pero lo que él entendió fué que había de tener su alma tan limpia y pura de todo pecado y de todo terreno afecto como la tabla lo representaba. Sacó de aquí mayor desprecio del mundo, y de todo lo que en él más se estima.

Un jueves, después de haber vacado largo rato á la oración mental, se entró en la sacristía para quebrantar el sueño sobre un banco de madera, y al punto se arrojaron sobre él cinco feísimos demonios, abrumándolo de suerte como si se viera en una prensa, sin dejarle aliento para articular el dulcísimo nombre de Jesús. Finalmente, con su favor lo invocó, y los enemigos á sus ecos se pusieron en huída, dejándole una tentacion de vanagloria de verse tan aprovechado, que

los demonios visiblemente, como á declarado enemigo suyo, lo perseguían; y que siendo cinco contra uno, los obligaba á huir como cobardes. Dejó el descanso y volvió á la iglesia á proseguir en su oracion. Ese fruto cogieron los malignos espíritus de haberlo acometido. Pero rendidas ya las fuerzas acudió otra vez al banco y los cinco demonios á hacerle la misma fiesta; pero hallándole ya prevenido y armado de la santa cruz, sin hacerle daño desaparecieron.





CAPÍTULO XIV

Ordenáse de sacerdote, dice su primera misa, la Santísima Vírgen le asiste en ella, y parte de Córdoba á las misiones de Paraguay.

Desde que Antonio se resolvió en ser de veras santo, y para serlo dejar al mundo y hacerse religioso de la Compañía de Jesús, podemos decir que toda su vida no fué otra cosa que una disposicion para ser dignamente promovido á la dignidad Sacerdotal, tan superior á todas las humanas, y aun á la Angélica, que un serafín tan abrasado y tan puro como Francisco no se tuvo por bueno para sacerdote, y como estuvo en su mano, no quiso serlo. Lo mismo hubiera hecho á

ejemplo suyo nuestro Antonio si estuviera en la suya. Pero hubo de obedecer á Dios, que se lo mandó por medio de sus superiores, para que pudiese ayudar mejor á la conversion de innumerables infieles, á quienes había de servir de cura y de Padre. Para recibir las Ordenes lo enviaron á la ciudad de Santiago del Estero, donde á la sazón era obispo el ilustrísimo señor D. Fernando de Trejo, que se las confirió en tres días consecutivos.

Crecieron con las obligaciones del nuevo estado las ánsias de mayor perfección, y aunque los Superiores le habían reducido las horas de oración á dos, siendo estudiante, ahora que se hallaba ya desembarazado de la tarea de los estudios, decretó cuatro horas cada día para este santo ejercicio.

Volvió á su colegio de Córdoba y luego trató de celebrar su primera misa. Asistiole ya al revestirse en la sacristía la Santísima Vírgen, y no se le apartó del lado todo el tiempo que aquella duró. Quedando Antonio fuera de sí por admirado, y muy dentro de sí por humilde y reconocido, viendo que reci-

bía este gran favor, cuando él de su parte nada había hecho con qué merecerlo. Con que de nuevo se dió por obligado á servir con todas sus fuerzas y amar con toda el alma á esta señora y á su benditísimo hijo.

De dichas cuatro horas de cuotidiana oracion, en las dos primeras meditaba la vida de Cristo y de su madre purísima. La tercera en deshacerse todo en accion de gracias por los inmensos beneficios que Dios le habia hecho, y singularmente por haberlo sacado del Egipto del mundo, y conducídolo, como á verdadera tierra de promision, á la Compañía de Jesús. En la cuarta consideraba atentamente las atroces y desastradas muertes de los amigos que tuvo en el siglo, y en cada una hallaba un nuevo beneficio y un eficaz motivo para más servir y amar más tan insigne bienhechor. Llegó el día para Antonio tan festivo por tan deseado, en que hubo de partir para la jornada de las misiones del Paraguay, á donde le llevaba Dios, que lo había llamado con tantos previos y milagrosos avisos. Hizo este viaje en compañía del Provincial de aquella provin-

cia, que ya por tierra había llegado de la del Perú, y subía á la ciudad de la Asuncion, al mismo tiempo que por orden del Rey Católico Felipe III, de gloriosa memoria, iba á visitar aquellos reinos D. Francisco de Alfaro, del Consejo de Su Majestad, y su oidor en la Real Audiencia de Chuquisaca, y después del Supremo de Indias.

En este camino le notificó el Provincial al P. Antonio cómo lo llevaba destinado para las misiones del Guayra, en cuya ya fertil y dilatada viña, la que poco antes eriazo inculto y sediento salitral, había dos años y medio que gloriosamente trabajaban dos Padres verdaderamente apostólicos de la misma Compañía, Joseph Cataldino y Simon Maceta, cuyas vidas saldrán presto á luz para gloria de Dios y de la madre, que á pares dió á la Iglesta para apóstoles de aquel nuevo mundo tan prodigiosos hijos.

Bañóse en agua de ángeles con esta alegre nueva, cumplimiento de todos sus deseos y desempeño de tantas profecías. Viendo que ya llegaba el tiempo en que todo se había de emplear en ganar almas para su Dios y

darlo á conocer á aquellas gentes bárbaras, siguiendo el ejemplo y en compañía de dos varones excelentes, llegó á la ciudad de la Asuncion, y entre tanto que el Padre Provincial no lo despachaba á las reducciones, aplicóse con todo cuidado al estudio de la lengua guaraní, y en poco tiempo salió con ella con tanta perfeccion y elegancia como se dirá cuando se haga mencion del *Arte* y libros que en ella compuso.

Llamólo un día el Provincial, y el susto que le dió refiere el mismo P. Antonio.—Había como seis meses que los Padres estaban en el Pirapo, y año y medio que habían salido de la Asuncion cuando el P. Diego de Torres me envió á aquella provincia, si bien estuvo en balanza mi partida, porque habiéndome llevado de la ciudad de Córdoba á la Asuncion, que hay doscientas y sesenta leguas, ya con el pie en el estribo para mi mision me dijo estas palabras:

—Yo lo había traído para la mision apostólica del Guayra; pero la necesidad que de su persona tengo, me obliga á mudar de consejo y llevarle á Chile.

Helóme el corazon deliberacion tan inopinada. Y sin responderle, me recogí al Santísimo Sacramento; y luego mudó de parecer y me señaló para dicha mision. Partimos el P. Antonio Moranta y yo; y á la mitad del camino, de cuarenta leguas de despoblado, nos faltaron los tasajos y harina de palo, que era nuestra provision. Quedónos un poco de maíz, del cual tomábamos un puñado cada uno á medio día y otro á la noche. Causó estas abstinencias al P. Moranta una penosa enfermedad. Y como la fama daba aviso de otras dificultades mayores, que adelante nos aguardaban, le forzó la necesidad á volverse del puerto de Maracayú.

Recibiéronme los indios deste pueblo con mucho amor; quedéme algunos días en él administrándoles los Sacramentos, y con el uso contínuo de hablar y oir la lengua, vine á alcanzar facilidad en ella.

Dispuso Nuestro Señor la entrada del Padre Antonio en las misiones en que había de obrar tantas maravillas con la referida suavidad, porque así io tenía ordenado y dicho á su siervo. Pero él, aunque tenía moral

certidumbre de que esta era la voluntad de Dios, cuando el P. Torres quiso enviarlo á Chile, no propuso, dejándose gobernar de la Divina Providencia; y mover de una parte á otra como baston de hombre viejo, según que lo manda en sus reglas el glorioso patriarca San Ignacio.

Por este camino llegó felizmente á conse guir lo que tanto había deseado.

Grande enseñanza para los que viven á árbitro de agena voluntad y quieren acertar á cumplir la divina.





CAPITULO XV

Prosigue el P. Antonio Ruiz su viaje al Guayrá. Sálele á recibir el V. P. Joseph Cataldino, y llévalo á las reducciones con singular consuelo de los dos.

—

Con la vuelta del P. Antonio Moranta á convalecer de sus achaques en la Asunción, quedó solo el P. Antonio con algunos indios que iban en su compañía; prosiguió animoso en su viaje, y á pocas jornadas encontró al P. Joseph Cataldino, Superior de aquella mision, que con las nuevas que ya tenía de que le iban compañeros, salía á recibirlos. Bajó por el Paraná ciento y veinte leguas en canoas, en que habían de subir desde el Salto del Guayrá, donde era forzosa la embar-

cacion para tomar el puerto en la reduccion del Pirapo, donde residían los misioneros. Para los dos fué el encuentro de increible gozo; abrazáronse con muy fraterno amor, y diéronse mútuos parabienes de haberlos Dios traído de tan distantes tierras, al uno de Italia, al otro del Perú, para aquella empresa de tanta gloria de Nuestro Señor.

Partieron luego poi la grande falta que hacían á los nuevos cristianos. Caminaron ocho días por tierra desde Maracayú hasta el Salto del Guayrá, donde estaba prevenida la embarcación. Era el camino sobre manera áspero y trabajoso; los peregrinos á pie ya por pantanos anegadizos con agua, y tarquín á la rodilla, ya por quebradas de montes, ya esguazando ríos y pasando por praderías llenas de atolladeros. Con esta fatiga llegaron alegres al sobredicho Salto, donde aguardaban las canoas. Entraron en ellas no menos expuestos por agua que por tierra, á infinitas incomodidades y peligros de la vida. No la podrá fácilmente creer, el que no se vió en ella, la cruda guerra que á los navegantes de aquel río hacen ejércitos innume-

rables de mosquitos diferentes, que ni dejan descansar de día ni dormir de noche con su ruidosa y porfiada batería.

Entre ellos hay unos tan pequeños que apenas se divisan, y cuanto más invisibles, tanto más dificultan la defensa, y taladran la piel con más impiedad. Embóscanse en cabellos de barba y cabeza, y tienen tan maligna calidad, que donde pican dejan un ardor como de fuerte calentura; por eso los llaman los españoles Polvorín. Otros hay de mayor magnitud y piedad, pues solamente embisten de día y se retiran de noche, con que dejan dormir; y cuando hieren, pintan de negro como el sarampión ó la pólvora el rostro y las manos. Los que de noche acometen, y comunmente llaman zancudos, causan tanta inquietud y desvelo con la trompeta con que publican guerra, como dolor con el aguijon con que la hacen. Todas estas plagas sufrieron con gran paciencia hasta llegar á las reducciones, donde se vieron tan en gloria, que les pareció haber pasado por Purgatorio al cielo.

Mucho se pudiera aquí decir si se hicie-

ra descripción de aquellos países, de su varia disposicion, sitio, temple, altura de montes, fertilidad, caudalosos ríos, espesos bosques, con diversidad de preciosísimas maderas, abundancia de frutas y mantenimientos, todos muy diferentes de los de Europa, raíces y comestibles sabrosas; varias especies de animales ponzoñosos; vívoras espantosas, serpientes disformes tan grandes como vigas; calidad y malicia de sus mortales venenos, medicinas y contravenenos que allí mismo proveyó el Criador, muchedumbre de ferocísimos tigres, osos, leones, jabalíes, venados, antes y ciervos; conejos de extraña grandeza: aves sin número de preciosas y suaves plumas, de vivos y hermosos colores. En los ríos peces con gran abundancia y de mucho regalo. Minerales de hierro, de acero, de cristal de roca, piedras vistosísimas y otros milagros de naturaleza; de todo lo cual hallará el curioso más entera noticia en la *Conquista espiritual*, que arriba citamos.

Llegó el P. Antonio á la primera reducción, donde estaba solo el P. Simón Maceta,

por la ausencia que hizo el P. Cataldino. No es explicable el consuelo que bañó los corazones de los tres insignes operarios, á quienes el amor de Cristo y celo de las almas había juntado en aquel rincón de la América, poblado de innumerable gentío. Cuán cierta se prometieron la asistencia de aquel Señor que dijo Mat. 18. *Ubi duo, vel tres fuerint congregati in nomine meo, ibi sun ego in medio eorum.* Lo que sintió nuestro Antonio declara por éstas palabras:

«Llegué á aquella reduccion de N. S. de Loreto con deseo de ver aquellos dos grandes varones, el P. Joseph Cataldino y el Padre Simon Maceta; hallelos pobrísimos de todo lo temporal, pero muy ricos de celestial alegría. Los remiendos de sus vestidos eran tantos que no dejaban conocer la primera materia de que se hicieron. Llevaban los zapatos que sacaron de Paraguay remendados con pedazos del tosco paño que cortaban de las orlas de su sotanas. Túveme por dichosísimo de verme en su compañía, como si me viera con la de dos ángeles en carne humana. La choza de su morada y todo su

menaje, muy semejante á lo que se escribe de los pobres anacoretas. Carne, vino y sal, no gustaron en muchos años; carne alguna vez nos traían de la caza algún trozo de limosna. El sustento principal y regalo mayor eran patatas, plátanos y raíces de mandioca.

Tradicion hay entre los indios que esta raiz, que en dilatadísimas regiones deste nuevo orbe viene á ser el usual mantenimiento de sus naturales, la descubrió y enseñó el apostol santo Tomé, el cual tomando una rama de un arbol silvestre, que en la lengua más corriente de aquellas naciones se llama Mandio, y en las de México, Cartagena y Perú, Cazave, les ordenó la plantasen en sus campos, como nosotros plantamos las hortalizas. Así lo hicieron, y de lo que esta planta rinde, hacen el pan común con que se sustentan los Padres misioneros, los cuales por no ser cargosos á los pobres indios, se hacen labradores y hortelanos, plantando por su mano raíces, sembrando habas y maíz con que pasar la vida, como lo hacía con su oficio el apostol San Pablo.

No se consolaron menos los indios que los dos Padres con la llegada del P. Antonio viendo que el Señor no descuidaba de aquella viña, pues traía nuevos obreros á cultivarla. En tiempo en que el demonio había publicado por boca de ministros suyos, querían volverse y dejar aquellas ovejas sin pastor á beneficio de los lobos, para que con este falso rumor les perdiesen el cariño. Y cuando entendieron que otro Padre se había vuelto enfermo á la Asuncion y que vendrían otros en su lugar, hicieron nuevas y públicas demostraciones de contento. Y el P. Antonio tuvo por feliz presagio que la primera reducción en que puso el pie estuviese debajo de la proteccion de la Santísima Vírgen su madre y Señora.

Por este mismo tiempo llegó al Guayrá la resulta de la visita general que había hecho D. Francisco de Alfaro, oidor de la Real Audiencia de Chuquisaca por orden de Su Majestad y los mandatos tan cristianos y piadosos en defensa de aquella gente pobre y desvalida. Encomendose la ejecución al general D. Antonio de Añasco, caballero igual-

mente noble y piadoso, al cual, como constase de los impedimentos que por sus particulares intereses y conveniencias ponían á la predicación del Santo Evangelio los vecinos de la ciudad real del Guayrá, despachó su provision en fuerza de visita, en que so graves penas mandaba que nadie fuese osado á impedirla, como cosa tan del servicio de ambas Majestades. Que por sus reales cédulas habían fiado aquella conversion de los Padres de la Compañía de Jesús. Y que entendiesen todos los ministros hacían más lisonja á su gusto en propagar la fe que en dilatar su imperio.





CAPITULO XVI

Comienza el Padre Antonio Ruiz á poner en ejecución sus fervorosos deseos de convertir infieles.

—

Dificultosamente se encubre el fuego, ó lo manifiesta el calor ó la lumbre lo publica. Mal pudo ocultarse el del divino amor con que ardía el corazon del P. Antonio. Conoció presto el P. Cataldino su espíritu fervoroso y se prometió dél grandes aumentos de aquella nueva cristiandad. Deseaban mucho reducir á algunas poblaciones en forma de concertada república todos los gentiles que estaban esparcidos en veinticinco ranchos, como Aduares ó Behetrias, en distancia de noventa leguas; á los cuales era

imposible acudir solos tres sacerdotes. Para concluir esta reduccion, dejando en el Pirapo al P. Simon Maceta, partieron los Padres Cataldino y Antonio á esta empresa de tanta gloria de Nuestro Señor.

Discurrieron estos dos ángeles veloces por todas las barracas en que vivían los indios á las riberas de los ríos, exortándolos amorosa y eficazmente á avecindarse en los cuatro pueblos de los cuatro caciques principales que tenían ya señalados en los puestos más cómodos. Juntamente les iban enseñando los misterios principales de la fe. Bautizaban los párvulos que corrían riesgo de la vida y á los enfermos adultos.

Eran muchos los infieles que se reducían con indecible consuelo de los Padres, que daban por bien empleado lo mucho que padecían viendo al ojo ganancia tan grande, por lo menos en los muchos niños que recien bautizados volaban al cielo, y otros adultos que también recibido el santo bautismo morían con prendas de su salvacion.

Viéndose el demonio desposeído de lo que por espacio de tantos años pacíficamente

había gozado, rabioso contra los ministros de Dios, conmovió los ánimos de algunos infieles para que les diesen la muerte, como á enemigos de su libertad, que cautelosamente trataban de reducirlos á poblaciones para hacerlos perpetuvos esclavos de un rey extranjero y no conocido.

Fué facil el persuadirlo con este motivo, al parecer tan justificado. Señalaron día para ejecutar la traicion en los que no tenían otro premio de sus trabajos que sacarlos á ellos de la tiranía y servidumbre de los demonios.

No guardaron tanto secreto los conjurado que no llegase á noticia de un caciques llamado Taubicí, aunque pagano, hombre de buenos respetos, y aunque diabólico hechicero nada amigo de verter sangre inocente, juzgó que lo estaban los Padres en el cargo que les hacían, y que sus ansias no tanto eran de adquirir nuevos estados al rey como de ganar para Díos muchas almas; y así, con la autoridad que tenía, fácilmente deshizo la conjuracion. El cariño que los hombres más bozales tienen á la tierra donde na-

cieron y se criaron por algún tiempo, hizo muy dificultosa la mudanza que los Padres pretendían; pero instando en ella y concurriendo el Señor á revencer las dificultades, cada día se iba agregando mucha de aquella gente montaraz á los cuatro lugares que se habían señalado.

Importó para esto mucho aquella inmemorial tradicion que tenían los indios de padres á hijos de que un apóstol del verdadero Dios, llamado en su lengua Zumé, había pasado por su tierra (y verdaderamente hay algunos vestigios y memorias en favor desta verdad) y les había dicho que en los siglos venideros vendrían á sus tierras unos hombres con cruces en las manos y que á todos los habían de reducir á vida política y congregarlos en pueblos para bautizarlos y predicarles la misma doctrina que él les enseñaba, y renovar el conocimiento del Dios verdadero. Con esto se vinieron á formar dos poblaciones, una en el Pirapo de Nuestra Señora de Loreto y otra en Ypaunbuzú. que después se llamó de San Ignacio y con este nombre haremos della adelante mencion.

En este empleo glorioso ocuparon algunos meses los dos Padres, Joseph y Antonio, discurriendo como centellas por aquellos montes, cumpliéndose en ellos lo de la Sabiduría, 3. *Fulgebunt iusti & tamquam scientillœ in arundineto discurrent indicabunt nationes & dominabuntur populis.* Y dieron la vuelta al Pirapo y reduccion de Loreto.

Y cuando los tres Padres estaban deliberando cómo se habían de repartir los tres en dos pueblos, enviado sin duda del cielo, llegó el P. Martín Xavier, deudo muy cercano del santo apostol del Oriente San Francisco y muy imitador de sus virtudes, heredero de su apostólico fervor y santo celo de la conversion de los gentiles, cuyas hazañas, rara vida y admirables ejemplos piden historia aparte. Con que ya pareados quedaron los PP. Simón Maceta y Antonio Ruiz en la reduccion de Nuestra Señora de Loreto, y los PP. Joseph Cataldino y Martín Xavier fueron á la de San Ignacio.

Los ejercicios del P. Antonio eran acudir con todo cuidado al socorro de las necesida-

des de los indios sus feligreses, á quienes amaba ya en Señor como á hijos, haciendo estudio particular en arbitrios varios para hacerlos capaces de la divina ley, y persuadirles su puntual observancia, y arrancarlos con suavidad de los ritos y costumbres gentílicas. Ibamos, dice él mismo, alternativamente todos los domingos á doctrinar este pueblo, que toda era gente de nuevo reducida, y por ser ya tantos en número sus vecinos, nos daban mucho trabajo, bien que muy gustoso por la ganancia de los que se bautizaban. Costó mucho el casarlos en la faz de la santa Iglesia, y en que cada uno se contentase con una mujer. En amaneciendo visitábamos los enfermos; después se decía la misa y sermon. Cantado ó rezado el Evangelio, sacábamos de la iglesia á los infieles, lo que ellos sentían mucho, envidiando á los cristianos la dicha de quedar en ella. De aquí nacía la diligencia de aprender presto la doctrina para bautizarse. Al medio día nos retirábamos á rezar las Horas, y luego volvíamos á la iglesia ayunos por no ser cargosos á los pobres indios. Enseñábamos la doctri-

na, bautizando doscientos, trescientos cada día, y día hubo de cuatrocientos. Llegada ya la noche, volvíamos á Loreto bien fatigados y aunque ayunos, sin mucha gana de comer. Hasta aquí el P. Antonio. La cena más expléndida para después de trabajo tan grande, era un plato de harina de Mandioca ó raíces de la tierra.

En la reduccion de San Ignacio hacían lo mismo los PP. Cataldino y Xavier, de los cuales será forzosa alguna conmemoración, por haber sido comunes sus empleos y peligros que corrieron con la oposición que les hacía el demonio por medio de los hechiceros.

Lo que estos fervorosos ministros del santo Evangelio padecieron, es sobre todo encarecimiento, corriendo de unos puestos á otros sin perder ocasion de día ni de noche, caminando ya por tierra á pie, ya por el río en canoas, expuestos á todas las inclemencias de los tiempos, soles, aguas, vientos, tempestades y otros infinitos riesgos de la vida, no olvidando las visitas de los antiguos puestos de donde los habían sacado para formar las

nuevas poblaciones. Porque como en aquellos tenían hechas sus sementeras, quedábanse á cuidar dellas muchos de los viejos y enfermos, y era fuerza acudirles con la misma solicitud, cogiendo á manos llenas en todas partes copiosísimo fruto, y no era el menor el de muchos adultos recién catequizados, y de innumerables niños que apenas recibían el santo bautismo cuando volaban al cielo.

En uno destos caminos adoleció el P. Antonio gravemente antes de llegar al término de su peregrinación. Rendido del todo su gran valor á la fuerza del mal, se arrojó sobre el desnudo suelo. Los indios que iban en su compañía lo desampararon y volvieron á sus tierras. Los de aquella para donde caminaba no tenían noticia de su venida, que sin duda hubieran salido á recibirlo. Hallóse elsanto varon destituído de todo socorro humano, aunque no del favor divino.

Creció de suerte la enfermedad, que una noche juzgó sería la última de su vida. Abrazóse tiernamente con un devoto crucifijo, compañero inseparable en todos sus via-

jes, y regalándose con él comenzó á disponerse para aquel último trance con actos muy fervorosos, cuando oyó una voz que le dijo:

—Ten buen ánimo, que ya viene tu compañero.

Este había ido á un lugar bien distante á consolar unos pobres indios enfermos, y guiado sin duda del cielo, llegó el dia siguiente al puesto donde Antonio yacía, sin esperanza de remedio humano. Alegróse tanto con su vista, que dentro de breve tiempo pudo con él proseguir su camino.

Aún no del todo convalecido de su achaque, fué á decir misa en accion de gracias en una cabaña pobre que servía de Iglesia, y comenzando el *introito* se le representó de repente la gloria celestial con la velocidad con que un relámpago deslumbra la vista, aunque en su memoria quedó muy vivo y duradero el dibujo della, para dar nuevos alientos al alma en los muchos y grandes trabajos que habían de padecer.



CAPITULO XVII

Da felizmente principio el P. Antonio Ruiz á la reducción de los gentiles.

Era tan grande el celo que ardía en el pecho del P. Antonio, que apenas hallaba competente campo y suficiente esfera en aquellas tan dilatadas regiones, á cuyo cultivo aplicó todas las fuerzas de su cuerpo y espíritu, asistiendo de dia y de noche con ligereza y puntualidad admirable á donde llamaba la mayor necesidad. Mejor se pudo decir dél lo que de otro, Plinio: *Velocisimi sideris more omnia invisere, omnia adire & undequaque invocatum velut Numen statim adesse.* Y no solamente cuidaba del aprove-

chamiento espiritual é institucion de los nuevamente reducidos, que en gente tan rústica y tan poco política no es ocupacion de poco enfado; también se extendía la solicitud de su caridad á que los indios tuviesen lo necesario para el sustento de la vida.

Hacía oficio de labrador para ayudarles en sus sementeras; de médico y cirujano para curarlos en sus achaques, sangrándolos por su mano y aplicándoles diferentes remedios que le enseñaba el Divino Amor. De su pobreza socorría á los que no podían ganarlo con el sudor de su rostro, y Nuestro Señor como de milagro le proveía de todo lo necesario para el desahogo de su liberalidad. No se contentaba con enseñarles los misterios de la fe. Parece que le habia infundido el cielo el magisterio de todos los oficios mecánicos, dándoles lección para cortar sus vestidos, fabricar sus chozas, beneficiar sus campos, con que vinieron á cobrarle tanto amor que los gobernaba con mucha facilidad, que para dominar los corazones más bárbaros y domesticar las más cimarronas fieras, no hay tal arte como hacerles bien. *Deus*

est mortali invare mortalem. De aquí el respeto que le tenían todos y el gusto y prontitud con que ejecutaban sus mandatos. Andaba tan ocupado en estos ministerios que muchos días había de robar el tiempo al moderado sueño para cumplir con las obligaciones de sacerdote y religioso. Pero como estaba ya tan hecho á llevar siempre presente á Dios, no hallaba dificultad en hermanar la accion de Marta con la contemplacion de María.

Buen testigo desta verdad es el P. Simon Maceta, su compañero, que en una de sus advertencias dice lo siguiente del P. Antonio Ruiz:

«Luego que llegó á las reducciones, edificó mucho, y aun admiró á los Padres que en ellas estaban con el teson y fervor con que comenzó, no solamente á perfeccionarse en la lengua de los indios, que hablaba con tanta expedicion como ellos, con que hizo mucho fruto, sino también en todas las virtudes y obras de santidad que ejercitaba. Diose todo á catequizar los adultos, bautizándolos y enseñándoles la doctrina cristia-

na, confesando y predicando con notable aprovechamiento de sus almas, que amaba mucho en el Señor. Curábalos y sangrábalos en sus dolencias, ayudábalos en sus necesidades con mucha caridad y largueza, quitándolo de la boca para que ellos comiesen. Y así los indios lo amaban y veneraban, y él hacía dellos, aunque fuesen caciques, todo cuanto quería. Más estaba en significarles su voluntad que ellos en obedecerla. Era hombre de mucha oracion y familiar trato con Dios, y se le echaba bien de ver en la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior y en la prontitud y facilidad que tenía en hablar siempre de Dios, como quien nunca le perdía de vista, y en la devocíón de Nuestra Señora, que era cordialísima, enterneciéndose siempre que hablaba de sus prerogativas, de sus virtudes y del poder que tiene con Dios. Acudía con gran confianza en todas sus necesidades al amparo desta señora, y experimentaba presentísima su amorosa protección.

Algunas veces le vieron los Padres de noche puesto de rodillas ó postrado sobre la

dura tierra largas horas en atenta oracion. Deste trato con Dios salía más humilde y deseoso de mortificar más todos sus sentidos. De su penitencia se puede decir con verdad que todo el tiempo que vivió en el Guayrá, fué un continuado rigor sin un día de treguas porque perpétuamente trataba á su cuerpo, no como á compañero fiel, sino como á mortal enemigo, por lo que en algún tiempo lo fué.

En lo tocante á la comida, fué mucho lo que padeció, porque como carecía de pan, de carne y vino, y de otros mantenimientos que abundan en otras tierras, había de sustentarse con sola la harina de Mandioca, y por gran regalo, con algunas tortillas della que llaman Beiús, y este alimento era muy contrario á su salud y se le vino á hacer usual, como al otro rey el veneno. No bebía vino ni en casa ni en los caminos, porque el poco que se traía de allende se guardaba para las misas. Fué tal su abstinencia, la aspereza de su vida y constancia en su abnegacion, que se puso flaco en los huesos, y muchos lo dieron ya por ético, y no por eso

remitía un punto de sus fervores ni dejaba de acudir á todas horas á sus ministerios, devociones y tareas cotidianas, que solas ellas, sin otra sobrecarga, bastaran á rendir al hombre de más robustas fuerzas y entera salud.» Este fué, en breve suma, el concepto que hizo el P. Simón Maceta de la santidad de su compañero el P. Antonio Ruiz.

Hablando de su contínua presencia de Dios, que la costumbre le había ya hecho como connatural, dice el mismo P. Maceta:

«Era continua, aun cuando estaba actualmente ocupado en ministerios que piden toda la atencion y que no permiten divertirla á otra cosa, por muy espiritual y santa que sea, como es la confesión y enseñanza á los infieles de los misterios de la fe. Cuando confesaba en la iglesia hacía composición de lugar, formando en su imaginacion un angosto círculo, dentro del cual solos cabian el confesor y el penitente.» Y él mismo en su libro dice así:

«El orden en las confesiones era señalar un límite cerca de sus pies, el cual no traspasaba la vista sin necesidad. Y mientras iba

un penitente y venía otro, procuraba hacer varios actos de virtudes, de que experimentó muy buenos efectos para sí y para los mismos penitentes. Representábasele vivamente presente el Salvador del mundo que obraba en aquellas almas maravillosas mudanzas por los méritos de su sacratísima Pasion.

Cuando entraba en la iglesia al catecismo de los indios, consideraba en ella tantos ángeles como personas; y se encomendaba al de su guarda, y á los siete príncipes de la Milicia celestial y al santo de aquel día con tiernísima devocion. Con esto hallaba en su entendimiento clara la inteligencia de lo que había de enseñar; la memoria pronta y rica de ejemplos proporcionados con la capacidad de los oyentes y encendida la voluntad. Hizo firme propósito de no subir al púlpito sin hacer algún acto de mortificación en orden á vencer el apetito de la propia estimacion y enfrenar el deseo de ser alabado y aplaudido y le suplicaba á Nuestro Señor que le añudase la lengua si algo había de decir que no cediese en mayor gloria suya

y utilidad del auditorio. Con esta previa disposicion predicaba y enseñaba la doctrina; y solía decir el siervo del Señor que desta suerte le salían del pecho las palabras encendidas y con fuerza particular penetraban su corazon y pasaban á herir los de los oyentes.

Era grande su industria, no solamente para fomentar las cosas espirituales, sino también para promover las temporales que á fines tan altos se enderezan. Carecían en aquel destierro, tan apartado del comercio con los españoles, del vino necesario para el santo Sacrificio de la misa, y así era forzoso portearlo del Paraguay por espacio de doscientas leguas y cuando llegaba, muchas veces no era de provecho. Procuró el P. Antonio el remedio plantando una viñuela y trayendo de muy lejos los sarmientos. Echó Nuestro Señor al majuelo bendicion tan larga, que dentro de dos años rindió copioso fruto. Con esta bonanza navegaba aquella nueva cristiandad, cuando el demonio, que no duerme, amotinó contra ella mares y vientos con la horrible persecucion que veremos en los capítulos siguientes.



CAPÍTULO XVIII

Mueve el demonio una brava persecución contra las Misiones del Guayrá, y lo que hace el P. Antonio para sosegar la tormenta.

Cuando con más prosperidad y más viento en popa iban los celosos misioneros, encaminando aquellas naciones á puerto de salvacion y sosegados ya los alborotos del cacique Atiguaye se iba cada día dilatando el conocimiento de Cristo; despechado y furioso el demonio, movió una desecha tempestad, valiéndose de indios hechiceros y españoles de la villa rica del Espíritu Santo, y juntamente de los Mamalucos del Brasil,

que con formados escuadrones volantes asaltaron de repente los pueblos de las nuevas reducciones, y llevaron á sus pobladores á miserable cautiverio.

La primera invasión hicieron en el pueblo del cacique Taubici, de quien se hizo arriba mención, y fué el que impidió piadoso la muerte de los PP. Cataldino y Antonio. Llevaron la mayor parte del pueblo cautiva y á servidumbre sin comparación más pesada que la que los cristianos padecen en poder de los turcos ó alarbes de Bería. Los demás tuvieron dicha en huir y salvarse en los montes.

Expuesta la fe al descrédito que se le pudo seguir entre gente, no del todo arraigada en ella, y que se le daba ocasion para sospechar que los Padres los habían engañado y reducido á poblaciones para ponerlos en manos de sus enemigos, no alcanzando los altísimos fines que tiene la Divina Providencia en permitir á la religion cristiana recién plantada estas persecuciones, como las permitió á la Iglesia primitiva. Aquella doctrina: *Ecclesia persecuntionibus augetur*, y

Plures essicimur quoties metimur, fundadas en la parábola del grano de trigo que si no muere no multiplica, no era para hombres recién cortados de la inculta selva de la gentilidad y sin las noticias y experiencias de tantos siglos como tenemos los cristianos europeos.

El tener las adversidades por beneficios y conformarse en aquellas con la divina voluntad, como lo hacía un santo Job. *Dominus dedit, Dominus abstulit, sicut Domino placuitica sanctum est, sit nomen Domini benedictum*, no es de soldados bisoños en la milicia de Cristo, sino de muy veteranos y muy adelantados en la perfeccion.

Los de la villa rica acometieron á otros dos pueblos del cacique Guirapurúa y del cacique Tabuguí, y se los llevaron al río Vibai. Y aunque acudieron á defenderlos los celosos curas, sentidísimos de tan grande insolencia é impiedad, y les rogaron por las entrañas de Dios no hiciesen oficio de carniceros lobos con aquellos corderos recién agregados á la grey de Jesucristo, con infamia del nombre cristiano, ni estorbasen la

predicacion del santo Evangelio, que se hacía á costa de tantos sudores y fatigas, ni la obediencia que aquellas naciones prestaban al verdadero Dios y vasallaje al católico monarca; todo fué predicar en desierto, porque cuando llegaron con esta embajada ya los codiciosos agresores habían marchado con la presa. No fué del todo perdida su diligencia, porque hallaron bien donde ejercitar su caridad en las reliquias que habían dejado, unos por enfermos, otros por impedidos ó estropeados de las armas. A los cuales catequizaron, y recibiendo el bautismo de ochenta y uno murieron muchos con prendas de su salvacion.

Singular fué la providencia que tuvo Dios de la de un infante á quien la madre había dejado en la cuna cuando la cautivaron y le negaron la licencia para llevarlo consigo. Habían visitado los Padres los pueblos saqueados, las chozas y barracas y ranchos de los montes en busca de los enfermos que tenían más necesidad del bautismo, y estando ya para meterse en la canoa les dió aviso un indio que allí quedaba en un rincón bo-

queando una criatura de solos cuatro meses; corrieron á ella, y habiéndola bautizado espiró, y dejando á su madre cautiva, ella voló á la libertad de la gloria.

Si fué grande este trabajo, no fué menos trágico y luctuoso el que los vecinos de la Ciudad Real de Guayrá dieron á esta pobre gente ayudados de los de la villa del Espítu Santo, jurisdicción del Brasil, que arrebatados de furor y codicia insaciable de esclavos, para beneficiar sus haciendas, no contentos con hacer prisioneros á los indios cristianos, procuraron infamar á sus Padres Misioneros para que los aborreciesen y se guardasen dellos, y su fin era no tener tan abonados testigos de sus robos, injusticias y atrocidades, quitando al marido la mujer, al señor los vasallos, la vida á los caciques, ahorcando á unos y degollando á otros, apellidándolos falsamente de rebeldes y traidores, cuando más leales á ambas Majestades, humana y divina, sin dar lugar á los cristianos para confesarse y á los gentiles para recibir el bautismo, que con lágrimas les pedían. Otras calumnias sembraron con-

tra los obreros apostólicos para dar color á sus insultos, que no cabían en su religiosa vida y apostólica predicación.

Llegaron estos rumores á oídos del Padre Rector del Colegio de la Asuncion, á cuya obediencia están aquellas reducciones, el cual, juzgando por entonces conveniente la retirada, estuvo resuelto de mandar á los Padres se viniesen al Colegio, con que sin duda quedara la inocencia de los Padres cargada, lesa su reputacion y triunfante y señora del campo la calumnia. Hablando de esta persecucion en una carta del año 1611, dice el V. P. Josef Cataldino:

«Porque defendemos estos pobres naturales contra las tiranías de los que los quieren para esclavos suyos, 1, Cor. 4. *Maledicimur & benedicimus, persecuntionem patimur & sustinemus, blasphemamur & obsecramus. tamquam purgamenta huius mundi facti sumus omnium peripsema.*

No dejaron de cautelar los Padres lo que la mentira asistida del poder y autoridad podía intentar con siniestros informes para hallar alguna justificacion á sus violencias

y al daño inmenso que su codicia hizo en aquella nueva cristiandad. Y así para volver por la verdad, juzgaron por necesario fuese uno de los cuatro al Paraguay á dar razon del triste estado en que habían puesto á aquella iglesia los que más obligados estaban á favorecerla y ampararla. Fué señalado nuestro P. Antonio, como quien había sido testigo ocular de aquellas tragedias. Padeció mucho en este viaje. Llevaba en su compañía cinco indios, y estos la provisión para todo el viaje de doscientas leguas, que se redujo á un poco de harina de Mandioca.

En el río fué grande la pesadumbre de los enjambres de mosquitos. Por tierra no la daban menor las copiosas lluvias á los que caminaban á pie, y habían de dormir á la sombra de algún arbol para mojarse dos veces.

Una destas noches llovió tan furiosamente y corrieron con tal estruendo los vecinos arroyos, que temieron en tierra el naufragio los que no lo habían temido en el río.

Parecióles un siglo deseando la claridad

del día y el consuelo del sol, que les enjugase los vestidos.

Al reir del alba, cuando se quiso levantar, se halló tullido, yerta una pierna sin poderla mover y con intensos dolores. Con ellos fué fuerza, sacándolas de flaqueza, proseguir su camino, haciendo ya báculo, ya muleta de una cruz que traía consigo, valiéndose della y del aliento que le daban sus memorias para vadear aquel campo que más parecía mar. Y para pasar los árboles que había arrancado la furia de la tempestad y atravesado en algunos pasos estrechos, había de sentarse sobre ellos y valerse de ambas manos para trasladar á la otra banda la pierna doliente.

Con esta fatiga, quebrantadas las fuerzas, aunque no menos bañada el alma en celestial alegría, que en lluvia el cuerpo, llegó al puerto de Maracayú, donde en la piedad de un mercader honrado y conocido juzgó hallaría segura embarcación. Y habiéndole dado razon de los trabajos que padecían sus compañeros y de los suyos en aquel viaje, nada bastó para moverlo á compasion, per-

mitiendo el Señor, para mayor mérito del P. Antonio, que le faltase este socorro en la necesidad más extrema.

Resolvióse de continuar su camino por tierra las ciento y cincuenta leguas que restaban, con manifiesto peligro de la vida, por haber de atravesar la provincia de los Payaguas, nación carnicera y cruel y enemiga del nombre de cristiano, confiando siempre en la santa obediencia que le había mandado hacer aquel viaje.

Caminó el primer día media legua arrastrando como culebra el cuerpo, no sin mucha compasion y sentimiento de sus cinco indios que ofrecían llevarlo á hombros en una hamaca, que es la litera en que en aquellos países hacen jornada los enfermos.

Agradecióles mucho la caridad, pero no se pudo recabar de la suya que admitiese tan costoso alivio. Y aunque es carruaje ordinario en todas aquellas provincias para sanos y enfermos, no lo usan los religiosísimos Padres de la Compañía, juzgando que es muy cara y desabrida la comodidad que se compra á tanta costa de los pobres indios, y

no pueden sufrir que sirvan de azacanes los que aman como á hijos.

Hízosele una hinchazón en la rodilla que le obligó á hacer alto á puesta del sol, y pasar la noche aun con mayor trabajo que la antecedente por la vehemencia de los dolores sin hallarse con un trapo viejo para vendar la pierna.

Destituído de todo humano remedio, se acogió al sagrado de la oracion, que es medicina universal para dolencias de cuerpo y alma. Imploró el auxilio del Señor, que por aquel arcaduz siempre había experimentado pronto en sus mayores aflicciones y peligros. Puso por intecesor á su gloriosísimo Padre y patriarca San Ignacio, reconviniéndole con la doctrina que había enseñado á sus hijos en aquella su admirable *Carta* de la obediencia, que todos los religiosos debieran tener escrita con letras de oro. Y pues él se había metido en aquel trabajo por obedecer á sus superiores, viese cumplidas en sí las grandes promesas que allí hace y las victorias y dichas que afianza á los obedientes verdaderos. En esta oracion, repetida con

grande confianza, empleó desvelado toda la noche, hasta que rendido al molimiento de los dos antecedentes días, á pesar de sus dolores le sobrevino un dulce sueño, en el cual vió que se le llegaba el Santo Padre y tocándole el pie le decía:

—Prosigue tu viaje, que ya estás bueno.

Despertole el gozo de aquella apacible visión, aplicó la mano á la pierna y no halló la hinchazón; probose á moverla, y pudo, porque la halló del todo sana, hizo nuevas experiencias paseando y pisando firme, y no hizo el menor sentimiento. Dobló las rodillas y dió gracias á la divina majestad que por intercesion de sus santos obra tales maravillas. Y cuando la caridad de sus indios compañeros había determinado, por más que se resistiera, llevarlo sobre sus hombros, él caminaba tan ligero que hacían harto de seguirlo.

Fuera sin duda evidente el riesgo de morir á sus manos si hubieran atravesado las tierras de los indios Payaguas, y era inevitable si marcharan por tierra. Resguardolo el Señor, porque á poco trecho encontraron

otros amigos que les dieron noticia de unas canoas que estaban retiradas en un arroyo vecino y les exhortaron se embarcasen en ellas, como lo hicieron, y con feliz navegación, llegaron río abajo á la ciudad de la Asuncion.





CAPÍTULO XIX

Llega el P. Antonio Ruiz al Paraguay, y con la autoridad de su testimonio des miente los falsos informes de la calumnia.

Gravísimamente dijo San Juan Crisósto-no, hom. 3. de laud. Paul. *Talis est condi-litio falsitatis, ut etiam nullo sibi assistente, onsenescat, ac defluat. Talis autem é con-erso veritatis status, ut etiam multis impug-iantibus suscitetur & crescat.* Totalmente puestas en su ser y condicion, son la men-ira y la verdad; aquella, aunque no haya uien la impugne, en poco tiempo envejece cae; ésta, por muchos que la combatan, no

hacen mella, siempre triunfa de sus enemigos; contrastada puede ser, no vencida.

Con gallardos símiles nos persuadió otro sabio este desengaño, que se le puede escuchar por sola la gala con quelo dice: *Ut enim immortalis est veritas, sic fictio & mendacium non durant. Simulata illico patescunt. Et magno studio compta cœsaries vento turbatur exiguo; & operoso licet impressus fucus, sudore diluitur & argutum quoque mendacium vero cedit, coramque pressiũo intuente, diaphanum est. Opertum omne dete gitur; nativusque rebus color manet.* La verdad es inmortal. Verdad era que la vida que los Padres hacían en las reducciones del Guayrá era en lo observante y edificativo de los Padres de la Compañía de Jesús, que es lo más que decirse puede para quien sabe el ejemplo grande que dan al mundo. En lo penitente, más que anacoretas, pues les faltaba aun el regalo de hortalizas y frutas, de pan y vino que estos tenían, reducidos á una limitada ración de harina de Mandioca. En el celo de la salvacion de las almas y conversion del gentilismo, muy de varones

apostólicos como consta parte de lo dicho y constará más de lo mucho que resta por decir.

Siendo todo esto verdad, *inmortalis est veritas*, no pudo perecer á aceros y hierros de la mentira. Esta es la que alcanza brevísima duracion, luego caduca y se desvanece como la niebla que se deshace á los rayos del sol, como la más peinada y compuesta cabellera que se turba y confunde con el viento, como el hipócrita albayalde que con el sudor se derrite. Así la más artificiosa y bien forjada mentira cede á la verdad, y llegando de cerca á reconocerla, siendo de solar tan oscuro, es toda diáfana, donde nada de lo que finge puede hurtarse á la vista. No falta mano superior que quita á las cosas el rebozo que les pone, con que aquellas cobran su color nativo y vienen á ser conocidas por lo que son.

Así sucedió en los falsos rumores que hombres perdidos y de malas conciencias esparcieron por el crédulo é ignorante vulgo de aquellos santísimos Padres. Mal que muchas veces ha experimentado la religiosísima

Compañía de Jesús, que ya parece nació con esta estrella; pero siempre su suma inocencia quedó vencedora de la calumnia y ésta sirvió á su crédito mayor.

Llegó el P. Antonio Ruiz á la ciudad de la Asuncion, y con su venida se consolaron mucho los Padres de aquel santo Colegio, y con su verídico informe salieron del cuidado en que los había puesto la calumnia de aquella gente sin Dios que tiraba á talar la viña de aquella nueva iglesia cuando más florida daba mayores esperanzas de copiosos frutos. Hallábanse en dicha ciudad algunos de los artífices de aquella traicion y quedaron bien corridos cuando se vieron convencidos con evidencia de falsos calumniadores. Conocieron todos cuán gloriosamente trabajaban aquellos apostólicos misioneros en reducir á la fe y á la obediencia del rey católico aquellas provincias de gentiles, que por industria y celo de dichos Padres, suavemente se iban incorporando en la Iglesia y monarquía. Bien dijo Lactancio lib. 2. D. inst. *O quám facile est redarguere mendacia*! No hay cosa más fácil que convencer una

mentira, porque como no tiene memoria ella misma se contradice y depone contra sí: *mportet mendacem memorem esse*, y más presto se alcanza un mentiroso que un cojo.

Su poco de fruto cogió el Señor desta persecucion, como quien sabe sacar de los males bienes. Porque luego se vió una santa emulacion y competencia entre todos los religiosos que se hallaron en aquella ciudad, sobre quién había de ser el dichoso que fuese sirviendo á nuestro P. Antonio en su vuelta á las reducciones.

Dióla dentro de breves días, porque lo arrebataban el consuelo de sus hermanos y el amor y salud de sus maltratados feligreses.

Con las mismas canoas en que había bajado, subió otra vez el río arriba que aunque es la navegacion más difícil por la resistencia de la corriente que rinde los brazos de los indios bogavantes, se le hizo muy facil por impelido con propicios soplos del viento del Espíritu Santo, y porque volvía á su centro, que siempre lo fué para este infa-

tigable operario aquel lugar, donde más á costa suya podía solicitar la mayor gloria de Dios y salvacion de las almas.

Llegó con mucha bonanza al puerto de Maracabí y halló en él al mercader que á la venida le había negado sus canoas, muy sentido, por estar persuadido que el Padre las había tomado contra su voluntad y á escondidas y navegado en ellas á la Asuncion.

Procuró satisfacerle con la vista de las que traía, que no eran las suyas. Pero no se sosegó con eso, porque creyó que las habría trocado por otras en la Asunción. Y solo faltó para el mérito y corona del P. Antonio que le diese apellido de ladron. Pero el Señor descubrió presto la verdad y volvió por su inocencia.

En aquel puerto más que en otros, afirman personas fidedignas que en varias ocasiones los demonios, que llamamos duendes, han hecho pesadísimas burlas á los pasajeros y navegantes, afondándoles las canoas, que son unas barquillas de tráfago, en forma de grandes gamellones, que rematan en

puntas, en que por los rios traginan y portean varias mercancías.

Por este camino castigó Dios la poca piedad del mercader que viendo al P. Antonio extremamente necesitado cuando bajaba al Paraguay no le quiso socorrer con su canoa, permitiendo al demonio que en el mismo puerto donde estaba se la echase á pique y la llenase de arena y zaborra. Allí estuvo sepultada hasta que nadando un indio búzano la tocó con el pie y dió aviso á su dueño que la hizo sacar y reconoció que había sido castigo de su poca piedad, y pidió perdon á nuestro P. Antonio de su falsa sospecha.

Algunos días fué fuerza detenerse en aquel paraje donde no pudo, lo que nunca supo, estar ociosa su gran caridad. Hizo su mision á los moradores, enseñóles la doctrina, oyólos de confesion, díjoles misa, que raras veces oían, y por mucha ventura. Continuó su camino por tierra hasta volver al Paraná, padeciendo por aquellos páramos las mismas incomodidades que cuando vino, aunque con más robusta salud. Con ella lle-

gó á los brazos de sus amados compañeros, que le aguardaban á deseo, y con esperanzas de que traería consigo otros Padres, bien necesarios para la mies que iba cada día tomando sazon; lo que por entonces no tuvo efecto, túvolo después.

Estos sucesos contrarios y persecucion terrible que pareció había de embarazar la dilatacion de la fe, fué lo que á la nave el tiempo borrascoso, que en un día de tempestad navega más que en muchos de bonanza, aunque con más peligro de dar al través.

Permitióla Nuestro Señor, como medio, para que con más calor se acabasen de reducir y juntar en los dos pueblos todas las familias sembradas á las riberas de los ríos, sin detenerlos el cariño de la patria ni las sementeras que tenían en ella.

Luego les llegaron cartas de Paraguay con nuevas de mucho consuelo, y una dellas, que el P. Provincial había llegado á la visita del colegio de la Asuncion, de donde envió orden al P. Josef Cataldino que bajase á dar cuenta del estado de aquellas reducciones, con

esperanzas que le daba de que volvería á ellas con socorro de nuevos obreros, que era el favor que con mayor ahinco todos suplicaban.





CAPÍTULO XX

Lo que los tres Padres obraron en ausencia del P. Cataldino. Muerte dichosa del Padre Martín Xavier; vélo en la gloria el P. Antonio Ruiz.

———

Partió el P. Josef Cataldino á cumplir su obediencia, expuesto en su viaje á los mismos trabajos y peligros que el P. Antonio había padecido en el suyo, aunque muy alegre y animoso, por constarle era esta la voluntad del Señor, en cuya piedad confiaba, que quien iba solo había de volver á las reducciones bien acompañado. Hubo entre los tres Padres una santa porfía sobre quién había de llevar la carga que dejaba el P. Cataldino, queriéndola toda cada uno para sí,

por aliviar á sus compañeros. Por bien de paz se la repartieron como buenos hermanos. Renovaron las correrías por los montes y riberas, recogiendo las ovejas descarriadas al aprisco común donde estuviesen más defendidas de los hambrientos lobos en cualquier repentino asalto que les diesen ó los españoles codiciosos ó los impíos Mamalucos.

Reconocieron los puestos antiguos de su vivienda, donde siempre hallaban que respigar para las trojes del cielo en muchos enfermos, niños y viejos desvalidos, á los cuales como buenos pastores, muchas veces cargaban sobre sus hombros y de muchas leguas los traían á los lugares diputados, donde tuviesen el pasto más seguro.

No se puede fácilmente decir lo infinito que estos obreros evangélicos padecen en este santo ministerio con pobreza suma del sustento preciso para pasar la vida cuando fuera comodidad y gran regalo ayunar todos los días á pan y agua; pero si ésta les sobra, fáltales el pan, y la vianda ordinaria son raíces de la tierra y harina podrida de

Mandioca, que aun á los que la tienen muy usada, causa agudas y pestilentes enfermedades, á que no poco ayudan los excesivos calores de la region, por tener al sol tan vecino.

El P. Martín Xavier, que ya llevaba carga superior á sus fuerzas, con la parte que le cupo de la del P. Cataldino, dió consigo, no en una cama, sino que dió con la carga en tierra, que esta es el lecho común de aquellos apostólicos varones, que si quisieran vivir ó en sus provincias de Europa ó en los colegios de aquella, pudieran dormir con descanso en las suyas, y en sus enfermedades no les faltara toda asistencia y comodidad. Adoleció, pues el P. Xavier de una gravísima enfermedad que le postró las fuerzas y el apetito, sin poder apelar á otro alimento que al sobredicho. Apeteció un bocado de pan y no fué posible socorrerle con él, porque había de venir de doscientas leguas. Aquí fué el suspirar el pródigo de su vida y salud con mejor espíritu que el otro de su legítima. Luc. 15. *Quanti mercenarij in domo Patris mei abundant panibus, ego autem*

hic same pereo. No lo dijo lamentando su desdicha, sino congratulándose de la que tenía por gran felicidad y haciéndole gracias al Señor por ella de lo íntimo de su corazon.

Asistíale de día y de noche el P. Antonio con mucha caridad, que en esta parte no fué tanto su desamparo como el de su santísimo tío San Francisco Xavier, en la choza de la isla de Sanchan, aunque por ventura fué mayor la falta de medicinas, de regalos y alimentos, pues no llegó á alcanzar el de un bocado de pan, que no falta en el más triste hospital al más pobre mendigo.

Acogíase nuestro Xavier, como el otro apóstol, á las dulzuras del cielo y consuelos espirituales, y con las esperanzas de verse presto en lugar de eterno descanso, con que lo alentaba el P. Antonio en aquel trance postrimero. Preguntóle si quería encomendarle alguna cosa para cuando hubiese partido desta mortal vida. Respondió que solamente le rogaba lo encomendase muy de veras á Dios, en cuyo servicio moría con grandísimo consuelo; que le dijese

algunas misas, y luego que espirase, la primera, porque fiaba mucho, así de la virtud grande de aquel santo sacrificio, como en la eficacia de su oracion

Todo lo ofreció el P. Antonio con sincerísima voluntad, y en retorno le rogó que cuando se viese en el cielo, como legítimo procurador suyo, y en su nombre, hiciese una gran reverencia á su reina y Señora, y le suplicase fuese servida de aumentar más en su pecho su cordialísima devocion.

Entre estos dulces coloquios, cargado de virtudes y rico de merecimientos, con desamparo semejante al con que su amado Señor entregó su espíritu al Eterno Padre y le rindió el suyo este nuevo Xavier del Occidente. Cuya gloria reveló presto Su Majestad á su siervo Antonio, de la manera que aquí diré.

Después de su dichosa muerte, lo más presto que pudo, para cumplir la palabra que habia dado al difunto, se retiró á decir misa por su alma, con la pausa, devocion, ternura y reverencia que solía. Estando en ella, de repente le ilustró el entendimiento

una gran luz y un clarísimo conocimiento de los bienes que se gozan en la gloria. Representósele vivamente una corte imperial de hermosísimos edificios, abundantísima de todo género de delicias, cual la vió en su soledad de Patmos el Evangelista San Juan.

Los efectos que esta vista obró en su corazon fueron un fervorosísimo deseo de amar mucho á la Virgen y de solicitar de nuevo con todos su reverencia y amor; un tedio grande de todas las cosas del mundo y aprecio de las del cielo.

Allí le dieron á entender que para conseguir este amor reverencial é inmenso de su gran Señor, los medios más eficaces eran: el primero un examen cuidadoso y particular para desarraigar las faltas más leves, porque esta reina, como fué espejo de toda perfeccion, quiere perfectísimos á los que han de ser privados suyos.

El segundo, continuo recurso á Su Majestad con oraciones jaculatorias.

El tercero, alguna cotidiana penitencia á su devoción.

Aquí le parece tuvo moral certidumbre de

que su amado Padre Martín Xavier había ya entrado en aquella soberana ciudad, y cumplido con lo que le había prometido.

Para mostrarse más agradecido á estos favores y profesarse más esclavo á su Señora de cuya mano los recibía, hizo fabricar una gruesa cadena de hierro, en cada eslabon un erizo con muchas puntas, para traerla toda la vida ceñida á las carnes, en protestacion de su honrosa esclavitud, como la trujo, hasta que en una grave enfermedad le mandó el confesor suspendiese el uso della.

Algún tiempo después del tránsito feliz del P. Xavier, habiendo caminado muchos días por aquellos desiertos á caza de indios para catequizarlos y socorrerlos, una tarde se sintió del todo fatigado y rendido, con grandes desmayos y sin manjar alguno para tomar aliento. Acudió, como tenía de costumbre, á Nuestro Señor, para alimentar el alma con su presencia, ya que no podía al cuerpo con vianda material. No pudo dar en aquella, aunque la procuró con todo ahinco. Con este desconsuelo interior del espíritu y flaqueza del cuerpo, llegó al paraje donde

había de pasar la noche. Acogióse descaecido á su hamaca, que es una red en que consiste todo el aderezo de cama en aquellos países; asegúrase con fuertes sogas colgada en el aire, de las ramas de los árboles, por temor de las fieras; en ella se envuelve, ó por mejor decir, se amortaja el caminante, expuesto á las lluvias, al sereno, al frío y humedad de la noche. Y como los que caminan á pie no necesitan de blandos y mullidos plumones para conciliar el sueño, luego se quedó Antonio en su hamaca medio dormido, cuando con las potencias vivas y despiertas vió que como á otro Jacob se la rasgaban los cielos, y que por aquella abertura salía un raudal de luces, que tenían por paradero el lugar de su descanso.

Del golfo destos celestes resplandores oyó una voz como llama de fuego, que le decía:

—Aquí descansa Martín Xavier, aquí recibe el premio de sus gloriosas fatigas; aquí la palma y corona de sus peleas; con él descansarán los que se cansaren como él.

Despertó luego muy gozoso de la dicha

de su santo compañero y muy alentado á padecer mucho por Dios. Habiéndose disminuido los obreros, fué forzoso recayese el peso de los difuntos sobre los hombros de los vivos. Y el que con la ida del P. Cataldino y muerte del P. Xavier se le recreció al P. Antonio, fué tan sobre sus fuerzas, debilitadas ya con tanta aspereza de vida y penitencia, que enfermó de una fiebre maligna en la reduccion de Loreto, donde padeció á solas los graves accidentes desta enfermedad y llegó á peligro de muerte, sin el consuelo que en la suya tuvo el P. Xavier; pero muy alegre en su mayor desamparo.

Pero el Señor, que conocía bien la falta grande que había de hacer, le socorrió de suerte que sin médico, sin medicinas, sin regalo alguno, cobró perfecta salud.

Llegó á noticia del P. Simón Maceta la enfermedad del P. Antonio. Partió luego á visitarle, y hallólo ya del todo convalecido, por lo cual ambos dieron muchas gracias á Dios.

Confirieron el medio más á propósito para concluir el negocio tan deseado de redu-

cir los indios á dos poblaciones. Porque el demonio ponía grandes dificultades en la ejecucion por medio de algunos indios que habían retrocedido del primer intento y palabra que dieron á los Padres. Entre otros era un famoso cacique, por nombre Maracana, que estaba muy enamorado del sitio de su ranchería, donde defendió al P. Simón Maceta cuando el grande hechicero Atiguaya intentó quitarle la vida.

Este, pues, resuelto de no dejar su tierra ni las comodidades seguras que gozaba en ella por otras inciertas, hizo la mayor oposicion y causó á los Padres notable pesadumbre, pues con eso se embarazaba el pronto socorro que tenían los indios reducidos á un lugar, cuando en muchos tan remotos era imposible enseñarles la doctrina y ministrarles los Sacramentos.

Encomendáronlo muy de veras á Nuestro Señor; y habiéndose retirado á descansar en su casilla ó choza, á la media noche los despertó un grande alboroto en el pueblo. Por ser cosa irregular á aquella hora, temieron no fuesen otra vez invadidos de los Ma-

malucos ó españoles, ó ya no fuese alguna conjuracion de los indios contra sus vidas, pervertidos de los hechiceros; pusiéronse en oracion, sacrificando aquellas á Nuestro Señor y ofreciéndolas con gran valor en defensa de su santa fé, suplicándole que si había de ser mayor gloria suya y bien de las almas, regase aquella semilla con su sangre.

En estos actos fervorosos pasaron la noche, animándose el uno al otro á morir alegremente por Cristo. Apenas amaneció cuando se les entró por su casa el cacique Maracana, con una espada desnuda en la mano, á quien hacían escolta tropas de sus vasallos indios, con sus armas, que son arcos y flechas. Confirmáronse en el juicio que hicieron de que los venían á matar.

El P. Antonio, con ánimo intrépido y sin alguna turbacion en el semblante, le preguntó al cacique qué pretendía con aquella ruidosa hostilidad y á hora tan sospechosa. Lo cierto es que si vinieran de guerra dieran la respuesta la espada y las saetas. Pero aunque en son de motín, venían muy de paz, y así con ella respondió el cacique:

—Has de saber, Padre, que aunque en varias ocasiones me hiciste instancia para que me mudase á este pueblo, siempre hallé repugnancia grande en obedecerte, porque tenía por caso de menos valer desamparar la tierra de mi nacimiento, donde mis padres y abuelos tuvieron sus haciendas, sus sementeras y vasallos. Pero esta dificultad ya Dios la ha vencido, porque esta noche he padecido grandes inquietudes, y en toda ella no he podido cerrar los ojos al ruído de una horrible voz, que por dos ó tres veces me dijo: «Múdate, y haz lo que te aconsejan los Padres, porque si no lo haces violentamente te quitaremos la vida.» Quedé atónito con esta voz, quise ver la persona que me hablaba, y no pude, aunque había luz en mi retiro.

Levantéme al punto, dí parte á mis vasallos, y resuelta la mudanza mandéles cargar con sus herramientas para rozar y cultivar los campos. Al punto que llegamos, me fabricaron una choza, donde he dormido un rato con mucho descanso y sin rastro de aquella pesadilla, y agora vengo á darte

cuenta de mis intentos porque sé que te has de alegrar.

Oyeron los Padres con mucho consuelo la relacion del cacique, y dieron gracias al Señor por la mudanza que había obrado en él con el poder de su diestra. Salieron luego á dar á sus huéspedes la bienvenida, y hallaron que habían gastado toda la noche en cortar parte de un bosque para hacer sus ranchos, encendiendo hogueras y celebrando la fiesta con luminarias.





CAPITULO XXI

Mueve el enemigo segunda persecución contra las reducciones del Guayrá, vuelve el P. Antonio á la Asunción á solicitar su defensa.

Al paso que se iban aumentando las sobredichas poblaciones y disponiendo los ánimos de los indios en forma de república, para ser más fácilmente instruídos en los misterios de la fé, rabioso el enemigo común asestaba todos sus tiros de batir y tramaba nuevos ardides para deshacer aquella civil y cristiana concordia, porque con ella comenzaban á vivir con fueros de hombres de razon los que antes vivían á ley de brutos, y sa-

cudiendo el pesado yugo de su tiranía sujetaban las cervices al suave de la doctrina evangélica.

Sentían mucho los españoles del Guayrá, anteponiendo sus privados intereses al mayor servicio de Dios y de su rey, que toda la gente que en distancia de noventa leguas estaba dividida, y expuesta como grey descarriada, y sin pastor á los asaltos de su avaricia y crueldad, se congregase en aquellos dos pueblos, no acordándose que el Espíritu Santo, todo amor, vino en forma de fuego para unir las lenguas que había dividido el espíritu maligno en los sobervios babilonios, como lo ponderó bien San Agustín *Spiritus superbiæ, dispersit linguas, Spiritus Sanctus congregavit linguas*. Ni ciegos con su codicia advertían lo que dicta la buena razón y la experiencia enseña, *virtus unita fortior est se ipsa dispersa*. Y como no habían podido por otros medios impedir esta union, parecióles que lo conseguirían echando de allí á los Padres, por lo menos al uno, juzgando que el otro viéndose solo, ó se retiraría de la empresa como superior á sus

fuerzas, ó moriría rendido y abrumado de la carga.

El demonio era el que atizaba este fuego, como el más interesado en la perdicion de tantas almas. Valióse para descomponer á los Padres de un eclesiástico que de la ciudad de la Asuncion vino al Guayrá, con título de visitador.

A éste sobornaron los españoles, y habiéndole ganado la voluntad, comunicáronle sus intentos, y él les ofreció toda su autoridad. Publicó por todas aquellas reducciones que venía á sacar dellas á los Padres y á ponerles otros curas de su mano, que no era bien sirviesen estas plazas religiosos, los cuales estaban mejor en la clausura de sus conventos, y que por verse libres della y de la sujecion de la campanilla y prelados se alzaban con el oficio de párrocos para vivir con más libertad. Siempre busca la malicia colores de decencia y virtud, porque con los suyos á nadie se enamora y con aquella máscara á muchos engaña.

No dejó de conocer el visitador que para lo que intentaba contra religiosos exentos le

faltaba la jurisdiccion y que ni la traía delegada ni ordinaria, y quiso suplirla arrogándose la agena del Santo Tribunal de la Inquisicion.

No sé por donde había llegado á su noticia que la última vez que estuvo en la Asuncion el P. Antonio Ruiz, el comisario del Santo Oficio que reside en ella, le había encomendado un pliego para otro ministro del mismo tribunal. Desto se asió el visitador para sacar á dicho Padre de las reducciones; publicó que era comisario. Despachóle como tal un mandato, que viniese luego á dar razon de cómo y quién había entregado el pliego que se le dió en la Asunción.

Y aunque el P. Antonio no dejó de entender á donde tiraba el juez intruso, y que no tenía obligacion de responderle, respondióle con toda cortesía que ya había entregado á quien iba el pliego y que á él ni le mandaron que pidiese respuesta ni testimonio de su recibo. No se satisfizo el Visitador, y como comisario despachó unas letras en que mandaba que el Padre partiese al Paraguay á dar cuenta de dicho pliego, y luego espar-

ció entre los indios que al P. Antonio lo había desterrado por sentencia jurídica y declarado incurso en la descomunión.

El buen P. Antonio, como tan hecho á trabajos y tan sediento de otros mayores, para obviar el escándalo que en aquellos pequeñuelos indios pudiera ocasionar su desobediencia, sin embargo de que conocía muy bien las nulidades de aquella sentencia, y el dañado fin á que se encaminaba, se resolvió de bajar á la Asunción á dar cuenta al gobernador de S. M. que allí reside, y al legítimo Comisario, de los agravios y estorsiones que le hacía el intruso.

Caminó otra vez aquellas doscientas leguas con la misma incomodidad que la primera, con gran paciencia y conformidad con la voluntad divina. No perdió tiempo en el camino, porque donde quiera que llegaba, consolaba los enfermos, catequizaba indios adultos y oía de penitencia muchas personas extremamente necesitadas. Una destas fué un portugués, que con deseo de llegar á hacerse rico en el Perú, se arrojó solo y temerario peregrino por los despoblados de

San Pablo y costas del Brasil. Este, para facilitar su tránsito, se fingió sacerdote, y con sacrílego atrevimiento confesaba, decía misa y ejercía otros ministerios anexos al orden sacerdotal. Súpolo el P. Antonio, y compadeciéndose dél, le representó la gravedad de los sacrilegios que cometía, el riesgo que podían correr los que se persuadían quedar absueltos, y el que él correría si llegase á noticias de la santa Inquisición, con que lo redujo á buen camino.

Con verdad se puede decir que por donde quiera que pasaba. Act. 10. *Pertransibat benefaciendo & sanando omnes oppresos á diabolo.* Nunca volvía á su retiro sin gran número de prisioneros, que había sacado del cautiverio de Satanás.

Llegó á la Asunción, donde halló de vuelta de Córdoba á su carísimo P. Joseph Cataldino. Dióle cuenta de los nuevos trabajos de las reducciones y lo que el demonio procuraba inquietarlas y deshacerlas por medio de los del Guayrá; de la soledad del P. Simón Maceta y de las maravillas que Dios había obrado en ausencia suya. Diéronle grata au-

diencia gobernador y comisario, y con muy favorables despachos, en compañía del Padre Cataldino volvió á sus deseadas reducciones.

Los Padres de la Asunción, compadeciéndose de la extrema pobreza que en ellas padecían, les dieron de limosna algunas vacas, de que abunda mucho aquella provincia y de donde se trae buena parte del corambre que se gasta en Europa. Juzgaron que con ellas podrían entablar entre aquellos montes, fértiles de yerba, una estancia y que con las crías y leche serian de socorro para el sustento de los Misioneros y de los pobres indios enfermos.

Llegaron con ellas á Maracayú, donde halaron nueva que las reducciones se habían leshecho del todo, y que el P. Simón Maeta se venía; que era lo que el demonio traaba y lo que los españoles pretendían. No ieron crédito al que tuvieron por rumor ılso y echadizo. Pasaron adelante transfiurados de apóstoles en vaqueros y pastores e aquel ganado cerril para poder decir con ablo, I. Cor. 9. *Omnibus omnia factus sum,*

ut omnes facerem salvos. Parecía imposible, ó por lo menos muy árduo y trabajoso guiar las vacas por la espesura de aquellos bosques; pero todo lo facilita la caridad y el celo de la mayor gloria de Dios.

Llegaron al Salto de Guayrá donde fabricaron embarcaciones para llevar por el río arriba cuarenta cabezas, que las demás se quedaron perdidas en el camino y destas cuarenta solas llegaron vivas á las reducciones once, de las cuales han procedido tantas como ahora pueblan todos aquellos montes.

Los españoles que habían sido autores desta inquietud viendo que solo quedaba el P. Simón Maceta, hicieron todo el esfuerzo para que lo dejasen los indios y se viniesen á vivir más cerca de su lugar para servirse dellos como de esclavos, y usar con aquella gente desvalida del rigor que acostumbran.

Tenían ya el negocio amasado y bien dispuesto, y señalado el día en que habían de marchar con sus casas á cuestas, como las tortugas, siendo el capitán de los amotinados el cacique Maracana, á quien habían engañado con grandes promesas, y él olvidó el

modo milagroso con que el Señor lo había traido á ser morador de Nuestra Señora de Loreto, como se dijo en el capítulo antecedente.

Este indio, con otros dos, habían de ser los primeros que ejecutasen la mudanza; pero por justo juicio de Dios, la hicieron antes los tres desta vida á la otra, según que lo tenía profetizado el V. P. Simón Maceta, como más largamente se refiere en su vida. Seme-antes castigos de la divina justicia amenazó profeta el P. Antonio Ruiz á otros voltarios y mal contentos, en cuyas cabezas escarmentaron y se quietaron los demás, frustrándoseles á los de Guayrá sus depravados intentos.





CAPITULO XXII

Llega el P. Antonio con el P. Cataldino á sus reducciones, hallan nuevas inquietudes causadas de los españoles.

—

Aunque es verdad que con las desastradas uertes de los más culpados en aquella mal tentada y perjudicial mudanza que los esañoles persuadían, tocaron á retirar los deás y tomaron mejor consejo de perseverar n el puesto que la providencia divina les haía destinado con tan manifiestas significacioes de su voluntad. Con todo no hacían ya nta confianza como solían de los Padres, i los miraban con aquel cariño con que an-

tes. Porque los españoles del Guayrá, ya que no pudieron desquiciar su constancia y arrancarlos de su puesto, viendo que los Padres volvian de asiento, muy favorecidos de los gobernadores, procuraron descomponerlos con los indios, sembrando entre el buen trigo la cizaña y discordia entre los muy hermanos, que es lo que tanto aborrece el Espíritu Santo.

Divulgaron por las dos reducciones que les llevaban un nuevo y pesado tributo que llamaban tasa. Que por ningún caso lo admitiesen, y siendo por su naturaleza libres, no quisiesen neciamente hacerse esclavos y pecheros. No hay mentira que no sea hijadalgo, porque si no se disfrazase con alguna máscara de verdad, ella es tan fea que de todos sería aborrecida.

Dieron los del Guayrá color á la suya, con que Su Majestad Católica, con cristiano celo de relevar á los pobres indios del servicio personal que los llevaba arrastrados y por momentos se iban consumiendo, mandó por su real decreto al oidor D. Francisco de Alfaro que les conmutase aquel pesadísimo

tributo en otro mucho más ligero, en reconocimiento del vasallaje que prestaban á Su Majestad. Y aunque aquellos indios del Guayrá, por recién convertidos, estaban exentos del uno y del otro, con todo, los españoles, con falso pretexto de piedad, tiraban al blanco de su codicia, y querían hacerles aborrecible su misma conveniencia, lo que recabaron de muchos con siniestra informacion.

Conocióse bien en que cuando volvieron los PP. Cataldino y Antonio del Paraguay cargados de donativos que de limosna les hacían, según su pobre caudal, como eran sal, cuchillos, anzuelos, agujas, sombreros, tijeras, y otras cosas que ellos estiman más que la plata y que el oro, por lo que se sirven de dichas alhajas, no las querían recibir creyendo que con aquellos donecillos les compraban con dolo la libertad. Cuando en otro tiempo con ningún beneficio más se les ganaba la voluntad; y si alguno por cortesía los aceptaba, fuera de su presencia hacía dellos menosprecio y no se daba por obligado. Pero con la paciencia y constancia en sufrir sus des-

aires y retornar con nuevos beneficios, últimamente vinieron á desengañarse y á cobrar el primitivo amor que á sus Padres y maestros tenían. Creció aquel desengaño y este cariño y estimacion con algunas maravillas que obraba Dios en aquellas reducciones. De las cuales solamente diré aquí las que son propias del P. Antonio.

Murió en la reduccion de Loreto, que estaba á su cargo, un indio con opinion de buen cristiano. Recibió todos los Sacramentos, y habiéndole abierto la sepultura en el lugar que había señalado. Siendo ya tiempo del entierro, le vino aviso de que le llamaba aquél á quien todos tenían por difunto. Porque estando ya para llevarlo en el féretro á la iglesia, resucitó de repente.

Llegó el Padre á la casa que estaba llena de gente, á la fama del muerto resucitado. Apenas entró, cuando le dijo el indio: Cómo realmente había espirado y que saliendo el alma del cuerpo, encontró un ferocísimo demonio cerca de su hamaca, que era la cama donde murió, el cual agarrando della, decía: «Mía eres.» Negábalo el alma

y esforzábalo el enemigo, alegando de su derecho, porque no se había confesado bien. Hízole cargo de dos pecados que había callado en la confesión. Es verdad, dijo, que los cometí; pero no los callé por vergüenza sino por olvido natural; y siendo así, fío de la misericordia de Dios que me los habrá perdonado; si no dí bastante satisfaccion con mi penitencia, purgatorio hay donde podré hacer la que fuere servido Su Majestad.

No obstante esta excusa, pretendió el demonio arrebatarla y llevarla por suya al infierno, pero acudieron el arcangel San Miguel y el Santo angel de su Guarda, y sacáronla de sus uñas y metieron al enemigo en huida.

Y aunque por ser muy nuevo en la fe ni había visto imagen de los ángeles ni hecho cabal concepto dellos, los dibujaba con toda perfeccion.

Después que se vió libre de las garras de aquel dragon infernal, dijo que los ángeles la llevaron á una region hermosísima, llena toda de amenísimos jardines y de lejos le mostraron una grandiosa ciudad y le dijeron:

—Aquella ciudad que ves es la corte del Rey del cielo, donde nosotros vivimos en gloria. Tu no puedes agora entrar en ella, hasta que vuelvas al cuerpo y cuentes lo que has visto, y te confieses de nuevo avisando á tus parientes que vivan bien y se aprovechen de la doctrina que les enseñan los Padres; y al tercer día entrarás en la Iglesia. Preguntó qué entendía por entrar en la Iglesia. Respondieron que al tercer día moriría y lo enterrarían en ella.

Así sucedío todo, porque habiendo resucitado en viernes, domingo por la mañana volvió á morir y fué enterrado en la iglesia. Todo este tiempo que vivió después de haberse confesado, con gran dolor de sus culpas, lo gastó en exhortar, no solamente á sus deudos, sino á tropas de indios, que pasmados acudían á ver y oir un hombre venido de la otra vida, que sirviesen á Dios, que frecuentasen Sacramentos, que amasen y respetasen mucho á los Padres que les enseñaban la doctrina del cielo.

Con este caso creció mucho su devocion, y se acabó de desvanecer la pretension de

los españoles del Guayrá que todavía hacían diligencias para sacarlos de aquel puesto y de la santa institucion y obediencia de los Padres.

No menos se arraigaron sus ánimos en este propósito y en la fe, con otro caso que sucedió por el mismo tiempo, con que les declaró Nuestro Señor era su voluntad que por entonces permaneciesen en aquel puesto.

Entre otros indios que vinieron á domiciliarse en él, fué un cacique de las sierras del Pirapo con su familia y vasallos. Este en la fuga de las inquietudes sobredichas, con tedio de ellas, y amor de la paz, juzgó era mayor la que gozaba en su tierra, y resolvió volver á ella con toda su gente. Fingieron que iban á su chácara; marcharon todo el día por caminos bien sabidos, y porque no les diesen alcance para revocarlos, no pararon en toda la noche.

Cuando á la luz del sol saliente se reconocieron y tuvieron por cierto se hallaban ya algunas leguas lejos de la reduccion, se vieron por frente cercanos al lugar de donde

habían salido, y persuadidos que solo Dios pudo volverlos de milagro; entraron en él, pidieron perdon al Padre de lo que habían intentado. De lo cual admirados los indios, nunca más trataron de mudar cuartel. Lo mismo le sucedió á otro indio con un niño de la escuela, que sacó con engaño para llevarlo á otro lugar, que habiendo caminado toda la noche, amaneció á las puertas de la reduccion; tres veces porfió en la fuga, y otras tantas le sucedió lo mismo. Conoció su desacierto, y hoy vive contento como buen cristiano.

Iba el P. Antonio, como hortelano diestro y cuidadoso, arrancando de sus feligreses las malezas de los vicios y plantando las virtudes, y singularmente el celo de la observancia de las leyes de Dios. Predicó un día con gran fervor las excelencias del santo matrimonio, y los castigos de los que tenían muchas mujeres, pues á las naciones más políticas del mundo y más ajustadas á la razon natural, no les era permitido más que una, como ellos mismos podían ver en los españoles.

Oyóle un cacique de los principales, y acabado el sermon fué á su casa, llamó seis mancebas que tenía en ella, vino con todas á la iglesia, y en presencia de mucho pueblo dijo al P. Antonio:

—Padre, estas seis indias son mis mujeres; yo te suplico encarecidamente las cases, porque me ha parecido bien la doctrina que predicas, y te prometo que no han de hacer más vida conmigo.

Alabóle la resolucion, premiòle el Señor llamándolo á la fe, bautizólo el Padre, y dentro de breves días murió con esperanzas grandes de su salvacion.

Otro cacique gentil y muy principal, tenía más de treinta mancebas. Hallaba mucha dificultad en dejarlas. Oía frecuentemente una voz del cielo que le decía:

—Cásate con una; ¿por qué no haces lo que el Padre te aconseja?

Deseábalo mucho el P. Antonio, y encomendándolo con veras al Señor, oyó otra voz:

—Cásalo, cásalo.

El día siguiente vino á sus pies el cacique,

Todo se hizo, y el cacique perseveró con mucho ejemplo hasta la muerte.
rogóle que le casase con una de sus mancebas y que lo bautizase, porque deseaba vivir como cristiano.





CAPÍTULO XXIII

Lo que los demonios inquietaron las reducciones. Revuelven su cólera contra el Padre Antonio Ruiz.

Con razon pudo decir el glorioso agustino Serm. 4 *Quid pravius, quid malignius, quid nostro adversario nequius? Qui posuit in cœlo bellum in paradiso fraudem, odium inter primos fratres & in omni nostro opere zizania seminavit.* ¿Quien en el mundo más malvado, más maligno, más astuto y porfiado enemigo de los hombres que el demonio? El fué el que con guerras civiles turbó el cielo; él con engaño pervirtió á nuestros

primeros padres en el Paraíso; él encendió y atizó entre los dos primeros hermanos el fuego de la discordia; él siembra entre el grano de todas nuestras buenas obras cizaña para que no fructifiquen. Y como dijo el gran Gregorio lib. 24. Moral. *Hostis noster, quando magis nos sibi rebellare conspicit, tanto amplius expugnare contendit. Eos autem pulsare negligit quos quieto jure possidere se sentit.* Nuestro adversario mortal, al paso que rebelamos contra él, y sacudiendo su yugo, nos hacemos del bando de Dios, refuerza contra nosotros sus baterías. A solos aquellos no molesta con ellas, que pacíficamente posee y viven contentos con su servidumbre. Bien lo experimentaron estas reducciones y sus apostólicos obreros. Pues viendo aquel que por medio de sus ministros no podía deshacer esta nueva cristiandad, ni embarazar sus crecimientos, determinó hacer por sí mismo la guerra á los que, ó ya le habían alzado ó trataban de alzarle la obediencia y pasarse á las banderas de Cristo, que arbolaban los soldados valientes de la Compañía de Jesús.

Aparecía visiblemente á los indios en varias y horribles figuras; persuadíales quitasen la vida á los Padres y cobrasen la libertad que les tenía cautiva, que era mengua suya sujetarse á unos pobres extranjeros que mañosamente los iban domesticando para ponerlos debajo del dominio de su rey; que tendiesen por la América los ojos y viesen las tiranías que los españoles habían ejecutado en las más de sus naciones, que se persuadiesen eran solapados y capitales enemigos de las suyas, que con dulces palabras los engañaban, y conducían á la extrema miseria de una perpetua y miserable esclavitud. Que abriesen con tiempo los ojos, pues llegarían á intentarlo cuando ya no tuviesen remedio.

Por este mismo camino, por donde más procuraba descomponerlos los acreditaba más, pues no eran tan bárbaros los indios que no reparasen en la vida santa de aquellos apostólicos varones en el celo con que solicitaban su bien espiritual y temporales conveniencias; que sin otro interés que el de su eterna salud, se habían desterrado de sus

patrias y renunciado la comodidad, el regalo y consuelo con que pudieran vivir entre los de su nacion, pues no ignoraban la estimacion que de sus personas se hacía.

Veneraban en ellos muchas y grandes virtudes; admiraban singularmente su abstinencia, su modestia y castidad de ángeles, engastados en cuerpos de hombres, y el valor con que exponían sus vidas á tantos trabajos y peligros, la providencia con que Dios los sacaba á la paz y á salvo de todos, de donde colegían que sin duda eran amigos, y validos suyos, y que por eso los aborrecía y perseguía tanto el demonio.

Los primeros demonios que se dejaron ver en forma de hombres, y con hábito de Jesuitas, fueron cuatro en el sitio de Ypaunbuzú, y el quinto en figura de una hermosísima señora, que los cuatro llevaban en medio, todos cercados de agradables resplandores, cantando á compás y con gorjeos de suaves voces, por los caminos de las chácaras ó masadas, al tono que en sus letanías usa la Iglesia, si bien no pronunciaban palabra con distincion ni alabanza alguna de Dios ni de

su Santísima madre. Muy cuerdamente advirtió San León, serm. 8 de Nativit. *Multa solicitudine prœcavendum est Christianis, ne diabolicis capiantur infidiis, & eisdem rursus, quibus renuntiaverunt, erroribus implicentur. Non enim definit hostis antiquuos transfigurare se in Angelum lucis; deceptionum laqueos ubique protendere; & ut quoquo modo credentium mentes corrumpat, instare.* Con toda solicitud se han de cautelar los cristianos, y más los nuevos en la fé, de las asechanzas del demonio, no sea que los vuelva á enredar con los errores de que aquella los sacó. Porque nunca deja el astuto enemigo de transfigurarse en angel de luz; vístese el lobo con piel de cordero; por todas partes siembra los lazos y extiende las redes de sus engaños, para pervertir por todos los caminos posibles á los que creyeron en Cristo. Este fué el fin que tuvo en estas vistosas y lucidas transfiguraciones.

Muchas veces encontraron los indios esta procesion ó capilla de cuatro, al parecer angélicas voces, y quedaron atónitos de ver la belleza de la mujer, y el lucimiento de los

cantores, que arrojaban de todos sus cuerpos rayos émulos de los del sol.

Fueron luego á los Padres á darles razon de lo que habían visto. Pero ellos les dieron á entender que sin duda eran aquellos demonios, que viviesen alerta, porque tiraban á engañarlos. Al principio ningún daño hacían á los que encontraban con ellos. Y á algunos curiosos que llegaban á preguntarles quienes eran ó que pretendían, respondían con mucho agrado que los cuatro eran ángeles de Dios; y en esto decían verdad; pero debieran añadir que los que por soberbios cayeron.

Aquella señora decía ser la Purísima Virgen, que venía á asistir y favorecer á los religiosos sus curas, y enseñarles muchas cosas que ellos no alcanzaban.

Desvergonzado fué el espíritu maligno que tuvo osadía para hacer aun en aquella farsa el papel de señora tan soberana. Asombrábase la gente sencilla, unos creían ser lo que decían, otros, más entendidos, recelaban algún engaño. Hurtábanse tal vez á la vista, y hablaban de suerte que se dejaban perci-

bir. A un indio que los oía sin verlos, le dijeron que si los deseaba ver se arrodillase; hízolo, y viólos en figura de ángeles. Díjoles que si eran ángeles por qué no iban á donde estaban los Padres, que los hallarían ó en su casa ó en la iglesia. Y no pudiendo ya disimular su saña, ni ocultar su sobervia, respondieron que no querían ver ni comunicar con los que eran sus más capitales enemigos.

Desde entonces convirtieron sus apacibilidades y agrados en amenazas y fieros, sus cánticos suaves en estruendos espantosos que hacían en el pueblo y en los caminos, por donde iban los indios á sus sementeras. Acudieron éstos á los Padres, los cuales, con los exhorcismos de la santa Iglesia les obligaron á mudar territorio.

Del pueblo de San Ignacio pasaron al de Nuestra Señora de Loreto, donde con horrendos bramidos traían inquietos y atemorizados á sus moradores; hacían notable daño á sus sembrados, abrasando como fuego y talando como pedrisco seco, roso y belloso, donde quiera que descargaba la tem-

pestad de su indignacion y nube de su malicia.

Dieron aviso á nuestro P. Antonio, que tenía muy perdido el miedo á la vil canalla; acudió compasivo de los daños de sus hijos; llevó consigo una reliquia de su santísimo Padre Ignacio, azote de los demonios; colocóla sobre un árbol, imploró su favor, roció los campos con agua bendita, con que los obligó á desamparar la campaña.

Procuraban persuadir á los indios que no entrasen en la Iglesia ni oyesen las voces que los Padres les daban en sus sermones, ofreciendo que ellos harían tal estruendo, que no las pudiesen oir. Así lo cumplieron, porque predicando el Padre, cargaban sobre los tirantes del techo, y estos se crugían con tal estallido, que parecía se habían de venir á tierra hechos pedazos. A los niños, que llevaban las madres colgados de sus pechos, les hacían llorar, con que aquellas se hallaban obligadas á salir de la iglesia para acallarlos. Y esta música era más cierta los domingos y fiestas.

Un demonio amenazó que había de derri-

bar la campana con que tocaban á misa, doctrina y sermón, y permitiéndoselo Dios, la rompió. Habíala puesto el P. Antonio en una torrecilla fabricada de madera. Repicóse todo el día en que la pusieron, y el siguiente, al primer toque con que se hizo el llamamiento á la misa, se conoció que estaba rota. Y al mismo tiempo que los espíritus malignos la rompieron, se gloriaron dello en la reducción de San Ignacio, diciendo á sus moradores cómo ellos lo habian hecho, y pues no querían tener amigable correspondencia con ellos, se retiraban á los montes, donde eran obedecidos y venerados de los infieles. La verdad que en esto dijo el Padre de la mentira, veremos en la reduccion que fundó después el P. Antonio en el Nuatingui de la Encarnacion. Allá marcharon sus enemigos y dejaron de allí adelante de molestar estas dos de Nuestra Señora de Loreto y de San Ignacio.

Pero no por ausentarse se mitigó el mortal odio y ojeriza que tenían al fervoroso Padre, á quien á voces apellidaban mortal enemigo. Comenzaron de nuevo á publicar-

le guerra, aparecíansele formidables mónstruos cuando entraba en la oracion, inquietábanle en la celda con grandes estruendos; alrededor de su choza encendían hogueras en diferentes ranchos y se calentaban como si tuvieran frío, encaminando á ella todo el humo, levantando la risa, y diciendo: Esto hacemos por dar fastidio á cierto personaje que mal nos quiere.

El P. Antonio no se daba por entendido, perseverando constante en su oracion, segurísimo de que no podían dañarle más de lo que Dios les permitiese. En cierta ocasion ya procuraron ahogarlo, pero no pudieron como se dirá en su lugar. No sé si fué por arte suya lo que aquí le sucedió.

Una noche, rendido de las tareas del día, se recogió á descansar un rato. Recostose el fatigado cuerpo sobre un zarzo, que era su más regalado lecho, cubriéndose con una frazada de vieja raida. Solamente se quitaba para dormir los zapatos y ceñidor, que ponía sobre un banquillo. Estando en el primer sueño, despertó á las voces de aviso que le daba, sin saber quién, que se guardase de la ví-

vora; saltó del zarzo, salió de su albergue, encendió lumbre, reconociolo todo, y nada halló de que pudiese guardarse; fué á calzarse los zapatos, y vió enroscada en ellos una vívora grande, que en su lengua materna llaman los indios Quiririo, cuyo veneno es tan pestilente, que en tiempo muy breve penetra al corazon y despoja de la vida, y sin duda la suya hubiera corrido gran riesgo, si el cielo no lo hubiera dado aquel aviso.

Admirable fué la providencia de que usó la divina piedad con un indio, reputado de todos por buen cristiano, y no era cristiano, aunque en las costumbres muy pío y hombre de bien.

Cayó en una gravísima enfermedad, recibió todos los Sacramentos y estuvo dos meses agonizando, sin acabar de dar la última boqueada.

Fué á visitarle el P. Antonio y el doliente se consolaba tanto con su visita, que lo llamaba dos y tres veces cada d a. No tenía ya más que la piel sobre los huesos, y parecía más esqueleto que cadáver; sola la respiracion hacía fe de vida.

Admiraba el Padre que pudiese tan sin fuerzas resistirse tanto tiempo. Preguntóle si tenía algo que le diese pena; dijo que no. Encomendólo á Nuestro Señor para que lo favoreciese en aquel trance. Hallóse allí bien acaso una india de la vecindad, y díjole:

—Yo pienso, Padre, que no está bautizado el enfermo, porque yo me he criado con él, y no sé cuándo ni quién le bautizó.

Hízose reparo y diligente inquisicion y se averiguó que entrando un domingo en la Iglesia, al tiempo que el sacerdote esparce el agua bendita, le alcanzaron algunas gotas, y él creyó que era el bautismo, y púsose nombre de Juan, quedándose con su pecado original, y por ventura con otros actuales. Estaba bien instruído en los misterios de la fé; de nuevo lo bautizó el Padre, y él muy contento dió el alma á Dios, que es maravilloso en sus escogidos, y debe ser glorificado por los medios eficaces y extraordinarios por donde lleva muchas almas á su salvacion. Con este caso concibieron los indios más estimacion de los Santos Sacramentos.



CAPÍTULO XXIV

Fabrica el P. Antonio la reducción de Nuestra Señora de Loreto, donde él sirve plaza de incansable jornalero.

Con los sucesos trágicos que tuvo en sus principios esta nueva cristiandad, y con lo que el demonio procuró por sí y por sus ministros impedir su reduccion á los dos pueblos, no pudieron fabricarse de propósito sus iglesias; estaba el arca del Nuevo Testamento como la del Viejo durante la peregrinacion de los israelitas, en pabellones ó tiendas de campaña. Pero cuando ya les pareció que estarían libres de toda turbacion y miedo de invasiones enemigas, el primer cuidado de

los Padres fué como el del rey David. *Si dedero somnum oculis meis, donec inveniam locum domino.* Dignándose la majestad divina de tener su domicilio entre estos pobres indios, que rescató con su sangre, puesto estaba en razon que ellos echasen el resto de su poco poder, como lo hicieron con ayuda y direccion de sus celosos curas en labrarle templos capaces y cubiertos de teja, por el riesgo grande que corren los que tienen el techo de paja, como se ha experimentado en los inevitables incendios de muchos, donde perecieron hasta las más sagradas alhajas del sacrificio santo de la misa.

No tenían los Padres oficiales ni había memoria que hubiese llegado á aquella tierra tejero alguno. Hicieron diligencias para traerlos de allende con crecidos salarios, siquiera para que enseñasen á los indios el arte, que para las mecánicas ni les falta el ingenio ni la aplicacion. Hubiéranselo quitado con mucho gusto de la boca, aplicando para el gasto de conducirlos la limosna que la gran piedad del rey católico da para el sustento de los ministros Evangélicos.

Recorrieron al Guayrá; pero como sus vecinos estaban tan mal con estas reducciones, ninguna diligencia ni disposicion de premio bastó para traerlos á cosa tan del servicio de Dios.

A falta destos peritos oficiales, nuestro Padre Antonio Ruiz, fiado en el favor del Supremo Arquitecto, que con solo querer, supo y pudo fabricar esta gran casa del universo, se resolvió de emprender la obra; y no habiendo sido discípulo ni aprendiz, hacerse maestro de los indios.

Enseñóles á cortar madera, á prevenir los pilares necesarios, con que dentro de breves días aprestaron materiales y erigieron un templo muy capaz, con todos sus adherentes y oficinas, todo con vistosa proporcion. Hicieron asimismo su horno para cocer la teja, y después de varias pruebas dieron su temple al barro, y salieron tan diestros como si de grandes maestros hubieran aprendido aquella facultad.

Edificada la casa á Dios, labraron para sus ministros un colegio competente, donde pudiesen gozar alguna comodidad y defen-

sa contra los rigores de los tiempos, y vivir en forma de comunidad con religiosa clausura.

Iglesia y casa salieron tan perfectas, que merecieron la aprobacion del reverendísimo P. Nicolás Durán Mastrilo, varon muy entendido en todas materias, que fué varias veces Provincial del Perú y una del Paraguay. El cual, en una carta que escribe á su general Mucio Vitalesqui, dándole cuenta de lo que gloriosamente obraban sus hijos en beneficio de aquella gentilidad, le dice:

«El templo es tan capaz, tan desahogado, tan hermoso, y con tanta curiosidad y aseo, que aseguro á V. P. con verdad que cuando entré en él me pareció un retrato del cielo, y si no lo hubiera visto, con dificultad lo creyera; y solo con verlo dí por muy bien empleados los trabajos y peligros de tan largo viaje.»

Antes que se acabase la obra con toda perfeccion, llegaron á las reducciones los Padres Juan Baseo y Diego de Salazar, que habían llegado de España para reclutar aquel tercio valeroso que en Paraguay tiene la

Santa Compañía de Jesús para defensa y propagacion de la fe.

Era el P. Baseo tan insigne en la música, que llegó en el siglo á ser maestro de capilla en la del serenísimo señor archiduque Alberto.

Comenzó luego á ejercitar su grande habilidad enseñando la música á los indios, con que en breve tiempo, con magisterio tal, salieron tan diestros los discípulos, que se celebraban los divinos oficios con la solemnidad con que en una catedral de Europa.

Significó Nuestro Señor por este tiempo el respeto que se debe á los lugares sagrados con una maravillosa y apacible vision que tuvieron los indios feligreses de nuestro Padre Antonio en la noche inmediatamente antecedente al día en que se había de celebrar la dedicacion del templo de Nuestra Señora de Loreto. Refiérelo él mismo en el párrafo 18 de su *Conquista.*

En el Loreto dedicamos un templo á la soberana Virgen en una de sus festividades. En la noche de la vigilia se hallaban juntas

al regocijo más de sesenta personas. Todas estas vieron clara y distintamente que de la iglesia vieja, que estaba enfrente de la nueva, salían tres personas vestidas de un rico y celestial ropaje, blanco como los ampos de la nieve, lucido como bruñida plata. Sus rostros parecían tres soles, con unas cabelleras como hebras de oro, derribadas sobre sus hombros. En medio de ambas iglesias, vieja y nueva, estaba arbolada una hermosísima cruz, con tres gradas por pie, y subiendo por ellas con pasos llenos de majestad, se arrimaron á la cruz, mirando con cariño al altar de la iglesia nueva, que aún no tenía puertas.

Estaba la gente absorta contemplando la hermosura y gallarda disposicion de aquellos tres personajes, en la cual todos tres diferenciaban, porque ninguno era de la medida del otro.

Unos niños que allí se hallaron, con más simplicidad que respeto ó miedo, se encendieron en amor de aquella peregrina belleza, y atraidos della se iban acercando á ellos para estar en su compañía y gozar

más de cerca de tan agradable espectáculo. Pero ellos se retiraron poco á poco y volvieron á la iglesia vieja, de donde habían salido.

Quedaron todos con mucha pena, culpando la osadía inocente de los niños, pareciéndoles que por su causa les había durado tan poco la vision de aquella gloria.

Discurrióse con piedad que podían ser las tres personas de la Trinidad Beatísima, á cuya deidad se consagran los templos, ó los ángeles que asisten á la majestad de Cristo sacramentado, y quisieron dar á entender lo mucho que gusta Dios de que se le consagren en la tierra templos á su grandeza divina.

Al mismo P. Antonio le sucedió otro caso que él mismo cuenta en el lugar citado, como de tercera persona:

«Estaba durmiendo en el aposento, y sería como la media noche, cuando soñó que se le representaba una alma muy triste y como vestida de luto, que por una calle del pueblo iba dando suspiros con muestras de mucho pesar y sentimiento; que después vino á la

iglesia, entró por la puerta principal y en medio della se puso de rodillas, haciendo fuertes actos de contricion, hiriendo con recios golpes los pechos; de allí á buen rato salió por otra puerta, que también estaba cerrada, y llegó al medio de la plaza, donde la perdió de vista.»

Despertó con la pesadilla y dando por verdad lo que pudo ser puro sueño, pues no iba en ello á perder, ofreció por el alma que juzgaba ser, algunas oraciones. Dudó si le diría la misa, pero quiso primero averiguar si alguno del pueblo, que madrugan y trasnochan mucho, habría visto despierto lo que él dormido.

Apenas salió de su rincón, cuando vió un corrillo de gente, que confería alguna novedad. Llegó uno dellos, y dióle noticia cómo estando á la media noche bien despierto á la puerta de su casa, había visto pasar una que le pareció alma venida de la otra vida. Deste informe tuvo harto el Padre para ir luego y ofrecerle la misa, que para este fin permite el Señor apariciones semejantes. En muchas otras ocasiones se le aparecieron al-

gunos difuntos, implorando el socorro de sus sacrificios y oraciones.»

Este era el estado de aquella cristiandad cuando aquellos varones apostólicos, que como hijos legítimos del grande Ignacio ni pensaban de día ni soñaban de noche, sino cómo podrían adelantarla y hacer nueva gente para las banderas de Cristo, se resolvieron salir á caza de muchos gentiles que en gran número vivían derramados por las más remotas é inaccesibles sierras, parte de los que en ellas tenían su nacimiento y parte de los que huyeron del cautiverio en la entrada de los Mamalucos del Brasil, de los españoles de Ciudad Real y de la Villa Rica. *Nescit tarda molimina Spiritus Sancti gratia*; y como estos obreros evangélicos estaban tan ricos de la gracia del divino espíritu, más estuvieron en pensarlo que en ponerlo en ejecucion. Cumpliéndose en ellos lo que el Señor prometió por Jerem. 16. *Ecce ego mittam piscatores multos, dicit Dominus & piscabuntur eos: Et post hœc mittam eis multos venatores & venabuntur eos de omni morte, & de omni colle & de cavernis*

petrarum. Salió á esta, ó pesca ó caza el P. Josef Cataldino con algunos caciques fieles de los más bien fundados en la fé. Tomaron la derrota por la provincia del Tucutí y recogieron hasta nuevecientas almas, entre admirados y gozosos, *in captura piscium*. En la reduccion de Loreto habían quedado, disponiéndolo Dios así, el P. Antonio Ruiz y el P. Baseo, y en la de San Ignacio los Padres Maceta y Salazar. Pero cuando más descuidados ó menos temerosos de enemigas invasiones, se vieron de repente acometidos de un ejército numeroso de los Brasiles y Portugueses de la ciudad de San Pablo, Argel de las provincias de Paraguay y Tucumán.

Traían por caudillo á Manuel Prieto, pirata atrevido y cruel, que murió de un flechazo en castigo de sus tiranías. Con el aviso que dieron las centinelas de ambos pueblos, salióles al opósito animoso el P. Antonio Ruiz, armado del celo de las almas y bien espiritual y temporal de aquellos pobres que Dios le había dado por hijos y feligreses, cuya conversion les había costado

tanto. Llegó á afrontarse con el ejército contrario con un denuedo semejante al del gran leon con el del ferocísimo Atila. Primeramente les suplicó por Cristo crucificado desistiesen de aquella faccion tan indigna de hombres cristianos y que tanto desacreditaba su fe entre las naciones gentiles; que reparasen en los trabajos inmensos que habían padecido él y sus compañeros en recoger á los apriscos de los dos pueblos aquel ganado perdido, y que si se descarriaban segunda vez las ovejas, sería imposible volverlas á juntar, que si no temían la justicia humana, temblasen de la divina que no había de dejar sin el merecido castigo aquellos excesos. Que si necesitaban de bastimentos para refrescar sus tropas, los sacarían con muy buena voluntad. A tan corteses razones respondieron, no con la modestia y cortesía debida á un ministro de Dios, sino con el desgarro con que pudieran enemigos de la iglesia. Aquí el manso Padre, convertido todo de cordero en leon, les habló más alto con toda libertad. Que hiciesen lo que les estuviese mejor, pero que los citaba para el tri-

bunal divino, y que entendiesen que á los suyos, aunque les faltaban mosquetes y arcabuces no les faltaban arcos y flechas y les sobraba el valor para tan justa defensa y que habían de perder todos las vidas á costa de muchas suyas, antes de llevar un solo cautivo.

Fueron estas voces rayos, y dándoles eficacia la virtud del Señor, hicieron miedo, y obligaron á retirarse á los que ya tenían la presa por suya. Que á quien conoce como yo la fiereza natural de los Mamalucos y la codicia de los moradores del lugar de San Pablo, pareceríale milagro, no de los menores del P. Antonio, haberse vuelto á su tierra con las manos vacías, aunque no sin dejar muchos vestigios de su crueldad, pues sin otro interés que hacer daño á otros cristianos, les talaron todas las sementeras que tenían allende del río.

Con todo no dejó de dar mucho cuidado el correo que vino de aviso de cómo el Padre Cataldino volvía victorioso á sus reales con los despojos de los nuevecientos indios que dijimos arriba, y forzosamente había

de encontrar en su marcha con las huestes enemigas y sería lo mismo que dar manadas de ovejas en las bocas de lobos carniceros. Y aunque se les envió propio advirtiéndoles su peligro, y que el enemigo aguardaba al paso, como los pobres peregrinos venían fatigados y hambrientos, no pudieron ni cejar ni detenerse en su viaje. Acudieron al presidio de la oracion, clamando á Dios con David, Psalm. 73. *Ne tradas bestiis animas consitentium tibi.* Iban delante los buenos pastores, como batidores del campo, para descubrir por dónde hacían sus marchas los Mamalucos, cuando á la media noche oyeron gran estruendo de sus reales, y que la gente a toda prisa se arrojaba al río. Y fué la ocasion de aquel alboroto que su capitán Manuel Prieto había sido acometido de un tigre feroz y furioso que le dió una navajada en la cabeza y dos en los brazos, principio del castigo que después ejecutó una flecha.

Divertido el ejército en socorrer y curar á su general, pudieron nuestros indios con la oscuridad y silencio de la noche, llegar

salvos á la reduccion, donde la caridad de sus Padres les hizo el recibimiento y agasajo que al Pródigo la del suyo.





CAPÍTULO XXV

Sale el P. Antonio á caza de indios y el fruto que hace en dos misiones.

———

Como los indios que se iban reduciendo de los montes se repartían pobladores de los dos lugares del Loreto y San Ignacio, quedaban los Padres más desocupados, pues aunque con más hijos, menos esparcidos, y con menos trabajos y tiempo podían acudir á doctrinarlos, visitar los enfermos y administrar á todos los santos Sacramentos. Teniendo bien que hacer en este empleo de curas, ya les pareció que vivían ociosos si no salian en busca de nuevos gentiles, cuya perdicion llevaban atravesada en sus almas.

No falta quien dice que la hambre que padeció el Salvador del mundo después de la rigurosa cuaresma del desierto, no fué tanto de sustento material como de almas. *Esuritionem humanæ naturæ*, estas fueron

la comida y la bebida más de su gusto; con esta hambre bajó del cielo á la tierra, y con esta sed murió en la cruz.

Imitadores los soldados de la Compañía de Jesús deste celo de su Divino Capitán, no padecían hambre del ordinario pan, aunque no lo alcanzaban á ver en muchos años, para acallar sus duelos, que con pan todos son buenos; contentos vivían con raíces de yerbas y con agua de los ríos. Otra sed y otra hambre les daba más pena, es á saber, la de tantas almas de gentiles que perecían de hambre, porque aunque pedían el pan de la predicacion evangélica y conocimiento del verdadero Dios, *Non erat, qui frangeret eis*. Buen hartazgo se daban siempre que salían por aquellas montañas y nunca se mitigaba su hambre ni saciaba su sed.

Poco satisfecha la de nuestro P. Antonio con los nuevecientos indios de que le hizo plato con su venida el P. Cataldino, su compañero, ó ya deseoso de retornarle con otros tantos, se resolvió de hacer otra correría por diferente vereda, pues aquellas regiones son tan dilatadas, que aunque fueran los opera-

rios de ciento en ciento y de mil en mil, siempre hallarán miés que recoger en los graneros del Señor.

Herido el general Manuel Prieto de la mano de Dios, que sabe armar sus criaturas. *Ad ultione minimicorum*, y atemorizados los suyos con su castigo, temiendo cada uno semejante revés de la divina indignacion, dieron la vuelta á su ladronera del Brasil.

Con esta idea quedaron las reducciones libres del sobresalto en que las puso su venida. Llegó nueva que hacían esclavos á cuantos indios encontraban, y que sobre la Tivaxiva habían hecho prisioneros á algunos caciques, que con sus vasallos venían á recibir el santo bautismo. Gran sentimiento mostró de esto nuestro P. Antonio, y sin poderle detener otros cuidados, no de poco peso, marchó luego por los aires al socorro de aquella pobre gente. Halló no ser tanto el daño como la fama había encarecido. Mayor fué el provecho que hizo en este viaje, en los muchos niños y adultos enfermos que bautizó y trasladó de las miserias desta vida mortal á las dichas de la eterna.

Avisáronle que en una de las poblaciones antiguas yacía con peligro un indio de setenta años y que con muchas ansias pedía el bautismo. Acudió aprisa, catequizólo despacio, que para todo dió tiempo la enfermedad, asistióle en su muerte y envióle con seguro pasaporte á poblar el cielo.

Otra mision hizo en compañía del P. Diego de Salazar en gran servicio de Dios y beneficio de muchas almas.

Encendióse en el Pirapo una fiera pestilencia. Muchos huyendo el incendio, dieron la vuelta á sus ranchos antiguos. Y para que estos no murieran sin Sacramentos en aquellos desamparados y solitarios montes, fueron los Padres en seguimiento suyo, acariciándolos, regalándolos y sirviendo con mucha caridad á los que ya iban heridos del contagio. Rogábanles no volviesen las espaldas á Dios, que tan gran beneficio les había hecho como traerlos á su fe, cuando á tantas otras naciones dejaba sepultadas en sus errores y sombras de la muerte.

Fué increíble el consuelo que tuvieron con la vista de los Padres; bautizáronse mu-

chos gentiles, confesáronse los cristianos, exhortaron á todos á la perseverancia y prometieron volver á las reducciones extinto el fuego de la peste.

Bien digno de memoria es lo que sucedió á tres destos indios. Persuadíales el siempre embustero demonio que dejasen la profesion de la fe y repitiesen sus supersticiosas y antiguas costumbres, representándoles en esta mudanza grandes conveniencias de gustos y mayor libertad. Rindiéronse á esta tentacion y pusiéronse en camino, que fué lo mismo que apartarse del del cielo y tomar la carrera del infierno.

Dios, entre misericordioso y justiciero, les atajó los pasos y reprimió su infidelidad, enviándoles á los tres una enfermedad grave. Conocieron era castigo de su apostasía, y arrepentidos della dieron aviso á los Padres, los cuales luego despacharon por ellos y los volvieron á su reduccion; y habiendo cobrado la salud, perseveraron constantes en la fe. Lo que con estos hizo la enfermedad alcanzó el Señor por otro medio de un indio que con su mujer y familia había tomado la mis-

ma derrota de su perdicion: saliéronles al camino y tres veces los embistieron unos mastines espantosos, y por ventura se hubieran encarnizado en ellos, si conociendo que aquel era castigo de su alevosía, no hubieran luego con mejor consejo vuelto al seguro puerto de donde salieron.

Santificando Antonio con estas y semejantes obras de piedad aquellos páramos, llegaron al sagrado de la suya cinco portugueses desnudos, que por singular beneficio de Dios habían escapado de un naufragio en que perecieron muchos compañeros suyos de su nacion y todos cómplices en una misma maldad.

Había ya siete años que en formado escuadron habían salido del Brasil para las riberas del río Marañon á cautivar indios, como á caza de fieras. Todo este tiempo vivieron como infieles, aguardando alguna buena ocasion de hacer de una buen número de cautivos y volver con ellos á la Rochela de San Pablo, de donde eran vecinos. Que aunque los que fundaron aquella ciudad le dieron el nombre de aquel divino Apóstol,

para que entendiesen sus moradores lo que habían de celar la salvacion de los gentiles ya se le puede trocar el nombre de Pablo en el de Saulo, pues no hacen, preciándose de católicos cristianos, sino lo que Saulo hacía antes de serlo: *Spirans minarum & cædis in discipulos Domini.* No ha tenido la propagacion del Evangelio en la América mayor tropiezo que la inhumanidad y avaricia desenfrenada de los vecinos de aquel pueblo. De allí salieron en corso los portugueses como de Argel ó Biserta, á infestar nuestros mares las galeotas de los moros. Pero sucedióles lo que muchas veces á estos, que viniendo á cautivar quedan muertos ó cautivos. Entendieron los indios la traicion que les urdían; mancomunáronse contra ellos y á todos quitaron la vida, menos estos cinco que en los bosques salvaron las suyas, por beneficio de sus pies y con inmensos trabajos y riesgos de los naturales y de las fieras, llegaron muertos de hambre á los del P. Antonio, el cual, olvidando los agravios que de los suyos había recibido su reduccion, los recibió y regaló como si fueran

hermanos de su misma Compañía; y habiéndolos vestido de cabeza á piés les proveyó de viático competente para volver á sus casas. Pagarónle muy bien estas finezas de caridad, siendo estos cinco los primeros, y como guiones del ejército que después vino de dicha ciudad de San Pablo, á destruir estas floridísimas reducciones del Guayrá, como se lamentará en el libro tercero.

Más leales y agradecidos fueron tres religiosos Recoletos, y dicho se estaba que lo habían de ser, siendo hijos de mi seráfico Padre San Francisco. Partieron también de San Pablo, pero con diferentes intentos, no de cautivar indios, sino de rescatar almas del cautiverio de Satanás. Aportaron á la reduccion de nuestro P. Antonio, y fué lo mismo que llegar tres ángeles peregrinos á la casa del Santo patriarca Abraham.

Hízoles descansar algunos meses en su compañía, regalólos con todo lo que pudo, dióles el matalotage necesario para continuar su viaje, como lo hicieron no menos contentos que admirados de que en aquella soledad hubiesen hallado en las caritativas

entrañas de un Antonio lo que pudieran prometerse del de Egipto si hubiera bajado á agasajarlos del cielo. Por todas partes iban haciéndose lenguas en alabanza suya, elogiando lo heróico de su santidad, los raros ejemplos de todas las virtudes que en él notaron todo el tiempo que vivieron en su compañía, publicando á gloria de Dios y honor de la de Jesús que en aquel inculto campo habían hallado un tesoro escondido; en aquel rincon del nuevo mundo en un Antonio veneraron dos Pablos; al ermitaño en el olvido y desprecio de todo lo terreno, en la oración y contemplacion contínua; al apóstol en el ferviente celo de la conversion del gentilismo, y yo añadiera que también en los infinitos peligros á que se expuso por la salud eterna de sus hermanos y en los raptos hasta el tercero cielo.

La misma magnanimidad experimentó otro religioso muy grave que había ocupado altos puestos en el gobierno de su religion. Hallóse como encallado en el Paraná grande, sin posibilidad para salir dél ni dar paso adelante. Avisó al Padre Antonio del

aprieto grande en que se hallaba. Apenas tuvo noticia de su trabajo cuando le envió una grande embarcacion con todo lo necesario y persona de toda satisfaccion que le viniese sirviendo en el camino. Llegó á la reduccion de Loreto donde fué hospedado y regalado con el mismo amor y asistencia que si hubiera llegado la misma persona de Cristo; tan hecho estaba Antonio á reconocerlo y servirlo en sus pobres.

Detúvolo algunos días y estaba el religioso admirado de ver en aquella poblacion de cristianos recién salidos de las tinieblas de la gentilidad, lo que no había visto en las ciudades más católicas y poblados de cristianos viejos. Parecíale ver un vivo retrato de la inocencia y fervores de la Iglesia primitiva, tanta frecuencia de Sacramentos, tanta modestia y devocion, tanto concurso á la iglesia, tan rendidas obediencias á los Padres, y en éstos tanto y tan familiar trato con Dios y tan ilustres ejemplos de religiosa perfeccion y santa vida. Lloraba de puro consuelo siempre que en el coro oía convertidos en ángeles, alabando al verdadero Dios

con acorde música de voces é instrumentos, á los que poco antes vivían como brutos, y por aquellos bosques graznaban como cuervos, bramaban como indómitos toros, rugían como leones y otras fieras.

Creció mucho en su corazon el aprecio que ya tenía del instituto de la Compañía, del espíritu de sus hijos, y alteza de sus ministerios. Quiso hacer los ejercicios del Padre San Ignacio y porfió en que había de dárselos el P. Antonio, aunque éste se excusaba, retirándole la gravedad del sujeto, sus letras, su experiencia y muchos años; finalmente hubo de condescender con su peticion. En ellos se le comunicó tanto Nuestro Señor, que decía que la tierra se le había vuelo cielo. Ponderaba, agradecido, la singular merced que Dios le había hecho en guiarlo por aquel camino, donde había hallado escuela de perfeccion. Pidió con todo encarecimiento á los Padres le diesen licencia para ermanecer hasta la muerte en su compaía, que él la alcanzaría de sus Superiores, ue no les sería cargoso, que se ajustaría en uanto le fuese posible á las leyes de su san-

ta profesion, y se aplicaría todo al ministerio de las almas, y serviría en los oficios más humildes. Decía esto con tan copiosas lágrimas que admiraba y enternecía. Habiéndolo consultado con nuestro Señor, se juzgó por más conveniente prosiguiese su camino, para el cual se le dió con la misma caridad bagaje, compañía y provision.

Aunque para calificar la hospitalidad del V. P. Antonio Ruiz son testimonios grandes los casos referidos y otros muchos de la misma especie que se pudieran referir, no es menos lo que le sucedió con un español principal.

Adoleció éste en la reducción de Loreto y trató de partir para su tierra y casa, donde juzgó tendría más comodidad, más asistencia y regalo y más á mano médicos y medicinas.

Disuadiósele el P. Antonio proponiéndole el riesgo que correría su vida en tan largo viaje, ofreciole traerlo á su casa y servirle con toda solicitud; que reparase en el descrédito que se le podía seguir de haberle permitido aquella jornada, en caso que en ella se le

agravase la enfermedad ó perdiese la vida. Apretarónle de suerte los accidentes, que aunque quiso partir, no pudo sin nota de temerario.

Más prudente resolvió lograr el favor que el P. Antonio le hacía, prometiéndole que por su oracion le restituiría el Señor la salud del cuerpo, y la del alma ganaría mucho con su santa conversación.

Trató en primer lugar de la cura desta, que no estaba menos necesitada; púsose en manos del Padre con firme propósito de obedecerle en cuanto le ordenase. Por consejo suyo pidió perdon á todos los indios sus pecheros, mandando que de sus bienes se les resarciesen los menoscabos y agravios que dél habían recibido en el tiempo que fué su encomendero.

Este es el mayor y más universal tropiezo de su salvación que en aquellas provincias tienen sus vecinos más poderosos, que contraviniendo á las cédulas reales se sirven de los indios encomendados personalmente y les pagan la soldada con estorsiones y agravios. Y siendo uno de los pecados que más

claman al cielo, apenas hay quien forme escrúpulo destas injusticias, que se rozan en tiranía. Lo que hizo parecer más admirable, por pocas veces vista, la resolucion que el enfermo hizo y el escrúpulo que formó. A los que le visitaban, decía con grande edificacion:

—Ya es tiempo de abrir los ojos y la puerta al desengaño y de conocer y confesar la verdad. ¿Qué le aprovechará al hombre haber sido señor del mundo, si se condena para siempre el alma? Al supremo juez no habrá quien pueda echarle dado falso. Todos vivimos ciegos con la codicia de los bienes presentes. Todo es burla, sino grangear los que para siempre duran.

Así lo propuso y así lo cumplió habiendo cobrado salud, la cual atribuyó siempre á las oraciones del P. Antonio.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

COLECCIÓN DE LIBROS

RAROS Y CURIOSOS

QUE TRATAN DE AMÉRICA

TOMO XVII

RUIZ MONTOYA

EN

INDIAS

(1608-1652)

POR EL

DR. D. FRANCISCO JARQUE

Dean de Albarracín
Cura y Rector que fué en el Perú,
de la imperial villa del Potosí.

VOLUMEN SEGUNDO

MADRID
VICTORIANO SUÁREZ, EDITOR
1900



CAPITULO XXVI

Hace la profesión solemne de tres votos, y es regalado del cielo con nuevos favores.

Tenia muy cabal noticia el reverendísimo P. Mucio Veteleschi, Prepósito general de la Compañía de Jesús, del apostólico espíritu de los PP. Antonio Ruiz y Simon Maceta por largas experiencias de su virtud é indubitables pruebas de su santidad.

Pocos premios de honor tiene la Compañía de las tejas abajo para los méritos más relevantes, pues prelacías dentro ni fuera ni puede admitirlas ni pretenderlas. Magisterios

y otras exenciones por ancianos y graves que sean los sujetos, á ninguno se conceden. No tiene más el maestro de teología que el discípulo ni el Predicador jubilado que el hermano coadjutor.

El mayor galardon de la observancia regular es la honra de la solemne profesion, y esta se hizo á dichos Padres.

Preparóse el P. Antonio para hacerla con unos fervorosos ejercicios, y la hizo con grande aveñida de consuelos espirituales el año 1620, en el día de la Purificacion de la Virgen en su iglesia de Loreto, sacrificándose de nuevo á Dios y renovando su esclavitud á la gran señora, con firmísimos propósitos de servirla hasta la muerte.

En estos dulces afectos de amor y de accion de gracias por aquel beneficio empleó todo aquel día. Retiróse á dormir un rato para levantarse á la media noche á la oracion, como tenía de costumbre. Y apenas cerró losojos del cuerpo cuando vió con los del alma un escuadron de luces como de faroles ó luminarias que le ilustraban el entendimiento. A esas luces vió un dilatado piéla-

go de dichas que gozan los que á Dios se consagran con la religiosa profesion de los votos solemnes.

Despertó muy alegre de verse ya engolfado en aquel mar, y lo restante de la noche pasó en afectuosa accion de gracias, por tamaño beneficio, suplicando al Señor coronase sus misericordias con la mayor de conducirlo al deseado puerto.

Muchos días gastó en esta accion de gracias.

A 5 de Febrero, en la oracion de la mañana, haciendo exámen del tiempo que había tenido por materia ordinaria de su meditacion, las finezas del amor divino, averiguó que por espacio de los dos años antecedentes; y pasando á examinar lo que había aprovechado u espiritu al calor de aquel fuego celestial, le repente se sintió arrebatado el corazon on la vehemencia de un amor impetuoso on que se fué retirando el alma de todo lo isible á lo interior, sin que hubiera cosa que udiera embarazarle la quietud que gozaba 1 aquel buen retiro. Sintió luego que el pe- 10 se le abrasaba en llamas de amor, y vió

que una paloma, más blanca que la nieve, arrojando de sí rayos como iluminaciones de purísimo oro, con las alas tendidas, hizo asiento sobre su cabeza, causando en el alma un celestial regocijo, el cual dice que era: *Cuasi voluptas angelorum*, émulo del que en el cielo gozan los ángeles.

De la cabeza pasó la cándida paloma al corazon, que hizo como centro de su descanso.

Aquí oyó la señal que le hizo para salir de oracion y extrañó mucho se hubiese acabado tan presto, pues una hora le pareció un instante.

Casi lo mismo le sucedió en la oracion de la mañana siguiente. Toda su pendencia era con el reloj por la prisa que se daba en las vueltas de sus ruedas y acelerado movimiento de su espíritu, embargándole las delicias del suyo. Que en esta vida mortal aun los gustos que reciben las almas de Dios son transitorios. ¿Cómo podrán ser duraderos los de la carne y del mundo? Bien dijo el filósofo Séneca: *Cito nos voluptas relinquit, quæ fluit & transit & pene autequam veniat, au-*

sentur. Verdad es que los unos dejan alegre la conciencia, sabroso el paladar; los otros triste aquella y este como las hieles amargo. Los carnales son vigilias de disgustos, los espirituales empeños de otros mayores, como lo fué en Antonio el pasado, de otro que recibió el día siguiente.

Previno al alba para su oracion. Apenas entró en ella cuando sintió al Señor presentísimo en su alma, y que de aquella fuente de luz se derivaba en ella un raudal de aquellos resplandores que alegran con su corriente la ciudad de Dios, dejándola anegada toda en consuelos soberanos. Toda la hora duró esta dulce representacion, y también le pareció momentánea. Cautelábase menos destos favores, porque conocía que sus consecuencias eran amar más intensamente á Dios con todas sus fuerzas y humillarse más en su divino acatamiento, deseando sepultarse vivo y esconderse donde nadie le viese ni se acordase dél.

Pero cuanto más el peso de su humildad y propio conocimiento lo abatía tanto más lo levantaba el que del polvo de la tierra en-

salza á los pobres y humildes y les da honroso asiento entre los príncipes de su reino.

Diciendo un día las letanías mayores, que se rezan un cuarto antes de cena ó colacion en la Compañía, con los labios invocaba el favor de los santos y con el corazón hacía actos de profunda humildad, teniéndose por la más vil de todas las criaturas comparándose con otras de mayor caudal, de ciencia y de virtud, reconociendo en todos ventajas grandes y teniéndose á sí por siervo sin provecho; pero cuanto más hundido en este abismo de su miseria, oyó una voz que le decía:

—Antonio, yo te escogí para alumbrar estas almas.

Palabras que engendraron en él grande estimacion de los ministerios de la Compañía, y de las cuales coligió la que Dios hace de los que todos se empleen en la conversion y enseñanza de los pobres gentiles.

De aquí le nació el cuidado y aplicacion grande á enseñarles la doctrina, á administrarles los Sacramentos, confesarlos en sus

trabajos, visitar los enfermos, enterrar los difuntos y ejercitar con todos las demás obras de misericordia, corporales y espirituales, reconociendo en el más miserable la persona de Cristo, y vino á sentir en estos ejercicios santos tanto consuelo interior, que le parecía que en esta vida no había más qué desear.

Fuése un día á predicar á sus feligreses con ansias de imprimir en los corazones de todos el intenso amor de su Señor Jesucristo, que ardía en el suyo.

Concluído su sermon con fervor extraordinario, retiróse á su pobre celdilla, suplicando al Señor se lograse el trabajo de aquel sermon, pegando aquel fuego de su divino amor á todos los que lo habían oido, cuando se vió delante al Salvador del mundo, todo de la benignidad, que mirándolo con dulces ojos le dió pie para llegar á abrazarse con Su Majestad y á coser su boca con la llaga de su costado, exprimiendo dél gotas de sangre como el niño de leche del pecho de su madre.



CAPÍTULO XXVII

Parte á la ciudad de la Asunción y de allí á la de Buenos Aires, por orden de su Provincial, y lleva consigo la capilla de los infantes.

—

Visitando sus colegios el muy reverendo Padre Provincial de Paraguay, Pedro de Oñate, llegó al de la Asuncion, y para tener las convenientes noticias de los aumentos y florido estado de la nueva cristiandad del Guayrá, reducida á la fe con las gloriosas fatigas de sus hijos, escribió al P. Joseph Cataldino, que aun era superior de aquellas reducciones le remitiese un Padre que pudiese

hacerle entera relacion de lo que era necesario para continuar la reduccion de los infieles y de todo lo que en orden á este fin pedía pronto socorro, porque deseaba darlo con efecto y puntualidad.

Obedeciendo el P. Cataldino, señaló para esta jornada al P. Antonio Ruiz, que tan noticioso estaba de todo. El cual, sin réplica ni repugnancia, luego se puso en camino, siendo tan largo y lleno de peligros como se dijo arriba. Llevó consigo dieciséis niños cantores con su maestro de capilla. Y aunque caminó á largas jornadas, cuando llegó á la Asuncion ya el P. Provincial había marchado al puerto de Buenos Aires á donde tuvo aviso había llegado el P. Francisco Vázquez Trujillo que volvía de España con gente de refresco de las levas que hizo en varias provincias, para la empresa de la conversion de tantas naciones como deseaban venir al conocimiento de Cristo.

Halló orden que siguiese sus pasos hasta darle alcance. Y navegando á toda diligencia el río abajo, lo dió en la ciudad de las Siete Corrientes.

No se puede fácilmente explicar lo mucho que se consoló el P. Pedro de Oñate, con la vista de aquel varon apostólico, de quien tantas maravillas había oido contar.

De sola la modestia de su semblante y compostura de todo el hombre exterior, tuvo harto para conocer lo que era; pero más alto concepto formó de su gran santidad cuando llegó á comunicarle íntimamente. Parecióle habían quedado cortos los informes que se le habían hecho de sus heróicas virtudes. Admiróle y edificóle sumamente la narracion de las maravillas que Dios obraba en aquella gente por medio de los hijos de la Compañía, y creció mucho su consuelo cuando oyó la dulce consonancia y concertada melodía con que los dieciséis indios infanticos solemnizaron á canto de órgano una misa en que predicó su Paternidad con tanta destreza como si se hubieran escogido los cantores de varias capillas de Europa. Y para recibir con toda ostentacion de espiritual regocijo á los que venían de España, ordenó al P. Antonio le acompañase con su infantería, no menos que otras doscientas

leguas más de las que habían caminado.

Muchos inconvenientes se le representaron en esta obediencia; pero la suya era tan rendida y ciega, que no los vió para proponerlos, sí para atropellarlos.

Llegaron con harto feliz viaje al puerto de Buenos Aires, cuya silla episcopal dignamente ocupaba su prelado, primero que lo era en todo el ilustrísimo y reverendísimo señor D. Fray Pedro Carranza, lumbrera de la sagrada religión del Carmelo, varon en el púlpito eminente, y en todo género de virtudes ejemplarísimo.

En nombre de S. M. Católica, gobernaba aquella provincia otra cumbre de prudencia y valor, D. Diego de Góngora, los cuales celebraron mucho, con grande estimacion de la Compañía, en aquellas primicias del gentilismo, convertido, tanta destreza en la música y variedad de instrumentos, tanta devocion y modestia en los cantores, que no suelen ser los más modestos y devotos del mundo, aunque tienen más òbligacion de serlo por el oficio de ángeles que sirven, y por andar de ordinario en la presencia de

Dios y comer el pan de su casa. Reparaba el piadoso prelado en el recato, madurez y circunspeccion de sus acciones y palabras, y dellas sacaba enseñanza para sus pajes, y para muchos de sus súbitos materia de confusion.

Había llegado poco antes el navío en que venía el P. Francisco Vázquez con muchos y muy lucidos sujetos de casi todas las provincias de Europa. Prerogativa singular de la Compañía de Jesús, que los que entran en ella, aunque sean de encontradas naciones, echan luego en olvido su nacimiento y profesan tan estrecha concordia y fraterna union como si todos fuesen hijos de un padre y de una madre. Así pierden su nombre los ríos en entrando en el mar.

Venían todos, aunque fatigados de navegacion tan larga, deseosísimos de ir luego á trabajar en la viña del Señor y á ayudar á los operarios que llevaban *pondus diei & æstus*. Pero como los más no habían acabado aún el curso de sus estudios, á solos dos cupo por entonces la buena suerte.

Fué el uno el P. Bernardino Tello, natu-

ral de Cerdeña, que desde Buenos Aires subió con el P. Antonio á las reducciones, donde trabajó con notable fervor, hasta que del contínuo desvelo vino á cegar del todo, y hubo de volver al colegio del Paraguay, en el cual fué singular el fruto que hizo á pie quedo en el púlpito y confesonario, obrando admirables mudanzas en desgarrados pecadores, que llegando á sus piés con gusto y sin empacho, le confesaban graves maldades por verle sin vista para conocerlos. Pero como era tan de lince la de su alma, guiaba con tòda seguridad por el camino derecho de su salvacion á los ciegos con sus pasiones que iban á dar en el precipicio del infierno.

El otro fué el P. Francisco Díaz Taño, de quien ya en otro lugar hice mencion cuyas hazañas en esta espiritual conquista pudieran ilustrar mucho esta narracion; pero por ser vivo las dejaremos para más bien cortada, aunque no más afecta pluma.

Llevábalo destinado la santa obediencia para la cátedra, por el gran caudal de su sabiduría, viveza de ingenio y magisterio

grande. Pero Dios, que lo tenía para otro empleo de mayor gloria suya, borneó las cosas de suerte que vió cumplidos sus ansiosos deseos de consagrarse al cultivo de la gentilidad, anteponiendo el ser pedagogo de aquellos niños en la fe, al ser maestro de grandes letrados, con los aplausos que le granjeara su gran talento.

Partió luego á la ciudad de Santa Fé, pero ya había salido della el P. Antonio Ruiz con no pequeño desconsuelo de no haber merecido la compañia de aquel nuevo Pablo, á quien él sirviera de Bernabé.

Como la mies era mucha y los obreros pocos, casi todos los sujetos que llevó el P. Francisco Vázquez, dándose prisa en estudiar en pocos años, lo que otros en muchos, fueron presto á trabajar en la viña y conseguir el fin que los había sacado de sus provincias. Entre ellos fueron el P. Pedro Alvarez, el P. Pedro de Espinosa, que habiendo trabajado incansablemente algunos años, murió á manos de los gentiles, cuya vida santa y gloriosa muerte escribe el Padre Antonio Ruiz, § 442 y el P. Eusebio

hace honorífica mencion en la *Vida* de su hermano el P. Agustín de Espinosa, Padre Juan Suárez, P. Juan de Porres, P. Vicente Badía, P. Josef Demenec, de la observantísima provincia de Aragón, que molido de trabajos y rico de merecimientos, murió con grande opinion de santidad en una mision que hizo á las provincias del Maracayú. El P. Marco Marín, sujeto de muy amables prendas, con quien yo me crié en el seminario de Calatayud y lo llamábamos comunmente *Verus Israelita in quo dolus non est*, digno hermano del P. Juan Marín, de la misma Compañía, que siendo rector del colegio de Tarazona, por las grandes prendas de doctrina, prudencia y religion, fué llamado á Roma de su general para secretario, y á veces sustituto del asistente de España, con aceptacion universal de todas sus provincias. Asimismo hermanos los dos del muy ilustre Sr. D. Pedro Marín de Funes, deán y canónigo meritísimo de la santa iglesia de Tarazona, cada uno honor de su patria Maluenda, y nuevo lustre de su nobilísima familia.

De nuestro P. Marco, mayorazgo de su casa, que fué el primero en despreciar el mundo, podemos decir con verdad: *Consummatus in brevi explebit tempora multa*; que en pocos años vivió muchos siglos por la prisa que se dió en crecer en virtud y religiosa perfeccion, como lo testifica el muy reverendo P. Nicolás Durán Mastrillo, en las *Annuas* del año 1636.

El P. Gaspar Osorio, que habiendo entrado con ánimo invencible, denodado celo, á predicar el Evangelio en la provincia del Chaco, padeció la muerte cruel que deseaba por amor de Cristo, y él mismo se había profetizado, de lo que yo soy buen testigo, que varias veces le oí contar, como cosa ya hecha, el linaje de muerte con que había de epilogar su santa vida. Y tuve dicha de ser el primero á quien llegaron las nuevas de su martirio, que en un desierto me dieron os mismos que lo ejecutaron, de cuya fiere-a no estuvo la mía muy segura, con que ude darlas á la ciudad vecina de Iujuí, don-e hice gente que salió en busca del santo adáver porque no fuese despedazado de los

tigres y otras fieras, de que están poblados aquellos desiertos. En su compañía, á manos de los mismos infieles, murió el P. Antonio Ripario, italiano, no menos señalado en el celo de propagar la fe.

Habiéndose detenido el P. Antonio Ruiz toda la Cuaresma en Buenos Aires, y edificado con los grandes ejemplos de su santidad, no menos á los externos que á los domésticos, volvió al Paraguay, llevando consigo al P. Bernardino Tello y una imagen de mazonería, hermosísima y devotísima de Nuestra Señora de Loreto, que en el navío vino de España, y ha obrado en aquella reduccion grandiosos milagros, con otras muchas alhajas para ornato de sus iglesias y adelantamiento del culto divino.

Nombróle el P. Provincial Superior de aquellas reducciones en lugar del P. Cataldino, que lo había sido por espacio de catorce años, con grandes aumentos de aquella cristiandad.

Halló mucha repugnancia en aceptar este oficio, no nacida de horror al trabajo, sino á la honra de Superior, como él lo significa en

uno de sus *Apuntamientos*: «Nunca tuvo pensamiento de ser superior, reconociendo su total ineptitud.» Y añade:

«Bajando á Buenos Aires, le dijo el Padre Provincial cómo lo tenía señalado para el gobierno de aquellas misiones. Turbóse y desconsólose mucho, y creyó era, ó burla para mortificarlo, ó equivocacion, y quiso preguntar si acaso hablaba con otro; pero presto entendió que no.»

Poco antes tuvo bastantes premisas de que trataban de hacerlo Rector de un colegio, y aunque recibió grande pesadumbre, propuso de obedecer hasta morir; acudió á consolarse al Santísimo Sacramento, y allí se le dió á entender que no se ejecutaría, como no se ejecutó.

Asimismo llevó en su compañía al Guayrá al P. Cristóbal de Mendoza, que fué muerto de los hechiceros, como lo refiere el mismo P. Antonio en el § 71 de su *Conquista*, y el P. Felipe Alegambe en el *Catálogo de los innumerables mártires de la Compañía en todas las cuatro partes del mundo.*



CAPÍTULO XXVIII

Vuelve el P. Antonio Ruiz al Guayrá, mueren del contagio de las viruelas algunos de sus cantores.

Habiendo navegado el P. Antonio río arriba las doscientas leguas que dista de Buenos Aires la Asunción, primera ciudad de la gobernacion de Paraguay, llegó á ella á tiempo que hacía cruel riza en los naturales la peste de las viruelas, de la cual se hirieron y murieron dos de su capilla en breves días.

Temeroso de que no corriese el mismo peligro, no su vida, que llevaba al tablero

siempre abandonada á muchos mayores, sino la de los demás infantes, que por su amor se habían desterrado de su patria y de los compañeros que tan necesarios eran para aquella nueva cristiandad, partió luego de la Asuncion. Pero como ya muchos iban heridos adolecían en el viaje. En una de las dos canoas que llevaba, recogió los contagiados y en la otra los sanos. Y como en su suma pobreza y desnudez es dificultoso el abrigo, y regalo que pide tan maligna enfermedad, aunque la caridad del P. Antonio hacia los esfuerzos posibles para que no les faltase ni lo uno ni lo otro, como en aquellas dilatadas soledades no se podía hacer recurso ni á médicos ni á medicinas, murieron cuatro en pocos días con grande sentimiento del Padre, que consideraba la pena de los suyos, por ser hijos de caciques principales, que idolatraban en ellos.

Aquí experimentó los efectos y miedo que les causaba una observacion supersticiosa y muy válida en la nacion Guaraní. Están persuadidos que cuando en las embarcaciones cantan los sapos, indican con

toda seguridad que alguno de los que los oyen ha de morir, y tanto más presto cuanto aquellos más aprisa repiten su fatal canto.

Comenzó el de aquellas ponzoñosas sabandijas á turbar á los indios y atemorizarlos de modo que le dió mucho cuidado al P. Antonio, porque aunque eran cristianos, aun á los muy católicos, que no dan crédito á pronósticos semejantes y penden de sola la voluntad de Dios, no deja la imaginacion de dar alguna pesadumbre.

Complicóse esta enfermedad de viruelas con otra no menos maliciosa de ardiente tabardillo, y aunque les acudió con sangrías, murieron otros diez, que fueron otras tantas lanzadas al corazón del piadoso Padre. A una crecía en aquellos el miedo y en su pecho el dolor, que deseaba volverlos sanos á sus padres, porque no tuviera el demonio de qué asirse para desacreditar la religion.

Otro motivo tuvo de no poco sentimiento. Saltó en tierra el maestro de capilla á señalar un descollado cedro que había visto en la ribera para fabricar dél una canoa. Dijo á sus compañeros que caminasen, que en

una punta que el río hacía les daria alcance, y que pensaba él llegar tan presto por tierra como ellos por agua.

Arribaron con las canoas al puesto señalado, y el maestro de capilla no parecía ni respondía á las voces que le daban.

Salieron en busca suya, y como en dos días no había hecho el camino que pudiera en uno, temió el Padre no lo hubiese despedazado algún tigre, que los hay en aquel paraje tan disformes como novillos.

Acudió á la Sacratísima Virgen, implorando su favor para el indio, ó vivo ó muerto; y cuando ya lo juzgaban comido de las fieras, apareció, pero tan flaco y rendido, que su mismo semblante publicaba el riesgo en que se había visto. Porque yendo en busca de sus compañeros lo acometió uno de los tigres sobredichos. Púsose en huída, y temiendo el alcance de la fiera, que seguía hambrienta y pertinaz, hubo de acogerse á lo más alto de un arbol, donde podía prometerse alguna seguridad. Pero como el tigre es tan brioso como lijero y lo estimulaba la hambre, comenzó á trepar por el arbol en

seguimiento de la presa, que ya tenia por suya.

En este mismo tiempo estaba Antonio luchando á brazo partido con Dios, como Jacob, y porque no faltase alba que hiciese más cierta su victoria, poniendo por intercesora á su gran señora la purísima Virgen, para que le guardase y restituyese salvo su indio. El cual, viendo que el enemigo se le iba acercando, y no teniendo arma alguna con que hacer defensa, pues aun no tuvo providencia de llevar consigo su arco y aljava, en este aprieto quiso Dios que le vino á la memoria lo que había oido decir á otros indios ancianos y expertos, que para defenderse de los tigres, no había tal remedio como darles con la orina en los ojos. El mismo miedo le hizo más socorrida la defensa; valióse della, y como si le hubiera dado con una rociada de balas por la frente, se dejó caer el arbol abajo y se metió en huida como si le siguieran muchos lebreles y monteros. Con que el indio pudo llegar á los suyos, que lo recibieron con muestras de singular regocijo, y todos hicieron gracias, postrados ante la

imagen de Nuestra Señora de Loreto que llevaban en su embarcacion, reconociendo de su mano el beneficio.

No fué solo este el favor que recibieron de su benignísima patrona en este viaje.

Dominaban á la sazon todo aquel río del Paraguay, como señores absolutos, los indios paraguayes, nacion bárbara y belicosa. Y pocos días antes, saliendo á piratear en sus canoas, toparon cuatro embarcaciones de españoles é indios amigos, y abordando con ellas, aunque no sin sangre, las apresaron.

A los españoles quitaron la vida y á los indios llevaron cautivos.

Destos sangrientos corsarios libró Dios por milagro á nuestro P. Antonio y á los suyos en la forma que aquí diré:

Madrugó un día antes que el sol á decir misa en la ribera, en el altar portatil que con especial privilegio del Sumo Pontífice llevan los Padres de la Compañía. Acabado el *introito*, vió en espíritu los bajeles enemigos, que venían con algazara grande á dar sobre sus canoas. Llamó á un español que iba

en su compañía; mandóle disparar un solo arcabuz que llevaba, para que aquellos juzgasen que había despierta centinela y que estábamos muy prevenidos, porque como están escarmentados de las pasadas burlas que les hacen las armas de fuego, ya no se atreven á embestir sino á traición.

Con este temor se detuvieron y el Padre y su gente, antes que acabase de amanecer, levaron áncoras y huyeron la emboscada.

El dia siguiente dieron en una canoa que se llegó á reconocer las nuestras y era espía de los piratas que no estaban lejos, y es cierto que si nos hubieran acometido nos hubieran apresado; pero Dios Nuestro Señor ó los cegó ó los intimidó de suerte que no se atrevieron. Con que nos dieron tiempo para embocar por el río Xuxui.

Llegaron á la primera poblacion de su ribera, de allí pasaron á otra, las dos de indios amigos.

Poco después entraron por el mismo río los Payaguas, dieron asalto al primer pueblo, hicieron cruel matanza en los adultos, llevaron las mujeres y niños cautivos. Desta

tragedia pudo hacer buena relacion el muy Reverendo P. Francisco Díaz Taño, que como dijimos, llegó tarde al colegio de Santa Fé, y siguiendo el rumbo que llevaba el P. Antonio llegó al mismo lugar que pocos días antes había asolado el ejército enemigo, donde tuvo bien que hacer su caridad, si no en socorrer á los vivos, que ninguno quedó, sí en sepultar, como el santo Tobías, á los muertos, que estaban tendidos por el campo, á beneficio de las fieras y aves de rapiña. Dió infinitas gracias á Dios por haber librado de aquella luctuosa calamidad á los ministros de su santo Evangelio.

Remataré este capítulo último y libro primero de la vida del V. P. Antonio Ruiz, con otros dos casos, que serán fieles testimonios del celo de la salvación de las almas que abrasaba su corazon.

Vivía un indio domiciliado y casado en la ciudad Real de Guayrá, el cual oyendo decir grandes cosas de la observancia de las leyes de Dios con que vivían los recién convertidos destas reducciones, deseoso de asegurar su salvacion y pareciéndole que lo

conseguiría con la institucion de los Padres y que sería bueno tratando con buenos, se resolvió dejar su casa y mujer y al amo á quien servía y se retiró á vivir como perfecto cristiano en una de dichas reducciones.

Vino á la de nuestro Padre Antonio, halló más de lo que había publicado la fama, comenzó á frecuentar Sacramentos con mucha devocion y á ejercitarse en obras de toda piedad. Deseó perpetuarse en aquel lugar donde tan bien le iba en el grangeo de los bienes eternos. Pero representóle el Padre la obligacion que le corría de cuidar de su mujer y hacer vida con ella. Con harta resistencia suya, por no contravenir á la voluntad de Dios, volvió á su Ciudad, donde el dueño indignado con la fuga que sin licencia suya hizo, lo desterró á una estancia de ganados que tenía muy distante á la otra parte del río Paraná. En ella, como ni tenía quién le dijese misa, ni confesase, ni predicase la palabra de Dios, en poco tiempo degeneró en bruto, dió larga rienda á sus apetitos y vivió algunos años como gentil, con solo el nombre de cristiano.

Cuando más olvidado de Dios y de su alma, le llevó Dios á su estancia al P. Antonio, que le pareció un angel del cielo, cuyos ejemplos de santidad y saludables consejos tenía bien impresos en sola la memoria del tiempo que vivió en su reduccion. Con muchas lágrimas le desabrochó su pecho, dióle larga cuenta de su estragada vida. Animólo el Padre á la enmienda, exhortólo á una sincera confesion de sus culpas, que hizo con muestras de entrañable arrepentimiento, dejándolo consolado y bien instruído en el orden de vida que había de guardar, prosiguió su viaje muy contento de haber ganado aquella alma para Dios. No estaba muy distante cuando le alcanzó correo de aviso que aquel hombre de repente había quedado muerto, para que encomendase su alma á Dios en sus santos sacrificios.

Si en este se lució la grandeza de la divina misericordia, no campeó menos en el que se sigue el rigor de la divina justicia. Servirá aquel de espuela en los desmayos de la esperanza, y este en los despeños de freno para el escarmiento, que estos son los dos

piés de Cristo que ha de besar el cristiano ni temerario ni por temeroso desesperado, como la santa Magdalena, según el consejo del dulce Bernardo. *Pedes isti sunt misericordia & judicium; quorum alterum fine altero osculari vel temeraria securitas est, vel desperatio fugienda.* Esto se aprende de las sagradas historias, y para este fin se escriben, no para cebo de la curiosidad.

Un español de la reduccion del Padre Antonio había robado una india, y con escándalo del lugar vivía amancebado con ella. Llamólo Dios á salir de aquel atolladero, por los sermones de tan santo predicador; hizo á sus voces el sordo. Envióle una grave enfermedad; endurecióse más con ella. Visitóle varias veces el Padre; representóle suave y amorosamente la obligacion de quitar aquel tropiezo, si no quería dar de ojos en el profundo del infierno. Y el doliente más duro que un pedernal.

Viendo el compasivo Padre la obstinacion de aquella alma, temiendo el daño que su mal ejemplo podía hacer en los feligreses, intentó valerse de la justicia para sacarle la

manceba de casa. Pero no fué necesaria esa diligencia, porque la divina tomó la mano y se la asentó muy pesada al rebelde, quitándole de repente el habla, privándolo de los sentidos y de la vida sin confesion. Con que su muerte fué para los indios de tanto provecho como había sido escándalo su vida.

Con esto pasaremos al libro segundo de la apostólica de nuestro Venerabilísimo Padre Antonio Ruiz.





LIBRO SEGUNDO

DE LA VIDA DEL V. P. ANTONIO RUIZ DE MONTOYA

Contiene lo que obró en el servicio de Dios, propagación de la fe, todo el tiempo que fué superior de las reducciones del Guayrá.

CAPÍTULO PRIMERO

Da principio felíz á su gobierno, exponiendo á la pública veneración la nueva imágen de Nuestra Señora de Loreto.

Felices suelen ser los partos que nacen con buena estrella; lógranse las semillas que se siembran, los árboles que se plantan y aun los que para fábricas se cortan con buena luna. No pudo desear nuestro P. Antonio

para prometerse muchas dichas en su nuevo gobierno copiosa cosecha en la sementera del Evangelio, seguridad en el edificio de aquella nueva iglesia, firmeza en la fe, en aquellas plantas recien cortadas del inculto bosque de la gentilidad, ni más propicia estrella, ni más favorable luna que la Sacratísima Virgen de Loreto, patrona de su reduccion, cuya hermosísima imagen trujo consigo de Buenos Aires y cuyo favor comenzó ya á experimentar en los varios riesgos de que lo libró en el camino.

Si fué grande la alegría del Padre por verse ya en el deseado puerto con aquel tesoro, no fué menor el alborozo de los hijos, con la presencia de su carísima madre, por cuya intercesion, yaciendo sepultados en las densas tinieblas de sus errores é idolatrías, les había rayado como sol el conocimiento del Dios verdadero.

Recibióse con festivos regocijos y con gran solemnidad y concurso de los pueblos, se colocó en su nicho principal, donde admirados los indios de su peregrina hermosura no podían perderla de vista ni arrancar de

su presencia. Su respeto fué tan grande, que para verla segunda vez, muchos purificaron sus almas con los santos Sacramentos de la confesión y comunion.

Llegaron las nuevas de la venida desta reina y señora á la reduccion de San Ignacio que dista cuatro leguas de Loreto, y luego se despobló el lugar, todos, hombres y mujeres, niños y viejos, á pendon herido y en tropas numerosas, saltando de placer, comenzaron á venir á prestarle, las rodillas por el suelo, humilde y gustoso vasallaje, bañándose el P. Antonio en agua de ángeles de ver á su princesa tan venerada, tan vitoreada y aplaudida de los hombres, estirándose sus deseos á que con el mismo afecto y mayor y más decoroso culto que el de aquella pobre gente, lo fuese de todas las naciones del mundo.

Pero considerando el riesgo con que amenazaba el contagio de las viruelas, que iba ya cundiendo en el Loreto, sobre el daño que hizo en los cantores, se publicó entredicho en la comunicacion de un pueblo con otro.

Sintiéronlo vivamente los de San Ignacio y apelaron del mandato al P. Antonio, suplicándole no les impidiese aquel consuelo, pues menos mal sería verse heridos de la peste que privados de la vista de su señora.

El sexo mujeril, como más piadoso, era en estas instancias más devotamente importuno. Condescendiendo el Padre con su devocion y santa porfía, dió licencia para que llevasen á su pueblo la sagrada imagen por algunos días.

Corrió luego la voz desta gracia por la reduccion de San Ignacio, y resolvieron de llevarla por tierra, pudiendo con más comodidad por el río arriba.

Era el camino un bosque continuado y espeso; desembarazáronlo y formaron de los altos cedros arcos triunfales y un perpetuo toldo, que defendiese de los rayos del sol.

Salieron todos los de Loreto con sus religiosos curas en ordenada procesion, llevando en medio la santísima imagen hasta la mitad del camino. Allí aguardaban los de San Ignacio, donde hubo entre los principales caciques reñida competencia sobre quién

había de ser el dichoso que diese el hombro á tan suave carga.

Compusieron los Padres el pleito fácilmente, repartiéndoles á trechos la honra; y como el espacio era largo, pudieron participarla todos.

Llegaron al pueblo, colocáronla en la iglesia, que con ser bien capaz, todos los ocho días que la gozaron, se vió tan llena como en fiesta de jubileo. Y para verla y reverenciarla más dignamente, se confesaron y comulgaron todos como lo habían hecho los de Loreto.

Acercándose ya el tiempo de restituirla á su lugar, el P. Antonio, para acallar su sentimiento, que lo hacían grande, y mitigar su cariño, les hizo donacion de un bellísimo Niño Jesús, con sus andas doradas. Quedando el hijo en lugar de la madre, volvió está señora á Loreto, donde en esta segunda entrada fué recibida con las mismas fiestas de alegría que en la primera.

Premió la Vírgen de contado á sus devotos, pues de allí adelante, comunicando mu-

chos con los apestados, á ninguno de nuevo hirió la infeccion.

Con esta buena estrella entró el P. Antonio en su gobierno, y aunque desde su noviciado profesó siempre voluntaria esclavitud á la reina del cielo, aquí la renovó con ternísimos afectos, para más obligarla á su socorro, cuando más necesitado se consideraba de fuerzas para una ocupacion tan contraria á su natural, que siempre deseó obedecer á todos, mandar á ninguno.

Eligióla por generalísima de todas sus empresas y conquistas espirituales como el apostólico emperador Ferdinando de las suyas en la defensa y dilatacion del austriaco imperio.

Habiendo colocado la santa imagen en el altar mayor, le labró un hermoso retablo. Con el oficio mayor rezaba cada día el de la Vírgen, y con asistencia del pueblo el Santo Rosario, costumbre que desde aquel tiempo persevera con mucho concurso. Cada día asimismo decía misa, pero los sábados la de Nuestra Señora, con grande armonia de voces y músicos instrumentos, y

por las tardes la Salve y letanía lauretana á canto de órgano. Con estos y semejantes ejercicios se entrañó tanto en los indios la devocion de la Vírgen, que parece nacían con ella y se experimentaron lucidísimos progresos en aquella nueva cristiandad.

Llenos están los anales de aquellos tiempos de los rarísimos favores que por intercesion de la Vírgen, sus feligreses devotos de ambas reducciones recibieron. Algunos referiré, que todos sería imposible.

Hubo en esta reduccion de Loreto un cacique principal, anciano en la edad y más en la virtud, devotísimo por extremo de la Vírgen, llamado Martín Atiobi. En riendo el alba, su primer cuidado era hacer visita á la del sol de justicia. Acudía á la iglesia, saludaba á la Vírgen con mucha ternura y devocion. Los sábados oía la misa de la Vírgen.

Con este intento madrugó un día más de lo que acostumbraba, y caminando aún de noche, le pareció muy de día, porque encontró en la calle á su señora con el mismo traje con que presidía en su templo, bien

que esparciendo por todas partes claros resplandores. Observóle los pasos y advirtió que iba dando vueltas por las calles del lugar. Hízole profunda reverencia, pero no se atrevió á decirle palabra, y continuando el buen viejo las visitas de la iglesia, y la Vírgen su ronda, otro sábado la encontró en la misma calle.

Ya esta vez no pudo contenerse que no le preguntase con sencillez y confianza:

—Reina y señora mía, ¿qué busca vuestra Majestad por estas calles tan de mañana fuera del palacio de su templo?

Respondióle la Vírgen con mucho agrado:

—Voy visitando este mi pueblo y echando sobre sus moradores muchas bendiciones por lo que se precian de vasallos míos, cuando yo los amo como á hijos.

Dicho esto, de repente desapareció, dejando admirado al cacique, el cual voló luego á contar el suceso al P. Antonio Ruiz, que le encargó se le mostrase muy agradecido y que advirtiese que sin duda era aquel aviso de que quería presto llevarlo á la gloria. Enfermó luego, y bien dispuesto con todos

los Sacramentos, entre actos muy fervorosos, rindió el alma á su criador.

Innumerables fueron los prodigios que obró la Santa imagen en las dos reducciones, resucitando muertos, curando enfermos desahuciados, librando á muchos de la visible persecucion de los demonios, y á todos de las hostilidades y sacos de los fieros Mamalucos de la ciudad de San Pablo, pues solos estos dos pueblos, de milagro, y por intercesion de la Vírgen, se libiaron de su invasion, cuando los demás del Guayrá quedaron saqueados, abrasados y destruídos como adelante veremos.





CAPITULO II

Trabajan infatigablemente el P. Antonio Ruiz y sus compañeros en el contagio de las viruelas.

—

Con altísima y amorosa providencia permitió Dios el sobredicho contagio, como el degüello de los inocentes santos por el cruel Herodes para poblar de infantes indios las sillas del cielo, y para dar ocasion á los adultos y á sus ministros, de ostentar su caridad con mucho merecimiento.

Iba cundiendo el mal, y más por los niños; y día hubo que los muertos fueron sesenta. Era grande la afliccion de los piadosos cu-

ras que lo habían de ser de los cuerpos y de las almas. El trabajo de la asistencia perpetua muy superior á sus fuerzas. Las penalidades, los desvelos, los peligros de los que sirven á los apestados no los puede saber, ni hablar de esta feria el que nunca comerció en ella.

Repartieron entre sí los oficios para que todos tuvieran más prontos los socorros espirituales y corporales. A un mismo tiempo confesaba uno, otro llevaba el Viático, otro la Extremaunción y todos servían plaza de médicos y cirujanos y enfermeros, ejecutando sangrías, disponiendo y aplicando varios medicamentos, ministrándoles por sus manos la comida.

Al P. Juan Baseo le cupo el trabajo de enterrar los muertos, y como estós eran tantos y tan pestilencial el olor que los cadáveres arrojaban de sí, hirióse del contagio, y muy alegre con su buena suerte, murió martir de la caridad.

Daban mucho cuidado y obligaban á vivir en continuo desvelo las mujeres preñadas que abortaban muchas con la violencia

de los dolores, y para salvar las criaturas, era necesaria pronta ablucion del santo bautismo, el cual se ministraba con admirable recato, cual profesan los honestísimos hijos de la Compañía, á cuyos modestos y religiosos ojos, por ministerio de seculares píos, solamente se exponía la cabeza, mano ó pie donde el infante había de recibir el agua bautismal, que en solo esto hicieron reparo y muy loable melindre los tres apostólicos varones que quedaron vivos, P. Antonio Ruiz, P. Josef Cataldino y Josef Maceta, como se escribe en sus vidas.

Otro caso de mucha edificacion escribe el P. Antonio en el § 18 de su *Conquista*. Contagióse durante el incendio desta pestilencia un mozo muy diestro en la música, de muy lindo natural, á quien por su habilidad, sonora voz y condicion apacible deseaba mucho la vida el P. Ruiz para mayor servicio de Dios y de la Iglesia.

El día antes que muriese fué á visitarlo, y reconociendo el peligro, lo consoló y animó á conformarse en todo con la divina voluntad y cuando para esto le proponía

más eficaces razones, le dijo el enfermo con mucha paz:

—Yo vengo ahora de visitar el Santísimo Sacramento, y Nuestro Señor me ha significado que tengo de morir y que será muy presto, y vengo muy consolado y deseoso se cumpla en mí su divina voluntad.

Juzgó el Padre que deliraba con la fuerza de la calentura.

—¿Qué dices, hijo?—le objetó—¿cuándo y cómo pudiste ir á la iglesia, si no te puedes mover de la cama?

Pero ratificóse en lo dicho.

—Digo, mi Padre, que he estado en la iglesia, porque mi santo angel de la Guarda me llevó, por el gran deseo que yo tenía de visitar al Santísimo Sacramento; y si no me crees, yo te daré señas ciertas; la primera es que estaban enterrando á fulano, y yo no sabía fuese muerto hasta que lo ví enterrar, y le enterró tal Padre. La segunda es que estabas tú cerca de la sepultura, de rodillas, al lado del Evangelio, encomendándome á Dios con mucho fervor. Todo esto yo no lo pudiera saber si mi angel Custodio no me lo hu-

biera mostrado. Y cuando te ví tan bien ocupado en mi favor en la presencia de Dios, me consolé mucho y creció mi amor para contigo. Todo lo pagaré en el cielo, á donde espero ir muy en breve.

Todas las señales que dió fueron verdaderas, y él murió al siguiente día, ó lo más cierto, comenzó á vivir la gloriosa eternidad, libre de los contagios del mundo.

En tres diferentes días le aparecieron tres almas de Purgatorio, implorando el sufragio de sus oraciones y sacrificios para salir de sus penas. La primera fué en la forma siguiente:

Soñó una noche con viveza de representacion que cierta persona venía por la plaza derecha á la iglesia y que entraba en ella, como quien busca alivio y socorro en una grave afliccion y profunda melancolía. La compasion que le tuvo fué bastante para despertarle y la luz del cielo para entender lo que pretendía. Con todo, para más asegurarse, hizo pesquisa en el pueblo, y algunos indios atestiguaron haber visto pasar por la plaza aquel personaje ya difunto, con

las mismas señas que el Padre decía. Dijo misa por él, por si acaso era así que todavía necesitaba della.

Otro día saliendo de la Iglesia, donde había estado largo rato en oracion delante del Santísimo, á la señal que hizo la campanilla de las obediencias, acudió á comer con otros Padres que se hallaban en Loreto. Embocando por una puerta sintió que una como nube le impelió suavemente el cuerpo, y sin poder resistir su impulso, hubo de cejar algunos pasos, accion en que repararon sus compañeros, y el P. Antonio sintió interiormente aquel gozo inexplicable que sienten las almas cuando libres del Purgatorio entran en la gloria celestial, y se le dió á entender que aquella era una que había salido por medio de sus sacrificios.

En otra ocasion, estando en su celda, á la media noche oyó un ruido en un corredorcillo que estaba á la parte de fuera. Abrió luego la puerta para ver si alguno lo buscaba para administrar Sacramentos, y dió en un español amigo suyo que vivía en Ciudad Real, sesenta leguas de Loreto. Conociólo

muy bien, vióle el semblante triste y desfigurado como de difunto; éste le dijo cómo había muerto y venía á pedirle sufragios. Ofrecióle el Padre le ayudaría con mucho gusto y toda puntualidad. Con esta promesa se le alegró mucho el rostro, y desapareció de su presencia.

Estuvo dudando si daría cuenta á sus compañeros destas apariciones, para que ayudasen á las almas con sus oraciones, penitencias y sacrificios; juzgólo por conveniente para mayor gloria de Dios, y contóles lo que le había sucedido.

Dentro de pocos días vinieron de la Ciudad Real algunos españoles con la nueva cierta de la muerte, y se confirmaron en que había sido cierta la vision del P. Antonio.

Apenas se corrigió el contagio, cuando stimulándole la nueva obligacion de Supeior, trató de hacer nuevas correrías por quellas dilatadas regiones y recoger todos os que de nuevo pudiese al gremio de la glesia, para reclutar los tercios que había errotado la peste, comenzando de nuevo on tanto brío, como si todo el tiempo que

aquella duró hubiera vivido mano sobre mano.

Siendo insaciable la sed que tenía de padecer por Cristo y el gusto que hallaba en las fatigas, en la hambre, desnudez y riesgos de la vida, sentía notablemente la carga de Superior, diciendo que él podía ser menos malo para obedecer, para mandar nunca bueno.

Llegó el día de la Natividad de la Vírgen titular de su pueblo, reforzó las penitencias, ayunos y oraciones por toda su octava, suplicándole le declarase si sería de mayor gloria de su hijo y suya que renunciase el gobierno, y se volviese al estado de súbdito más quieto y seguro, porque á este tenía suma propension y á aquel grandísima repugnancia.

Experimentó luego los favores que solía recibir en semejantes festividades, y una luz particular que le daba á conocer lo que era de mayor gloria de Dios. Y como él mismo dice en sus *Apuntamientos*, le infundió nuevos bríos para llevar con alegría el peso del gobierno, haciéndose en muchas cosas igual

y en otras inferior á sus hermanos, honrándolos en todas las ocasiones, ministrándoles en la misa y sirviéndolos en la mesa, sufriéndolos con amor, pues la mortificacion que todos juntos han de tener, más vale que la tenga el Superior, y así en las demás virtudes, humildad, etc.

Sintió luego una ilustracion soberana que desocupando su alma de todo lo de acá, volaba á los brazos de Cristo crucificado y vió claramente lo que importa seguirle por el camino real de la santa cruz. Experimentó cuán dulce cosa es negar su querer por el de Dios. Allí se vió libre del amor de todas las criaturas. Y aunque en este mismo día algunas personas devotas á quienes él había criado, venían á llorar la falta que les había de hacer con la ausencia del descubrimiento y conversion de nuevas naciones gentiles y los peligros manifiestos á que había de exponer su vida, de la cual pendía el consuelo de tantos; ningún cuidado le daba criatura alguna, puesto en los brazos del crucificado de los cuales sin mucha violencia no podía desprenderse. Allí mismo recibió luz para

conocer otras cosas convenientes al adelantamiento de su espíritu. Y aunque había deseado que cuando no le quitasen luego el cargo de superior al menos no pasase el gobierno de tres años, ya con mejor consejo dejaba á la divina voluntad todo el tiempo de su duracion y no es maravilla, que en estos lances se haga la más pesada cruz ligera y suave, porque la da el Señor de su mano con tanta mezcla de consuelos y alivios, que como Su Majestad dice en su Evangelio, su carga parece leve, su yugo suave, sus hieles dulces, sus espinas flores.





CAPÍTULO III

Emprende el P. Antonio la conquista del Ibitirembeta, y la conversión de aquella nación ferocísima.

Aunque el P. Provincial Pedro de Oñate dió orden expreso al P. Antonio Ruiz cuando lo nombró Superior destas reducciones, que diese feliz principio á su gobierno con la entrada en las provincias del Ibitirembeta y predicacion en ellas del santo Evangelio, no fué posible ejecutarlo con la puntualidad que los demás, por haber sobrevenido la pestilencia. Y bien cierto que no era voluntad de Dios dejase abrasar su casa por lle-

var la luz de la fe y el fuego del divino amor á las agenas.

Orden tiene la caridad, y cuando esta no puede socorrer á todos, siempre han de ser adelantados los primeros. Pero apenas amainó el contagio y se vió libre de las fatigas y cuidados de la morbería, cuando con todo fervor puso faldas en cinta y antorchas en las manos para esta gloriosa mision.

Tenía destinados para compañeros en ella al P. Josef Cataldino, soldado veterano y de grande experiencia, muy diestro en ardides con que hacer brecha por las naciones que más cerradas á cal y canto tenían las puertas á la predicación, y al P. Juan Baseo.

Con este par de combatientes se prometía felicísimo suceso en aquella jornada. Pero como murió en el contagio el P. Baseo, sucedióle el P. Diego de Salazar, no menos insigne en el celo de la salvacion de las almas.

En cuya compañía ya el año antecedente había entrado el P. Cataldino en esta provincia á explorar la disposicion que había en ella para recibir la fe. Pero hubiéronse

de retirar por la muerte cruel que dieron los hechiceros á un indio que enviaron delante por explorador.

Llamábase este buen indio Felipe Piripi, y su constancia en defender la castidad le mereció la palma del martirio, pues le mataron porque como buen cristiano arrojó de sí con valor una manceba que le ofrecieron, pensando hacerle agasajo, según sus brutas y bárbaras costumbres, como más largamente se refiere en la vida del P. Cataldino.

Con las noticias que le dió este dichoso martir, tenían ya aquellos gentiles algunas de los intentos con que querían entrar por sus tierras los apostólicos misioneros.

Navegaban los tres Padres río arriba de la Tibaxiba, cuando descubrieron que por él mismo bajaba un cacique de grande fama entre ellos, muy respetado por su nobleza, y no menos temido por su valentía, llamado Taytitú, el cual venía á hacer provision de cambegiba, que son unas cañuelas delgadas y fuertes y de mucha estimacion para sus flechas, que se crían en abundancia en los

anegadizos vecinos á las reducciones de Loreto y San Ignacio.

Cuando los Padres llegaron con sus canoas ya el indio había saltado en tierra y estaba descansando con mucha seguridad. Nada se alteró con la vista de gente extranjera, antes se estuvo quieto en su choza, y sin duda los despreció por pocos para haberlas con él, tal era su altivez. Mucho se holgó el P. Antonio Ruiz, de haber encontrado con aquella fiera, y entró en esperanzas de domesticarla y rendirla á Cristo.

Hicieron alto en aquel paraje y saltaron á tierra los indios que bogaban en nuestras embarcaciones y algunos eran ya conocidos deste famoso cacique.

Juzgaron los Padres que si le ganasen la voluntad tendrían en él llave maestra para facilitar la entrada en aquella nacion hasta entonces inaccesible. Los indios que habían tomado tierra llegaron á su choza, saludáronlo con toda cortesía, diéronle noticia del fin con que venían aquellos Padres y que gustarían hablarle si no había de tener de ello pesadumbre; que aquellos eran varones

santos, cuerdos, pacíficos y humanos y no quedarían darla á ninguno. No lo rehusó el cacique; antes hueco con el respeto que le tenían, vino á donde los Padres habían saltado en tierra.

Salióle á recibir con toda humanidad el P. Antonio, llevólo á su cuartel, dióle el primer asiento, convidólo á refrescar y hablóle en su lengua con tanta propiedad, que el indio quedó admirado. Ultimamente le dió razon de la causa de su venida, que no era otra que el celo de su bien y el darles á conocer al verdadero Dios, ponerlos en el camino del cielo, como lo habían hecho con otras naciones confinantes suyas, de quienes podía tomar informacion de los grandes bienes que les vinieron con la predicacion del santo Evangelio y con haber abrazado la religion cristiana.

Oyólo el cacique con atencion, pero comenzó luego á representarle grandes dificultades. Deshacíalas todas el Padre con eficacia y elocuencia del cielo.

El indio siempre protervo y resuelto en que no convenía entrasen en sus tierras. El

P. Antonio con modestia constante en que habían de entrar aunque les quitasen las vidas. Y que no temían las hubiesen de perder en tan justa demanda, pero que se persuadiese que el mayor premio que de Dios esperaban en esta vida era morir por su amor y derramar su sangre por darles á sus almas la vida verdadera. Porque les hacía grande lástima verlos sepultados en las tinieblas de sus errores é idolatrías y en camino de eterna condenacion. Aunque nos hagáis pedazos y hayamos de entrar arrastrando los cuerpos como culebras, habemos de llegar á daros conocimientos del Criador.

¡Qué fe tan viva, qué sólida esperanza, qué caridad tan fina, qué celo de la gloria de Cristo y salvacion de las almas que rescató con su sangre; qué intrepidez, qué valor y grandeza de ánimo, qué desamor á la vida y qué desprecio y poco miedo de la muerte descubrió Antonio en estas razones!

Quedó pasmado el cacique de la libertad con que le hablaba el Padre, y salió del engaño en que su sobervia le tenía, que no ha-

bía en el mundo hombre de más alentado corazón que el suyo.

Reconoció ventajas de superior denuedo en el P. Antonio, y rendido á la fuerza de sus razones, le dijo:

—Pues determinas con tanta resolucion la entrada, atropellando con todos los peligros, que como muy amigo te represento, quiero ir en tu compañía para ver cómo te reciben y el agasajo que te hacen.

Prosiguió el Padre en su viaje con el cacique en buena conversacion, con que lo iba humando más y ganándole la voluntad, lisongeabalo modestamente de valeroso, de bien entendido, mostrábale cariño y amor, que daba por bien empleado el trabajo de aquel viaje solamente por haber llegado á conocer un hombre de sus prendas, que cuando no granjease otro, se volvería muy contento si le hiciese lugar en el número de sus amigos, que de donde quiera que se hallase le prometería fidelísima y puntual correspondencia.

No hay fiera que con halagos no se amanse; domesticóse de suerte con los del Padre

Antonio el bárbaro cacique, que muy como familiares caminaron juntos algunas jornadas el río arriba; y llegando al puerto donde habían de tomar la tierra, le dijo al Padre:

—Yo iré delante si te parece, y daré cuenta de tu venida y del intento della.

Llegó á los pueblos más cercanos, dióles noticia de cómo tenían en su tierra á los Padres, que venían con ánimo de permanecer en ella y muy de asiento, que mirasen lo que debían hacer con ellos entre tanto que él pasaba á su pueblo, y que muy presto sería de vuelta.

No pudiendo sufrir más dilacion la celosa caridad de los obreros Evangélicos, dejando en las canoas al P. Diego de Salazar, los Padres Antonio Ruiz y Josef Cataldino se metieron animosos la tierra adentro á caza de almas, y después de haber vencido con gran trabajo una fragosa sierra, llegaron á un campo llano, donde descubrieron un indio que luego se escondió cubriéndose con el tronco de un árbol.

Llamáronlo con muestras de amor para que les diese alguna noticia, y llanamente

confesó era espía que lo habían enviado de su pueblo á reconocer el número y calidad de gente que venía á su tierra.

Este sirvió de guía para el primer lugar, en el cual fueron bien recibidos aunque vinieron á dudar si los demás llevarían mal aquel agasajo y favor que hacían á unos hombres no conocidos y de diversa religión.

Acertó a hallarse entre ellos un cacique cristiano que tenía buena opinion con todos y fué el que más facilitó el buen acogimiento, porque sabida la venida de los Padres por el primer cacique, que fué á disponer los ánimos, bajó con todos sus vasallos á donde había quedado el P. Salazar.

Recibiólo con mucha alegría; díjole como dos días antes los PP. Ruiz y Cataldino habían entrado la tierra adentro y que deseaban mucho verse con él; voló luego á donde los Padres estaban; comunicáronle sus intentos, aprobólos como buen cristiano eligieron puesto y trataron de fundar á las márgenes de una laguna grande la famosa reduccion del Apóstol del Oriente San Francisco Xavier.

Si yo hiciera oficio de cosmógrafo ó coronista general, larga descripción pudiera hacer aquí de la amenidad destos paises de su temple, de sus sierras y montes á las nubes, dilatados campos, fertilísimos valles, varias especies de animales caseros, y montaraces, caudalosos ríos, islas arboladas de crecidísimos pinos en espesos bosques, muy diferentes de los de Europa, cuyos piñones en la grandeza parecen dátiles, la corteza como de bellotas; son las piñas como ollas de buen tamaño, en que tienen los naturales para los seis meses del año suficiente alimento, tostados y reducidos á harina los piñones.

Tradicion hay que pasó por esta tierra el apóstol Santo Tomé, como apuntamos arriba.

No dejaré de decir la etimología del nombre desta provincia Ibitirembeta, que en su lengua es lo mismo que cerro con barba. Porque el que sobre todos los de la region descuella, tiene el remate muy semejante al rostro humano, de cuyo extremo inferior, que se abre en forma de boca, un peñasco

blanco está pendiente que parece una barba cana, y herida de los rayos del sol hace visos y reflejos diferentes. De aquí tomó el nombre toda la provincia.





CAPITULO IV

Lo que sucedió al P. Antonio Ruiz y á sus compañeros en la reduccion de San Francisco Xavier.

—

Señalado ya el sitio para la nueva reduccion que se deseaba fundar con la invocacion del Apóstol de las Indias, San Francisco Xavier, encomendó el P. Antonio Ruiz al P. Josef Cataldino la ereccion y fábrica del emplo, conforme la planta de otras reducciones y de la casa donde habían de vivir los adres en religiosa clausura. Aristóteles, liro 2 *De Generat.* & A. cap. 4, dice que en edificio del cuerpo humano, lo primero

que la sabia naturaleza fabrica es el corazon, y el último que cae cuando la fábrica se destruye en la muerte. *Fit autem primo cor, idque effici primo non modo sensù precipitur, sed etiam quod per obitum vitam hic ultimo deficit.* San Basilio dijo que el corazon de la vida espiritual es la fe, la cual es fundamento y raíz de esa vida, no la misma vida que consiste en la gracia y caridad. Yo digo que el corazon de una poblacion ó república cristiana es la casa de Dios, fuente de la buena vida, y de todos los bienes de los ciudadanos.

Bien entendidos desta verdad aquellos apostólicos obreros, el primer cuidado ponían cuando formaban de nuevo alguna reduccion en establecer en la fe á los recien convertidos, y luego en fabricarles templo, porque un pueblo cristiano sin templo es cuerpo sin corazon, que ó no gozará de vida y concordia civil, ó habrá de vivir de milagro.

Pusieron luego manos al edificio, y habiendo arbolado una hermosa cruz en señal de la posesion que de nuevo tomaba el Re-

dentor del mundo de aquella tierra que siendo suya le había alzado la obediencia. *Dabo tibi gentes hœreditatem tuam & possessionem tuam terminos terrœ*, cuando con más fervor estaban previniendo materiales para el templo, llegó un indio amigo á toda diligencia, con aviso de que los naturales en varios escuadrones, capitaneados de los hechiceros, ministros máximos de Satanás y más declarados enemigos de la fe, venían marchando con ánimo de quitar á los Padres la vida. Los efectos que hizo esta nueva, declara el mismo P. Antonio por estas palabras:

«Apenas tuvieron noticia que habíamos llegado á sus tierras, aquellos malditos hechiceros que martirizaron por casto al indio cristiano, cuando amotinaron los pueblos para sacarnos del mundo. Desgalgábanse á ruin el postrero como perros ó tigres rabiosos por aquellas sierras, compitiéndose sobre quién sería el primero que llegase á hacer suerte en nuestras vidas. Las mujeres del pueblo, que como más piadosas ya nos tenían respeto y amor, comenzaron ya á lamentarnos por muertos; los vecinos bien

quisieran defendernos, pero reconocían sus pocas fuerzas para resistir á tan resuelta y desesperada muchedumbre.

»Crecía en el pueblo la turbacion, en nuestros pechos el gozo de ver que se nos acercaba un tan dichoso fin.

»Lleguéme al P. Josef Cataldino, y díjele aquellas palabras de San Ignacio mártir: *Frumentum Christi sum; dentibus bestiarum molar ut panis mundus inveniar*, y que juzgaba que aquel día sería el último de nuestra peregrinacion, y que esperaba en la divina bondad, nos veríamos en el cielo.

»Respondióme con mucha paz y sereno semblante:

—»Cúmplase en todo la voluntad de Dios—y vuelto á los indios que estaban fabricando una choza que sirviese de iglesia, entre tanto que se hacía la principal, les dió orden de lo que habían de hacer, y prosiguió en asistir á su obra.

»Este fué el susto que tuvo aquel varon santo viendo la muerte vecina, porque toda la vida no había hecho otro que disponerse para una buena muerte.

»Algo más fué esto que lo del otro matemático que avisándole que el enemigo entraba la ciudad, que acudiese al remedio, ó á ponerse en salvo, respondió con mucha flema que le dejasen perfeccionar unos círculos que estaba echando con el compás en la mano.

»Aquel pudo tener esperanzas de buen cuartel, pues la invasion no era contra su vida; aquí los religiosos Padres ningún arbitrio de piedad podían esperar de aquellas fieras sedientas de su sangre. Con todo, ninguna prevencion ó mudanza hicieron, ni trataron de huir, ni de esconderse más que si los buscaran para hacerles algún solemne recibimiento, lo que no poco admiraron los mismos gentiles que trabajaban en la obra.

»Había venido á visitarnos poco antes un cacique principal, traido sin duda de la divina Providencia, para tutor de nuestras vidas, estimado por su sangre, y entre ellos de grande autoridad por entendido y elocuente, en quien se verificó lo del poeta: *Si forte virum quem, conspexere silent.* Este, viendo ya que se acercaban las furiosas tropas con

las flechas en sus arcos, salióles al encuentro y fué poderoso para detenerlos. Hízoles un elegante y grave razonamiento, representándoles que nuestra entrada no era de enemigos que iban á conquistarlos, que era agravio de su valor tener miedo á dos desarmados extranjeros y santos sacerdotes, ni era de mercaderes codiciosos de plata y oro, pues no ignoraban que en sus tierras no había minas. Que el fin de su venida no era otro que enseñarles á bien vivir, con más policía, más virtud y honestidad de costumbres, y por este camino hacerlos hijos de Dios y ponerlos en el de su eterna salvacion, que ninguna honra ni provecho se les podía seguir en manchar sus manos en aquella sangre inocente.

»Pudieron tanto con ellos las razones deste cacique, que cada lobo volvió por su senda; desistieron de la empresa y dieron la vuelta á sus lugares. Con que pacíficamente pudimos dar principio á una reduccion con nombre de San Francisco Xavier, la cual en pocos meses creció á mil y quinientos vecinos. La virtud de la fe, el santo bautis-

mo y la divina palabra, domesticaron aquellas fieras y las convirtieron en mansos corderos.»

Perseveró allí el P. Antonio algunos días, acariciando los indios como si fuera padre de todos.

Concurrían muchos de diversas y distantes partes por curiosidad á ver aquélla poblacion, y la gente venida de allende, tan diferente en la religion, tan otra en el natural, en el trato agradable y cortés, en la vida y costumbres. No se hartaban de visitar el templo, su aliño, sus sagradas alhajas, de mirar á los Padres, notando en ellos cuanto hablaban y hacían. Causábales grande admiracion su rara modestia, su traje, su encogimiento.

—¿Qué hombres son estos—decían—que solamente descubren la cara y las manos?

Algunos más bozales decían que eran estátuas vivas cargadas de ropa.

Lo que más extrañaban era el recato grande en el trato con las mujeres; no solamente con las que según uso de su bárbara nacion ofrecían á todos los huéspedes con bestial agasajo, que les afeaban mucho con

santa indignacion; pero notaban que aun á las demás, para instruirlas en la fe, ó ya cristianas, sacramentarlas, nunca les miraban á la cara.

Esta modestia despertaba más el deseo de comunicar á los Padres; que á los más libres y disolutos parece bien el recato y compostura, y ofende y retira toda especie de liviandad.

Dió el P. Antonio, como Superior, la instruccion de lo que en aquella reduccion se había de hacer, y dejando en ella al P. Josef Cataldino, varon tan santo como prudente y entendido, para que fuese recogiendo los indios de aquella comarca, resolvió de ir con el P. Salazar á la provincia de Tayaoba donde eran innumerables los gentiles y deseaba que á un mismo tiempo rayase el sol de la fe por las dos provincias, porque no se contagiase la una con la otra, terciando los hechiceros, que son las nubes que más apedrean y talan en cierne los majuelos.

Lo que le sucedió, hecha esta resolución, él mismo lo dice:

«Vencidas graves dificultades en la jor-

nada á cierta provincia de gentiles, partió para ella con dos compañeros, y habiendo caminado dos días, estando una noche recogido en su hamaca, vió delante de sí un hombre con negro y despreciable vestido, y la cabeza cubierta con un sombrero viejo, el cual le dijo:

—«Tú no pasarás de aquí, porque no es para tí la empresa que intentas. Para otros Padres que te han de suceder la tiene Dios guardada. Por tanto, lo que te conviene es volver á donde saliste. Todo esto fué entre sueños. Despertó encomendándose á Dios porque temió que habían de poner algún grande obstáculo los demonios, que eran muy señores de aquellas almas, aunque las rataban como muy tiranos.»

El siguiente día ya se sintió gravemente nfermo, y de repente muy rendido con un ecaimiento de fuerzas grande, y una ariente calentura.

Vino á dudar si sería cordura volver atrás temeridad pasar adelante, porque el deteerse allí á esperar el discurso del mal no a posible.

Pintábale el demonio con la viveza que sabe y suele en la fantasía, que ya era llegada su muerte, y que no había de escapar de aquella enfermedad. Persuadíale volviese á morir con más consuelo en poblado, donde sería vivo más asistido de los suyos, y muerto lo enterrarían en sagrado, con que sentía muy inclinada la voluntad á la vuelta y más cuando consideraba la molestia que enfermo había de dar á sus compañeros en el camino.

Hallóse indeciso y perplejo, y acudió, como el santo rey Josafat, al divino oráculo, 2, Paral. 20. *Sed cum ignoremus, quid agere debeamus, hoc solum habemus residui ut oculos nostros dirigamus ad te.* Interpuso por medianera á la gran Madre, y para obligarla á que le alcanzase luz para el acierto, renovó su esclavitud, ofrecióle de nuevo todos sus trabajos, conversiones de indios, ayunos, penitencias, sacrificios, y todo cuanto bueno hiciese con todo el afecto de su corazon. Recobróse luego del desmayo, sintió alientos en el espíritu y fuerzas en el cuerpo, y prosiguió en su camino con el suceso que dirá el capítulo siguiente:



CAPÍTULO V

Prosigue á predicar el santo Evangelio en las provincias del Tayaoba.

Con vivas ánsias vivía el P. Antonio de reducir á la fe las provincias del Tayaoba, pobladas de innumerables gentiles, á las cuales jamás se atrevió á penetrar el valor de los españoles, aunque dista bien poco de-as la Villa Rica, y el salto que hace el río bay sirve de incontrastable muralla.

Para llegar á los Tayaobas era forzoso el tránsito por algunos pueblos de cristianos de la jurisdiccion de dicha Villa Rica. Y aun-

que el camino era muy difícil por la fragosidad de sus sierras, por los grandes ríos y pantanos que se habían de pasar, todo lo facilitó el celo de la gloria divina y el deseo de convertir tantas almas.

Gastó ocho días hasta llegar al primer pueblo de dicha jurisdiccion, que era del capitán Sami. Fué increíble el gozo de aquellos indios fieles con la llegada del huésped, de quien habían oído tantas maravillas; divulgóse luego por los pueblos comarcanos la venida de los dos misioneros de la Compañía y se renovaron las memorias de los que desde el Brasil les había enviado aquel nuevo Taumaturgo, el insigne Padre Josef de Anche Y con la experiencia de lo bien que les había ido con aquellos, deseaban á estos para su consuelo y enseñanza.

Todo lo consiguieron el tiempo que se detuvieron allí. Discurrieron por aquellas poblaciones, muchas de las cuales carecían de cura, confesando, predicando y administrando los demás Sacramentos, visitando los enfermos y ejerciendo con ellos todas las obras de cristiana caridad. Y cuando ya

los tuvieron ganados y propicios, comunicaron con ellos el fin de su venida, que era pasar á la conversion de los Tayaobas, para la cual muchos se ofrecieron por compañeros y guías del camino que era lo que los Padres deseaban. Los varios sucesos de esta jornada escribe el P. Antonio en el § 30 de su *Conquista*:

«Tenía esta provincia mucha gente y muy arraigada la observancia de sus gentílicas costumbres, particularmente en la bárbara de alimentarse con carne humana.

»Hallábanse aquellos valles y sierras pobladas de infinitos hechiceros, llenos de mil errores y supersticiones, que aborrecían peregrinas religiones, predicando la suya por cierta y verdadera. Algunos se mentían dioses, fingiendo mil patrañas en testimonio de su divinidad, creída fácilmente de la ignorante plebe. Porque como es grande la natural elocuencia destos embusteros, la gente ordinaria los oye boquiabierta y los venera, dando crédito á sus mal forjadas mentiras.

»Prosiguiendo mi viaje llegué á un pueblo pequeño de hasta sesenta vecinos y me

recibieron con mucho amor. Pagueles el agasajo predicándoles la Ley de Dios, y todos la recibieron y se bautizaron.

»Llamábase este pueblo Itacurú, tomando el nombre de su cacique. Detúveme en él dos meses, así para instruirlos en la fe como para informarme de los usos, ó abusos de las costumbres y fueros y otras cosas particulares de la nacion, y darles desde allí algunas noticias precisas del fin de mi venida.

»La llave ó pue de toda la provincia era un pueblo distante una jornada. Envié á sus moradores algunos donecillos de anzuelos, cuchillos, cuentas y otras brujerías que ellos estiman más que piedras preciosas, con que vinieron algunos á visitarme. Recibilos con todo agrado y díjeles cómo deseaba entrar en su tierra á anunciarles la eterna salud. Aseguráronme que hallaría franca la entrada y que sería muy bien recibido. Con esto partí por el río en canoas.

»Llegué á su lugar con sol. Dieron aquel día muestras de recibirme con gusto y fueron fingidas, porque avisados los vecinos de

la comarca de mi llegada, toda aquella noche fué bajando gente armada de todas las sierras circunvecinas con ánimo de degollarme, y hacer de mis carnes banquete, como también de las de otros quince indios que iban en mi companía.

»Como después supe, deseaban probar á lo que sabían las de los sacerdotes cristianos, porque sus hechiceros les habían persuadido que eran más sabrosas que las demás. Pasé desvelado aquella noche preparándome para todo lo que podía suceder.

»Apenas rompió el día cuando entró en mi choza un grande hechicero, y hallándome de rodillas en oracion, sentóse con mucho silencio; yo proseguí por buen rato, pidiendo á Nuestro Señor alumbrase aquella gente ciega, para que saliendo de los errores se convirtiese á su fe.

»Levantéme y hallé que con el primero se habían ya juntado otros ocho caciques tan hechiceros como él, y habiéndolos saludado con amorosas y corteses palabras les signifiqué cómo sólo el deseo de su bien me había

traído á sus tierras, no en busca de oro y plata, que bien sabía no lo tenían, sino de sus almas para traerlas al conocimiento de su criador y de su hijo y Redentor de los hombres Jesucristo, que había bajado del cielo y tomado carne humana en las entrañas de una Virgen para librarnos del cautiverio de Satanás y de las penas del infierno; y llegando á tratar de la eternidad destas con que en él son castigados los malos, uno dellos me atajó la plática, diciendo á voces:

—»Este hombre miente.

»Lo mismo repitieron los otros ocho, y salieron corriendo á buscar sus armas, que por no causar recelo las habían dejado escondidas, y en guarda dellas otra mucha gente que quedaba emboscada en un monte vecino.

»Quedé consolado de haber anunciado á aquellos bárbaros el Evangelio y sin moverme del puesto en que estaba me resolví de esperarlos, arrojándome en los brazos de la Providencia divina.

»Uno de los indios que me acompañaban entró en mi choza rogándome saliese della

y nos fuésemos de allí porque sin duda nos armaban alguna traicion.

»No hice movimiento.

»Entró segunda y tercera vez y echándome los brazos al cuello, me dijo:

—»Padre mío, vámonos, por amor de Dios, que á tí y á nosotros nos han de hacer pedazos.

»Movióme á salir pareciéndome ver en él, no un indio, sino un angel del cielo. Apenas salimos cuando los enemigos comenzaron por las espaldas á llover sobre nosotros una nube de flechas. Cayeron á mis dos lados muertos siete indios de mis compañeros, sin que mi dicha me encaminase alguna para serlo en la muerte de los que tan leal mente me acompañaron en la vida, sin otro fin que ayudarme en la predicacion del Evangelio. Habíanse preparado el día antes con la confesion y comunion, y con grande ánimo me dijeron:

—»Ea, Padre, vamos á predicar la fe, que nosotros en su defensa habemos de perder las vidas. No les faltó sino decir con los Apóstoles: *Eamus & nos, & moriamur cum eo.*

»Estaba junto á mi aquel indio que me había sacado de la choza, y viéndome cercado de tanta flechería y en manifiesto peligro, y que distinguiéndome por el vestido habían de hacerme todos terrero de sus saetas, con una fineza grande de caridad, por salvar mi vida, quiso exponer la suya á mayores riesgos.

»Sin hablarme palabra me arrebató de los hombros la ropa y de la cabeza el sombrero y diciendo á los demás indios amigos «meted al Padre en el monte» él, vestido de mi hábito, se puso en huída solo por un campo á vista de los enemigos, para que creyendo estos que aquel era el sacerdote que buscaban corriesen todos en seguimiento suyo, y descargasen sobre él la tempestad de sus flechas.

»Imitó este buen indio la grandeza de aquella caridad con que el hijo de Dios viendo á su eterno Padre con el arco flechado para tirar saetas de indignacion contra los rebeldes pecadores, se vistió del hábito de nuestra mortal naturaleza. *Et habitu inventus ut homo* y con esa semejanza

de carne pecadora: *In similitudinem carnis peccati*, nos libró de la muerte eterna, recibiendo sobre sí los flechazos que nuestras culpas merecían.

»Con este estratagema que al fidelísimo indio le dictó el amor tierno que me tenía, me dió tiempo para que yo me guareciese con los demás en el vecino bosque que era muy espeso. En esta retirada oí gritar á los enemigos, viendo á mi buen indio con mi ropa y sombrero:

—»Allí va el sacerdote; todos en él; tiradle y matémosle.

»Hace mencion deste suceso tan digno de eterna memoria, el P. Juan Eusebio Nieremberg en el libro de sus *Estromas*.

»Y fué singular providencia de Dios que habiendo cargado sobre aquel pobre indio toda la furia de los bárbaros, siendo flecheros tan diestros y llovido una infinidad de saetas, ninguna le tocó.

»Yo me metí por el monte con tres indios, y por no dejar rastro, nos dividimos por cuatro partes, bien que unos á vista de otros, ardid usado en aprietos semejantes.

»El indio fiel, que por mi vida se expuso á la muerte, corrió gran rato sin que los contrarios pudiesen darle alcance, y juzgando que yo estaría ya en salvo en el bosque, se acogió á guarecerse en él, dejando burlados y amargos á los que le seguían sedientos de su sangre, ó no, si no de la mía. Alcanzóme, restituyó la ropa y sombrero, y temiendo no viniesen los bárbaros en seguimiento mío, con nueva fineza y alarde de valor, volvió á ver el rumbo que tomaban, y viendo que se recogían al pueblo, se resolvió intrépido de seguirlos, fiado en la ligereza de sus piés y vecindad de la selva.

»Dejó entrar la noche, y ayudado de sus tinieblas, se acercó á la choza de donde me había sacado. Sintió dentro della la gente inhumana con gran fiesta y algazara que se estaban partiendo las carnes de los siete indios sus compañeros. No pudo sufrir tan cruel carnicería y dió la vuelta en busca mía y de mis compañeros.

»Que prosiguiendo nuestro viaje sin saber á donde, encontramos por buena ventura una oculta senda por un acequión, revolca-

dero de los jabalíes, profundo en la tierra hecho un inmundo lodazar, bien disimulado con la espesura de los juncos. Era tan estrecho que uno había de pasar tras de otro; su altura tan poca, que era fuerza arrastar las rodillas y brazos por el hediondo cieno, lo que hacía el tránsito molesto y difícil. Grandemente se me afligió el corazon en este asquerosísimo estrecho, todo él embarazado de agudas espinas.

»Todos salimos encenagados y yo con la cabeza lastimada de las puntas agudas de los juncos, que son más fuertes que los europeos, corriendo por el rostro la sangre que con lágrimas en sus ojos, de compasion, me limpió uno de mis compañeros.

»Dábanme prisa que caminase, teniendo por cierto que nos habían de seguir los enemigos. Pero iba yo tan fatigado y tan atravesado el corazon con las muertes de mis siete compañeros, y con el sentimiento de no haber merecido serlo suyo en tan gloriosa demanda, que les rogué me dejasen y que ellos se pusiesen en salvo por no dejar viudas á las mujeres y huérfanos á sus hijos.

Respondieron que ni de hijos ni de mujeres se acordaban, y que por ningún caso se habían de apartar de mí hasta la muerte. Que considerase la infamia que se les había de seguir de haberme dejado solo entre gentiles enemigos.

»Entre estas piadosas contiendas nos hallamos sin pensar á la ribera del río por donde el día antecedente habíamos subido. Oimos ruido de palamenta y juzgamos ser bajeles enemigos que venían en busca nuestra.

»Con este recelo nos acogimos otra vez al bosque, pero juzgando no era acierto huir sin averiguar de quién, rogueles me esperasen allí, que yo iría á reconocer la costa y qué embarcaciones eran aquellas. No vinieron en dejarme; todos volvimos al río y descubrimos dos indios caciques conocidos y amigos del pueblo de donde habíamos salido el día antes en una canoa. Preguntéles la causa de su venida. Respondieron que habían sabido el suceso y que venían en busca mía.

»Quedé admirado de su lealtad, y más de

la providencia divina. Porque era camino de ocho horas para muy alentados remeros, y estos dos viejos de ochenta años lo habían hecho en menos de dos.

»Embarcámonos y llegamos al pueblo, donde se renovó mi dolor, porque salieron á recibirnos todos, hombres y mujeres, niños y viejos, llorando nuestro trabajo. Quedé sin ornamento para decir misa, porque aquellos bárbaros me lo robaron y presentaron á un famoso hechicero, á quien todos prestaban obediencia y veneracion. Hicieron pedazos la patena para colgarla al cuello por gala; quitáronme una hamaca, que era todo mi ajuar, quedando solamente con el pobre vestido; suplió la lumbre su falta porque era tiempo de invierno y riguroso el frío.»

Este fué el suceso de la primera jornada trágica que hizo el P. Antonio en estas provincias. De donde bien se colige su celo ardiente de la salvacion de las almas, que lo arrojó en medio de tan evidentes peligros de la vida, que hubiera sin duda perdido, si el Señor, por medio de aquel indio, ejemplo de

la mayor fidelidad, no se la hubiera conservado.

Con esta conjuración de los hechiceros consiguió el demonio lo que no pudo por sí mismo. Pues cuando el Padre Antonio se puso en camino para esta mision, se le apareció en figura de un horrible mastín, amenazándole con las navajas de sus dientes, lo que después ejecutó por sus ministros, permitiéndolo Dios, que tenía dispuesta la conversion de aquellas naciones para mejor tiempo.





CAPITULO VI

Vuelve el P. Antonio Ruiz á la reducción de San Francisco Xavier. Deja en la frontera del Tayaoba al P. Diego de Salazar. Ejemplos raros de su mortificacion.

No conoció bien Séneca, *de quatuor virtut* los quilates de la magnanimidad cristiana y apostólica cuando dijo: *Eris magnanimus si pericula non appetas, ut temerarius, nec formides ut timidus.* En nuestro P. Antonio hallará con toda su perfeccion esa virtud y verá que apetece y busca los peligros de su vida, tan lejos está de huirlos cobarde y no por eso merece baldon de temerario,

sino epiteto de verdadero magnánimo. No sé si estaba olvidado este gran filósofo de lo que escribió en otra parte. *Fortitudo optabilis est quœ pericula contemnit & provocat.* Más es meterse en campaña y desafiar los peligros é irritarlos con el desprecio, que apetecerlos, pues si lo primero es fortaleza loable, ¿como lo segundo será culpable temeridad?

No vendrá bien en ello el Apóstol San Pablo, que no hizo otro que provocar peligros y hacer burla dellos en la tierra y en la mar, en la soledad y poblado, y en todas las peregrinaciones de su apostólica predicacion. A cuyo ejemplo fué verdaderamente y muy á lo de Dios magnánimo nuestro P. Antonio, pues desde que entró en la Compañía parece que hizo profesion de meterse en peligros de la vida por salvar las de infinitas almas.

Otro de menos corazon que se hubiera visto en el que él se vió entre los Tayaobas, no se acordara dellos, sino para dar gracias á Dios de que lo había librado de sus uñas. Pero este gran Padre y varón verdaderamen-

te apostólico, no se amilanó con la resistencia ni con el riesgo en que se vió de ser despedazado y comido de aquellos bárbaros; no sintió en su pecho flaqueza para desistir de su conquista; antes bien á la mayor oposicion del enemigo aplicó esfuerzos mayores, fiando siempre de los socorros divinos, con la experiencia que tenía de que el Señor mortifica y vivifica y que la adversidad es vigilia de la buena dicha; la tempestad, precursora de la bonanza. Y nunca más cierto de que aquella empresa era de la gloria de Dios, que después que vió la oposicion que hizo el común enemigo.

Juzgó por cordura dejar que desfogase la ira de los hechiceros y que remitiese el furor de los amotinados. Pero que no era crédito de la ley de Dios ni de sus ministros, volver del todo las espaldas á los contrarios para que los abrasase el cuidado de que habían de ver otra vez dentro de sus casas la guerra, ó por mejor decir, la paz que gozan los que al príncipe de la paz prestan vasallage y rinden el entendimiento en obsequio de su fe.

Para este fin se resolvió en no desamparar la fuerza que les había ganado dentro de sus tierras, en el lugar del cacique Sami. Dejó en él al P. Diego de Salazar, operario fervoroso, para que atendiese al consuelo y doctrina de aquellos indios y les administrase los Sacramentos y confirmase sus ánimos en el amor de la cristiana religion.

Encargóle que se entendiese con los indios rebeldes y que les grangease las voluntades, presentándoles las cosas que ellos más estiman, y son el cebillo en que más pican aquellos gentiles y salen del cenagoso estanque de su viciosa idolatría á las luces y pureza de las eternas verdades.

Dejando á cargo de tan cabal sujeto y vigilante sustituto aquella nueva iglesia, partió á la reduccion de San Francisco Xavier, donde había dejado por presidente al P. Josef Cataldino. Hizo este viaje con indecibles trabajos, siempre á pie por aquellas provincias tan dilatadas, como yermas de toda humana consolacion, montando asperísimas sierras, altos collados, penetrando espesos bosques con riesgo de tigres y otras fieras,

vadeando rápidos y caudalosos ríos y con más dificultad muchos pantanos pegajosos y anegadizos, durmiendo sobre la dura tierra y comiendo raíces silvestres.

Esta pesadísima cruz se la hacía ligera el ejemplo del santo Xavier en sus jornadas de Japon, que yendo á su reduccion no podía perderlo de vista, pero mucho más dulce la contínua memoria de la que el Señor padeció por su amor; ella era su báculo y el Crucificado su guía, y la Virgen su norte, y su Rafael el angel de su Guarda. Aquel rústico y desabrido alimento le parecía sabroso maná, remojándole en el costado de Cristo.

Singularmente se consolaba de caminar por aquellos desiertos que había santificado con sus huellas el glorioso Apóstol Santo Tomé, de lo que vió los testimonios y señales que pone en el libro de su *Conquista* § 22:

«Vimos, dice, mis compañeros y yo un camino que no tenía ocho palmos de ancho, en cuyo espacio nace una yerba muy menuda, y á los dos lados crecen casi media vara las malezas, y aunque agostada la yerba se

quemen aquellos campos, siempre vuelve á nacer del mismo modo.

»Corre este camino por toda aquella tierra, y me han certificado algunos portugueses que viene muy seguido desde el Brasil, y que comunmente le llaman el camino de Santo Tomé; y nosotros habemos tenido la misma relacion de los indios de nuestra espiritual conquista. Otros argumentos hay de haber honrado el santo Apóstol aquellas provincias, de que se hará mencion en su lugar.»

Por esta vereda llegó á la reduccion de San Francisco Javier nuestro Xavier segundo con su cruz acuestas, puestodo estecamino fué un largo Vía Crucis; y porque esto se escribe en día del Evangelista San Lucas, bien podemos decir de Antonio lo que de aquel canta en su oracion la Iglesia: *Qui Crucis mortificationem iugiter in suo corpore pro tui nominis honore portavit.* No tuvo otro alivio en la carga, que saber la llevaba por la gloria del Santísimo nombre de Jesús.

Halló en dicha reduccion crecidísimos au-

mentos con la diligencia y desvelo del fervorosísimo P. Josef Cataldino, que le entregó luego un pliego en que le daban aviso que venía del Perú por provincial el P. Nicolás Durán Mastrillo, y que subia á la visita del Colegio de la Asuncion y se le ordenaba bajase luego al Paraguay á dar noticia del estado de aquella nueva cristiandad, porque su paternidad por entonces no podría visitarla personalmente.

Al mismo tiempo recibió el P. Cataldino comision y orden del Tribunal del Santo oficio que partiese á la villa del Espíritu Santo, á un negocio de mucha importancia.

Esta novedad obligó al P. Antonio á que bajase á las reducciones de Loreto y San Ignacio, á ver quién podría suplir las ausencias del P. Cataldino. Fué nombrado el Venerable P. Cristóbal de Mendoza, misionero insigne, que después, predicando el santo Evangelio en la provincia del Uruay fué coronado de martirio.

Entre tanto que hace su viaje á la Asuncion el P. Antonio, contaré dos grandes ejemplos de su mortificacion. Como no de-

jaba un punto las armas de las manos para hacer cruda guerra á los demonios y sacar de su cautiverio tantas almas, a ese paso era aborrecido dellos.

Acometieron una noche con una gravísima tentacion de la carne, que si no terciara maligna instigacion del demonio no fuera fácil hacer corcobos, teniéndola tan quebrantada á ayunos, tan enflaquecida á penitencias, tan molida con trabajos de largos caminos, tan sujeta ya á fuerza de tan fuertes sofrenadas al espíritu y á la razón. Si lo asaltara dormido como á San Francisco Xavier, aún no dejara de ser atrevimiento y fué extremo de osadía embestirlo despierto. Porque eran muy firmes los propósitos de conservar sin lesion la castidad; estaba muy enamorado desta virtud al paso que tenía aborrecido el vicio contrario, y primero sufriera mil muertes que permitir el desliz menor.

Pero, ¿qué hizo para asegurar la victoria? No se revolcó entre agudos abrojos como el gran Benito; no se arrojó desnudo sobre la helada nieve, como el Seráfico Francisco.

No se metió en una laguna en el rigor del invierno como su gran Padre y patriarca San Ignacio, por apagar las llamas en que se abrasaba un mozo lascivo. Pero no fué menos lo que hizo Antonio, pues se entregó desnudo á la impiedad de un hormiguero de ciertos animalejos de aquella region, tan voraces y crueles que taladran la piel de un toro, desmenuzan cuanto encuentran.

Deste linaje de hormigas hacen mencion Juan Hugon Liscotano, á los capítulos 45, de su *Itinerario*: *Formicarum autem perniciosissima multitudo omnia edulia & etiam linteanima magno numero invassit.* Y añade: *Aliud formicarum genus digiti longitudine & colore rubro agros herbas fructusque magno agricolarum damno invadit.* No hay legiones de langosta que hagan más daño á los frutos de la tierra que estos ejércitos de hormigas.

Las que el P. Antonio alistó á costa suya para hacer defensa, eran del tamaño de abejas, y para que se metiesen en campo más iradas, las irritó primero, y cerraron con tanta furia, que lo dejaron hecho una llaga

de cabeza á piés, y vino á formar escrúpulo si podía ser homicida de sí mismo. Con este estratagema del divino, ó amor ó temor, quedaron frustrados los intentos del enemigo, y éste se retiró avergonzado de verse vencido de hormigas, estando él hecho á atropellar sobervios elefantes.

Esta esclarecida victoria refieren el Padre Manuel Hortigas, de la Compañía de Jesús, en su *Guía del Cristiano*, § 7, y el P. Juan de Rho en el tomo de *Varias historias y virtudes*, lib. 7, cap. 2: *Immotum corpus præbuit lancinandum, ut totacute cruentus, ac tumentibus membris victor abscederet. Quantum hic á Benedicto distat? Equidem vivos morsus quam mortuos aculeos crediderim esse molestiores.* Ofreció su cuerpo inmoble como una estátua, para ser destrozado de aquellos inhumanos verdugos. A la sangre, que deseando derramarse por Cristo, no le abrió puerta alguna de las flechas enemigas, se las abrieron en todo el cuerpo aquéllos con sus lancetas.

Competir puede esta hazaña con la del gran Benito y con la de San Casiano mártir,

pues en mi opinion no lastimaron menos los aguijones vivos que las puntas de los estilos y espinas muertas.

El P. Simón Maceta, en el *Informe* de las virtudes deste gran siervo de Dios, dice:

«Tal vez le sucedió arrojarse desnudo en un horrible hormiguero, del cual salió muy maltratado, acordándose de lo que padeció Cristo y de lo que él debía padecer por su amor. Y él mismo, combatiente combatido y no vencido, dice de sí, que puesto en aquel palenque, la defensa que hizo fué levantar el corazon al cielo con deseo de padecer mil muertes antes que ofender ni venialmente á Dios.»

Otra no pequeña mortificacion de sola el alma y más penosa que esta del cuerpo, le dispuso Su Majestad de su mano. Repetía muchas veces aquellas palabras de la seráfica Teresa. *Aut pati aut mori.* O padecer ó morir. Teniendo por perdido cualquier instante en que no padecía por el amado algún dolor.

Condescendió el Señor con estas ánsias y para que pudiese decir con el apóstol: *Coti-*

die morior, quiso que por espacio de un año sufriese las agonías de los que se hallan en el artículo de la muerte, las congojas y trasudores del que ya se le arranca el alma. Y para que su merecimiento fuera mayor, mandó calmar todos los vientos favorables y aquellas soberanas luces y regalos del cielo, dejándolo seco y á oscuras, sepultado en una tenebrosa noche de profundísima melancolía. Fué esto con tal exceso, que él mismo juzgó no podía vivir, si el Señor, ó no aflojaba la clavija de aquel rigor, ó no le conservaba de milagro la vida.

La fuerza de esta vehemente imaginacion vino á enflaquecerlo de suerte que parecia una estantigua ó viva imagen de un hombre difunto. Pero, *Sol post nubila clarior*. Después destos nublados horribles, rayó más claro por su hemisferio el Sol. Volvió á gozar los destellos del cielo que hallar solía en la presencia de Dios y en la dulce memoria de su Purísima madre.





CAPÍTULO VII

Por orden de su provincial baja otra vez á la Asunción, y de vuelta lleva consigo al P. Pedro de Espinosa.

Si la personal experiencia no ayuda á su formacion, no puede formarse cabal concepto de las penalidades y fatigas grandes y sin número que se padecen en estos largos viajes, por las extendidas provincias de la América, y singularmente en doscientas leguas de despoblado que distan de la ciudad de la Asunción las reducciones del Guayrá, siendo necesarias embarcaciones dediversos ríos, que por fuerza se han de navegar para evitar el encuentro de naciones barbarísimas.

Lo cual se hace por el gran río Paraná, que desagua en el de Paraguay, ó río que llamamos de la Plata, que más abajo de Buenos Aires entra en el Océano con más de sesenta leguas de boca.

Otros ríos hay también navegables, y son necesarias para pasarlos canoas, porque ni sufren puente ni tienen esguazo. Las distancias entre estos ríos se han de caminar á pie descalzo, por los muchos anegadizos, con riesgo de sierpes ponzoñosas, de tigres ferocísimos que andan á manadas por aquellos montes, sin otro alimento que el que la misma tierra de su bella gracia les ofrece, expuestos de día y de noche á los fríos, á las calinas, á las lluvias y otras inclemencias de los tiempos é influencias nocivas de los climas.

Estas son ya la quinta y sexta vez que entre idas y venidas hizo este viaje nuestro P. Antonio, y muchas otras en lo restante de su vida. Pero jamás se rindió á dificultades la grandeza de su corazon y la puntualidad de su perfecta obediencia.

Llegó al Paraguay, dió á su prelado cuenta del buen estado de aquellas misiones, del

infatigable fervor con que trabajaban sus obreros, y juntamente de la entrada que disponía en la provincia de Nuatingui, muy poblada de gentiles, que perecían de hambre por falta de quien les repartiese el pan de la doctrina evangélica.

El P. Provincial, tan gozoso con aquellas buenas nuevas, cuanto compasivo de la intolerable carga que llevaban aquellos varones apostólicos, ofreció enviaría compañeros que la hiciesen más llevadera, desde el colegio de Córdoba, y con toda brevedad señaló, entre otros, al P. Pedro de Espinosa, natural de la ciudad de Baeza, sujeto aventajado en todas prendas, y más en la mortificacion y penitencia y en el celo de la salvacion de las almas. El cual, después de haber trabajado muchos años gloriosísimamente llevando unas ovejas para vestir con su lana y pieles á los pobres y desnudos indios de las reducciones del Paraná, dió en un aduar de indios gentiles, que como dijimos habitan é infestan con sus correrías aquellos caminos y con sus macanas le quitaron la vida, que era lo que él tanto había deseado y supli-

cado con mucho ahinco á Nuestro Señor.

Yo conocí y comuniqué íntimamente á este Santísimo Padre, y confieso que me tenía robado el corazon con su ardiente caridad y rara mansedumbre. Oí decir que en aquel viaje tuvo algunas premisas de su violenta muerte, y el mayor presagio della lo que sucedió en la ciudad de Santa Fe, donde yo actualmente residía, y de donde había partido dicho Padre.

En uno de los altares del colegio que allí tiene la Compañía de Jesús, se venera una imagen de la Santísima Virgen, de muy buen pincel, la cual por este tiempo se vió cubierta de un sudor copioso, como fué á todos notorio por jurídica informacion, con muchos testigos de vista. Hacen mencion deste venerable Padre nuestro Antonio en el § 44 de su *Conquista* y el P. Eusebio en sus *Varones ilustres*, en la vida de su hermano el P. Agustín de Espinosa, que fué no menos insigne en santidad.

Cuando el P. Ruiz volvió al Guayrá, con tan buena compañía como la del P. Espinosa, le tenía Dios prevenida en el camino una

ocasion en que ostentar de nuevo su paciencia y caridad, que las dos campean mucho en sufrir un falso testimonio con alegre semblante y en hacer bien al que lo levanta, esperando de ese sufrimiento y amor del enemigo un grande galardon en el cielo, según aquello del Evangelio: *Et dixerint, omne malum adversum vos, mentientes propter me gaudete, & exultate, ecce enim merces vestra copiosa est in cœlis.*

Vivía en Maracayú un español á quien viniendo del Brasil derrotado y muerto de hambre, el P. Antonio había acogido, regalado y héchole muy buen pasage en sus reducciones.

Este, sobre ingrato á su bienhechor, poco temeroso de Dios, publicó que el P. Antonio había revelado la confesion á un indio y descubierto un pecado de hurto de no sé qué vacas que él y su amo habían hurtado á otro español. Y aunque la calidad del testigo y la grande opinion que todos tenían de la santidad del Padre, hizo dificultosa de creer esta calumnia, no dejó de sentirla mucho el agraviado, no por respecto de su persona, sino

por el daño que aquel falso rumor podía causar en el pueblo, retirando de sus pies á muchos, que cuando pasaba por él acudían á confesarse y consolarse, y era grande el fruto que en esto hacía. Y entre gente popular y no toda noticiosa ni afecta, nunca deja de tener la mentira muchos valedores, ni de padecer algún desdoro la más calificada inocencia.

Por este tiempo había bajado de las reducciones al Salto del Paraná el reverendo Padre Francisco Díaz Taño, una y otra vez procurador en Roma de las tres provincias Paraguay, Tucumán y Buenos Aires. Y sin duda dispuso el cielo esta venida con especial providencia para consuelo del P. Antonio, porque lo amaba tiernamente como á socio carísimo de sus peregrinaciones.

Escribióle una carta rogándole se viesen en el puerto de Maracayú para conferir entre los dos un negocio de mucha importancia. Vino el P. Taño sincopando en cuatro las jornadas de ocho días, el cual con su gran sagacidad y mucha inteligencia, callando el P. Antonio como en causa propia, ar-

guyó y convenció de falso al delator. Constó manifiestamente del testimonio falso, pues el indio ni se había confesado con el P. Antonio ni estaba en el lugar cuando pasó por allí.

Hecha esta legítima probanza en poder de la justicia eclesiástica y secular, las dos trataron de castigar severamente á aquel mal hombre, como á falso y desalmado testigo. Pero el P. Antonio, como tan enseñado en la escuela de Jesús á volver bien por mal, se echó á los piés de los jueces, y por no contristarlo más, le hubieron de conceder el perdón, quedando muy edificados y con nuevo concepto de su sólida virtud, cuya piedra de toque fué siempre el beneficiar al enemigo.

Decía bien San Isidoro, lib. 3 de *Summ. on.* c. 59: *Testis falsidicus tribus est obnoxius, Deo; quem contemnit; Iudici, quem ecipit, Innocenti, quem lædit.* El testigo also con la flecha de su mentira hiere y fende á tres; á Dios, que desprecia; al juez, ue engaña, y al inocente que desacredita, y odos tres ha de dar entera satisfaccion.

Aquí perdonó la parte, y á instancia suya la justicia humana. Pero no se dió por satisfecha la divina de una maldad tan desollada y con circunstancia de tan fea ingratitud; antes dentro de breves días la castigó con muerte desastrada del delincuente con muy pocas esperanzas de su salvacion. Apenas espiró el triste cuando se movió un tan furioso torbellino que parece andaban legiones de demonios revolviendo las nubes y alterando los vientos.

Concluídos en Maracayú algunos negocios, fueron al río Yagatimi, donde el Padre Francisco Díaz había dejado sus embarcaciones, y de allí pasaron á hacer noche en otro que también desagua en el Paraná. Y como siempre iba nuestro P. Antonio con aquella insaciable sed de almas de infieles, tuvo aquí noticia que en las riberas deste segundo río habitaban algunos gentiles, que sin duda, si hubiese quien la predicase, abrazarían la fe.

No tuvo su celo necesidad de certidumbre, bastóle probabilidad y esperanza de que podría hacer algún provecho en aquella ex-

cursion, para emprenderla. Los indios que le acompañaban le ofrecieron aguardarle en aquel paraje hasta la vuelta.

Marchó á la faccion y no halló á los gentiles en el lugar que le dijeron; temió no hubiese hecho el demonio de las suyas, y por darle pesadumbre, pasó adelante en busca suya, como quien va á caza de fieras, llevando consigo los indios más alentados y el P. Espinosa, que se lo pidió de rodillas.

Subiendo montes y cruzando valles, hallaron rastro de humanas huellas; creyeron eran los que buscaban; siguiéronlo por espesos jarales de unas cañas tan agudas que rompen los vestidos y sacan sangre. Dieron en el sitio donde pocos días antes se habían alojado, pero ya habían mudado cuartel sin dejar vestigio.

Buscáronlos en parajes diferentes, y no pudiendo encontrar con ellos, volvieron al lugar donde dejaron las canoas, bien fatigados, aunque no descontentos, de los pasos que dieron, que son muy gratos á los ojos de Dios los piés de los que evangelizan la paz y no deja paso sin premio.

Presto experimentó el P. Antonio el de sus buenos deseos en los favores que dice recibió en esta correría. Habiendo caminado todo un día por un espeso monte (palabras suyas son) en busca de indios infieles, llovió muchísimo, y por no tener reparo alguno contra la lluvia se mojaron muy bien él y su compañero, á quien por ser nuevo en semejantes trabajos, sobrevino en una pierna un agudo dolor; creció más con la agitacion de haber caminado á pie todo el dia. Forzóles la noche á quedar á dormirse en aquel monte y en el suelo desnudo, que estaba todo empapado de agua.

Los indios de guía perdieron el camino y el Padre se afligió con la dolencia del compañero, cuyos quejidos le atravesaban el corazón. Acudió al Señor con toda confianza, invocó el auxilio del angel San Rafael, y suplicóle le guiase por algún atajo al puesto donde habían dejado las canoas. Ilustrado en la oracion su entendimiento, conoció el rumbo que habían de llevar. Contradecían los indios, diciendo que iban errados. Animólos con asegurarles que muy presto saldrían al

puesto que deseaban, como llegaron dentro de una hora, muy contentos y agradecidos al santo angel por haber hecho con ellos los mismos oficios que con el Santo Tobías.





CAPÍTULO VIII

Entran los PP. Ruiz y Maceta á predicar el Evangelio en la provincia del Tucutí, y dan principio á la residencia de San Josef.

Si hubo quien con el uso vino á hacer familiar alimento de su vida al mortal veneno, no hay que extrañar que el P. Antonio viva robusto entre tantos trabajos, que repartidos entre muchos, fueran bastantes para acabarles á todos la vida.

Ciertamente que quien atento considera los contínuos, los inmensos que en viajes tan largos padeció, podrá persuadirse que en cuerpo de hombre le concedió el Señor prerogativa de angel inmortal, aunque no de

impasible, porque no parece posible que un compuesto de carne humana pudiese resistirse á tantas, tan graves y tan continuadas fatigas. Su caridad valiente y abrasado celo, con la costumbre de sufrirlas, se las hicieron tan connaturales, que llegó á hallar descanso en ellas, y saboreándose en unas grandes, ir en busca de otras mayores.

Apenas llegó al centro de sus amadas reducciones, cuando pudiendo gozar en él el descanso que las demás criaturas en los suyos, no se quietó su espíritu fervoroso. Luego trató con todo calor de disponer la entrada en la provincia del Tucutí.

Está situada en medio de las de Ibitirembeta y Guaray; cércanla dos grandes ríos del Ubay y de la Tibaxiva, poblada de enjambres de infieles, de la cual el V. P. Josef Cataldino había recogido el año antecedente al pie de dos mil almas, como se refiere en la *Conquista espiritual*, y más largamente en su vida.

A dos fines se encaminaba esta empresa: el primero reducir aquella gente al conocimiento de Dios y formar en su tierra algu-

nos pueblos; el segundo asegurar el paso para las del Guayrá é Ibitirembeta, porque en tiempos lluviosos era muy arriesgada la comunicacion por el río de la Tibaxiva, por causa de sus muchos arrecifes y precipitadas corrientes.

Dispuso la jornada el P. Antonio para reducir esta provincia, y sin detenerse mucho en ella, pasar con toda diligencia á la de Nuatingui, copiosísima de infieles, bien dispuestos para recibir el santo bautismo. Llevó consigo á los PP. Simón Maceta y Francisco Díaz Taño; al uno para el Nuatingui y para el Tucutí al otro.

Así se reparten las naciones entre tanta pobreza de obreros evangélicos; apenas hay para cada populosa provincia un ministro cuando en Europa sobran muchos en pequeña poblacion. Así lamentaba el apóstol de las Indias San Francisco Xavier la infelicidad del Oriente, donde siendo tantos los imperios, las provincias, las islas y naciones de ciegos idólatras sin conocimiento de Cristo, hubiese tan pocos que lo diesen á conocer, estando nuestras universidades tan po-

bladas de hombres doctos, que si en sus pechos ardiera el celo de la honra de su Dios, pudieran traer á su obediencia y al gremio de su Iglesia nuevos mundos.

Partieron nuestros tres apostólicos varones por Mayo de 1625. Navegaron contra la corriente el río Paranapana, hasta llegar á la boca del de la Tibaxiba, en cuya ribera saltaron en tierra los Padres Antonio Ruiz y Simón Maceta para discurrir por aquellos parajes, y el P. Francisco Diaz navegó el río hasta llegar á la reduccion de San Francisco Xavier.

Envió el P. Antonio mensajeros delante á dar cuenta de su venida; lo que sucedió en ella él mismo lo dice en una carta al P. Nicolás Durán, su Provincial, en que le da cuenta de aquella provincia.

Tuvimos, dice, muy buenas nuevas, enviándonos un cacique principal su hijo con algunos de sus vasallos á darnos la bienvenida. Con que proseguimos nuestro viaje, aunque con mucho trabajo é incomodidad, por no haber camino alguno, sin hallar que hubiesen dejado rastro para guiarnos por él

los que fueron delante en las ramas de los árboles que tronchan los indios para dejar señal, y según es fresca la quiebra se conoce cuánto há que pasaron por allí. Y á veces por ser el monte tan espeso en el trecho de un cuarto de legua habíamos de gastar tres y cuatro horas.

A esto se añadía el temor de los indios que nos acompañaban, que aunque llevábamos en prendas al hijo del cacique, no se aseguraban de que nos hubiesen de recibir bien; antes cautelaban no fuese aquel ardid para llevarnos engañados y quitarnos más á su salvo las vidas. Todo se podía recelar de la astucia y poca ley de aquellos infieles.

Llegamos á una ranchería y la hallamos sin gente, con que creció en todos la sospecha. El día siguiente salimos della muy maltratados del mal camino, y á poco trecho encontramos con el cacique cuyo hijo llevábamos en nuestra compañía, el cual nos recibió con muestras de amor y guió á su pueblo por una vereda, que no merece nombre de camino, por ser tan cerrada de altos

montes, de cuestas enhiestas, de quebradas, arroyos y pantanos.

Salimos ya por la tarde á lo alto de un monte donde pudimos ver el sol y respirar un poco.

De allí bajamos á una profundidad que se me figuró el limbo y en ella quería este cacique que fundásemos el pueblo. No le resistí por entonces, hasta el siguiente día en que le persuadí no se podía vivir en aquel lugar por incómodo, triste, menos sano, y poco á propósito para el comercio con los demás lugares.

Al fin hallamos sitio muy á propósito y á gusto de todos, con las conveniencias que podíamos desear, á la orilla de un río que desagua en la Tibaxiva, por el cual será fácil comunicarnos con la reduccion de San Francisco Xavier.

Luego acudieron los caciques de las tierras vecinas, aunque con algún recelo de que los habíamos de sacar de allí para llevarlos á las reducciones antiguas. Y para que estuviesen seguros de su permanencia en aquel lugar, les puse luego una fragua muy de

asiento, que es la oficina que más estiman para aguzar sus herramientas.

Dejé allí al P. Simon Maceta que los comenzase á catequizar, con que se fueron incorporando los demás en esta reduccion muy importante para darse la mano con la de San Francisco Xavier, con la de la Encarnacion, Tayaoba y las demás, que siendo Nuestro Señor servido, podrá hacer la Compañia.

Lo que al P. Simon Maceta le sucedió en esta reduccion, se cuenta largamente en su vida. Yo seguiré los pasos que dió el P. Antonio, guiándome por la carta sobredicha.

Dejando en esta reduccion al P. Simon, proseguí mi viaje por tierra para abrir camino, y aunque hice hartas diligencias para ver si podría topar con alguno, no pude.

Un cacique principal se ofreció llevarme hasta cierto paraje, por donde él antiguamente solía ir á caza, que hasta allí sabía, y no más; y que desde allí se volvería.

Este camino emprendí fiado en la divina Providencia, y la experimenté el primer día muy propicia, porque en los demás muchos ratos había de caminar sobre manos y pies

y medio arrastrando por ser tan cerrado el bosque, y de agrias cuestas.

Perdímonos al segundo día, y el que guiaba, el tino; de manera que era necesario subir á las cumbres de los más altos árboles para ver por dónde habíamos de seguir nuestra derrota.

Cogiónos la vigilia de Santiago en un densísimo cerro y nos faltó el agua cuando íbamos carleando de sed. Faltónos también el pan de palo y hubimos de ayunar comiendo solos palmitos. Son éstos los cogollos de las palmas, que las hay altísimas, y derribándolas á tierra les cortan los remates, que son muy blancos y tiernos y sirven de sustento á falta de otro mejor.

Cuatro días dejé la misa, con harto sentimiento, por no tener agua. Aunque al siguiente proveyó Dios de unos palos muy gruesos que llaman los naturales Yzipo; cada uno destos cortado destila agua para dos personas, muy fría y de buen gusto.

Iban los indios abriendo camino cuanto pudiese dar tránsito á solo un hombre, y seguían en procesión los demás, aunque con

detrimento de mi pobre vestido que se me iba quedando á pedazos en las puntas de las ramas, y el calzado entre las malezas.

A los machetes, de tanto desmontar, se les embotaron los filos, y los indios gastadores perdieron las fuerzas y aun las manos, que llevaban sangrientas, y heridas de unas cañas que cortan como navajas. Merecióse bien en este camino con unas llagas que de los golpes y garrapatas se me hicieron en los piés, que temí me habian de impedir pasar adelante. Hiciéronme acordar de las de Cristo que alivian el dolor de las que por amor suyo se padecen.

Llegamos á un paraje donde nuestro piloto perdió totalmente el rumbo. Recé con los indios como se hace todas las noches en los caminos, y con el nocturno silencio, oímos un ruído como de corriente arroyo, que nos alegró á todos, á mí en particular, que deseaba mucho poder decir misa el día siguiente que era sábado.

Por la mañana encaminamos al ruído del agua, y aunque no distaba más que media legua, fueron tantas las vueltas y revueltas

del camino, que nos duró de hacer todo el día. Acercándonos más, reconocimos ser el río Tepociata.

Aquí me dijo el cacique:

—Ya habemos llegado al río, yo no sé más camino, y con tu licencia, Padre, quiero volverme al pueblo.

Mucho consuelo recibió mi corazón de verme del todo puesto en las manos del que es padre de pobres desamparados y afligidos. Agradecíle al cacique con grato semblante y suaves razones el beneficio que me había hecho, prometiéndole la paga de parte de Dios, y yo me acogí al sagrado de su misericordia, rumiando el nombre de Padre, que fué el asunto de toda mi oración; y confieso á V. R. que saltaba de contento de verme desahuciado de todo humano socorro, persuadiéndome que nunca más cerca en mi favor el divino.

No me burlaron mis esperanzas, pues acercándonos á la margen del río, uno de mis indios, bien acaso, tocó una bocina, y á los ecos de su reclamo respondió otra con admiracion de todos, y era de la gente que

venía de la reducción de San Francisco Xavier en busca mía.

Alabé de todo corazon la piedad divina, y no pude detener las lágrimas, diciendo con San Pedro: *Exi á me, Domine, quia homo peccator ego sum.* Pasé el río y hallé que en aquel mismo punto llegaban á la otra ribera los de San Francisco Xavier. Si no hubieran oído la bocina, venían con intento de subir río arriba, y yo lo llevaba de echar río abajo, con que hubiera sido cierto el perdernos, y el habernos encontrado fué favor singular del Padre de las misericordias.

Quince días había que salieron de su pueblo, y todo ese tiempo gastaron en camino de solo un dia. Todo el suceso fué materia de mucha alegr a; pero causómela mayor ver entre los que salieron á buscarme, un cacique al cual tuve en otro tiempo muy gran deseo de ganarlo para Cristo, y él no menor de haberme á las manos para despedazarme y comerme, para lo cual hizo hartas diligencias. Pero Dios se las frustró todas y le trocó el corazon, y de un sangriento tigre lo convirtió en cordero.

Después de habernos saludado mutuamente, lo primero que hizo este cacique fué juntar los indios que yo llevaba conmigo, nuevamente reducidos en San Josef y hacerles una exhortacion á la perseverancia en la ley de Cristo, representándoles el contento grande que él tenía de ser cristiano é hijo de los Padres, y que si ellos querían gozar de la misma felicidad, continuasen en serlo hasta la muerte.

Prosiguió en una plática tan cuerda, que yo la admiré mucho y me estaba bañando en agua rosada, alabando el poder de Dios que sabe hacer, no ya de piedras hijos de Abraham, sino lo que parece más; de fieras hambrientas de carne humana, hijos legítimos de Dios y de su esposa la Iglesia. Luego se vino á mí y comenzó á acariciarme con amorosas palabras, significándome cuán sentido estaba de verme tan flaco y fatigado del camino y que me detuviese á descansar en su pueblo.

De aquí tomé pie para decirle el fin que teníamos en todos aquellos trabajos, que no era otro que la salvacion de sus almas. Hí-

cele conocer sus pasados yerros, y que si él había deseado en otro tiempo comernos vivos ó muertos, mayores eran las ansias que teníamos nosotros de ser despedazados y comidos por amor de Dios y de su santísima ley.

Oyólo todo muy bien, escusándose con su ceguedad y poco conocimiento de la verdad que entonces tenía. Ofrecióme algunos regalillos de piñones, mostrándome muy buena y sincera voluntad.

De lo dicho bien se colige algo de lo mucho que el P. Antonio Ruiz padeció por reducir á la fe aquel ciego y bárbaro gentilismo.





CAPITULO IX

Llega el P. Antonio á la reducción de San Francisco Xavier; trata luego de la entrada en el Tayatí, y suceso de esta empresa.

Las molestias del viaje sobredicho requerían meses de descanso para reparar las uerzas, quien tan quebrantadas las traía omo el P. Antonio Ruiz. Pero cuando el spíritu está vigoroso y pronto, no es basante para detenerlo la flaqueza del cuerpo; on impulsos y auxilios superiores lo arreata en pos de sí.

Seis días solos lo pudieron detener en la

reduccion de San Francisco Javier, y yo me persuado que la memoria y ejemplo de aquel grande apóstol le hacía pesado y largo descanso tan breve y ligero.

Previno lo necesario para la jornada que su Provincial le había encargado hiciese con la brevedad posible. Está el Tayatí en la provincia del Nuatingui, muy nombrada y célebre en aquella parte de la América. La causa destas prisas fué lograr la ocasion que ofrecía la venida á San Francisco Xavier del cacique Pin Dobiyu, muy aplaudido entre aquellas gentes, y estimado y obedecido como reyezuelo de todas, por su caudal, nobleza y valentía.

Este, acompañado de otros muchos caciques, había llegado poco antes á dicha reduccion, donde estaba el P. Cristobal de Mendoza á pedirle sacerdotes que predicasen en su tierra el Santo Evangelio. Fué esta mudanza de la diestra del Excelso. Porqus este famoso cacique fué uno de los que dos años antes conjuraron contra las vidas de los PP Antonio Ruiz y Josef Cataldino y Diego de Salazar. Pero ya bien desengaña-

do y entendido de la paz y otras comodidades grandes que gozaban los que vivian á la sombra de los Padres y con la profesion de la fe, pedían con instancias honrasen sus tierras.

Bien se creyó que no le movía tanto á esto el deseo de ser cristiano y ajustarse á su santísima ley, como granjear por este medio la voluntad de los Padres y hacer alianza con sus indioe de San Francisco Xavier y del Ibitirembeta, que ya todos estaban reducidos á la Iglesia y resueltos de repartirse en cuatro pueblos grandes sin la muchedumbre de gentiles esparcida por las riberas y dilatados campos de la Tibaxiva, cuya conversión no se había ejecutado por falta de ministros.

Pero como este cacique por sus hazañas y valor era tan amado y tan temido y vino en persona con tan justa peticion, juzgó el P. Antonio muy conveniente el condescender con ella y lograr tan buena ocasion, ajustándose al orden que le había dado el Padre Provincial.

Hallaron Pin Dobiyu y los de su faccion

grandes conveniencias en que los Padres los admitiesen por amigos y por hijos y los de sus pueblos por confederados, con cuyo favor esperaban que podrían vengar los agravios recibidos de la nacion Tayaoba. Pues habiéndoles dado salvo conducto para que pasasen por su tierra, cuando volvían á la suya cargados de yerba, que entre ellos tiene tanta estimación, les armaron en el camino una emboscada, y dieron de repente en ellos, y mataron muchos y se los comieron, faltando infamemente á la buena fe y palabra dada. Salió herido Pin Dobiyu de la refriega: deseaba mucho despicarse, y como no sabía lo que Cristo enseña á los de su escuela en lo tocante á la venganza de los agravios, parece que el P. Antonio había de abrazar su amistad para tomarla del grande que le hicieron los Tayaobas en la primera entrada en su país, matándole la gente y persiguiéndole para quitarle la vida y celebrar con sus carnes un festivo banquete.

Otra razon tuvo Pin Dobiyu para solicitar con todas veras la comunicacion y amistad con el P. Antonio y sus feligreses, y fué en

orden á castigar y reprimir las invasiones que hacía en su chácara un cacique de los Camperos Cabelludos de la provincia del Guarayrú, que, fingiéndosele muy amigo, hambriento de carne humana, quitó á su madre la vida y le llevó cautivas algunas de sus concubinas y niños para hacerles la misma fiesta, degollarlos, asarlos y banquetearse con ellos.

Habíanse fortificado con palizadas y trincheras contra los repentinos asaltos deste obo carnicero, y para su defensa y mayor eguridad deseaba unirse con los indios crisianos y que los Padres entrasen en sus tieras.

Deste medio tan irregular se valió la diina Providencia para introducir la fe en quellas provincias al poder humano casi inonquistables.

Para negocio de tanto peso escogió el . Ruiz por Bernabé de sus peregrinaciones P. Cristobal de Mendoza, de cuyas prenas tenía muy alto concepto, y con razon, orque eran muy ventajosas, con quien ha a comunicado Pin Dobiyu su pretension.

Divulgóse por el pueblo la jornada que trataban de hacer los Padres, y como los amaban tanto y estaban tan bien hallados con ellos, hicieron extremos de sentimiento y procuraron embarazarla, motivando cuán fatigados andaban los Padres, y pues ellos no tenían celo de su comodidad y salud, era justo la celasen sus hijos, que eran los que habían de quedar huérfanos con su ausencia.

Todo lo dicho escribe al Provincial en su carta el P. Antonio.

Luego que llegué á San Francisco Xavier' traté de ir á las tierras de Pin Dobiyu. Pero mis indios lo resistieron tan fuertemente, que á no constarme de lo que el Señor había de ser servido, sin duda me hubieran hecho mudar de propósito. Rogábanme atendiese á cuán maltratado venía de tan largo y trabajoso viaje y que era bien aflojar un poco el arco y no dejarlos tan presto. Que sin duda nos llevaban á trato para matarnos, porque eran de naturales traidores, que tenían uno en la boca y otro en el corazon. Que si usasen de tal alevosía y crueldad

los dejaría inquietos en perpétua guerra, pues no habían de sosegar hasta vengar mi muerte á costa de muchas vidas de aquellos enemigos. Y que no solamente nos habíamos de guardar de Pin Dobiyu, sino también de los feroces Cabelludos, que viendo que aquel nos tenía por amigos, solo por hacerle ese pesar nos darían cruel muerte.

Certifico á V. R. que muy de pensado no podré referir la mínima parte de lo que estos buenos indios me representaron para apartarme de mi intento.

Sabiendo Pin Dobiyu que yo habia llegado á San Francisco Xavier, me envió tres caciques que me diesen la bienvenida. Contra éstos revolvieron su indignacion los del pueblo, amenazándolos si tratasen de llevarlos á sus tierras y de palabra los maltrataron de suerte que hasta las indias les saltaban á la cara y los zaherían con su atrevimiento, y no podían sufrir que nos hablasen á solas.

Pero yo los llamé con disimulación á nuestra casa y los aseguré que en todo caso iría á su tierra, por lo que deseaba la salva-

cion de sus almas aunque el procurarla me hubiese de costar la vida.

Alegráronse mucho con esta nueva y uno de los tres dijo á voces:

—Padre, nuestro cacique Pin Dobiyu nos envía á que os llevemos á nuestras tierras para que nos hagáis vivir como hombres. Pero vemos á estos vuestros hijos que no quieren que vayáis por el amor grande que os tienen. Y nos ponen en mala opinion que os queremos llevar para mataros, y todo el pueblo, hombres y mujeres se han amotinado contra nosotros y nos dan fuego para que nos volvamos porque no hay Padres para Pin Dobiyu. Ved la respuesta que le habemos de dar en cumplimiento de su mandato.

Holguéme mucho de oir estas razones; roguéles me esperasen dos días, que iría con ellos. Así lo hicieron, y yo también, como lo había prometido.

En este breve tiempo dispuso el P. Antonio su jornada. Y viendo que los moradores de San Francisco Xavier estaban ya bien arraigados en la estimacion de la fe, para

consuelo, así de los Padres como de los indios, colocó el Santísimo Sacramento en la iglesia en día del gloriosísimo Patriarca San Ignacio con la mayor solemnidad que fué á su pobreza en aquel rincon del Nuevo Mundo posible, para que de aquella devota ostentacion del exterior culto, formasen los nuevos cristianos alto concepto de aquel soberano misterio de la fe.

Hubo su misa cantada con variedad de voces é instrumentos, sermon al caso, procesion muy bien ordenada, con regocijo de modestas danzas y otras sérias demostraciones.

El convite del Santísimo hizo grande la fiesta á lo divino, y á lo humano otro banquete general, á que fueron convidados todos los vecinos del pueblo y los tres huéspedes caciques que quedaron atónitos de ver tan unidos, tan políticos y racionales á los que poco antes vieron vivir como brutos del campo.





CAPÍTULO X

Parten los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza á las provincias del Tayatí á predicar el Santo Evangelio.

Los sucesos particulares desta conquista con mucha claridad y distincion los dejó escritos el P. Antonio en una carta anua del año 1625, en la cual dice así:

Salimos el P. Cristobal de Mendoza y yo con solos los indios necesarios para llevar los sagrados ornamentos, las hamacas y comida. Y aunque todos los caciques de San Francisco Javier se nos ofrecieron de irnos acompañando, no lo consentí.

Al cuarto día llegamos al pueblo de Pin

Dobiyu, el cual había hecho adrezar todos los caminos y plantar á trechos cruces en ellos y preparar una pequeña iglesia para recibirnos; junto á ella levantó algunos arcos triunfales con estruendo festivo de bocinas y atambores.

Congregóse luego grande multitud de gente, hombres y mujeres. Hiceles una breve plática sobre el fin principal de nuestra venida, que oyeron muy atentos.

Acabada ésta, nos dió Pin Dobiyu la bien venida con muchas muestras de amor y del deseo que había tenido de vernos en su pueblo y sentimiento grande de no habernos antes conocido.

Ayudó no poco á este feliz suceso un indio que más de cien leguas lejos me había ya conocido. Este les alababa mucho el modo de proceder que observábamos con los indios, por lo que nos había quedado muy afecto, y lo mostró bien en la presente ocasión.

Pidiónos Pin Dobiyu con mucha humildad y cortesía nos aposentásemos en su casa que era de las mayores que por acá he

visto, aunque entren las de los españoles. Admitimos el agasajo y favor con mucha estimacion y lucimiento de gracias. Y fué de ver la prisa que se dieron luego todos los indios en levantarle otra casa cerca de la nuestra.

Hallamos á estos indios en su lugar atrincherados con una fuerte empalizada, por la guerra que Pin Dobiyu traía con otro cacique que antes era muy su amigo y lo acompañó cuando vino á matarnos para comernos. No sé porqué rompieron la amistad, de suerte que el otro en una invasion se le llevó prisionera la madre y se la comió, y él en venganza había hecho lo mismo de muchos de sus enemigos.

Volvieron estos mano armada segunda vez á acometer su chácara; apresaron algunas indias que llevaban maniatadas á su ladronera. Avisaron á Pin Dobiyu que siguió el alcance y no lo pudo dar en todo aquel día. Hizo alto con su gente, y noche en el camino: y mientras él dormía los contrarios mataron tres de los suyos, niños de hasta ocho años y hechos pedazos los asaron pa-

ra viático de su camino. Estos son sus escabeches y pan de municion.

Con el descanso del sueño cobró fuerzas Pin Dobiyu, y como los enemigos iban fatigados, los alcanzó. Estos, rabiosos de verse seguidos tiraron dos flechas á una de las indias que llevaban cautivas, que las dos la atravesaron de parte á parte. A otra le abrieron la cerviz con una macana. Embistió con gran valor Pin Dobiyu con los suyos, desbarataron y metieron en huida á los contrarios, y cobraron la presa, menos los tres niños que llevaban asados y hechos trozos en unas cestas. A la india de los flechazos hallamos ya acabando, hinchada con la sangre que se le había cuajado con los pedazos que dejaron las flechas. Bauticela y púsele por nombre María, y este fué el primer bautismo que allí se hizo, y la soberana Vírgen lo acreditó, con que dentro de tres días se levantó sana la herida, y pudo caminar una legua por su pie.

Buscamos puesto cómodo para fundar el pueblo, y hallámoslo mucho á la falda de una sierra coronada de pinares, y á la ribe-

ra de un río, que son de grande importancia para la pesca y contratacion.

Fuerza es hacer aquí de paso alguna mencion de lo que el P. Antonio cuenta en el § 21 de su *Conquista*, de los rastros que halló en estas provincias de haberlas ilustrado con su presencia y predicacion el apóstol Santo Tomé.

Salimos, dice, el P. Cristóbal de Mendoza y yo á la provincia del Tayatí, tierra muy áspera y montuosa, habitada de gentiles de la misma nacion y lengua que la pasada.

En esta conquista espiritual que emprendió la Compañía, siempre sus hijos á sol y á sombra, de día y de noche caminaron á pie por más de dieciocho años, por carecer de cabalgaduras toda aquella region.

Usamos siempre llevar por báculo en la mano una cruz de dos varas en alto, gruesa poco más de un dedo. Recibiónos esta gente con más significaciones de amor, con danzas y otros regocijos, cosa que hasta allí no habíamos experimentado. Salían las mujeres con sus hijuelos en los brazos, señal cierta de paz, regaláronnos con sus ordinarias

viandas de raíces y frutas de la tierra.

Extrañando nosotros tan singular agasajo, nos dijeron que por antigua tradicion de sus antepasados, sabían que cuando Santo Tomé, á quien comunmente en el Paraguay llaman Zumé, y en el Perú Pay Tomé, pasó por aquellas tierras, les dijo estas palabras con espíritu profético:

—Esta doctrina que yo os predico, la olvidaréis con el tiempo. Pero después de muchos siglos, vendrán unos sacerdotes sucesores míos, que traerán cruces, como yo en la mano, y la predicacion de nuevo á vuestros descendientes.

Hicimos allí una poblacion muy buena que fué escala para otras de aquella provincia.

Dióse principio á esta reduccion la víspera del ilustrísimo mártir San Lorenzo, gloria de la nobilísima Huesca, y honor de Aragón, el año 1625, y se le dió el nombre de Nuestra Señora de la Encarnación.

Enarbólose con asistencia de todo el pueblo una cruz alta y hermosa, que todos las rodillas por el suelo, adoraron con mucha devocion, á cuyo pie comenzó á lamentarse

rendida la idolatría, que tantos siglos había dominado aquellas regiones. Formóse luego la República, repartiendo en los más dignos los oficios de justicia, alcaldes y regidores á quienes los Padres confieren verdadera jurisdiccion en virtud de una cédula Real del rey nuestro señor. Y en pocos días creció tanto, que en mil y quinientos vecinos se contaron ocho mil almas.

Quedó por cura desta reduccion el Padre Cristóbal de Mendoza que padeció increibles trabajos, ya de la inquietud de los malditos hechiceros, que son la cizaña que desmedra y ahoga este trigo, ya del enemigo demonio que la siembra, ya de los portugueses Mamalucos de San Pablo del Brasil, que han hecho en aquella primitiva cristiandad más luctuosos estragos que los mismos demonios. Que en materia de hacer mal puede competir con ellos, y los vence un hombre desalmado y sin Dios. Por eso en la parábola de la cizaña, siendo el demonio el que por su mano la sembró, se le dió el nombre de hombre: *Inimicus homo hoc fecit.*



CAPITULO XI

Pasa desde el Iayatí al río del Iñeai. Visita al P. Salazar. Intenta segunda vez la entrada en el Tayaoba.

—

La última vez que el P. Antonio estuvo en la ciudad de la Asuncion, le ordenó el Padre Provincial que habiendo visitado las reducciones, diese la vuelta á ella para hacer oficio de Vice-Rector en su Colegio, entre tanto que descendía al de Córdoba su Rector á la congregacion provincial.

Como instaba el tiempo de cumplir con esta obediencia, quiso primero informarse del P. Salazar del estado de los Tayaobas, y si acaso esta nacion bárbara daba algunas es-

peranzas de convertirse á la fe. Y de camino reconocer el rio del Iñeai, que divide las provincias del Tayatí y Tayaoba. En cuyos campos y bosques había gran número de infieles aliados con el Tayaoba y grandes amigos del famoso hechicero Guiravera.

Dista este río del pueblo de la Encarnacion cuatro jornadas y desagua en el del Vivay, junto á los pueblos de indios cristianos que sirven á los españoles, de quienes hicimos arriba mencion.

Para llegar á sus corrientes es necesario discurrir por altísimas cordilleras y sierras tan cortadas, que para no dar en sus precipicios es necesario buscar los pasos menos altos, enhiestos y peligrosos, y valerse de sogas para irse descolgando, y aun con ellas es grande el riesgo de caer y hacerse pedazos. Por donde quiera que discurría este rayo del Evangelio, alumbraba y encendía á cuantos encontraba, redujo á unos caciques á que con todos sus vasallos se avecindasen en la Encarnacion. Señaló sitio para fundar otro pueblo de la gente que tenía salvo conducto del Tayaoba.

Continuando su camino por los ríos Iñeai y Vibay llegó á los pueblos cristianos, que lo recibieron como á un angel venido del cielo, saliéndole á tropas al camino con muchas demostraciones de amor. Cada uno deseaba tenerlo de asiento en el suyo, y alegaban tales razones de la extrema necesidad y desamparo con que vivían, que enternecieran las peñas, y solamente servían de atormentar más el compasivo corazon del Padre Antonio, viendo que era imposible su detencion.

Tienen estos pobres indios algunos clérigos diputados para que hagan con ellos oficio de curas; pero solo tienen el nombre, pues son rarísimas las veces que los visitan, muriendo muchos sin Sacramentos.

El poco tiempo que entre ellos estuvo el P. Antonio hizo mucho en beneficio suyo, porque como los amaba tiernamente: *Non cessavit die, ac nocte monens ununquemque eorum*, confesándolos, enseñando la doctrina, visitando los enfermos y consolando los afligidos.

Pasó desde allí á la Villa Rica, con ánimo

de fundar en ella una residencia, de donde los Padres pudiesen socorrer aquella tan desamparada cristiandad. Y como en todas partes era tan notoria su gran santidad y apostólica vida, trataron los de la ciudad de hacerle solemne recibimiento. Huyólo el humilde Padre, que de ninguna cosa tenía más pesar que de verse honrado y aplaudido, y entró disimulado en el lugar.

Todos admiraban mucho hubiese domesticado y reducido las provincias del Nuatingui, tan indómitas que jamás las pudieron entrar las armas españolas.

Rogáronle encarecidamente los consolase con su asistencia, siquiera por algún tiempo y no lo pudiendo conseguir, por la prisa que llevaba, que por lo menos les enviase alguno de sus santos compañeros.

Ni esto fué por entonces factible. Pero dióles buenas esperanzas de residencia, que muy presto asentó en aquella villa la Compañía de Jesús.

Habiendo con su presencia, predicacion y administracion de los Sacramentos consolado á esta gente y animádola al servicio de

Dios, dió la vuelta á visitar el pueblo de Tacuri y saber del P. Salazar si estaba de más sazón la mies del Tayaoba que tanto deseaba meter la hoz y segarla y acarrearla á las eras y trojes de la iglesia. En el lugar de Sami tuvo aviso de la Encarnación y San Francisco Xavier de los disturbios que causaba el demonio en aquellas reducciones por medio de los hechiceros, fieras siempre hambrientas de humana carne.

También fomentó estas inquietudes la muerte violenta que los de la Encarnación dieron á un indio, que como un cordero venía á San Francisco Xavier á reducirse con toda su familia. Lo que sintieron mucho sus parientes y se amotinaron para tomar venganza.

Por ser este negocio de tanta importancia y de tan peligrosas consecuencias, para evitarlas hubo el P. Antonio de cejar en su derrota. Antes de llegar á la Encarnación, tuvo aviso del P. Salazar cómo el Tayaoba siempre persistía rebelde y obstinado en su ceguera y ódio mortal de los ministros Evangélicos y las diligencias que había hecho pa-

ra quitarle á él la vida en aquel pueblo donde residía y lo hubiera ejecutado á no haberle resistido con valor los leales caciques.

Halló en dicha reduccion, con mucho consuelo de su alma, grandes aumentos, muchedumbre de gentiles, que de nuevo habían recibido el bautismo y con deseo de recibirle acudían otros dos veces cada día á oir el catecismo.

Halló aquí un gran tropiezo en unos indios, grandes hechiceros y del todo rendidos al apetito bestial de hartarse de carne humana. Cuyas crueldades sagazmente vino á descubrir el P. Francisco Díaz Taño.

Entre otras muertes que habían hecho para saciar su infernal gula, fué la de un niño de catorce años que servía á los Padres y había ido á visitar á su madre, que aún estaba en el solar de su choza. A este salieron al camino aquellos carniceros lobos, matáronle con otros dieciseis, y todos se los comieron.

Desearon también haber á las manos al Padre Francisco Díaz para hacer con sus ve-

nerables carnes la misma fiesta, pero no lo pudieron conseguir, porque los indios fieles que tuvieron noticia de la traicion que le urdían, sin darla al Padre le ponían guarda todas las noches en su casa é iglesia.

Permitió el Señor se descubriesen los autores destas monstruosidades, con un modo milagroso. Acudían los niños de aquella poblacion dos veces al día á la enseñanza del catecismo, viniendo de sus chácaras vecinas al lugar, volviendo uno dellos á la suya, donde vivía su madre, salióle al paso un hechicero emboscado en el monte; descargóle sobre la tierna cerviz una fiera cuchillada, y medio degollado, á fuer de rabioso tigre al manso cordero lo retiró arrastrando á la madriguera que tenía en la espesura. Dejólo al parecer muerto y salió á nueva pecorea, aguardando las tinieblas de la noche para asarlo y comerlo más á su salvo.

Pero nuestro Señor dió alientos á su inocente catecúmeno para levantarse envuelto en su sangre, y con ayuda de su angel custodio, cayendo y levantando, llegar á los brazos de su madre. Que tomando en ellos

al hijo ensangrentado y mal herido, acudió al pueblo dando bramidos como de leona, pidiendo justicia sin saber contra quien.

No se les escondió el homicida á los alcaldes por la diligente inquisición que de secreto hicieron. Condenáronle á muerte. Intercedió el Padre con deseo de salvar el alma de aquel mónstruo, que no estaba bautizado.

Conmutáronle la sentencia en azotes; pero fueron éstos tan de muerte, que fué necesario que el Padre se diese prisa en instruirlo en los misterios de la fe para que no muriese sin bautismo, el cual alcanzó por la grandeza de la divina misericordia el que por su inhumanidad era tan indigno della.

Tuvieron soplo los del gobierno de algunos cómplices en aquellas crueldades; enviaron á prenderlos quinientos hombres, muy bien armados; trujerónlos maniatados, y aunque por no haber suficiente probanza no fueron castigados con el rigor que merecían, todavía esta diligencia de la justicia atemorizó de suerte que de allí adelante no hubo quien se atreviese á cometer tan horrendo

delito. Habiendo el P. Antonio con su gran prudencia y mansedumbre quietado la gente, partió luego á las reducciones de San Ignacio y Nuestra Señora de Loreto, en prosecucion de su viaje á Paraguay, que no tuvo efecto por la causa que dirá el capítulo siguiente.





CAPITULO XII

Recibe carta de su Provincial cómo está resuelto de subir á la visita de aquellas reducciones.

Habiendo llegado el P. Antonio á la reduccion de San Francisco Xavier, rico con los copiosos frutos que había recogido en el camino, *Benefaciendo & sanando omnes appressos a diabolo*, halló cartas del P. Provincial Nicolás Durán en que repetía el orden ya dado de que fuese á Paraguay á sustituir por el rector de la Asunción en la ausencia deste á capítulo Provincial. Pero añadía en esta segunda carta lo que no se le

dijo en el primer mandato: si no hubiese algún negocio urgente que no diese lugar para hacer aquel viaje.

Desto tuvo harto el buen Padre para excusar la honra de aquel breve gobierno. Asimismo le hacía saber cómo deseaba visitar las reducciones por el Paraná arriba, sin el rodeo grande del Paraguay y riesgo de dar en manos de los indios enemigos que ocupan el paso. Y que procurase abrir el camino del Salto, por donde ya otra vez había intentado subir desde el puerto de Buenos Aires.

Juzgando el P. Antonio que sin contravenir á la obediencia podía quedar en sus amadas reducciones, despachó un cacique principal de los más fieles, alentados y entendidos con quien escribió los inconvenientes que hallaba en perder de vista aquella nueva cristiandad.

Llevó el cacique en su compañía otros indios valientes para que pudiesen abrir camino por donde nadie hasta entonces había caminado.

Partió con su escuadron, y en aquellos

páramos extraviados les salieron al encuentro algunos indios infieles que intentaron estorbarle el paso; pero él les habló con tanto brío que se lo dejaron franco. Fué marcando la tierra, señalando los ríos y notando los estrechos mas peligrosos.

De la dıligencia que hicieron estos exploıadores resultaron muchas conveniencias y se facilitó la comunicación con las reducciones del Paraná.

Habiendo dadu las cartas á los Padres que en ellas residían volvió á donde había dejado al P. Antonio Ruiz. El cual con una puntual descripcion del viaje, despachó otro cacique con sus indios de conserva á la ciudad le Córdoba, avisando al P. Provincial, cuán sin riesgo podía subir á las reducciones por el rumbo que deseaba, y que sabiendo el iempo de su venida, saldría á recibirle desnontando y despejando el camino, allanano los pasos más diriciles y echando puentes los ríos.

Recibió el Provincial los correos con sumo ɔzo, y lo mostró bien en los halagos y cacias que les hizo, mandándolos descansar y

regalarlos todo el tiempo que allí se detuvieron y los despachó contentos con el aviso cierto de su partida.

Luego el P. Antonio, enviando delante indios precursores que hiciesen vereda, bajó á recibirle hasta la reduccion del Acaray, á donde ya había arribado el Provincial, á quien fué acompañando por todas las reducciones, dejándolo maravillado de tan buen logro de sus gloriosos trabajos, contínuos desvelos en la conversion de los indios y muy edificado de la gran caridad en abrirle el camino para que pudiera hacerlo con más comodidad. Y por cuanto en las anuas citadas se contiene muy por extenso este viaje, no referiré aquí muchos de sus sucesos, aunque muy dignos de eterna memoria. Antes que partiese á recibir al Provincial dejó ordenadas algunas cosas muy convenientes para el aumento de aquella cristiandad.

Escribióle en este tiempo el P. Diego de Salazar que los Tayaobas daban esperanza de admitir el Evangelio, pero que se entretenían hasta saber lo que hacían con

sus asaltos en los pueblos de sus vecinos indios los Mamalucos de San Pablo. Y que si estos rindiesen sus armas y se dejasen llevar al Brasil cautivos, ellos forzados de la necesidad se acogerían al amparo de los Padres, para que con su gente cristiana los defendiesen de aquellos comunes y poderosos enemigos.

Y que si otro sucediese se contentarían con tenerlos á sus puertas por estacada ó contramuro y no les darían entrada en sus tierras.

Conoció el P. Antonio la astucia de Satanás en esta diabólica política y razon de estado en gente tan sin razon y policía. Y porque tal vez ya es conveniente contra *Cretenses cretissare & clavum clavo trudere*, entendióselas lindamente el cuerdo Padre, y mandó luego al P. Diego de Salazar desamparase luego aquella fuerza que había defendido como muy valeroso soldado de la santa Compañía y se retirase á otra reduccion. Para que sabiendo los Tayaobas que los Padres se les iban de aquel fuerte que servía de muro á su provincia, para obligarles á

quedar en él ofrecieron la entrada franca en toda ella.

No obstante esta su resolucion, ejecutó el P. Diego de Salazar la que con tanto acuerdo había tomado su superior, á quien estaba muy persuadido que le asistía en todas las suyas el Espíritu Santo.

Y bien se verificó en esta que fué inspirada de lo alto, pues apenas llegó á noticia de aquellos bárbaros que los Padres les habían vuelto las espaldas cuando el mismo Tayaoba partió en persona de su tierra al remedio. Llego á la poblacion del fidelísimo cacique Sami, comunicóle su intento de pasar á San Francisco Xavier y echarse á los pies de los Padres, rogándoles viniesen á predicar en sus tierras la ley de Dios, que todos estaban dispuestos á recibirla. Y aunque aquí encontró á un español de perversas entrañas, con sólo el nombre de cristiano, que procuró disuadirle aquella jornada, hablándole mal de los obreros apostólicos, pero como el cacique, aunque gentil, estaba mejor informado de su santa vida y religiosas costumbres, no dió crédito á las calumnias del mal español,

y sin hacer caso de su depravado consejo, prosiguió su camino.

Pero no bien estuvo en él, cuando lo que no alcanzaron las sinrazones del maldiciente, recabó el miedo de alguna traicion, pues temiendo que este mal hombre, enemigo de Cristo, aunque de su grey, ofendido de verse despreciado, no se agavillase con otros enemigos suyos y le armasen á la vuelta alguna emboscada para quitarle la vida, no se atrevió á pasar adelante.

Otra causa que tuvo este cacique para vivir con recelo y no dejarse ver ni comunicar de los que llevaban á sus tierras el santo Evangelio, apunta el P. Antonio en un capítulo de carta escrita á su Provincial, que dice así:

«Quiero referir en breve la causa por qué el Tayaoba con todos sus vasallos y pueblos le aquella provincia se han retirado tanto in permitir que ningún extranjero entre en us tierras.

Vino de la Villa Rica, enviado de la Asunion, un capitán valiente y grande enemigo e los indios. Este envió con un español á

avisar al Tayaoba que bajase á verlo, que lo deseaba mucho, para conocerlo y regalarlo y darle algunas cosas que le traia.

Bajaron cuatro caciques, los señores más principales de aquella nacion y el agasajo que les hizo fué cargarlos de duras prisiones, amenazando que los mandaría ahorcar para ponerles terror y sacarles buen número de indios é indias, que era lo que él buscaba.

Los tres caciques se dejaron morir de hambre en la prision, solo el Tayaoba escapó con los grillos y con la vida, y se retiró á sus tierras con toda su gente, y cerró de tal suerte la entrada, que no solamente no han consentido españoles, pero ni aun indios de los que viven á su obediencia. Y aunque después acá varias veces los han enviado á convidar con la paz, el recibimiento que han hecho á los embajadores ha sido matarlos y comérselos contra el derecho de las gentes. Y hasta el día de hoy lo observaban, como se vió dos años há, cuando intenté entrar á predicarles el Evangelio, que se me comieron siete de mis indios, muertos á flechazos, cuyos

huesos hallé ahora en su casa, que los tenían para puntas de sus flechas, y lo mismo hubieran hecho de mí y de los demás que iban en mi compañía si nos hubieran habido á las manos.

Y aunque los españoles, viendo que nada recababan dellos por vía de paz muchas veces los han acometido de guerra, ya á la descubierta, ya con ardides y emboscadas, siempre han huído afrentosamente con las manos en la cabeza, de manera que ya tenían por desesperada su conquista.

Este ha sido el estado del Tayaoba hasta agora, que con la nueva que salía al camino á verme se movió toda la tierra y se juntaron muchos indios solo para verle, como cosa que nunca habían esperado.

De aquí se pudo ocasionar su recelo y el no proseguir en su viaje.»

Cuando el Tayaoba tomó la nunca esperada resolucion de venir en persona á la reduccion de San Francisco Xavier, ya el Padre Antonio había partido en busca del Padre Provincial. Y antes de salir de aquella, ejercitó Nuestro Señor su paciencia y lasti-

mó por varios caminos su compasivo corazon, que como el de Pablo, tenía por muy suyos todos los duelos de sus hijos, y no pudo dejar de sentir el verlos á estos en una gravísima tribulacion y el dejarlos en ella. Pues cuando granaban ya sus sementeras sobrevino una escarcha tan terrible, que por tres veces las abrasó todas y quedó el pueblo sin bastimentos, pereciendo de hambre, á la cual siguió como suele, un desafuero de pestilencia tan maligna, que se caían muertos por las calles.

Excesivo fué el trabajo del Padre que asistía en esta calamidad á mil y quinientos vecinos sin compañero que le ayudase á llevar la carga, contínuamente catequizando y confesando á los moribundos, enterrando los muertos y padeciendo la misma hambre que sus feligreses.

Solo el Señor era el que iba llenando sus graneros con los muchos que morían recién bautizados, ó con grandes prendas de su salvacion.

La gran caridad del P. Antonio Ruiz dispuso con toda brevedad un gran socorro en

unas canoas cargadas de maíz, fresoles, harina y cecina. Vino con él, á muy buena sazon, el P. Francisco de Ortega, con que pudieron repararse y sembrar de nuevo, y Nuestro Señor les acudió con abundantes lluvias, de suerte, que cuando llegó el P. Provincial con el P. Antonio á este pueblo, ya comenzaban á sazonar los frutos.

Callo lo que en sucesos varios, tocantes á la predestinacion de muchas almas campeó en esta afliccion la providencia de Dios, y solamente diré la alegría universal que todos tuvieron con la vista del Padre Provincial Nicolás Durán Mastrillo, varon muy de marca mayor en todos los talentos naturales y sobrenaturales; y de los compañeros que venían de refresco á trabajar en aquella viña, que fueron los Padres Josef Domenec, Marcos Marín y Pedro de Mola, religiosos de muy sólida virtud y muy señalados en el celo de las almas.





CAPITULO XIII

Visita el P. Provincial con asistencia del P. Antonio Ruiz, el pueblo de San Francisco Xavier. Ordena se funde nueva reducción en el río Iñeay y lo que en este tiempo hizo el Tayaoba.

Habiendo el muy reverendo P. Provincial Nicolás Durán de Mastrillo, visitado, con recíproco consuelo suyo y de sus súbditos, las dos reducciones de Loreto y San Ignacio, pasó á la de San Francisco Xavier, donde servía meritísimamente la plaza de verdadero cura mi carísimo y religiosísimo P. Francisco Díaz Taño, que aunque lo deseo largos años vivo, para mucha gloria del Señor

y bien de aquella apostólica provincia que con todas sus fuerzas solicita, pude desearlo muerto, así por verlo con la corona de gloria que aguarda á sus altos merecimientos, como para poder licenciar la pluma en justos elogios de sus hazañas y virtudes, en aquella espiritual conquista, sin temor de dar pesadumbre á su modestia.

Concurrieron los Padres que residían en algunas de aquellas reducciones á prestar la obediencia en dulces abrazos á su Provincial y á recibir su santa bendicion. Ya que negocios graves y urgentes del gobierno de la provincia no le permitían el gozo grande que recibiera su espíritu de visitarlas personalmente á todas.

Halló en todos aquellos Padres mucho que alabar y que admirar, nada que corregir, tan en su punto la regular observancia, tan flamante en sus pechos el celo de la salvacion de las almas, tan olvidados de todo lo del mundo, tan puestas todas sus mientes y corazones en el cielo, tanta aspereza en sus vidas, tanta pobreza en su habitacion, tantas descomodidades y riesgos en sus caminos y

aquella sed insaciable de ganarle á Cristo nuevas naciones.

Parecióle sin duda al Provincial santo ver en aquella congregacion un traslado vivo de las juntas de aquellos venerables Padres del Yermo, que veneraron los desiertos de Egipto, ó no, sino una emulacion del concilio apostólico. Y pudo pensar que habló destos profetas el rey David, cuando consolando á la Santa Iglesia en la muerte de los Apóstoles, le dice Psal. 44. *Pro patribus tuis nati sunt tibi filij, constitues eos principes super omnem terram.* Y en estos nuevos apóstoles del Occidente, se verifica lo que luego añade: *Memores erunt nominis tuy domine.* ¿Cómo pueden olvidar el santísimo nombre de Jesús los soldados valientes de la Compañía de Jesús? Los que lo tienen por blasón glorioso; los que hizo Dios vasos de eleccion para llevarlo y darlo á conocer á tantas naciones de ambos mundos? Pues ya ¿quién no ve cumplido á la letra lo que se sigue? *Propterea populi consitebuntur tibi.* Cuántos pueblos por la predicacion de estos varones apostólicos confiesan á Cristo por Dios que

por tantos siglos nunca lo conocieron ni llegó á su noticia que hubiese bajado del cielo y héchose hombre y muerto en una cruz por sacarlos á ellos de la servidumbre del demonio y cautiverio del infierno?

Lo que hizo el Padre Provincial no fué más que conferir con ellos las cosas concernientes á la propagacion de la fe y dejarles algunos órdenes para moderar los rigores de su vida, advirtiéndoles que de ella perdía la conservacion de aquellas reducciones y fundacion de otras nuevas y que la mies era mucha y pocos los obreros, y que aunque la provincia tenía muchas partes á que acudir y se hallaba pobre de sujetos, haría los esfuerzos posibles por enviarles compañeros que les aliviasen algo su inmenso trabajo, cuyo premio debían esperar del benignísimo y liberalísimo Padre de familias, á quien servían en el cultivo de aquella nueva viña.

Resolvió, de parecer de todos, que se diese luego principio á la reduccion de San Pablo en el río Iñeay, y á otra en los campos del reino de Guarayrú, y que se instase con tesón y porfía en la conversion del Tayaoba,

por lo innumerable de su gentío, pues por el mismo caso que el demonio resistía tanto su entrada, se había de hacer en aquella nacion grandísimo fruto.

Nombró para esta empresa al P. Simón Maceta, soldado veterano y experto, el cual partió luego á la Encarnación con el P. Cristóbal de Mendoza.

Con esto se despidió el Provincial lleno de consuelo y cariño y no con poca envidia y sentimiento de no poder quedar á hacerles compañía y entrar á la parte en tan gloriosos ministerios.

Volvió á San Ignacio y al Loreto para bajar desde allí á las reducciones del Paraná. Acompañóle el P. Antonio Ruiz hasta el Salto Grande. Divulgóse luego por toda aquella dilatada region la venida del Provincial, á quien los indios por el respeto que le tenían llaman en su lengua Paiguazú, que quiere decir Padre grande.

Y verdaderamente que aunque lo son todos los que en la religión de la Compañía llegan á ocupar puestos semejantes, á ninguna provincia de las muchas que yo he corri-

do en ambos orbes, tiene que envidiar la apostólica del Paraguay, á la cual desde su primera ereccion, sin duda con particular asistencia del Espíritu Santo, han enviado siempre los generales Provinciales señalados en la doctrina, fervientes en el celo de la observancia de su instituto y dilatacion de la fe, maduros en la prudencia, heróicos en la virtud y santidad.

Todas estas prendas en grado muy superior concurrían en el P. Nicolás Durán Mastrillo, cuya fama llegó al Tayaoba, que como dije en el capítulo antecedente, se volvió á su pueblo del camino.

Pero como ya la poderosa gracia de Dios había comenzado á obrar en su pecho y proseguir con repetidos golpes de soberanos impulsos en el duro pedernal de su rebelde corazon, siempre saltaban algunas centellas al entendimiento, sepultado en las tinieblas de sus errores y á la voluntad rendida á sus vicios, encendiendo en ella deseos de conocer la verdad.

Para tener más cierta noticia de la religion cristiana y del modo de proceder de los

Padres en el gobierno de sus pueblos y enterase de la verdad de lo que todos decían de la paterna benignidad y mansedumbre con que abrazaban á todos los que venían á las aguas del santo bautismo, envió disfrazados al pueblo de San Francisco Xavier á su hijo mayorazgo con otros dos hermanos suyos, y dióles como por ayo ó mayordomo al famoso cacique Maendi, muy conocido por su nobleza y valor, á quien asistían y convoyaban.

Traía el hijo mayor del Tayaoba, que se llamaba como el padre, á su mujer con una niña en los brazos, de hasta un año, que según costumbre destas naciones es como bandera blanca pregonera de paz. Pero como fingían ser indios camperos del reino del Guarayrú, aunque unos y otros venían curiosamente vestidos al uso de su tierra, antes de llegar al pueblo mudaron el traje en el de camperos para mayor disimulacion.

Las centinelas del lugar dieron luego aviso al P. Francisco Díaz de los nuevos huéspedes que les venían. Recibiólos con todas demostraciones de alegría, aposentólos en la

casa del capitán, y en ella con mucha liberalidad los proveyó de todos los víveres y regalos que la tierra produce, tratándoles como á naturales del Guarayrú, á donde pretendían entrar los apostólicos Misioneros, con ánimo de reducir aquel reino.

Como el P. Francisco Díaz estaba tan versado en los varios idiomas con que se diferencian unas naciones de otras en la lengua Guaraní, á todos universal, parecióle que hablaban con más expedicion y propiedad que los camperos; hízoles varias preguntas, pero constantes negaban su nacion.

Traía el Tayaoba joven un pajecillo de doce años que servía de bracero á la niña su hija. A este acometió el P. Francisco con maña, como á más fácil en revelar el secreto, cohechándolo con varios donecillos para sacarle la verdad. Pero como ya venía bien instruido, resistióse como muy hombre y sériamente afirmó eran moradores del cerro Ibitiruna, muy nombrado por lo mucho que descuella en medio de una gran llanura.

Con esta disimulacion, agradecidos los exploradores al agasajo que se les hacía,

iban notando cuanto pasaba en el pueblo, las vidas de los Padres, las ocupaciones de los Indios, el amor y afabilidad con que aquellos trataban á éstos, y la obediencia y respeto con que estos les correspondían.

Vino el domingo, y en él, con mucha solemnidad, se administró el Sacramento del bautismo á algunos adultos y á dos de los principales el del santo matrimonio. Los desposados convidaron á la boda á los caciques del pueblo, y con ellos á los huéspedes, verdaderos Tayaobas y fingidos camperos.

Continuaba el P. Francisco la batería que había comenzado á dar al pajezuelo, esperando que lo había de conquistar y sacarle el secreto. Vino un día el rapaz á la morada del Padre, hallólo rezando maitines; púsose á mirar con atencion el breviario, y continuó el Padre sin decirle palabra; y habiendo concluido con aquella obligacion, viéndolo boquiabierto le dijo:

—¿Qué os parece deste libro y de lo que yo he hecho?

Respondió:

—¿Qué te ha dicho ese Quatia (que así

llaman al libro ó carta), que tanto tiempo has hablado con él?

Díjele:

—Muchas cosas buenas y santas que habemos de hacer si queremos ir al cielo y cumplir lo que Dios nos manda.

Aquí reparó el Padre que el muchacho comenzó á temblar con señales de miedo, y díjole:

—No temas, hijo mío, que aquí no hay por qué temer.

—Temo, Padre, replicó el niño, que ese libro te ha dicho quienes somos y de donde venimos, y el fin de nuestra jornada.

De donde claramente coligió el Padre no eran los que decían. Instóle con nuevas caricias y regalos y confesó ingénuamente cómo su señor era el hijo mayor del gran cacique Tayaoba y la demás gente de su provincia y nacion que habían mudado el hábito para no ser conocidos.

Rogóle no lo descubriese, que lo castigarían por desleal, y añadió que estaban ya de vuelta y que iban muy gozosos de lo que habían visto en los vecinos de aquel

pueblo y en el amor grande con que los trataba el Padre, y que dentro de breves días habían de volver con el aviso que les diese el Tayaoba su señor.

Muy consolado quedó el P. Francisco Díaz con aquel sencillo y verdadero informe, y el siguiente día convocó los caciques é indios principales de la reduccion, y callando el autor que le había revelado el secreto, les hizo saber cómo los huéspedes que tenían en su pueblo eran hijos y embajadores del gran Tayaoba, que venían disfrazados á ver si era verdad lo que les habían dicho de la paz y felicidad con que vivían los que habían abrazado la cristiana religion.

Fué para todos la nueva de singular regocijo. Y antes que se deshiciese la junta, mandó á un cacique que fuese en busca dellos y los trujese consigo.

Entretanto previno unas camisas curiosamente labradas con diferentes colores en que consiste su más preciosa librea y mayor bizarría de todas sus galas. Cuando llegaron á su presencia, con semblante apacible y amoroso les dijo:

—Ya sé hijos míos, quienes sois, y no ignoro la causa de vuestra venida.

Y enderezando su razonamiento á los caciques del pueblo les dijo:

—Este gallardo joven es el hijo primogénito del famoso cacique Tayaoba, aquellos dos son sus hermanos, herederos no menos de su valor que de su noble sangre. Este el cacique Maendi, tan conocido por su nombre, por su cordura y hazañas. Los demás son amigos y deudos principales.

Con lágrimas en sus ojos les dió tiernos abrazos, significándoles el contento grande que había tenido de conocerlos, y que sería más dichoso si gustasen detenerse algunos días para servirlos y regalarlos según sus méritos, que de no haberlo hecho hasta allí con más cuidado y puntualidad, tenían excusa en no haberlos conocido,

Repartióles de su mano las camisas y otras alhajas para ellos de mucha estimacion, como son cuñas de hierro, cuchillos, anzuelos, agujas, cuentas, que son preciosas en aquella region por peregrinas.

Continuaron los caciques del pueblo las

mismas demostraciones de amor con muchos abrazos.

Detuvieron los otros ocho días y como ya se habían quitado el rebozo, dobláronse las fiestas y demostraciones de amor en públicos regocijos, creció el cariño, aumentáronse los regalos, y estaban tan bien hallados los huéspedes, que se les hizo cuesta arriba la vuelta á su patria. Significaron el gusto que habían tenido, y que daban por muy bien empleado su viaje por llevar á su tierra ciertas noticias de la quietud y concordia con que vivían debajo la proteccion de los Padres.

Contribuyó el cielo á esta solemnidad con una maravilla de las que suele obrar Dios para crédito de sus ministros y apoyo de la verdadera religion.

Del rigor de los soles ó fatiga del camino, adoleció la nieta del anciano Tayaoba, que traía su madre colgada al pecho.

Las indias cristianas, que la cortejaban llenas de viva fe y segura esperanza, le dijeron la bautizase porque no muriese infiel y perdiese el cielo.

Añadió una dellas:

—Sabed, hermana, que en el bautismo suelen hallar los niños remedio de sus enfermedades, como á nosotros cada día nos enseña la experiencia.

Vinieron bien los padres de la niña en aplicarle medicina tan fácil, y el Tayaoba acompañado del cacique Maendi. fué luego en busca del Padre, siguiéndoles otros del pueblo, para que bautizase la india.

Hízolo con mucho consuelo, pareciéndole que con aquel bautismo adquiría posesion y derecho la fe para introducirse en aquella provincia. Fueron padrinos el capitán del pueblo y su mujer. Y apenas recibió la niña enferma la ablucion sagrada, cuando quedó tan sana en el cuerpo como pura y santa en el alma, con admiracion de sus padres gentiles y triunfo de los cristianos circunstantes. Dieron alegres la vuelta á su tierra, empeñando su palabra que volverían cuando tuviesen nueva que el P. Antonio Ruiz estaba ya en aquel lugar y que lo llevarían á su provincia para que la alumbrase con la luz del Santo Evangelio.

Hicieron tránsito por un pueblo de indios fieles que servían á los españoles, y hallaron en él á uno destos, hombre sin alma, sin conciencia y sin Dios, aparente cristiano y demonio verdadero, el cual, sabiendo sus piadosos intentos, les persuadió no diesen entrada á los Padres, y que si allá fuesen, les quitasen la vida y se banqueteasen con sus carnes.

Escandalizáronse, aunque gentiles, de consejo tan de ateista pagano, y respondiéronle que estarían muy lejos de cometer delito tan atroz como sería quitar la vida del cuerpo á los que con tantos sudores y trabajos les solicitaban la del cuerpo y la del alma.

Algunos meses después sucedió otro caso, en que campeó mucho el poder de la gracia de Dios y no menos la equidad de su recta justicia; ésta en el castigo de aquel español consejero infernal; esta en desatar el peñasco duro en cristalinos raudales. Pues mayor prodigio es convertir á la fe un pecador obstinado en sus errores é idolatrías y criado toda la vida en la servidumbre de sus vicios

que el que hizo sacando agua del pedernal la vara de Moisen.

Habiendo dado principio á la reduccion del Tayaoba, cuando ya se iba estableciendo la fe en aquella nacion, uno de los Padres Misioneros llevó á su gran cacique con su valido Maendi á dar la obediencia al gobernador español, que poco antes había entrado en la presidencia de aquellas provincias.

Llegaron á su presencia, y quiso Dios que hallaron con él á aquel mal hombre, afrenta de su católica nacion, que les había aconsejado matasen a los Padres y se los comiesen.

Mirólo el Tayaoba con atencion y habiéndolo reconocido, le dijo con toda cortesía, pero con mucha libertad y valor:

—Señor, aquí está el Padre que entró en nuestra provincia, y vive seguro y contento entre nosotros, y no nos ha pasado por el pensamiento darle la muerte y comerlo, como tú nos aconsejaste. Antes le habemos servido y reverenciado como á sacerdote de Dios, cuya ley nos predica, y perderemos todos la

vida por defender la suya. Yo te ruego nos mires ya como á cristianos y nos trates como amigos, y no dés consejos semejantes que desdicen mucho de la religion que profesas.

Quedó tan corrido el culpado como admirados los españoles que se hallaron presentes con el gobernador, viendo aquella mudanza de la diestra del muy alto, y á un bárbaro ayer, cruelísimo perseguidor de los cristianos ya tan devoto predicador de la reverencia debida á los ministros del Evangelio, que zahiere con su poco respeto á los que estaban más obligados á enseñárselo á él con palabras y con ejemplos.

No quedó sin castigo aquel temerario blasfemo, y el que fué á los indios aun gentiles piedra de escándalo, ya cristianos les vino á ser padrón de escarmiento. Porque muy presto murió sin confesion en un pueblo de indios, sacando de la boca un palmo de lengua, más negra que un carbón, y fué voz y fama pública que fué azote de la divina justicia, según aquella su ley universal:

Quia per quæ peccat quis, per hæc & torquetur.

Entró el P. Simón Maceta á dar principio á la reduccion de San Pablo en el río Iñeay, cuatro jornadas distante del Tayaoba. Muchas veces vió á riesgo su vida en tan gloriosa faccion.

Había en esta tierra un famoso ó infame hechicero llamado Guiravera, que tenía á su disposicion cuatro demonios familiares, los cuales tomaban cuerpos fantásticos en que se dejaban ver de los indios.

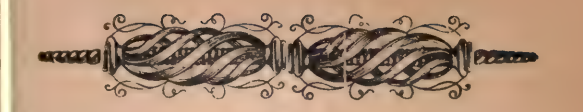
Este ministro del infierno, harto de carne humana, deseaba mucho comer á alguno de los Padres, porque sus demonios le habían dado á entender que sus carnes eran más sabrosas, y para satisfacer este inhumano apetito, despachó en varias ocasiones indios monteros, proponiéndoles grandes premios si le cazasen y trujesen alguno, ó vivo para degollarlo por su mano, ó muerto para guisarlo y comerlo.

Estas diligencias hizo más vivas contra el P. Simón Maceta. Pero los indios recien convertidos le habían cobrado tan tierno amor,

y le fueron tan leales, que no pudo la crueldad lograr sus intentos ni cebarse como la adúltera Herodias en el plato que más codiciaba. Porque para defenderle le fabricaron de propósito un fuertecillo de madera, al cual se acogía como á lugar de refugio, no por amor de su vida, sino por entender cuán necesaria era para diligenciar la eterna á tantas almas.

En aquella ciudadela le hacían escolta de día y de noche, y no le permitían salir della á sus correrías sin suficiente guarnicion. De la caridad destos indios se valió Dios para librarlo de manifiestos peligros, y de las traiciones y sed de su sangre con que se abrasaba el hechicero Guiravera.

Esta cosecha de frutos espirituales halló el P. Antonio Ruiz, cuando después de haber hecho al Provincial el debido obsequio de acompañarle, dió la vuelta á sus amadas reducciones. Singularísimamente se alegró con lo que le contaron del Tayaoba, y viéndolo tan bien dispuesto para recibir la fe, trató luego de ir á predicarla.



CAPÍTULO XIV

Vuelto el P. Antonio Ruiz de acompañar al Provincial, acomete segunda vez al Tayaoba.

Había infundido Dios en el corazon deste gran misionero particular propensión á la nacion Tayaoba y celo más ardiente de convertirla á la fe, para vengar con ese sumo beneficio el agravio que le hicieron en la primera entrada.

Parece que profetizaba, si ya no lo concluía con su buen discurso, lo que había de conducir la conversion de gente tan carnicera y tan bárbara para la de todas las confi-

nantes, entre las cuales era más respetada y más temida, como el que se hace señor del castillo, tiene por cierto el rendimiento de la ciudad y vasallaje de sus vecinos.

Apenas recibió la nueva, por él tan deseada, de que ya se iba resfriando en aquel ódio mortal que había cobrado á los españoles y á su ley, y que pedía sacerdotes, cuando marchó á la ligera á disponer su entrada.

Dejó orden en San Ignacio que se abriese camino hasta San Josef y San Francisco Xavier, y que se llevasen algunas vacas para el sustento de los Padres y regalo de los indios enfermos más necesitados.

Caminó con ligereza, como si fuera por el viento, á dicha reduccion de San Francisco Xavier, con nuevas ánsias de saber más de cierto á la lengua del agua lo que se decía del Tayaoba, de las esperanzas que daba de reducirse y si era verdad que le aguardaba en el pueblo de Itacurú.

Certificado de todo por informes seguros no obstante que en el primer asalto que á escala vista había dado á aquella fuerza de

la superstición é idolatría, defendida de ejércitos de hechiceros á flechazos le habían quitado la vida á siete de sus compañeros y escapado de milagro la suya, se determinó de arriesgarla constante en el segundo. Y dándole cuenta á su Provincial en una carta, de varios sucesos, le dice:

«No sé dónde más convenga á los ministros Evangélicos el apellido de corderos, enviados á lidiar con cruelísimos lobos, que en estas provincias del Guayrá, donde los vemos entrar, no con otras armas ofensivas ni defensivas, que una cruz en la mano, y sujetar con ella las más fieras naciones que en la América calienta el sol, que más son montaraces brutos que hombres de razon, que nunca se ven hartos de carne humana, y á los mismos niños, como á cachorros de tigres y leones destetan con ella.

»Es entre ellos tan usual alimento la carne humana, como entre nosotros la vaca ó carnero. De manera que los caciquesse comen á sus mismos vasallos cuando no pueden haber a las manos los extraños ó cautivar enemigos, y no hay entre ellos más motivo para

hacer á los vecinos guerra, que el interés de sustentarse y deliciarse con sus carnes.»

Nada de esto ignoraba el P. Antonio, y aunque se había ya visto entre sus dientes, no escarmentó ni en su cabeza, para la fuga del peligro, ni en las de sus indios compañeros, para evitar la muerte. Porque el deseo de que su Dios fuese conocido y Cristo glorificado de aquellas naciones, era tan fervoroso que los mayores riesgos se le antojaban seguridades y llanos los más enriscados montes. El mismo lo dice todo en la carta citada.

«En este pueblo me detuve siete días, que se me hicieron largos, aunque fué forzosa la detencion para sosegar no sé qué pendencias destos indios con los de la Encarnacion. No sabré declarar el deseo que en mi pecho ardía de verme ya con el Tayaoba y traerlo á la Iglesia.

Luego que llegué á aquel río tuve noticia que él había bajado de su tierra á cierto paraje donde me estaba esperando. Llegué al puesto, y para pasar el río me tenían apercibida una balsa muy enramada y cubierta

con lienzos y en la campaña con varias coplas de bocinas y atambores, que son sus chirimías y clarines.

Arrojóse luego el Tayaoba en mis brazos y me dijo:

—Padre, aquí he venido á verte, y á que me admitas en el número de tus hijos, y me enseñes lo que tengo de hacer, y verás por experiencia la pronta obediencia que presto á tus mandatos.

El mismo ofrecimiento hizo la mujer, que es una gran matrona, arrimándome tres hijos que tiene, el mayor de siete años, todos como unos ángeles.

Regalé á los niños todo cuanto pude, y tomé al menor de tres años en mis brazos y le hice mil fiestas, de lo que estos gentiles se pagan mucho. Aquí dijeron ellos:

—Ahora conocemos, Padre, ser verdad lo que nos han dicho del grande amor que nos tienes á todos.

A él y á ella presenté algunas alhajuelas, que aunque no de mucho valor, estimaron mucho. Bauticelos después de muchas instancias que me hicieron; díle á él el nombre

de Don Nicolás y á ella de doña María. Pidiéronme luego los casase como ya cristianos, en la faz de la santa Iglesia, que veneraban por madre.

Bauticé también los tres infantes hijos, y los demás de diferentes concubinas, que entre todos eran veintiocho, y todos de excelentes naturales, particularmente el mayor que se llama como su padre Tayaoba, que nunca se apartó de mi lado, y es el que fué disfrazado á la reduccion de San Francisco Xavier, y dél me informé de la gente que tenía su padre.

A este le dí gineta de capitán y al hijo de sargento, en nombre del rey nuestro señor, por virtud de sus reales provisiones, que para ello tenemos.

Concurrió á verme la gente de la comarca y repartí varas á todos los caciques. Solos los del Salto del río Ubay no vinieron, y aunque decían que de vergüenza por haberme querido matar cuando agora dos años entré en su tierra. Pero la causa principal fueron dos hechiceros diabólicos que se mentían dioses, y por arte del demonio hacían

aparentes maravillas, como convertir un palo en hombre y decir muchas cosas que muy lejos sucedían, con que llevaban embaucado al ignorante vulgo.

Aunque desta misma parcialidad vinieron á visitarme dos caciques y el uno era el mismo que había conmovido dos años antes al pueblo para quitarme la vida.

No hice memoria deste agravio; ganeles la voluntad, díles varas, con que volvieron muy contentos á sus tierras. Y por haberlas aceptado sin su licencia, tuvieron muchas contiendas con sus hechiceros.

Pareciéndome que el negocio estaba bien dispuesto, como de la mano de Dios, me partí con el Tayaoba á su tierra, quedando en las suyas los indios que de muchas partes habían concurrido para dar principio á una reduccion.

Hice el viaje por tierra por evitar el Salto del Río Ubay. Acudió á verme mucha gente, y entre ella un famoso cacique llamado Piraquatia, muy anciano y muy respetado en toda la tierra, deudo muy cercano del Tayaoba.

Díle vara, y á otros caciques que con él venían.

Comenzóse luego el pueblo, plantando una hermosa cruz de siete varas en alto, hallándose á su ereccion más de trescientos indios.

Señaleles sitios, y con mucho fervor dieron principio á sus casas y yo á la de Dios, que como es la primera en la dignidad, lo debe ser en la grandeza, hermosura y aliño del edificio.

Para que le ayudase en la fábrica espiritual y material desta nueva iglesia, llamó el P. Antonio Ruiz al P. Diego de Salazar. Vino á toda priesa y pasando por un pueblo de los que habemos nombrado algunas veces que servían á los españoles, un cacique de los más nobles, que se llamaba Cuna Minguea, le dijo que sabía muy bien que aunque el Tayaoba y sus aliados recibían al Padre con toda lealtad y fineza de amor, los demás le tenían armada traicion por instigacion de los hechiceros, y que en viendo la suya, lograrían la ocasion, y le quitarían la vida.

Por tanto, que se retirase y no diese licencia á sus indios para ir allá, porque correrían la misma fortuna.

Comunicó estas noticias el P. Salazar con el P. Antonio, las cuales había confirmado otro cacique cristiano por nombre Juan Martinez. Pero su gran confianza en Dios y celo de dilatar su fe, con que llevaba guarnecido su magnánimo corazon atropellaron con estos miedos que le ponían. Y dejando en el Itacurú al P. Salazar para que agasajase y domesticase la gente cimarrona que á él concurría. En el nombre del Señor tendió las redes, engolfándose en lo más interior de aquella provincia. Donde experimentó no había sido mal fundado el temor de los dos caciques, como luego veremos.

En el § 31 de su *Conquista espiritual* refiere el P. Antonio lo que le sucedió con un cacique, antes que se empeñase en dicha correría.

La curiosidad de verme, dice, más que el deseo de salvarse, trajo á aquel pueblo un gran cacique.

Venían en su compañía su mujer y dos

hijos. Tenían en mí clavados los ojos, sin apartarlos un punto. Hízome novedad, pero dióme luego la causa della.

—No extrañes, Padre, el cuidado con que te miro, cuando por solo verte vine de lejos á este puesto. Y para ver si es verdad lo que de vosotros nos predican nuestros hechiceros. Dicen que sois diversos de los demás hombres, que sois mónstruos y que traéis puntas como toros en la cabeza, que vuestro sustento ordinario es carne humana y que por eso alcanzáis tantas fuerzas, y que vuestro modo de proceder es rígido é intratable. Pero veo que cuanto dicen es prodigiosa mentira. Con todo, hasta asegurarse por relacion mía el Tayaoba de la verdad, no ha querido venir en persona. Pero yo lo traeré en breve para que se desengañe y acabe de conocer los embustes de los hechiceros.

Así sucedió como ya queda referido.





CAPITULO XV

Sucesos de la segunda entrada del P. Antonio en el Tayaoba; peligro grande que corrió su vida y la de sus compañeros.

Bramaba de coraje el demonio viendo que el Santo Evangelio á despecho suyo abría cada día nuevas brechas por la muralla de la idolatría para entrar á enseñorearse de aquellas provincias que tantos años tuvo sujetas á su obediencia y que tantas tropas de hechiceros, capitanes de su milicia, no fuesen para hacer opósito á cuatro soldados extranjeros de la Compañía de Jesús, que

cada día victoriosos arbolaban la bandera de la santa cruz en los adarbes del gentilismo.

Resolvió de hacer cuantos esfuerzos le fuesen posibles por sí y por dichos hechiceros, para resistir á los que con tanto valor le invadían su imperio.

Instigóles á que amotinasen los pueblos contra los Padres, dándoles á entender á los indios que eran exploradores y espías de sus enemigos los españoles, que so capa de religión los querían hacer tributarios y esclavos suyos, como lo habían hecho con otras muchas naciones de la América, que por este camino habían echado sobre sus cervices un yugo, que ya ni podían sacudirlo ni tolerarlo. Que lo conveniente era abrir con tiempo los ojos y no dejárselo echar, quitando la vida á los que eran disimulados terceros de aquella su servidumbre, y que no había otro remedio sino acudir á las armas y apellidar libertad; que menos mal sería morir en defensa de desta que quedar ellos y dejar á sus hijos y descendientes en perpetuo y miserable cautiverio. Que el obligarlos á sola una

mujer era ardid para minorarlos y vencerlos con más facilidad. Y en juntarlos en pueblos á las riberas de los ríos para que los lobos supiesen donde habían de hacer en las ovejas más cierta carnecería.

Apenas supieron los hechiceros que el Padre Antonio había partido del Itacurú en compañía del Tayaoba, cuando tocaron arma por toda la comarca, hicieron gente y formaron ejército para quitarle la vida á él y al mismo Tayaoba si tratase de defenderlo. Y porque nadie puede hablar mejor de la feria que el que se halló en ella, será bien oir el suceso del mismo Padre en su citada *Conquista*. Que aunque en estas y otras narraciones suyas variemos algunas palabras no faltaremos á la sustancia de la verdad.

« Conjuraron en su ayuntamiento los principales caciques hechiceros contra mi vida, juzgando que muerto yo saldrían de cuidado y no habría quien les hiciese guerra.

No sabían la virtud de la sangre que se vierte por amor de Cristo, que es semilla que rinde por uno ciento, y del grano que se

sepulta nacen millares de espigas, como por experiencia de su siglo dijo Tertuliano: *Plures efficimur quoties meti mur.*

Diéronse prisa en juntar sus huestes antes que el Tayaoba las suyas. Acudió toda aquella noche tanta gente al campo contrario, que pasaban ya de tres mil flecheros y por momentos se iba engrosando con nuevas avenidas.

Tratamos nosotros de formar una palizada para defendernos, pero ni la gente era bastante ni la brevedad del tiempo, ni la oscuridad de la noche lo permitían.

Según la costumbre destos bárbaros, túvose por cierto que á las primeras luces del alba, ó rayos del sol, habían de acometernos.

Aconsejábanme los indios amigos me valiese de las tinieblas de la noche y me salvase con algunos de ellos en la espesura de los bosques vecinos. Que ellos quedarían á probar la mano, y cuando no pudiesen resistir me seguirían al mismo sagrado de las selvas.

Tomé su consejo, y habiendo primero

bautizado á algunos gentiles, que me lo rogaron para morir como cristianos, me retiré con solos tres indios y un niño que me ayudaba á Misa.

Acometió por un costado una tropa de enemigos nuestro alojamiento; sentimos el estruendo de los arcos, y acelerando el paso nos guarecimos en el bosque. Siempre en lo que se hace de rebato se mezcla algo de inadvertencia y turbacion, y aunque la mía no era mucha, por estar muy hecho á riesgos semejantes, con todo, con la prisa que me daban los compañeros, más celosos de mi vida, que yo mismo me dejé la santa imágen que solía poner en el ornamento. Echóla menos mi sacristán, y sin pedir licencia volvió por ella. Dió en los enemigos que ya la habían hecho pedazos, prendiéronlo y maniatado lo llevaron á su pueblo. Al amanacer se trabó una reñida escaramuza. Y aunque los nuestros eran pocos, mataron á muchos de los enemigos, que por ser tantos, no se perdía en ellos flecha, sin daño considerable de nuestra parte.

Un cacique de los contrarios había ofre-

cido á sus mancebas que por despojo de la batalla había de llevarles un buen pedazo de mi cuerpo, para el banquete y celebridad de la victoria.

Pero hizo la cuenta al revés; tenia en su lugar un enemigo oculto que se daba por muy agraviado dél, y deseaba ocasion para vengar su injuria. Valióse de ésta; vino en su compañía, y al primer alarma, lo atravesó con una flecha.»

En otra carta cuenta más por extenso todas las particularidades desta refriega y dice que el capataz de los hechiceros, había dado orden á los soldados que prendiesen al Padre Antonio y lo llevasen vivo á su presencia, que él lo esperaba con un cuchillo afilado para su degüello y ofrecerlo en víctima grata á sus dioses, y que á todos los convidaría á comer de sus carnes. Pero *Excomnibus his eripuit eum Dominus*, con la especial providencia que escribe el mismo Padre.

Caminamos todo aquel día mis compañeros y yo por medio de la espesura de aquel cerrado bosque. Dábame grande pena el

triunfo de Satanás y de sus ministros y que les permitiese el Señor por sus ocultos juicios prevalecer contra su santo Evangelio, y el parecerme quedaba ya cerrada la puerta á la fe en aquella populosa provincia.

Llegamos bien cansados á las cuatro de la tarde á un arroyuelo donde hicimos alto con ánimo de descansar allí aquella noche. Nada llevábamos con qué engañar la hambre y tomar alientos, ayunos todos desde el día antecedente. No teníamos eslabon ni pedernal para encender fuego. Pero la necesidad es muy ingeniera, sacólo uno de mis indios rozando fuertemente dos palos secos, y no era la primera vez que lo había hecho.

Los otros se esparcieron por el monte á buscar qué comer. A poco rato volvieron con cantidad de hongos y raíces de yerbas que parecían nabos y un grande manojo de ramones de árboles. Los hongos envueltos en hojas los metimos en el rescoldo. Las hojas se tostaron al amor del fuego. Paróse la mesa en tierra sirviendo de manteles aquellas anchas hojas, que llaman Biaho.

Sacaron la comida; y el que no ha gusta-

do á lo que saben los trabajos padecidos por Cristo y por la salvación de las almas, no hará concepto del gusto destos rústicos manjares. Los hongos se resistían con su dureza, y era necesario los ablandase la hambre. Las hojas sabían á sardinas saladas. Por postre vinieron las raíces, que aunque sin sabor más que de un palo, eran muy tiernas.

Dí muchas gracias al Señor por tan regalada comida, que si para el cuerpo no, lo fué para el alma. Si con este alimento se repararon poco las fuerzas, creció mucho la confianza en la providencia divina.

Volvímonos á juntar con el Tayaoba y con los suyos, que se habían retirado cediendo al mayor poder del enemigo y dejándolo señor insolente del campo. Preguntóme aquel con las lágrimas en los ojos lo que había de hacer. Aconsejele juntase su gente y el cacique Piraquatia la suya, en el puesto donde habíamos erigido la santa cruz, donde juzgaba podríamos vivir con más seguridad, y que fiase de Dios, que después de la tempestad consuela con la bonanza.

Yo salí á un pueblo donde supe que los

españoles estaban quejosos, si envidiosos no, de que nosotros hubiésemos acometido empresa tan árdua sin implorar el favor de sus armas.

No se perdió de ánimo el P. Antonio con este suceso tan adverso; antes bien concibió de la misma resistencia que el demonio hacía, más ciertas esperanzas de que Dios había de ser muy glorificado en aquella provincia, y con espíritu profético aseguró que en aquel mismo puesto, en distancias de solas tres jornadas, se habían de formar tres reducciones de á cada mil familias, como realmente se fundaron dentro de breve tiempo, y fueron las de San Pablo, de Jesús María y de Santo Tomé.

Mucho se alegraron con las nuevas de dicho contrario suceso los españoles de la Villa Rica. Los cuales, so capa de celo y piedad, y con pretexto de castigar á aquellos bárbaros que se habían resistido á la predicacion del Evangelio é intentado matar á sus ministros, alistaron sesenta españoles y quinientos indios y con este trozo de ejército se metieron en campo, como ellos decían, para

tomar satisfaccion del agravio hecho á la fe. Pero realmente el fin fué hacer prisioneros para esclavos suyos, sin atencion á si eran gentiles ó cristianos, que la codicia no cata respeto á la religion, todos los lleva por un rasero.

Entraron talando las mieses de nuestras reducciones y mal logrando los excesivos gastos y trabajos que en hacer las sementeras habían padecido aquellos santos operarios.

Procuró el P. Antonio, con toda la energía de su espíritu y elocuencia, disuadir esta jornada, tan del servicio de ambas majestades, divina y católica. No consiguió el estorbar su salida.

Fué en seguimiento de sus banderas hasta el pueblo del Itupé, y en él con mayor eficacia repitió su súplica, representándoles, como tan experimentado en aquella tierra, que era conocida temeridad la que emprendían, á más de que con semejantes invasiones podían solicitar algún general alzamiento de los indios con manifiesta ruina de todas las poblaciones cristianas, tanto de indios como de españoles. Pues si se manco-

munasen y uniesen sus fuerzas los bárbaros no había poder para resistirlos.

Pero como iban ya empeñados y ciegos con la codicia de hacer nuevos, ó siervos ó vasallos, todo fué predicar en desierto.

Conociendo el P. Antonio que los primeros sobre quienes había de descargar aquella nube su granizo, eran los indios que por defenderle la vida habían huído el furor de los hechiceros, volvió río arriba con el P. Salazar á ponerlos en salvo.

Fué esta inspiracion del cielo, pues llegando los Padres con el aviso de la venida de los corsarios, pudieron los indios fieles hurtarles el cuerpo.

No tardó mucho el castigo del ejército español y de sus indios auxiliares, pues habiendo acometido á un pueblo pequeño de los gentiles vino sobre ellos tan numeroso enjambre de contrarios, que hubieran perecido sin remedio todos, si el mismo P. Antonio no los hubiera alentado á hacer frente cuando ya les volvían las espaldas, y detenido los indios, que reconociendo tan superior en fuerzas al enemigo huían ya á ruin el postrero.

Con que los españoles hubieron de volverse bien descalabrados á la Villa Rica; con harta obligación de dar gracias á Dios porque los libró de tan patente peligro, cuando menos lo merecían, por no haber hecho caso del saludable consejo del P. Antonio.





CAPÍTULO XVI

Visita las reducciones y la disposición que hizo para entrar tercera vez en el Iayaoba.

———

De grandes corazones es ceder á la que llaman adversa fortuna y retirarse con buen orden, conformándose con la divina voluntad, que no es poco alarde de valor.

Así se retiró de sobre Argel el invictísimo Carlos V, y de Inglaterra su hijo el señor rey Felipe II, y ninguno de los dos volvió á la jornada. Pues como dijo el otro sábio: *Bis ad eundem; quod vulgari proverbio reprehensum.* Condena la prudencia humana á los que dos veces se hacen los ojos en un tropiezo mismo.

Con dificultad se reducen los brutos sin razón á pasar segunda vez por donde una cayeron. Tan poderoso es el escarmiento en cabeza propia. No así los que se gobiernan por dictámenes superiores de prudencia divina. Si hallan dificultades en alguna empresa de gloria de Dios, vuelven atrás, no para desistir, sino para acometer con más aliento.

Como el que ha de saltar una acequia, que se retira para tomar corrida y dar mejor el salto.

Así también ceja en el coso el toro castizo de Jarama, para embestir con más brío al corredor ligero, que lo abrasó con garrochas agudas. Al más valiente ministro del Evangelio pudieran causar algún desmayo los peligros de la vida en que el P. Antonio Ruiz se vió la primera y segunda vez que acometió la reduccion de los Tayaobas y cuando tocara á retirar ninguno lo tuviera por cobardía, por cordura muchos.

Pero su gran confianza en Dios, cuya causa hacía, y el juzgar con prudencia del cielo, que en la tercera invasion estaba la

vencida; con la misma memoria de los pasados riesgos açomaron su valor para arrojar tercera vez denodado el pecho á la corriente.

Dígalo su mismo Provincial Nicolás Durán en las *Cartas Anuas* de aquel tiempo, que de todo tuvo cabal noticia y la dió á su reverendísimo general.

¿Quién no pensara, dice, que dos tan grandes y peligrosos aprietos como los pasados, no hicieran retirar á los ánimos más valientes?

Mas como en el P. Antonio Ruiz reinaba tanto el celo de la gloria divina, cerrábale los ojos para que no viese ni reparase en sus peligros. Y así acometió tercera vez con felicísimo suceso, como se verá por una carta suya escrita del Tayaoba en el año pasado de 1627. En la cual, como á Superior suyo, me da cuenta de su conciencia con la puridad con que siempre lo hacía. Y así, no solo refiere las nuevas contradiciones que padeció de los hombres, sino también algunos encuentros y batallas con el mismo demonio, y yo, por no defraudarle á Dios la gloria

que se le sigue destas victorias que con su favor alcanzó este su fidelísimo siervo, las publicaré casi con las mismas palabras con que él las escribe, que por mayor, son las siguientes:

«Dí la vuelta de una mision para entrar al Tayaoba, porque me decían se habían juntado de nuevo y comenzado á fundar en el sitio que les señalé.

Bajó D. Nicolás Tayaoba á verme y Paraquatia con otros caciques. Todos mis indios me disuadían el viaje, representándome el odio mortal que los hechiceros me tenían, y lo que estaban deseosos de comerme, porque el demonio les había dicho de nuevo que así lo hiciesen si volvía á inquietarles su tierra.

Los Padres de las vecinas reducciones también procuraron apartarme deste intento porque supieron las celadas que me tenían armadas, y prevenciones que hacían para darme la muerte. Y así me escribieron saliese luego del pueblo en que estaba, porque sin duda me la darían.

Algunos españoles píos de la Villa Rica

vinieron al lugar del cacique Sami, que está más abajo. Bajé á verme con ellos y me pidieron con lágrimas no intentase aquel viaje, porque según las noticias que le habían dado los indios de aquella provincia, sin duda me habían de degollar y comer.

Agradeciles su celo y el consejo que me daban, que yo lo encomendaría á Nuestro Señor con las veras posibles, y que lo que entendiese ser de su mayor servicio y gloria, eso ejecutaría muy confiado de que arrojándome en sus brazos estaría más seguro entre los bárbaros que entre los fieles y amigos.

Con esta resolucion volví á mi puesto, de donde despaché al Tayaoba y á los demás caciques que vinieron á visitarme, que comenzasen á disponer el pueblo y se juntasen todos los cristianos y los que deseaban serlo, para que si nos acometiesen los enemigos, pudiésemos defendernos.

Recogime á hacer siete semanas de ejercicios, con siete horas de oracion cada día á los siete arcángeles á quienes he dedicado esta reduccion en agradecimiento de los fa-

vores que por su intercesion he recibido en mis caminos, que han sido muy singulares, aunque mucho más los que de la soberana Vírgen Señora mía, y de todos mis empleos y trabajos.

Una destas noches, estando solo á la lumbre, porque el frío era muy riguroso, se me puso al lado el demonio en forma visible con el rostro fiero, chato y redondo como un grande plato. Pretendió espantarme sin duda, pero desapareció luego sin dejar en mí rastro de temor, antes cobré nuevo ánimo para proseguir con más fervor en mis ejercicios.

Mi comida era harina de palo ó plátanos, ó raíces, sin admitir otro regalo, porque *hoc genus dœmoniorum non eiicitur nisi in oratione & ieiunio.* Sería larga de contar la batería que me dió con desconfianzas y tentaciones para obligarme á retroceder.

Viniéronme nuevos avisos de los Padres que saliese luego, porque de cierto sabían que me habían de quitar la vida. Consoláronme dos cosas. La primera el haberme señalado V. R. para esta tercera entrada, á

quien reconozco en lugar de Dios. La segunda, un favor particular que Su Majestad me hizo, y fué desta manera.

Parecíame que estábamos tres de la Compañía en un campo, y que de repente vino á nosotros una gran manada de bestias muy lucidas, con las cabezas inclinadas á la tierra, hocicando y gruñendo, como si las trujeran por fuerza.

Dióme particular gusto el verlas; el mismo mostraron con su vista mis compañeros, á los cuales dí grandes voces, exhortándolos me ayudasen á rodearlas y guiarlas á una iglesia que allí se nos representó llena de resplandores, donde con gran facilidad las encerramos sin que escapase alguna. Quedé muy animado con esta vision, porque con ella me dió el Señor á entender muchas cosas que no puedo decir por extenso.»

Aunque en esta carta á su provincial las calla, comunicólas al P. Francisco Díaz Taño, su gran confidente y confesor suyo en la entrada que los dos hicieron á los indios compañeros y cabelludos, luego después de la de los Tayaobas, como se dirá adelante.

A este Padre le dijo que luego que entraron en la iglesia aquellos brutos, se transformaron en hombres y oyó una voz que le dijo lo del rey David. *Homines & iumenta salvabis, Domine.* Y que los Santos ángeles los habían de traer á camino de salvacion.

El suceso confirmó la verdad y aseguro no haber sido ilusion de la fantasía. Porque dentro de breve tiempo vinieron muchas de aquellas fieras repastadas en carne humana muy domésticas, á recibir el santo bautismo.

Parece esta vision semejante á la del lienzo de San Pedro, lleno de sierpes, de escuerzos, de vívoras y otras ponzoñosas sabandijas, que significaban los que se habían de convertir de la gentilidad.

Dentro de pocos días, añade el P. Antonio entraron en el pueblo donde yo estaba, cien indios de los más feroces de toda aquella nacion, cuyo ejercicio no era otro que cazar hombres para comer. Y los mismos que en mi primera entrada en aquella tierra me flecharon y comieron mis siete compañeros, y á

los correos que enviaban los gobernadores, pidiéndoles en nombre de S. M. la obediencia, esos fueron los que más mansos y humildes vinieron á darla á los ministros de Dios.

Supe también al mismo tiempo que siete caciques, grandes enemigos nuestros, habían muerto por los montes á porrazos, sin verse quién se los daba, y de sus vasallos otros muchos con el mismo género de muerte, lo que los tenía á todos muy atemorizados.

Confirmose esto con una carta que me escribió el P. Simón Maceta desde su reduccion de San Pablo, en que me avisaba lo mismo, y que habían entrado en aquel lugar algunas tropas de indios fugitivos y temerosos, sin saber por qué ni de quién; solamente decían les parecía que se les caía á pedazos el cielo sobre las cabezas y los llevaba atónitos y aturdidos, y todos venían á guarecerse á la sombra de un pobre y desarmado sacerdote. Pero destas maravillas sabe obrar la poderosa diestra de Dios.

Esto es á la letra lo que profetizó David: Salvaréis, Señor, á los hombres y á los ju-

mentos. A estos parece que los Santos ángeles hicieron entrar á empellones en la Iglesia de Cristo, al convite de las bodas del Cordero, transfigurados con el poder de su gracia en mansas ovejas de cruelísimos lobos.

Con tan felices presagios de lo que en aquella jornada tercera, después de dos tan trágicas, le había de suceder, no dilató más el ponerse en camino.

De tres favores hace mención que recibió en estos ejercicios. El primero fué que habiendo celebrado un sábado con la devocion y solemnidad que pudo, la misa de Nuestra Señora, sintió elevaciones encendidas que con interior violencia le arrebataban el corazon, entre admirable fragancia de olorosas flores, y que dos de los príncipes angélicos lo llevaban al trono de Majestad, donde la princesa de los cielos presidía en la estancia de un valle florido y ameno.

El segundo que en la misma misa después de la consagracion, haciendo fervorosos actos de viva fe de la presencia del Señor en el Venerable Sacramento, se le representó Su Majestad vestido de una túnica ta-

lar con un rostro sonroseado y hermoso y cabellera de Nazareno. De los efectos desta vista solamente dice que sintió llagado el corazon con un dolor sensible, pero suavísimo.

El tercero que otro día en la accion de gracias, después de la Misa, tuvo mucho cariño de la Soledad, y el mismo Señor se le representó segunda vez con un celestial resplandor arrojando de sí olores de paraíso. Los efectos de esta vision fueron amor de Dios, desprecio de todo lo criado, paz, quietud y hambre del pan de los ángeles.





CAPITULO XVII

Feliz suceso de la tercera entrada que hizo el P. Antonio en el Tayaoba.

No podemos tener más ciertas noticias de la felicidad desta jornada, que las que da el mismo que la hizo; en la carta citada á su Provincial, dice pues:

«Acabados mis ejercicios me puse en camino para esta reduccion del Tayaoba, con ánimo de pelear hasta morir ó vencer. Y como quien se dispone para lo primero, repartí todas las alhajuelas que tenía, llevando solo el ornamento, la hamaca y un poco de maíz para mi sustento.

Llegué á este pueblo en la octava de nuestro santo P. Ignacio y en día del glorioso

patriarca Santo Domingo. Buen trecho antes de llegar, hice desdoblar la imagen de los siete arcángeles que llevaba rollada, la cual pintó el Hermano Luis Verges. Yo me revestí la sobrepelliz y estola y ordenamos nuestra procesion. Salieron á recibirnos don Nicolás y Paraquatia, que llevaron la imagen hasta el pueblo, y la colocamos en una choza en forma de ermita.

Hallé muy pocos indios y me ví algo confuso y desconsolado, porque los que me acompañaban eran muy pocos, y si nos acometiesen los enemigos no éramos suficientes para defendernos.

Acogíme á consultar en la oracion el divino oráculo; hice una novena á Nuestra Señora. Y una noche me embistió dos veces el demonio en figura de galgo. Desechélo con la mano y metióse debajo de un zarzo en que yo dormía. Dejóme con algún horror pero muy cierto de que por sus ministros no me había de venir daño alguno, ya que por sí mismo lo intentase hacer.

Hice luego una cerca de palos hincados en tierra en forma de palenque, y dentro dél una

pieza de ochenta pies en largo para iglesia y una chozuela para mi morada. Ha campeado mucho la Providencia que tiene el Señor de los suyos, y sería cosa larga referir lo que me ha sucedido en este viaje; tocaré algunos casos.

Corrió la fama de mi venida por toda la tierra, y llegó á oídos del grande hechicero Guiravera. Enfurecióse contra mí, amenazando que desta vez había de matarme y comerme. Hizo general llamamiento de los caciques de la comarca, que como lo veneraban por hombre divino, le obedecieron con toda puntualidad.

Juntáronse, y aunque su intento era acabar conmigo, el de Dios fué hacer justicia de un perverso cacique llamado Ararundi, y fué el que el año pasado amotinó la gente contra mí y los míos. Y porque en la resistencia que hicieron éstos murió un hijo de otro cacique principal, estaba éste malamente indignado contra Ararundi. El cual cuando supo que yo había llegado, quiso venirse á mí; comunicólo con su mujer. Mas ella lo zahirió de cobarde y le afeó la resolu-

cion. La que los dos tomaron por consejo del demonio fué para su perdicion; con dos sobrinos suyos y dos vasallos fué á verse con Guiravera.

Halló allí al cacique, ofendido con la muerte de su hijo, y renovándosele con la vista el sentimiento, incitó á los demás caciques que lo matasen, como lo hicieron, y se repartieron para una cena expléndida sus cuartos. Lo mismo hicieron de los dos sobrinos y vasallos. Deste medio se valió Dios para castigar al pérfido Ararundi, y deshacer la conjuracion contra mí del hechicero Guiravera.

Tiempo nos han dado para fortificarnos. Pero la hambre es cruelísima y todos acuden á buscar yerbas y raíces. El maiz que traje lo dí para sembrar, porque el suyo se les ha helado.

Cada día va un indio á buscar raíces y palmitos para mi sustento. Y he venido á hallar en ellos tanto gusto, que no me acuerdo haber comido manjar más sabroso. No es encarecimiento, porque Nuestro Señor sabe proveer de Maná en el desierto y poner la

mesa en la más yerma soledad. Muchas veces me acuerdo de los duros y secos mendrugos de San Francisco, que en este país fueran remojados en agua muy exquisito regalo. Asaltáronme unas calenturillas en el camino, y con ellas hube de proseguir á pie, supliendo el Señor con el esfuerzo del espíritu la flaqueza del cuerpo. Ya, gracias á Dios, estoy bueno, y tal cual, no me asquearan los hechiceros si me cogieran. No se contentó el demonio con los pasados asaltos; antes en la víspera de los santos mártires Mauricio y sus compañeros, me acometió en la forma que aquí diré:

Después de haber tenido antes de acostarme las dos horas ordinarias de mi oracion, me puse á descansar y me sentí tentado de hacer á un muchado que me hiciese una ricacion en una pierna, en la cual se me habían encogido los nervios con las grandes umedades y fríos. Mas como tengo voto de o consentir que otro llegue á tocarme sino s en caso de extrema necesidad, aunque ude creer que aquí la había, por no estar ierto del todo, sacudí este pensamiento.

Desvelado pasé la noche, pero con firme resolucion de guardar mi voto, y habiéndolo renovado, pude dormir, pero muy presto me despertó el demonio, que se arrojó sobre mí para abrumarme.

Mi remedio usual es invocar el dulcísimo nombre de Jesús; así lo hice aquí, y á sus ecos respondió el enemigo.

—¡Oh, maldito, y qué duro eres!

Entendí que lo decía por haberle frustado el ardid de su tentacion, disfrazada con capa de necesidad. Yo le dije que era un perro, y con eso desapareció.

No es maravilla aborrezca tanto á los que le hacen guerra para deponerlo del mando que tantos años ha tenido sobre estas ciegas y crueles naciones, tan sedientas de humana sangre como su gran ministro Guiravera.

Este, habiendo trabajado unos indios en fabricarle una casa, les mandó que matasen un cacique para darles de comer, pero él supo la traicion y le hurtó el cuerpo y escapó la vida.

Estos días ha muerto ocho ó nueve para su regalo de los suyos.

El mismo fin hizo otro cacique de los más valientes, grande enemigo del nombre cristiano, llamado Cheacabi. Este vino el año antecedente por orden de Guiravera, á quitar al Padre la vida, y habían empeñado su palabra de llevarle las piernas, para que hiciese plato á sus mancebas.

Pero otro indio, ministro de la justicia de Dios, fué su verdugo, atravesándolo con dos flechas por las espaldas, porque no le quiso dar para esposa á su hija.

De los ritos bárbaros y bestiales costumbres destas gentes sin Dios, se pueden hacer libros enteros. ¿Pero qué maldad pudo hallar la entrada díficil en hombres que no conocieron la inmortalidad de sus almas, persuadidos que su dicha ó infelicidad, no era más duradera que la vida del cuerpo?

Comenzó el apostólico misionero á declararles los misterios de nuestra santa fe con la gracia especial que le había comunicado el Señor para enseñar la gente más ruda. Quedaban admirados de oir cosas tan altas y tan

divinas, leyes tan santas, tan ajustadas á la razon y tan opuestas á las suyas, propias de brutos.

Enseñábales á rezar, á venerar al verdaro Dios, á darle gracias por los beneficios que habían recibido, y que cada instante recibían de su mano; exhortábalos á pedirle perdón de sus ofensas y hacer recurso á las entrañas de su bondad y misericordia; no menos á temblar de los rigores de su justicia, y que así como aquella premia á los buenos con eterna gloria, así ésta castiga á los malos con perdurables suplicios. El fruto que estas lecciones hacía en sus oyentes y el aprovechamiento de sus discípulos en esta celestial doctrina, dice el P. Antonio en el fin de la citada carta:

Sírveme de singular consuelo oir aquí cada día alabanzas de Dios de boca destos devotos cristianos, ayer impiísimos gentiles; ver la devocion con que rezan en sus casas y en la iglesia; la estimacion que hacen de las cosas que se les predica de la otra vida. Y aunque agora la hambre los tiene descarriados y esparcidos por los montes, con todo

de ochenta valientes y señalados caciques que hasta hoy han venido á mi noticia, más de los sesenta son del bando de Cristo.

De los demás, que ciegos siguen al demonio, es caudillo el famoso hechicero Guiravera, y pienso que presto se han de alistar todos en nuestras banderas, porque van conociendo los embustes y crueldades deste ministro del infierno.

A más destos, he ganado algunos hechiceros, y entre ellos dos competidores de aquel, á los cuales envió á llamar con dolo para matarlos. Pero ya se van desengañando, y aun los muy amigos excusan sus visitas.

Estos fueron los fundamentos que el Padre Antonio echó á esta reduccion hasta que vino á edificar sobre ellos el P. Pedro de Espinosa, á quien la encomendó por el motivo que diremos en el capítulo siguiente.





CAPÍTULO XVIII

Pasa del Tayaoba á la Encarnación, con intento de conquistar el reino de Guarayrú y la nación de los Cabelludos.

Claro está que la celosa caridad de los héroes apostólicos no se había de dejar vencer de la ambicion de un Alejandro Magno. A este le pareció poco para sus conquistas un mundo. *Unus Pellæo Iuveni non suficit Orbis.* Y lloró cuando sus cosmógrafos le dijeron que había muchos mundos, y que él solo uno había dominado.

A aquellos se les hicieron pocos muchos mundos, y si mil hubiera criado Dios, todos

los quisieran reducir al amor y obediencia de Cristo. Con verdad se puede decir de llos: *In omnem terram exivit sonus eorum & in fines Orbis terræ verba eorum.* Emulo deste apostólico celo fué el del P. Antonio Ruiz.

Apenas reducía una nacion, cuando luego con mayores bríos acometía la conquista de otra, y Dios, para que desahogase el fuego de su caridad, le iba ofreciendo nuevas provincias. Pues al mismo tiempo que con tan inmenso trabajo y riesgo de su vida plantaba en el Tayaoba la fe, le abrió la puerta en el reino del Guarayrú, para que entrase á predicar en él el santo Evangelio, y las naciones del Ibitiruna, entre las cuales tanto como su cerro entre los demás, descuella en fiereza la de los Cabelludos, de los cuales algunas veces se ha hecho en esta historia mencion, con ocasion de las guerras que tuvieron con el cacique de la Encarnación Pin Dobiyu, y con los demás del Nuatingui, con muchas muertes de ambas partes.

El modo fué bien particular y digno de ser sabido. Llegaron á esta sazon dos ban-

deras de Indios Tupies, soldados valientes de los Mamalucos del Brasil, á cautivar los primeros que topasen, gentiles ó cristianos, contra toda ley divina y natural.

La una dió sobre los indios, que estaban en sus chácaras ó alquerías, cuidando de sus sementeras, y pertenecían al pueblo de la Encarnación, que estaba á cargo del Padre Francisco Díaz Taño, como de angel custodio de aquella reduccion. Dichas chácaras estaban situadas en las riberas del río Tibaxiva, á distancia de tres leguas. Dieron de repente sobre ellas y perdieron muchas indias y algunos indios, hiriendo á unos y matando á otros.

Algunos que por piés escaparon de sus manos, vinieron á dar aviso al Pastor del destrozo que los lobos hacían en su ganado. Al mismo punto juntó el pueblo, y formando un lucido escuadrón de los más valientes indios, siguió el alcance del enemigo, y marchando de día y de noche, el tercer día dieron los nuestros en ellos, á tan buena ocasion, que los inhumanos Tupies trataban de hacer cruel carnecería, de-

gollando los hombres para llevar con más seguridad la chusma de los niños y mujeres.

Acometiéronlos con tanto valor que los metieron en huída, y les quitaron la presa y á muchos la vida, que solo volvieron con ella los que se guarecieron en la espesura de los vecinos bosques.

La segunda tropa enemiga, cuyo capitán era Cambicangue Tupí, que en otras invasiones había ejecutado en los pobres indios horrendas crueldades, dió asalto á los que estaban cogiendo yerba en las cabezadas de la Tibaxiva, del mismo lugar de la Encarnación. De los cuales cautivaron algunos, y otros, valiéndose de sus arcos, se defendieron.

Llegó el aviso al P. Cristóbal de Mendoza, y con vivo sentimiento de ver en aquel trabajo á los hijos de Dios, feligreses suyos, salió á socorrerlos con buen número de indios guerreros y briosos que llevaban por cabo al famoso Pin Dobiyu.

Caminando á largas jornadas en busca del enemigo, llegaron á un fuerte que ha-

bían hecho para asegurar la presa, donde estaban los pobres cautivos cargados de prisiones.

Quiso Dios que Cambicangue con lo más lucido de sus Tupies hubiese marchado á hacer nuevas presas en los Camperos y Cabelludos del Ibitiruna. Con que al primer Santiago, atropellaron á los que habían quedado de guarnicion en el fuerte y rescataron todos sus cautivos.

Alegre Pin Dobiyu con este buen suceso puso á buen reçado los enemigos rendidos para que ninguno pudiese llevar á los piratas la nueva de la victoria. Entró el P. Cristóbal en consejo de guerra con sus victoriosos hijos, y resolvieron ir en busca del enemigo y quitarle la presa que hubiese hecho en los Cabelludos y Camperos, que obligados con este beneficio, darían entrada en sus tierras al santo Evangelio. Favoreció Dios sus intentos santos y todo lo dispuso á la medida de su deseo.

Daba la vuelta, á su parecer seguro, el capitán de los Tupies, con buena presa de aquellas dos naciones al fortin, donde dejó

los cautivos. Aguardólos en celada Pin Dobiyu, y cerró con ellos con tanto valor, que todos quedaron ó prisioneros ó muertos, y los confinantes restituídos á su libertad.

Fué día de mucho regocijo para todos. Acarició y regaló mucho el P. Cristóbal á los indios gentiles, y reprendió severamente y con celo santo á los Tupies su inhumanidad, y más á su fiero caudillo las alevosías y crueldades que habían ejecutado en aquellas provincias.

Antes que volviesen á sus tierras los Cabelludos y Camperos, les hizo Pin Dobiyu un elegante razonamiento, proponiéndoles las excelencias de la ley de los cristianos, la humanidad que estos profesan con sus mismos enemigos, como ellos lo estaban experimentando, pues siéndolo de Jesucristo, por salvarles sus vidas habían arriesgado las suyas, que les rogaba abriesen los ojos y se acogiesen al sagrado seguro de la verdadera religion; ofrecióles libre comercio con los de su pueblo, y que él iría siempre que se ofreciese ocasion á asistirlos y favorecerlos en los suyos, con que unidos con el vínculo de la

fe y fraterna concordia, podrían resistir mejor las invasiones de los Mamalucos.

Continuaron con ellos esta plática los soldados de Pin Dobiyu, y todos volvieron alegres á sus casas.

Hizo mucho ruído esta fineza de cristiana caridad entre aquellas dos naciones gentiles, y sin otro salvo conducto que la confianza en su experimentada fidelidad, vinieron tropas de las dos á visitar al Padre y á Pin Dobiyu y agradecerles la piedad que habian usado con los suyos.

Enviaron algunos de sus caciques á suplicar fuesen los Padres y los indios cristianos á sus tierras, que en ellas hallarían toda correspondencia y buen tratamiento y que todos deseaban recibir aquella ley santa que predicaban para vivir como hombres, que ya conocían que su vida era de brutos irracionales.

Estaba en este tiempo nuestro P. Antonio Ruiz gloriosamente ocupado en fundar y adelantar la reduccion del Tayaoba y disponiendo nueva entrada en los Guañanas y Chiquí, que tenían buena sazon para la se-

milla evangélica, y desde allí pasar á los Cabelludos, antes que los asolasen los Tupies. Y cuando el P. Mendoza le dió aviso de todo lo sucedido, hizo infinitas gracias á Dios, que por tan varios y no imaginados caminos facilitaba la conversion de aquellas naciones.

Llamó luego al P. Pedro de Espinosa, dejóle muy encomendados sus hijos benjamines Tayaobas que con tantos dolores suyos había sacado á la luz del Evangelio, y partió para la Encarnacion, visitando de paso la reduccion de San Pablo, bien gobernada por la industria y solicitud de un operario tan eminente como el P. Simon Maceta, con tan lucidos aumentos, que ya se contaban cuatro mil cristianos en ella.

Consolóse mucho de ver tan entronizada y aplaudida la fe, donde poco antes insolente triunfaba la idolatría, y adorado el verdadero Dios donde indignamente, por espacio de tantos siglos lo había sido el demonio,

En la Encarnacion supo con más fundamento cuán bien dispuestos estaban los Cabelludos.

Envió orden al P. Francisco de Ortega para que tomase á su cargo la reduccion de San Francisco Xavier, donde el P. Francisco Díaz Taño residía, y que este insigne operario pasase luego á la de la Encarnacion para que corriese por su cuenta la del reino del Guarayrú, comenzando por los indios Cabelludos del Ibitiruna.

Apenas llegó la nueva á estos gentiles que el P. Antonio estaba en la Encarnacion, cuando vinieron embajadores algunos caciques á visitarlo en aquellas naciones y á suplicarle encarecidamente fuese sin dilacion á tomar pacífica posesion de sus provincias, que las hallaría rendidas á sus pies y obedientes á sus mandatos. Y que solo dos en ellas hacían alguna resistencia á la ley de Dios; el uno el astuto hechicero Guirayrú, que con sus embustes pretendía tiranizar la tierra y le había puesto su nombre á todo el reino. Que el otro era ya grande amigo del capitán Pin Dobiyu, que alevoso y cruel le había muerto y comido la madre, como queda dicho en el capítulo X.

Este, hallándose muy solo, á causa de que

sus amigos habían hecho liga con Pin Dobiyu, teniendo la sangrienta guerra que le amenazaba, quiso acogerse á la proteccion del malvado hechicero Guiravera, donde se tenía por muy seguro. Y cuando con toda su gente y familia, que era mucha, iba en busca de su patrona, perdió el camino, y sin saber cómo ni por donde vino á dar un día al reir del alba en la reduccion del Nuatingui, habiendo caminado toda la noche.

Conociéronlo los indios que habían venido á ver el P. Antonio.

Salióle al encuentro el capitán Pin Dobiyu, á quien él tenía por enemigo, y con razón, por los descomunales agravios que le había hecho.

Pero experimentó la virtud de la ley de Cristo, porque lo halló muy amigo, pues cuando pudo muy á salvo vengarse, lo recibió en sus brazos con todo agasajo y mansedumbre, trájolo consigo á los PP. Antonio Ruiz y Cristobal de Mendoza, que le hicieron el mismo tratamiento; y Pin Dobiyu una plática tan cuerda y tan espiritual como pudiera cualquiera de aquellos dos apostólicos

varones. Que después que por la misericordia de Dios se había hecho cristiano, era muy otro de lo que ser solía. Que la santa ley que profesaba le había enseñado á hacer bien á sus enemigos. Que estuviese cierto había olvidado las pasadas injurias, y que si quisiese su amistad podría valerse dél con toda seguridad y confianza.

Fueron tan eficaces estas razones, que el cacique, convencido con ellas se resolvió de quedarse en aquella reduccion, y nunca más ganado que cuando se tuvo por más perdido.

Quitado este tropiezo y con las noticias de que el otro enemigo capital Guarayrú, huyendo de los Padres, se había retirado á lo interior de aquellas provincias, se facilitó la entrada á la de los Cabelludos. Y habiendo llegado el P. Francisco Díaz, partieron luego á esta gloriosa conquista.

Gustaron de acompañarles el capitán Pin Dubiyu con otros treinta principales caciques, y muchos de sus vasallos.

Llegaron al cerro Ibitiruna, habiendo pasado muchos pantanos, ríos caudalosos y

montañas pobladas de altísimos árboles. Y aunque antes se encontraban por aquellos caminos tropas diferentes, no les salió al encuentro persona alguna.

No lo tuvo por buena señal el capitán Pin Dobiyu; pero como habían precedido de su parte tantas diligencias y deseos, suspendieron el juicio, persuadiéndose estaría la gente ocupada en preparar el recibimiento solemne como lo habían hecho otras naciones.

Presto se supo la causa que tuvo aquella gente para retirarse, y fué que Guarayrú, por consejo de los cuatro demonios que lo gobernaban, mudó de parecer y trató de impedir la entrada de los Padres.

Convocó para esto la gente que tenía á su obediencia, y sabiendo que los nuestros habían de pasar forzosamente por un monte que divide aquellas provincias y las de Nuatingui, y que necesariamente habían de vadear dos caudalosos ríos, ordenó que entre los dos se emboscase gran número de gente para acometerlos á traicion y quitarles la vida y comerlos, como lo hacen con los demás que vencen en la guerra.

Fué esta novedad de gran sentimiento para muchos de sus mismos caciques, particularmente para aquellos que hicieron la embajada pidiendo ministros evangélicos en nombre de la provincia, y habían visto en la Encarnacion el consuelo y descanso con que viven los cristianos.

Habían cobrado á los Padres entrañable amor y deseaban tenerlos en sus tierras. Y aunque al principio se resolvieron constantes de oponerse á aquella conjuracion, cobardearon á vista del ejército numeroso que había juntado Guarayrú, todo compuesto de feroces gentiles que no conocían á los ministros de Dios. Juzgaron por cordura disimular su sentimiento y dieron á entender que también concurrirían á la emboscada.

Pero de secreto despacharon propio de toda confianza que fuese á encontrarse con los Padres antes que se empeñasen en el tránsito del monte y esguazo del primer río, y les hiciese saber la mudanza de las cosas y dañada intencion de Guarayrú.

A más de aquel correo despacharon otros para mayor seguridad. Quiso Dios no se

frustrase la diligencia de aquellos caciques leales y que el primer propio de aviso, sin ser visto ni sentido de las espías enemigas, llegase á un profundo arroyo donde topó á Pin Dobiyu y le dió noticia de la traicion que les tenían armada en el camino.

Hicieron alto y pusieron silencio á su gente para no ser descubiertos del enemigo. Aguardaron á los Padres que venían en retaguardia, y conocieron todos su manifiesto peligro, cercados por una y otra parte, donde ninguno podía escapar la vida.

Entraron en consejo de lo que habían de obrar.

Pin Dobiyu y los caciques sus compañeros, expertos en semejantes traiciones, dijeron:

—Padres, si fuéramos los de nuestro campo iguales en número con ellos, no había qué temer, porque les somos superiores en el valor; pero para cada uno de nosotros hay cien enemigos. Prudencia será asegurar una honrosa retirada, y no por donde habemos venido, que podrían aquellos aguardarnos al paso, avisados de sus espías. Desmen-

tiremos estas por diferente camino, aunque algo más dificultoso, tanto mejor para hacer defensa si siguieren el alcance. Acometer animosos parece temeridad, y aunque venciésemos sería con daño de la religion, pues irritados los contrarios con el estrago y muertes de los suyos, cerrarían para siempre el paso á la predicacion del santo Evangelio.

Parecióles á los Padres el consejo del cielo, como inspirado del Espíritu Santo.

Tomaron otro camino, aunque con las armas á punto, por si acaso acometiese el enemigo.

Fueron excesivos los trabajos desta vuelta, por la espesura de los montes y malezas. Faltó á lo mejor la vitualla, y era sabroso bocado el de los palmitos y raíces silvestres, que en tiempo de carestía es el único refugio destos indios.

Adoleció el P. Antonio de unas ardientes calenturas con grandes bascas y flaqueza de fuerzas. Llegaron á un arroyo y los indios se esparcieron por la campaña á buscar la comida.

Deparóles Nuestro Señor unos arbolitos cargados de una extraordinaria fruta, pero muy parecida á otra que producen con abundancia las riberas del Parará, aunque esta es del todo dulce, aquella era agridulce; comióla el Padre y conoció que le componía el estómago; repitió la medicina, y libre de las inquietudes del estómago lo quedó de las calenturas. Y aunque el enfermo atribuyó su mejoría á oculta virtud de aquella fruta, su compañero y los indios la tuvieron por milagrosa.

Con esto cesó por entonces la conversion de aquellos gentiles, reservada para otro tiempo de la providencia divina. Volvió el P. Antonio á sus Tayaobas, y de allí á las provincias de los Guañañas y Chiquís, como se dirá en el capítulo siguiente.





CAPITULO XIX

Entra en las provincias de los Guañañas y Chiquís á predicar el Evangelio.

—

Ardía en el pecho del P. Antonio el fuego del amor divino, y como este era grande, la mayor esfera le parecía corta para su actividad.

Tuvo noticia de que los Guañañas y Chiquís deseaban predicadores del Evangelio y sentía en el alma que pereciese de hambre tanta muchedumbre de gentiles como pueblan estas dos provincias. De cuyos naturales hay tradicion, entre ellos muy valida,

que son oriundos de españoles, que navegando los mares del Norte en una desecha tempestad, encallaron en la costa, donde muchos perecieron. Los que salvaron las vidas entraron la tierra adentro y casaron con hijas de caciques; y á la verdad no hay en la América gentiles más parecidos en las facciones y color del rostro á los españoles, ni en el ánimo, valentía y extratagemas que en sus batallas usan, con que son muy respetados y temidos de todas las naciones circunvecinas.

Este fué uno de los motivos que tuvo el P. Antonio para reducirlos al conocimiento del verdadero Dios, que adoraron sus antepasados.

Embarazábalo la continua guerra entre los Guañañas y Tayaobas que se perseguían y cautivaban unos á otros con odio mortal.

Tenían estos algunas noticias de los Padres misioneros y del grande amparo que á su sombra hallaron los indios Guaranís, la educacion y enseñanza de las cosas del cielo; el conocimiento del verdadero Dios de

que ellos carecían, adorando idólatras á los demonios en diferentes criaturas, engañados de sus hechiceros, hombres viciosísimos y hambrientos de carne humana.

La paz y fraterna concordia con que los cristianos vivían en formadas repúblicas, la caridad con que unos á otros se favorecían en sus sementeras, enfermedades y trabajos.

Todo esto sabían por relacion de algunos de los suyos que estuvieron en la Villa Rica, y conocieron y trataron en ella al P. Saloní. Pero mucho más por el informe de los cautivos Tayaobas, después que estos se convirtieron á la fe. Conque envidiándoles su buena fortuna deseaban ser participantes de ella, y que entrasen en su tierra religiosos á predicarles la doctrina del cielo y darles orden de vivir como hombres.

Todo lo dicho avivó en el P. Antonio las ánsias de convertir esta gente y establecer una perpétua paz entre ella y la Tayaoba. De donde se prometía otro bien grande, que por sus tierras se abriría camino para comunicarse estas reducciones con las que tie-

ne la Compañía de Jesús en los ríos del Uruay y Guazú, y darse la mano y consolarse unos misioneros á otros, que no fuera poco alivio en aquellos destierros voluntarios, como finalmente se consiguió.

Y como ya los Tayaobas habían rendido á Cristo su fiereza, deseaba que siguiesen los Guañañas su ejemplo, y se excusasen de una y otra parte las antiguas hostilidades con que se destruían.

Había suspendido esta mision por la que intentó hacer en los Cabelludos, como queda dicho. Hallándose desembarazado por entonces desta, tuvo nueva de la extrema necesidad que padecían los Guañañas abrasándose con un maligno contagio de viruelas, peste corriente y transcendental á todos los indios. La tierna compasion le obligó á acelerar su viaje.

Consultó con sus compañeros el modo más breve para socorrer aquella muchedumbre gentil que perecía.

Como en los corazones de todos reinaba el mismo celo, resolvieron todos que sin más dilacion entrasen dos Padres por dife-

ıentes caminos, por el gran riesgo que llevaban los dos, haciendo el discurso prudente que Jacob en la division de sus tropas: *Si percusserit unam, salvabitur altera.* Que el uno dispusiese la entrada por donde la guerra y la peste hacían más luctuosos estragos, y el otro por el rodeo de la Villa Rica que había tenido algún trato con aquella provincia.

Fueron electos para esta empresa grande el P. Antonio Ruiz y el P. Francisco Díaz Taño, Bernabé de aquel Pablo, y Elíseo de un segundo Elías, y que éste marchase por la primera vereda, aquel por la segunda.

Partieron á un mismo tiempo, llegaron á la reduccion de San Pablo, donde aún estaba el P. Simon Maceta. La tierra era tan quebrada y los pasos tan dificultosos que en algunas partes era necesario descolgarse con sogas, que se tejen de unos arbolillos correosos y flexibles como mimbreras.

Fueron en su compañía los PP. Juan Suárez y Josef Cataldino, el uno para que acompañase al P. Simon Maceta y el otro para que fuese con el P. Antonio á la Villa Rica,

y desde allí cada uno de los dos misioneros tomó su rumbo diferente.

El P. Antonio desde la Villa Rica fué á dar en unas minas de hierro que benefician los españoles y con esta ocasion tienen con los Guañañas comercio. Visitó en este paraje los indios cristianos de diversos pueblos, confiriendo con ellos las causas de su viaje.

Festejaron su venida con muestras de mucho regocijo. Y aunque no había llegado á ellos la peste, supo la riza que hacía en el río de Icatú y en el de Piquiri. Antes de pasar adelante bautizó á todos los infantes para asegurarles la vida del alma, en caso que cundiese la peste y les quitase la del cuerpo.

Fué desalado en busca de los heridos del contagio, y llegando á donde con extremo desamparo perecían muchos, comenzó á trabajar incansablemente confesando á muchos cristianos que allí había de la nacion Guaraní, administrándoles el Viático y la Extremauncion, y catequizando por medio de intérprete á los Guañañas, que eran de diferente lengua, bautizando y enterrando á muchos que cada día morían, particular-

mente un gran número de infantes, que dichosos volaron al cielo.

Llegó la nueva de lo que Dios obraba por sus ministros á la provincia de los Chiquís; y ó traído de la curiosidad ó no, sino de algún impulso divino, vino el más principal de todos sus caciques, Curitú, acompañado de otros indios nobles.

Hízoles el Padre el regalo que pudo, ofrecióles que iría á sus tierras, envió con ellos recaudos muy cumplidos á los caciques de mayor nombre, que vivían en los dilatadísimos campos intermedios entre el Icatú é Iguazú, por donde deseaba abrir camino para comunicarse con las reducciones del Uruay.

El copioso fruto que cogió para el cielo y lo mucho que padeció en estas correrías, significa en una carta escrita á su provincial, donde dice así:

«En breves días entré en estos campos, á pie, habiendo atravesado un asperísimo monte, todo poblado de espesos jarales, espinos y arcabucos, que me dejó sin medias y zapatos, y aun se me quedó con trozos de mi sotana.

Visité todos estos pueblos de los Guañañas. Y causa gran compasion verlos tendidos en la desnuda tierra, unos ya difuntos, otros boqueando, otros dando voces y pidiendo misericordia.

Todo este mal se les ocasionó de un gran desorden que hicieron, lavándose en la fuerza de su enfermedad en estos arroyos que son frigidísimos.

Lo primero que hice habiendo llegado á estos pueblos gentiles fué buscar un indio lengua Guaraní, que entendiese la desta nacion, y deparómelo el Señor muy á propósito en uno natural del Paranapane, donde están fundadas nuestras dos antiguas reducciones.

El cual había venido á esta tierra con ánimo de volverse luego á la suya; pero el Señor que lo tenía destinado para intérprete mío, lo tulló y obligó á quedarse aquí, con que vino á saber muy bien su lengua. Con su ayuda hice un breve *Catecismo* y un *Tratadillo de la Confesión*. Bauticé gran número de infantes y adultos; de unos y de otros fueron muchos á poblar el cielo. Con-

fesé á algunos cristianos que por conveniencias propias habían ido á vivir entre aquellos gentiles y se habían hecho á sus malas costumbres.

Confieso á V. R. que me cansó el trabajuelo, mas no por eso aflojé un punto. Llegué á un pueblo á donde no había penetrado hombre español por estar muy distante y ser sus indios belicosos y fieros.

Cuadróme mucho el sitio, pero mucho más el cacique principal, que tenía cinco hijos, todos señores de vasallos como el padre, y en pueblos diferentes. Y como supo que yo había pacificado el Tayaoba y hecho en sus tierras un pueblo grande, me rogó que me quedase allí, ofreciendo juntaría mucha gente, porque deseaba tener paz con el Tayaoba.

Parecióme sería de grande gloria de Dios fundar allí una reduccion, y así le dí palabra de volver después de haber corrido la tierra. Contáronle los indios á este cacique cómo en un pueblo donde yo había echado agua bendita, ninguno había muerto de peste, habiendo sido en otros grande la mortandad.

Rogóme hiciese lo mismo en el suyo. Rodeélo todo con sobrepelliz y estola, esparciendo agua bendita, y fué Nuestro Señor servido que aunque entró el contagio de las viruelas en él, ninguno de sus vecinos murió.»

Esta fué la ocupacion del P. Antonio en la entrada que hizo por la Villa Rica.

No con menos fatigas y peligros hizo la suya el P. Francisco Díaz. Embarcóse por el río del Ubay, y fué el primero que experimentó los grandes riesgos de su navegacion, porque ambas riberas están muy pobladas de hormigueros de indios bárbaros, muchos hechiceros, que deseaban mucho haber á las manos alguno de los Padres, para hacer de sus carnes sacrificio al Dios de su vientre, porque apenas reconocen otro: *Quorum Deus venter est.* Pero librólo de sus garras la providencia divina para que sacase de las del demonio muchas almas en aquella mision.

Llegó á esta reduccion donde estaba el P. Pedro de Espinosa, y como se divulgó que pasaba á los Guañañas, por donde más riza

hacían los incendios de la peste y de la guerra, procuraron disuadirle aquella jornada, teniendo por cierta su muerte. Y no pudiéndolo conseguir, muchos se ofrecieron á acompañarle, y entre ellos el cacique Maendi, de quien arriba hicimos mencion. A este, con algunos de sus aliados y con otros cuarenta indios, permitió fuesen en su compañía.

Después de diez días contínuos de viaje en que tramontaron sierras y montañas altísimas, dieron en una llanura grande á la cual bañaban arroyos diferentes, coronadas sus márgenes de bellísimas arboledas. Aquí quiso el P. Francisco Díaz celebrar el santo sacrificio de la misa en accion de gracias de haber llegado á aquel ameno sitio, después de tantos trabajos y peligros.

Apenas hubo sumido, cuando se vieron cercados y acometidos de mucha gente de guerra, cuyo cabo era un cacique llamado Tumbí. Pero quiso Dios que se rindieron á las suaves razones que les dijo y á los agasajos y caricias que les hizo el Padre, con que se abstuvieron de toda hostilidad.

El día siguiente al amanecer se vieron

embestidos de otra gran tropa del cacique Cayyú.

No desmayó el P. Francisco entre tantos y tan manifiestos peligros de su vida; antes con nuevo valor, nacido de su alentada confianza en Dios, continuó su viaje, ofreciéndose á Su Majestad en sacrificio para que hiciese dél según su santísima voluntad. Movió á uno de los caciques que le habían acometido el día antecedente á servirle de guía, y después de treinta jornadas llegaron á la falda de dos eminentes cerros, donde soplaba un viento tan craso y pestilencial, que de sólo él coligieron estaba cerca la tierra infecta del contagio.

No fué mal fundada la sospecha, pues á media legua dieron en varios ranchos, hechos unos hospitales de heridos y los campos llenos de sepulturas de los que habían muerto de pestilencia. Bautizó luego á todos los infantes. Visitaba contínuamente las barracas de los enfermos, catequizando á los que corrían mayor peligro, y ministrándoles el santo bautismo.

Los mismos oficios de caridad ejercitó

en otros pueblos de aquella comarca. Ocho meses empleó en estas obras de tan insigne piedad, verificándose en él lo que de la divina providencia dijo San Basilio: *Convenientem & accommodatum ad cuiuscumque œtatis morbum medicum parat.* Todas las edades y suertes de personas hallaron en el misericordioso Padre Francisco Díaz remedio de sus males. A muchos conservó la vida del cuerpo; y á los que esta no pudo, les aseguró la del alma, enviando innumerables almas á la posesion de la eterna.

Lo que padeció este apostólico varon en esta larga y trabajosa peregrinacion, los riesgos á que expuso su vida, la hambre, el desvelo y otras infinitas penalidades que alegremente padeció, no son desta historia, y la requieren más larga, que sin duda saldrá á su tiempo.

Dicha mía fuera ser coronista del que siempre he venerado por padre; pero acuérdome de lo que dijo el discreto Petrarca á otro carísimo amigo suyo: *Si vis laudari morere.* Ya sabes, amigo, el bando que se echó á los cristianos y cuerdos historiado-

res. *Ne laudaveris virum in vita sua. Dicique beatus. Ante obitum nemo, supremaque funera debet.* Por tanto, si quieres que yo te alabe y eternice tu memoria, muérete y yo podré licenciar la pluma en elogios tuyos, que no me falta materia para hacerlos grandes; pero menos mal es que yo me mortifique, y tenga la rienda á mis afectos y á la pluma, que morir aquel por cuyo medio viven y reinan en la gloria millares de predestinados.

No puedo callar algunas cosas notables que conducen á la historia que escribo, y aunque son propias de dicho Padre Francisco Díaz, están engazadas con las del Padre Antonio Ruiz, pues en sentir de San Jerónimo, la ley de la recta justicia pide: *Ut quos amor coniunxit historia non separet.* Con singular consuelo de su alma notó el P. Francisco en esta apostólica mision la devoción y reverencia con que estos indios Guañañas oían atentísimos los misterios de la fe, y las ansias con que acudían á las aguas del bautismo, como cervatillos heridos á las fuentes particularmente las indias,

que antes que el Padre llegase, llamadas ya del celestial, suspiraban por salir de su mal conocida servidumbre.

Y como en este contagio pocas de las preñadas escapaban, era piadosa la competencia sobre cuál había de ser bautizada primero, para morir, como ellas decían, hijas de Dios.

Y con muchas sucedió que apenas se bautizaron cuando luego murieron y comenzaron á vivir para la eternidad. Milagrosamente conservó el Señor á su ministro la salud y fuerzas siendo la carga que llevaba para rendir al más gigante, y viviendo siempre entre apestados, con tan parco alimento y de mala digestion como las raíces de las hortalizas silvestres.

Llegó la peste á las minas del hierro, donde estaban acuartelados muchos indios y españoles de su custodia y beneficio. Avisaron al P. Francisco de su trabajo y falta de sacerdote que les administrase los Sacramentos.

Corrió allá á pie como caballo de posta, consoló y sacramentó á los enfermos, hasta

que terminó el contagio y luego volvió á los Guañañas que ya les había cobrado cariño.

Duróle la salud lo que en el pueblo la peste, y acabada esta, adoleció de unas fiebres malignas que lo pusieron en grande aprieto, sin médico ni medicina, ni género alguno de regalo, sin una corteza de bizcocho de galera, con solos los frutos de la tierra, que en vez de corregir la calentura, más la encienden.

Sentían mucho los indios ver tan enfermo á su verdadero Padre, con el apetito tan postrado, y con tanta falta de todo lo necesario. Uno dellos había visto en el monte una colmena silvestre. Fué volando á buscarla, trujo los panales y destilada la miel en una calabaza, mezclada con agua, le persuadió que la bebiera, que era remedio eficaz.

Condescendió el Padre con los ruegos del indio piadoso, y sin embargo de que no ignoraría que ni Hipócrates ni Galeno recetaron tal remedio para curar de calentura por ser la miel alimento bilioso y ardiente, con todo tomó el agua miel, y abrazóla tan bien el estómago, que durmió con mucho sosie-

go, y amaneció libre de todo accidente. Con que pudo continuar su viaje y llegó con salud, *post varios casus post tot discrimina rerum*, á donde el P. Antonio Ruiz residía, el cual se alegró mucho con su vista, porque no habían tenido noticias ciertas el uno del otro hasta qne se vieron juntos.





CAPÍTULO XX

Refiere el suceso de la misión de los Guañañas y un favor grande que hizo Dios al P. Antonio Ruiz.

Habiendo el P. Antonio visitado á los Guañañas y á los pueblos cercanos á las minas de hierro, los indios cristianos de la nacion Guaraní, que habitan las riberas del río Piquiri, acudieron al socorro que se prometían seguro de las entrañas de su caridad, pidiéndole les fuese á administrar los Sacramentos, porque ya la peste había prendido en ellos, y ni tenían párroco ni otro sacerdote.

Acudió luego al remedio de tan urgente necesidad. Y lo que le sucedió en este lugar dichoso con una célebre ermita consagrada á Nuestra Señora de Copacavana, imagen milagrosa y de mucha devocion, dice en una carta á su Provincial, por estas palabras:

«En habiendo concluído con los Guañañas vinieron á buscarme los indios de la ermita de Nuestra Señora. Fuí allá en tiempo que la peste había comenzado en ellos á hacer de la suyas. Confesélos á todos, sanos y enfermos, y les dí la sagrada comunion. Cargó la peste de suerte que no tenían quien les diese de comer. Y era necesario que yo acudiese á sacramentarlos y sangrarlos y mis muchachos á buscarles la comida.

Fué Nuestro Señor servido muriesen muy pocos de los que yo pude sangrar. Cuarenta días asistí aquí antes de Cuaresma, con singularísimo consuelo á la sombra y amparo de aquella santa imagen que hace muchos milagros resucitando muertos, restituyendo á los ciegos la vista y la salud á los enfermos, que de muchas partes acu-

den á buscar su remedio. Y yo, como tan enfermo, vine también por salud. Ayuné los cuarenta días que allí estuve, y pudiera decir mucho de la liberalidad desta Señora, pero diré más callando que escribiendo poco.

Extinta ya la peste me rogaron aquellos pobres quedase con ellos, pues muchos años antes les había dado palabra de volver á sus tierras.

Consoláronse con entender la imposibilidad de lo que pretendían. Mas con todo, les concedí quedarme allí la Cuaresma, en la cual otra vez se confesaron todos.

Hacía cantar por las tardes la letanía de Nuestra Señora, con la mayor solemnidad que mis fuerzas podían. Los viernes acudían todos á la disciplina. Causóme admiracion la luz que en aquel desierto les comunicaba Dios, por la intercesión de su Santísima Madre.

Había corrido voz que los Guañañas habían muerto y comido al P. Francisco Díaz Taño porque la primera vez que en aquel llano, diciendo misa lo cercaron los escua-

drones flecheros, dos de sus indios huyeron el peligro, y volviendo al Tayaoba esparcieron por cierta la muerte, con que en otras muchas partes prevaleció esta nueva.

Llegó el P. Francisco al pueblo de aquel devoto cacique que pidió al P. Antonio lo rociase con agua bendita. Este le dijo cómo el P. Ruiz había pasado al río Piquiri y las nuevas que habían corrido de su muerte, con mucho gozo de verlo vivo. Mucho más se alegró cuando supo la traicion de los Cabelludos y Camperos, y el modo con que Dios los había librado de su emboscada.

Pidióle con mucha instancia erigiese en aquel su lugar una iglesia, que ofrecía traer muchos gentiles á ser cristianos, y domiciliarse en él. Dióle el P. Díaz buenas esperanzas de que en habiendo cesado del todo la peste, el P. Antonio Ruiz daría la vuelta y condescendería con su justo deseo.

Desde aquí le dió al P. Antonio cuenta larga de todo lo sucedido en su viaje, y aunque deseó mucho llegar á verse con él y darla boca á boca, no fué posible tan presto porque los españoles de la mina de hierro le

representaron de nuevo la extrema necesidad que padecían de consuelo y pasto espiritual, sin cura que les administrase los Sacramentos, sin un sacerdote que les dijese misa siquiera las fiestas y domingos; rogáronle no los dejase en tiempo de Cuaresma porque había muchos años que no oían la palabra de Dios, y que sin este riego del cielo, estaban sus almas hechas unos estériles eriazos, llenas solamente de malezas de vicios, que confiaban había de arrancar con su autoridad, con su ejemplo y santa predicacion.

Concedióles su detencion todo el tiempo que fuese necesario para confesarlos á todos. Hízolo, con grande consuelo del confesor y de los penitentes, y cuando quiso partir no pudo, porque le adolecieron del contagio cuatro indios Guaranís, sus ayudantes en el catecismo de los infieles. Hubo de detenerse á curarlos y todos cobraron entera salud para la Pascua de Resurrección, con que el Padre las tuvo muy alegres y pudo proseguir su camino á donde le aguardaba el P. Antonio Ruiz que lo recibió en sus bra-

zos con muestra de extraordinario consuelo.

Y después de haber contado el uno al otro lo que el Señor había obrado en aquella mision por su medio, el P. Antonio, reconociendo al P. Francisco por Padre del alma, confesor y maestro de su espíritu, le dió cuenta de su conciencia y de los singulares favores que en aquella ermita había recibido de la Santísima Virgen, cómo hizo en ella cuarenta días de ejercicios, en que con más fervor y rigurosas penitencias de ayunos, disciplinas y cilicios *pernoctants inoratione Dei*, le había suplicado á esta Señora le alcanzase de su Hijo bendito afectos tiernísimos de su divino amor, y que le enseñase cómo le había de amar más y más con todas las fuerzas de su corazon.

Que la reina del cielo había oído sus clamores, porque reforzándolos un día delante de su devotísima imagen, vió venir sobre sí al Espíritu Divino en figura de una paloma de oro que hizo asiento sobre su pecho y con el pico le hirió el corazon, con que lo dejó tan herido y abrasado en el amor de su

Dios, que no podía hacer otra cosa que amarle intensamente, quedándole del golpe un dolor suavísimo que hasta la muerte le sirvió de contínuo despertador, como lo dijo á su confesor dándole cuenta de lo que pasaba en su alma.

Y aunque con particular estudio procuraba celar estos y otros favores del cielo, tal vez no podía más, porque embriagado del divino amor, cantaba sin tormento las divinas misericordias. Buen testimonio es de los incendios de su caridad aquel librito admirable que compuso, é intituló: *Arte brevísima para sacar fuego de amor de Dios en la oración.*

No menos se puede colegir de una carta que escribió al P. Juan de Hornos, á quien había ayudado mucho en su espíritu y guiádolo por el camino más derecho y seguro de la religiosa perfeccion. Pegando fuego á este Horno, le dice así: «¡Ah, padre mío! quién se derritiese todo en el amor de Cristo y aquellas espinas de su sacratísima cabeza las fijase todas en su corazon, y con las gotas de su preciosa sangre hermosease su

alma, y con intima atencion cuidase de solo esto y no se mezclase en otras cosas que arrebatan y divierten el pensamiento y privan al alma destos divinos abrazos, & *per consequens*, de una vida celestial y divina! ¡Oh, Dios de mi corazon, si como lo conozco lo apeteciera y como lo apetezco lo gozara, y como lo gozo perseverara en este sumo bien!»

A este tono prosigue en esprimir los afectos de su abrasado corazon. *Da amantem & sentiet quod loquor.* No entiende este lenguaje el que no sabe de amor.





CAPÍTULO XXI

Parten los PP. Antonio Ruiz y Francisco Díaz á fundar la Reducción de la Purísima en el pueblo del cacique Sohe Guañaña.

Con la venida tan deseada de su carísimo compañero el P. Francisco Díaz Taño, á quien ya el P. Antonio, con la nueva que había corrido de su muerte, veneraba glorioso mártir en el cielo, trató luego de fundar las reducciones de las provincias Guañañas. Y pareciéndole para la primera muy á propósito el pueblo del cacique Sohe, subieron el río arriba en una balsa ó canoa á

reconocerlo de nuevo y formar la planta de la iglesia y lugar.

Navegando por el Icatu, que de ordinario lleva rápida la corriente, y entonces más con las avenidas de las lluvias, dieron en un oculto arrecife y corrieron manifiesto peligro de ahogarse.

Naufragó el bajel con todo lo que llevaba de sagrados ornamentos y alhajas para la nueva iglesia y solas las personas bien mojadas salieron á la ribera, que no fué pequeña misericordia de Dios. No se le dió al demonio más licencia, que si la tuviera en las vidas en primer lugar ejecutara su saña.

Arrebató el golpe de la corriente la canoa, y la estrelló en un peñasco, que sobresalía en medio del río, con que no fué posible cobrarla ni rescatar lo que iba en ella.

Fué lance forzoso proseguir con harta incomodidad por tierra su camino y guiar á las minas de hierro que era el refugio más vecino, donde el P. Francisco Díaz había trabajado tan fructuosamente toda la Cuaresma.

Allí se detuvieron algunos días, forjando

las herramientas necesarias para abrir las zanjas, cortar y labrar la madera del nuevo edificio y otros instrumentos para las nuevas reducciones del Tayaoba.

Apenas supieron algunos españoles el intento que llevaban los Padres de conquistar para Dios y para el rey nuestro señor aquellas dilatadas provincias, cuando incitados del demonio y estimulados de sus particulares intereses, con medios bien ajenos de la religion y piedad cristiana, procuraron impedirlo.

Hablaron á los principales caciques de aquella nacion, diciéndoles de los Padres mil males, que no cabían en su modestia, en su virtud, en su desinterés y en el celo de dilatar la gloria de Cristo, que era el único fin y primer moble de aquellas empresas.

El mismo siniestro informe hicieron á los indios Chiquís, para que perdiesen el buen concepto que tenían de aquellos varones apostólicos, y convirtiesen en odio el amor que les habían cobrado.

No es maravilla que entre hombres tan destituídos de toda enseñanza, tan olvidados

de Dios y de sus almas, tan tiranizados todos de la codicia de los bienes temporales, se hallase esta mala raza de cristianos, pues los hubo en la Iglesia primitiva, y obligaron á llorar sentidamente su ceguera al apóstol San Pablo. *Multi enim ambulant, quos sœpe dicebam vobis, nunc autem & flens dico, inimicos Crucis Christi.* Como si estos fueran enemigos de Cristo, así persuadían á los gentiles que no llevasen á sus tierras predicadores de la fe. Con los ojos con que el apóstol, lloró nuestro Antonio esta desdicha, en una carta que escribió á su Provincial, donde dice así:

«Aún no habemos resuelto el modo para entrar con la luz del Santo Evangelio en la provincia de los Chiquís, porque algunos españoles, con poco temor de Dios, les han hablado contra nosotros, maleando al cacique principal y diciéndole no nos creyese, que los engañábamos. Esta es la ayuda de costa que tiene la predicacion del Evangelio en estas regiones en gente que se precia de cristiana.

Sembraron entre los indios mil prodigio-

sas mentiras, como que los queríamos reducir y juntar en pueblos para llevarlos á España cautivos, que mirasen cómo se fiaban de nosotros, que tirábamos á acabarlos y consumirlos; y otras calumnias semejantes, que yo no extraño, porque há muchos años que las oigo.

No dejaba de lastimar mucho el sincero corazon de aquellos varones apostólicos, el ver que habiendo en aquellas naciones tan buena disposicion para convertirse á la fe, los españoles por una parte y los portugueses por otra, fuesen los mayores tropiezos, siendo los más obligados á fomentar su conversion.

Bien puedo yo exclamar con el poeta: *Quid nom mortalia pectora cogis Auri sacra fames*? ¿Cuándo la apocada codicia de las riquezas dejó de hacer oposicion á la virtud y santidad?

¿Pero qué puede la malicia de los hombres contra el consejo de Dios? No prevaleció la destos malos cristianos, porque el cacique tenía buen entendimiento y bien conocida la entereza y verdad de los Padres;

estaba satisfecho de que no pudieron tener otro fin de desterrarse de sus patrias y exponerse á tantos peligros, incomodidades y trabajos, sino el sacarlos á ellos de la ignorancia en que vivían sepultados y ponerlos en el camino seguro de su salvacion.

Habíales ya cobrado grande amor, y así fué poca nieve la de aquel informe falso para entibiarlo en sus afectos y deseos, y como un cordero se iba en seguimiento de los verdaderos pastores y discernía las vulpejas y lobos, disfrazados con pieles de ovejas.

No ignoraba la astucia y cavilacion y el motivo que podían tener los que decían mal de hombre de tan santas costumbres, y de tan inculpable vida.

Dos cosas notables se ofrecen aquí de nuestro Padre Antonio. La primera el espíritu profético con que previó la total destruccion de aquellas reducciones, y de las demás que con tantos sudores habían fundado sus antecesores en aquel dilatado gentilismo.

Serían como las diez de la noche cuando estando en fervorosa oracion, como solía,

delante de la cruz del rancho en que se habian albergado los Padres, se le apareció el V. P. Roque González de Santa Cruz, á quien pocos días antes habían martirizado los hechiceros del Uruay, y entonces había llegado la nueva de su dichosa muerte, con harta envidia que le tuvieron los demás misioneros.

Encomendábase en sus oraciones el Padre Antonio y rogábale le alcanzase de Dios muerte semejante á la suya. Aquí oyó que el P. González, presente, le decía:

—Hermano Antonio, no te desconsueles, que tu martirio quiere el Señor que sea más despacio, y con cuchillo de madera.

Dicho esto desapareció. De aquí coligió el P. Antonio que sin duda se iba armando contra él alguna furiosa tormenta, y con grande ánimo se ofreció á padecerla por amor de Cristo y salvacion de las almas.

La segunda fué que cuando él salió de aquella santa ermita de Nuestra Señora de Copacavana, entró en ella un español casado en la Villa Rica, que con intento de pasar al Perú, vino por la vera de San Pablo, y

hallando el tránsito muy dificultoso, se domicilió en aquella ciudad.

Este, considerando su gran pobreza, cargado de hijos y mujer y que su mala fortuna lo había sepultado en aquel rincón solitario del mundo, y cortado el hilo á sus esperanzas, vivía anegado en un piélago de profunda melancolía y á pique de dar en el abismo de la desesperacion.

En medio de estas ondas que combatían su afligido corazon, acudió cuerdo á buscar puerto seguro en la que lo es de todos los navegantes, y á hacer una novena en dicha santa ermita.

El último día, no descubriendo tierra, ni á sus males remedio, hecho un mar de lágrimas, quedó como absorto, y en esta suspension de sentidos le pareció ver delante de sí al P. Antonio Ruiz, que le decía:

—Hermano, si quieres que te consuele esta Señora, trata de enmendar tu mala vida; deja tal ocasion, en que te pierdes; con eso tendrás propicia á la Santísima Vírgen. Haz una buena confesion, con verdadero dolor, de todo lo pasado, y con firme propó-

sito de la enmienda en lo porvenir, que con eso darás en la vena del verdadero contento.

Oyó el consejo y propuso de ejecutarlo. Volvió de aquel embelesamiento y abstraccion de sentidos y vióse delante al P. Antonio Ruiz como quien se despedía para salir de la ermita. Detúvose breve rato en el examen de su conciencia, salió en busca del Padre, que creyó estaba en el lugar, y supo de cierto había ya cuatro días que había partido.

Admirado del caso, encontró algunos días después con el P. Francisco Díaz, rogóle le oyese de penitencia, y refirióle todo lo dicho, afirmando por cosa cierta que el Padre Antonio Ruiz había estado con él en dicha ermita cuando cuatro días antes, en compañía del mismo P. Francisco Diaz, había ausentádose de aquel pueblo. De donde se infiere ó que algún angel en cuerpo asunto tomó su figura ó que el P. Antonio estuvo en dos lugares para el consuelo y salud espiritual de aquella alma, como su gran Padre San Ignacio, que sin ausentarse de la

casa profesa de Roma, se halló en Colonia, de Alemania, para consolar á un súbdito suyo.

A otras muchas personas contó este buen español lo que con dicho Padre le había sucedido, y que toda su dicha consistió en los saludables consejos que le dió en la ermita, reprendiéndole pecados ocultos que no pudo saber sin revelacion divina.

El P. Francisco de Ortega, varon muy fidedigno, afirma que en la reduccion de Loreto una noche iba á cerrar una puerta de la calle, que por olvido había quedado abierta, pasó por el aposento del P. Ruiz, y lo vió arrodillado, y sin detenerse á hablarle palabra ni torcer el camino, pasó á echarle la llave á la puerta, y con no pequeña admiracion encontró al mismo P. Antonio, que dejó en su celda, que venía de cerrarla, y díjole:

—¿Aquí está V. R.? ¿Pues no le he dejado en este instante en su aposento?

Calló el humilde Padre la maravilla que podía granjearle nueva veneracion.

Tercer día de Pascua de Espíritu Santo

salieron el P. Antonio Ruiz y Francisco Díaz á fundar la reduccion del Sohe, y en el camino, como si hubiera bajado sobre él alguna lengua de fuego, todo abrasado del divino, comenzó á discurrir sobre el inmenso beneficio que Dios había hecho á los hombres villanos y desagradecidos en darles para maestro y consolador al espíritu divino. Fervorizóse de suerte en esta plática, que no parecía articulaba palabras, sino que del incendio de su pecho le saltaban llamas por la boca y le encendían el rostro. Iba tan fuera de sí, que á cada paso perdía el camino y echaba por pedregales y abrojos y era necesario volverlo á él. Llevaba clavados en el cielo los ojos destilando copiosas lágrimas el fuego que ardía en el corazon.

Festejaron los indios la llegada de los Padres con muchas fiestas y regocijos. Escogieron el sitio más acomodado, y diéronle al pueblo nombre de la Purísima Concepción.

Solos cinco días estuvo el P. Antonio en aquel lugar, y dejando en él al P. Francisco Díaz, pasó al Tayaoba llevando consigo los

más principales caciques Guañañas, para establecer entre las dos naciones una perpétua paz, dar principio á su comunicacion y fin á las sangrientas discordias y guerras pasadas que á ambas partes habían costado tantas vidas.





CAPÍTULO XXII

Llega al Tayaoba, y lo que hace para reducir al famoso hechicero Guiravera.

—

Grande oposicion hacía el demonio á la conversion de los infieles por medio de aquel su infernal ministro y diabólico hechicero Guiravera, con encantos, embustes y raras transformaciones, haciendo que los troncos pareciesen hombres, que de la region del aire descendiesen demonios transfigurados en ángeles, que venían á donde él estaba y le doblaban la rodilla.

Fingía ser Dios y que se entendía con el

cielo; que unas veces él despachaba para allá sus correos; otras de allá le enviaban embajadores á explorar su voluntad.

Con estas fantásticas tramoyas hechas por arte de su dueño Satanás, llevaba encandilado al pueblo, adorado de unos y temido de otros. Cuando se recelaba de algún cacique ó se sentía agraviado, era una fiera en la venganza. Al que él mismo podía degollar por su mano, no encomendaba á la agena el sacrificio. Cuando de otra suerte no podía quitarle la vida, valíase deste diabólico estratagema.

Disponía un convite grande, y uno de sus convidados era el enemigo. Alzadas las mesas le hacía su proceso, acusándole de graves delitos, unos verdaderos, otros fingidos, y para la probanza bastaba su palabra, porque tenía más autoridad con aquellos bárbaros que Pitágoras con sus discípulos.

La sentencia sin apelacion era siempre que lo hiciesen cuartos, que lo asasen y se lo comiesen por postre. Si ni desta manera, fingía que negocios de mucha importancia pedían que enviase un correo ó embajador

al cielo. Nombraba para esta embajada á su contrario, que no le era posible rehusar. Y el sello con que firmaba los despachos eran los dientes de una vívora ponzoñosa, que aplicada á las espaldas, se las sajaba con heridas de muerte, y decía que aquella era la divisa de su embajada y el salvo conducto para que nadie pudiese embarazarle el camino. Y si alguno rehusaba este cargo, se lo hacia admitir con violencia, dando á entender que deste modo los enviaba al cielo, cuando á la verdad, con ese ardid los llevaba el demonio al cautiverio del infierno.

Con estos enredos era muy venerado y temido, y no habia quién se atreviese á disgustarlo que luego no sintiese un golpe mortal de su indignacion sobre sí. Y aunque los más entendidos huian de su comunicacion y pernicioso trato, seguíanle muchos en aquellas provincias, y era causa que no se hiciesen cristianos los infieles que deseaban serlo.

Donde más se experimentó el daño deste hechicero perjudicial, fué en la reduccion

de San Pablo, donde al P. Simón Maceta, su cura, daba continuados asaltos y lo obligaba á vivir con perpétua centinela. Y aunque procuró ganarlo con algunos regalos y presentes, entre ellos de estimacion, y los recibia con agrado, significando lo que deseaba la paz y amigable correspondencia, todo era fingido, llevando oculto en el corazón el veneno para escupirlo siempre que se ofreciese ocasion.

No se fiaba ni de los Padres ni de los indios cristianos, temiendo que harian con él lo que él deseaba hacer con ellos.

Para vivir más seguro se retiró á unas sierras asperísimas y muy separadas del humano comercio, donde á solas se entendia con sus demonios, entre los ríos Iñeay y Ubay.

Hacian los Padres y los fieles contínua oracion, suplicando á Dios domesticase este horrendo mónstruo, y lo trujese al conocimiento de la verdad, ó que si habia de proseguir en su ceguera atajase con su providencia los daños que hacia á aquella nueva cristiandad, como lo habia hecho con Simón Mago en la primitiva.

Instaban con ayunos, disciplinas y otras rigurosas penitencias, juzgando que esta mudanza solamente la podia hacer el poder de su diestra.

Sirvióle de algún motivo para tratar de reducirse, la fama de que los Guañañas, á quienes los españoles llaman Gualachos, habian abrazado la fe, rendidos á la obediencia é institucion de sus ministros, y que los agravios que á estos se habian hecho, los habian de vengar aquellos como propios.

Con esto entró en miedo de los desta nacion, sus capitales enemigos. Procuró entablar trato y comunicacion más estrecha y familiar con los de San Pablo, hurtando el cuerpo á los Tayaobas, que se sentian dél muy injuriados.

Tuvo aviso desta novedad el P. Antonio, que por todas las sendas tenía armados cepos para prender este lobo y convertirlo si pudiese en perro de la grey del Señor. Partió luego para esta reduccion á probar de nuevo la mano y ver si el hechicero le daba pie para acometerlo y rendirlo á Cristo.

Envió algunos caciques á la sierra, donde se habia hecho fuerte, para que lo fuesen halagando y disponiendo, y le hiciesen saber la fidelidad que profesaban y cordial amor que tenian los Guañañas á los Padres, en cuya defensa daria cada uno mil vidas, si tuviera tantas, y que como leones harian pedazos á los que á sus maestros se atreviesen á tocar en un hilo de la ropa.

Lo que resultó destas diligencias refiere el mismo P. Antonio en una carta á su Provincial, que siempre es la más segura de marear para hacernos á la vela en la narracion destos sucesos.

«Aunque deseo contar a V. R. muy por menor lo que me sucedió con el famoso hechicero Guiravera, no será posible reducirlo todo á los angostos límites de una carta.

En mi vida conocí hombre más grave, más entonado, arrogante y puntoso en cosas que no es posible que él las haya alcanzado por sí, sino que las ha aprendido con el magisterio del demonio, porque es voz común y fama pública que los tiene familiares, y

contrata amigablemente con ellos, y lo parece así.

Su altivez ha llegado al extremo de locura á que llegó la de Lucifer, pues hasta agora se ha arrogado el ser y el nombre de Dios, sacerdote grande y capitán general destas ciegas naciones que le obedecen.

Pasó, pues, la venida deste gran mago desta manera: Como supo que pasábamos del Tayaoba á San Pablo, me envió dos caciques principales de paz á pedirme un ornamento para decir misa, ó por lo menos un misal, que lo demás ya él lo tenía, y fué lo que me robaron la primera vez que entré en el Tayaoba, que deseaba verme, que le enviase una ropa buena.

Los mensajeros no se atrevieron á decirme lo primero; dijéronme lo segundo, y que le enviase mis palabras, porque deseaba saber lo que yo quería dél.

Esto dijo, porque como el demonio habla á estos hechiceros en los cuerpos difuntos, que ellos veneran por dioses, y los llaman así, háles dado á entender que los hechiceros insignes de esta era, son los que tienen

las almas de los que ya murieron. En cuya categoría me pone el demonio á mi, y les dice que yo tengo el alma de un famoso hechicero que floreció en los siglos pasados y se llamaba Quaracití, que significa Sol resplandeciente, y por esto corre entre ellos que yo soy Tupa Ete, el Dios verdadero.

Este desatino oí ya en el Tayaoba, aunque entonces no supe el fundamento con que lo decian, hasta que después lo averiguó el P. Cristobal de Mendoza.

Enviéle á decir con mis mensajeros que no queria que mis palabras anduviesen en lenguas de indios vasallos, que viniese en persona á oirlas, y que tomase ejemplo de todos los demás indios, que como los polluelos se van tras de su madre, así venian en pos de mí.

Y pues sabia lo que los Gualachos habian hecho nuevamente conmigo, que los imitase y gozase de un buen dia, antes que le viniese alguno malo.

Dí á los embajadores algunas cosillas, con que los despaché muy contentos. Envié también un cacique principal, cristiano anti-

guo, y cuando gentil, bien conocido por la fama de hechicero.

Llegó éste al pueblo de Guiravera y halló que le tenian preparada para su recibimiento una calle enramada y alfombrado el suelo con varias yerbas. Entró dando voces, según el uso de aquella gente, diciendo que yo le enviaba por Guiravera.

Salió él con mucho entono y gravedad de su casa con una espada en la mano, y habiendo oido la embajada, dijo:

—Yo no quiero ir; algunos de mis vasallos enviaré. Y si otro que vos hubiera venido á llamarme, yo lo matara y me lo comiera.

Al fin mi cacique con buenas razones lo convenció que viniese. Antes de llegar envió delante más de doce correos, uno después de otro, avisando le saliesen al encuentro tales y tales caciques, que se le enramasen las calles, que se le tendiese ropa por el suelo, y que á él le enviásemos un ropon nuevo, con que apareciese en el pueblo, que se juntasen las indias y á coros cantasen motetes alegres en su recibimiento. Que no habia de

entrar ni en nuestra casa ni en la iglesia, sino que le hiciesen una enramada propia para sola su persona, que en ella le pusiesen su sitial y todo el pavimento cubierto de paños.

Enviéle á decir con un fiscal que tenia que hablarle en nuestra casa, y que no se recelase de traicion alguna. Lo primero con que recibió á mi mensajero fué con decirle que él era Dios y padre grande, y nosotros Padres chicos. Y que él no se dejaba ver tan fácilmente, ni de todos, ni caminaba por sus piés, sino en hombros de indios, porque habia criado el cielo y la tierra, y habia repartido todas las varas á los alcaldes y fiscales, y otros semejantes ridículos desatinos.

En llegando á vista del pueblo, le echó una bendicion como lo pudiera hacer un Pontífice Sumo, antes de hablar palabra, y luego comenzó voz en cuello su sermón. Su traje y cortejo era este: Venia vestido de dos camisetas, una larga debajo, negra, sobre ella otra corta y blanca; una espada desnuda sobre el hombro, en el pecho una

plancha que parecia de oro; las orejas taladradas con dos cañutos de la misma materia; una barba postiza larga y blanca; rompen el labio de abajo y en él la encajan, hecha de una resina como ámbar; otras forman de hueso ó de otra materia semejante. Iba delante un cacique sirviendo plaza de camarlengo, con una espada desnuda, levantada, y luego dos alas de más de cien indios soldados, y él iba diciendo á voces estos y otros muchos disparates:

—Yo soy vuestro gran padre; mirad que cuidéis de mí como buenos hijos. Vengo á la fama destos Padres, no con mal ánimo ni dañado corazón, sino á ver por mis ojos lo mucho bueno que dellos me han dicho. Esto me trae caminando por tierra, que yo no suelo pisarla.

Y remató su plática:

—Vengo á igualar mi ser con el vuestro, teniendo por Padre á los que vosotros tenéis.

Hizo alto con todo su acompañamiento y enviónos á decir que no habia de entrar en nuestra casa; porque como están hechos á

usar de tantas traiciones para matarse, temió no le tuviésemos tramada alguna.

Hice poner un toldo de lienzo, y debajo dél dos sillas en las cuales nos sentamos el P. Simón Maceta y yo, y enfrente se pusieron muchos bancos. Y él mandó á sus vasallos y caciques pusiesen sus camisetas donde él se habia de sentar, y otras por tarima de sus piés. Hízose así, y con la mayor gravedad y autoridad del mundo, se sentó con su espada en la mano, habiendo prevenido á sus vasallos que ninguno se acercarse á él. Solamente dió puesto á su lado á una india, que decia era su mujer.

Yo hice sentar aparte á los demás caciques. Y aunque habia entrado bufando como un furioso toro, amansóse mucho en presencia nuestra. Saludámosle y él á nosotros, con las frases y cortesías que ellos usan. Luego pidió un calabazo de yerba, que venia preparado, y es especie de hechicería, é hizo gestos y ademanes muy feos, como ministro del demonio. Estuvo tan inquieto, que no me dió lugar para hablarle más que algunas palabras, con las cuales le

despedí y él fué á alojarse en una casa del pueblo.

Envióme el dia siguiente á notificar de nuevo que no habia de entrar en nuestra casa. Respondíle que no queria hacerle esa honra de que entrase en ella ni me viese la cara; que se fuese luego á su tierra, que á su tiempo yo iría á traerle á despecho suyo; que sembrase en ella, que yo iría con mi gente á comer de sus sembrados.

Estos son los retos y bravatas que entre ellos usan los que quieren dar á entender que no temen ni hacen caso de sus enemigos; y que viniese con cuidado, porque ya tenia sujetos á mi obediencia á los Gualachos, vecinos y enemigos suyos tan poderosos.

Con estos fieros le humillé su orgullo y realmente le hice temer y alcancé lo que yo pretendia con ellos, porque luego me envió á decir que luego vendria á verme. Volvíle por respuesta que no queria viniese hasta que yo resolviese lo que debia hacer, y le diese nuevo aviso.

Yo disimulé, y él vino á la tarde con to-

da su gente haciendo calle con la majestad y altivez con que pudiera un emperador del mundo.

Certifico á V. R. que ni en las comedias ví afectada tal gravedad. Entró en nuestra casa, y apartado de nosotros hice le aderezasen su asiento. Teniéndole allí, procuré de nuevo con corteses y modestas razones, darle á entender lo poco que le temia, y juntamente lo mucho que le amaba, y que por su amor habia puesto á riesgo mi vida.

Oyóme con más sosiego, bebió su yerba é hizo ceremonias semejantes á las del dia antecedente. Despedímoslo contento. Hice después en señal de fiesta matar dos toros, que todos se holgaron de verlos. No obstante el ejemplo de su señor, sus vasallos y caciques, por no darle disgusto, se recataban de entrar en nuestra casa é iglesia.

Procuró el P. Simón introducir á uno á fuerza de halagos; regalólo mucho, y aquel sirvió de reclamo á los demás, con que ya sin recelo acudieron todos, y con el agasajo y regalo que el Padre les hizo se aficionaron de manera que no sabian salir

de nuestra casa. Lo cual importó mucho, porque Guiravera les habia hecho creer mil mentiras de nosotros, y nos tenian por fantasmas horribles é intratables.

Bien desengañados quedaron y á una voz dijeron que si Guiravera no queria ser hijo de los Padres, ellos lo dejarian para venir á serlo. Hízose un banquete, y aunque venia la gente de su guarda haciendo plaza y escoltando su persona, temió mucho, porque de los descuidos de convites semejantes se valen ellos para matarse á traicion. Asegurélo y vino y le hice que comiese, aunque estaba tan mesurado que en todo él no mostró un semblante de risa, aunque á nosotros nos la causaba grande su afectada gravedad. Apenas habló palabra, mostrando los demás en las suyas mucho regocijo. Dijo después que él no se dejaba ver de todos ni admitia convidados á su mesa.

Cuatro dias se detuvo en el pueblo y después de haber dado palabra de reducirse con toda su gente, vino á despedirse. Presentele un buen vestido y otras muchas cosas para su matalotaje.

Hícele proveer abundantemente de carne, harina, piñones y maices. Quedó notablemente contento, y al partir le dije estas razones con puro celo de la gloria de Dios, cuyo culto él impiamente pretendia para sí.

—Hijo Guiravera, en estos dias he dicho muchas cosas; agora, por despedida te quiero decir pocas y buenas, y querria las estampases en tu memoria.

Respondió que dijese, que con mucho gusto las oiria.

—Pues sabe que eres indio y hombre como los demás, y no sé si tan bueno y virtuoso, que la fama lo contrario publica. Persuádete que has de morir como todos tus antepasados, y como yo también sé que he morir; porque eres hombre amasado del mismo barro y no tienes privilegio que te exente del tributo común que todos los mortales pagamos á la muerte, y que no tienes un dia seguro de vida. Hombre eres y en muchas cosas te semejas á las fieras; criatura eres de Dios como yo; este Señor, criador del Universo, es el que solo es Dios Todo-

poderoso, de cuya mano recibimos el sér y los bienes que gozamos.

Lo que importa es que tú lo reconozcas y adores por tal y le des satisfaccion del agravio grande que le has hecho pretendiendo usurparle el culto y veneracion debida á sola su deidad. Y no cumplirás con eso si con todas tus fuerzas no procuras que lo reconozcan y adoren todos tus vasallos, que por culpa tuya han vivido hasta aquí engañados y ciegos. No fies de los demonios que se te mienten amigos; advierte que son traidores y que cuando más confiado vivas te darán el traspié y contigo en el infierno. Mira que Dios sufre, pero compensa la tardanza del castigo con su gravedad.

A este tono proseguí en decirle lo que de repente me iba dictando el Espíritu Santo. Declaréle brevemente los misterios de la fe y concluí mi sermón.

El deseo vivo que tengo de que conmigo, que soy sacerdote del verdadero Dios, te le humilles y lo confieses y tiembles de su justicia y te aproveches de su misericordia como yo con su gracia lo hago, me sacó de

mi patria, donde pudiera vivir con todo regalo y me hace andar con la vida al tablero, fatigado, perdido y hambriento por estos espesos montes para que tú salves tu alma y le pidas perdon de las gravísimas ofensas que en el discurso de tantos años le has hecho, de haber perseguido á sol y á sombra su santísima ley, de haber apartado de ella con tus crueldades tantos como con gusto la hubieran recibido y de la fiera carneceria que has hecho en amigos y enemigos. Pues tarde ó temprano de todo has de dar estrechísima cuenta en el juicio de Dios. Su Majestad, por quien es, se compadezca de tí y te alumbre como yo se lo suplico y no cesaré de suplicarlo, hasta que te vea verdadero cristiano y fidelísimo siervo suyo, como lo espero de tu buen entendimiento, á pesar de tu depravada voluntad, tan ennegrecida en tus vicios.

Enmudeció el bárbaro á esta carga y peso de razones, y dijo después que se habia holgado mucho de que se las dijese con tanta libertad.

Despidióse de nosotros, y para que fuese

más sabroso, quise honrarle más en la partida; convoqué la gente del pueblo y se alistaron en sus banderas hasta cuatrocientos flecheros, divididos en solas dos compañías, cuyos capitanes llevaban arcabuces. Después de haber escaramuzado á vista de los huéspedes, concurrieron á casa de Guiravera, que tenía en la mano la vara que yo le habia dado en nombre de Su Majestad, como también las suyas á sus principales caciques. Sacáronlo de su cuartel formando dos lucidas hileras las dos compañías, llevando en medio la tropa de sus indios, capitaneados de sus caciques. Seguían luego otros más principales, después uno con una espada desnuda y alta en la mano, y cerraba el escuadron Guiravera con la suya en el hombro con la misma arrogancia y pasos de hinchado pavon, entre dos caciques los más validos.

Salimos á verle pasar el P. Simón Maceta y yo, y el P. Cristóbal de Mendoza, que poco antes había llegado de la Encarnación. Y el indio Guiravera se llegó á despedir otra vez de nosotros, pero no ya con tanta altivez,

sino con más humanidad y cortesía, dándonos palabra de que presto volvería á vernos. Con que me dejó notablemente consolado.

Hasta aquí la sustancia de la carta citada.

Grande fué el consuelo que los celosos operarios tuvieron con las esperanzas que daba aquella fiera de convertirse en hombre, aquel capital enemigo de la fe cristiana en discípulo de Cristo.

Parecíales, y bien, que de su conversion pendia la de muchos que detenia, ó con sus engaños y diabólicas tramoyas, ó con sus fieros y rigores; pero esta alegría se les aguó con la nueva de que los Mamalucos del Brasil estaban ya con formado campo sobre las reducciones.





CAPITULO XXIII

Va el P. Antonio á la Encarnación al rescate de algvnos indios que habían cautivado los Mamalucos de San Pablo.

—

No le falta su Argel á la nueva cristiandad del Paraguay de donde salen piratas por tierra á cautivar por esclavos suyos á los indios recién convertidos. Y lo que más de sentir es que ejecuten estos cautiverios de cristianos los que se honran con tan santa profesion, y verdaderamente en la codicia y crueldad son peores que los turcos.

Yo no entiendo cómo le cuadra á aquella ladronera, poblada toda de foragidos, de des-

terrados por atroces delitos y de judíos en hábito de cristianos, el título de San Pablo, mejor le estuviera el de Saulo, con alusion á que cuando llevó este nombre fué perseguidor sangriento de la Iglesia de Cristo: *Saulus adhuc spirans minarum & cœlis in discipulos Domini*: lobo voracísimo, que hizo tan lastimosos estragos en el ganado de Cristo.

No son menos lamentables los que hacen estos piratas de San Pablo en los indios de aquellas reducciones, sin que haya respeto humano ni temor divino que enfrene sus hostilidades y osadías. Esto se entenderá mejor por lo que adelante diremos, pues cuando con felicísimos aumentos iba más pujante la conversion de los gentiles y el santo nombre de Dios, con grande gloria suya, era venerado en muchas provincias donde en tantos siglos no habia sido conocido, cuando los valientes soldados de la milicia de Jesús, á costa de su sangre tenian en tan buen estado esta conquista, y le habían quitado al demonio de las uñas la presa de tantas almas y reducian las ovejas des-

carriadas y perdidas á los apriscos del buen pastor, entonces se metieron en campaña contra ellas manadas de fieras montaraces, salidas de las madrigueras del Brasil, de San Pablo, San Vicente, Santos y Cananea, instigados de Satanás.

Estos cristianos en el nombre, y en sus vidas y costumbres, enemigos declarados de la cruz de Cristo, agavillados en varias tropas acometieron la más florida cristiandad que se habia visto formada de gentiles en toda la América, echando una mancha grande y feísimo borron en el nombre español, y en el blason de la nacion más pía y más celosa de la exhaltacion de la fe, quemando lugares, saqueando iglesias, cautivando los fieles á millares, ejecutando en ellos crueldades inauditas sin perdonar á los ministros de Dios que animosamente dieron sus vidas como buenos pastores por defender el ganado de aquellos lobos carniceros.

Tengo por cierto que á los bronces más duros ha de enternecer la relacion destos trágicos sucesos. ¡Qué extremos de sentimientos harian aquellos misioneros santos

que presentes los lloraron con sus ojos y vieron en un punto malogrados trabajos y sudores de tantos años! No así siente el pobre labrador después de las fatigas y gastos de la sementera, con las escarchas del invierno la súbita tempestad que con espesas ruciadas de granizo le tala sus mieses, cuando ya estaba para echarles la hoz.

Dieron estas escuadras del demonio su primer asalto en la reduccion de la Encarnacion, cuando los indios estaban esparcidos por sus chácaras y honestamente ocupados en hacer sus sementeras.

Destos cautivaron diecisiete y cargados de prisiones los llevaron al fortín, donde iban juntando la presa para tenerla segura. Algunos que se escaparon por piés vinieron á dar aviso al P. Antonio Ruiz, que como queda dicho estaba en la reduccion de San Pablo muy gozoso con las esperanzas de reducir al cacique y hechicero Guiravera. Atravesóle esta nueva su celoso y compasivo corazon, y más el darle Dios á entender *Hœc autem omnia initia sunt dolorum*, que no era aquel más que preludio y ligera esca-

ramuza de las batallas y daños venideros, y unas como estrenas del duro y prolongado martirio que había de padecer, como se lo profetizó el V. P. y mártir insigne Roque González de Santa Cruz. Los mismos extremos de sentimiento hicieron los Padres sus compañeros.

Envió con el P. Cristobal de Mendoza, cuyos feligreses eran los indios cautivos un recado al fuerte donde los españoles recogían el pillaje, representándoles que aquellos indios eran cristianos y recién convertidos, que voluntariamente y sin violencia de armas habían abrazado la fe, que les rogaba por las entrañas de Cristo no pusiesen este gran tropiezo á la predicacion del Evangelio ni diesen ocasion para blasfemar á sus enemigos, diciendo que los recogíamos en pueblos para más facilmente hacerlos esclavos, sin la fatiga de irlos á cazar por los montes donde antes vivían á ley de brutos; que temiesen la indignacion de ambas majestades humana y divina, que no dejarían sin castigo tan atroz injusticia é inhumanidad.

La respuesta que los corsarios dieron fué

en descortesías y baldones, perdiendo á Dios y á su ministro con desollada desvergüenza el respeto, y prosiguiendo con hambre más que de lobos, en hacer cuantos prisioneros podían.

Entraron en reconsejo los afligidos operarios y juzgaron les corría obligacion de salir á la defensa de aquellos inocentes corderos, aunque fuese á costa de sus vidas. Y pues aquellos malos cristianos en sus invasiones y hostilidades eran peores que turcos y no escuchaban razon, era, no solo lícito, sino forzoso acudir á las armas & *vim vi repellere* como lo hacen todos, eclesiásticos, religiosos y seglares, cuando las galeotas de los turcos asaltan algún pueblo cristiano en las costas del mar, que todos se arman para defenderse.

Mandó el valeroso Padre, con parecer de sus compañeros, tan doctos como santos, formar con toda priesa un escuadron de mil y trescientos flecheros, que si como les sobraba el valor no les faltaran armas de fuego iguales á las de los contrarios, eran bastantes para retirar mayor muchedumbre.

Plantóse este ejército á vista del enemigo para que reconociendo el poder con que iban sobre ellos, entregasen los cautivos.

Iba en retaguardia el P. Antonio, que no pretendía hacer daño á los injustos agresores, sino que diesen en la cuenta y libertad á sus cautivos. Envió segunda embajada con los PP. Cristóbal de Mendoza y Josef Domenec rogándoles de nuevo la libertad de aquellos pobres indios. Llevaban los Padres en escolta trescientos flecheros, y aunque con divisa de paz, así como los descubrieron los enemigos, salieron del fuerte ellos y los Tupís como desatados leones, dieron una rociada de mosquetes y flechas, con que mataron uno, hirieron cinco, y al fervoroso ministro de Dios el P. Cristóbal de Mendoza le clavaron una flecha en el cuello y otra en el pecho, y aunque las dos heridas eran de peligro, escapó de milagro.

Y con su cruz en las manos, arrojando copia de sangre, animoso se metió por los escuadrones enemigos gritando que no venían de guerra sino de paz, que les rogaba por Cristo crucificado les restituye-

sen sus cautivos. Pero sus obstinados corazones no daban oídos á tan justas plegarias, aunque no dejó de ponerles en cuidado y causarles temor la intrepidez con que se arrojaban en medio de las armas por defender sus feligreses.

Venció finalmente su tesón á pesar de la tirana rebeldía; entró en el fuerte con su tropa y con sus dos flechas clavadas sin haber ellos desarmado un arco, en testimonio de que venían de paz. Cuando los Padres amorosos vieron á sus hijos en collares y cadenas afligidos, maltratados de aquella canalla cruel y muertos de hambre, arrojáronse á ellos dándoles tiernos abrazos sin que lo pudiesen estorbar los enemigos, que quedaron atónitos con este espectáculo, y más por miedo que por vergüenza ó compasion les restituyeron todos sus prisioneros. Volvieron estos nuevos redentores muy contentos con ellos á sus reales. Y aquella impía infantería en orden de batalla salió á reconocer el ejército de nuestros indios cristianos. Salieron á donde estaba plantada; y viendo que se acercaban, fué á ellos el P. Antonio

Ruiz y requiriólos de parte de Dios y de Su Majestad católica, cuyas tierras inquietaban con sus correrías, diesen la vuelta á sus pueblos y no turbasen la paz de los indios cristianos que en servicio de Dios y de su rey y señor vivían en los suyos debajo de su real proteccion.

Respondiéronle atrevidos que tenían su rey en el Brasil, dando á entender eran ya sabedores del alzamiento de Portugal y de su rey intruso.

Sentido el Padre Antonio de que con tanto descoco se declarasen rebeldes á las dos Majestades, puso por testigos á la tierra y al cielo, y á cuantos se hallaron presentes, de haber hecho lo que le tocaba para evitar derramamiento de sangre. Fué necesaria toda su autoridad para reprimir el coraje de nuestros indios, que solamente esperaban señal para cerrar con ellos, y es cierto que aunque sus armas eran desiguales, por superiores en número, en causa y valor, hubieran dado al traste con todos.

Diéronles lugar para volver á su fuerte y

de allí á sus tierras, y los Padres con sus cautivos rescatados volvieron muy alegres á la suya, cantando con David: *Laqueus, contritus est & nos liberati sumus.*





CAPITULO XXIV

Funda el P. Antonio otras dos reducciones, una en el Ibitiruna de San Miguel, otra en el Ibiticoy de San Antonio.

Entre tanto que el P. Antonio Ruiz trabajaba infatigablemente en reducir la provincia de los Guañañas ó Gualachos, los indios Camperos que antes intentaron matar al P. Francisco Díaz Taño, desengañados ya con lo que la fama publicaba de la hermosura de la paz con que otros indios hechos cristianos vivían en sus pueblos, regidos por los Padres, enviaron algunos caciques á la Encarnación á visitar al P. Cris-

tóbal de Mendoza, escusando la pasada alevosía y echando la culpa del mal recibimiento que les hicieron á los que los habían engañado con siniestras informaciones, agenas de la verdad y que estaban ya muy reconocidos y pesarosos de lo pasado, con vivos deseos de que fuesen á sus tierras á predicar el Santo Evangelio, que prometían lealtad y todo buen pasaje. Recibiólos el Padre con muestras de amor, hízoles muchas caricias y regalos; honrólos con varas de alcaldes, para que ejerciendo jurisdicción real, con ella juntasen la gente principal y ordinaria, y todos conformes recibiesen la divina ley. Halláronse estos caciques presentes en la salida que hicieron estos Padres con ejército formado al rescate de los indios que los Mamalucos les llevaban cautivos, y este fué nuevo motivo para acelerar su conversion, porque oyeron decir que aquellos no venían á cautivar cristianos, sino gentiles.

Esta voz echaron y fué diabólico ardid para coger descuidados á los cristianos, como lo mostró la experiencia, pues realmente traían grabado en sus pérfidos pechos por

lema ó tema de sus impías empresas: *Tros, rutulusve suat, nullo discrimine habentor.* Ninguna distincion hacían entre cristianos y gentiles; con tanto gusto arrebataban á su tirana servidumbre los unos como los otros. Porque los que salían á esta pecorea ó eran hombres sin conciencias ó se las dejaban en sus casas, pues obraban como gente sin alma y sin Dios. Con todo, aquel rumor falso ayudó no poco á los Camperos para alistarse en las banderas de la Iglesia, juzgando que unidos todos con el vínculo de una religion y fraterna caridad, podrían defenderse mejor del enemigo común.

Dejó el P. Antonio en la Encarnacion al P. Josef Domenec y partió con el P. Cristóbal de Mendoza á fundar la reduccion de San Miguel. Y como la gente era mucha, luego se formó un lucidísimo pueblo. Comenzó la tarea de los catecismos por los adultos heridos de la peste, que eran muchos; bautizaron gran número de infantes. Y como el contagio iba derribando la miés, los solícitos padres de familias la iban recogiendo en las trojes del cielo, lo cual no so-

lamente hicieron con los Gualachos, sino también con los Tayaobas, donde cundió la misma enfermedad.

Tuvo noticia que la tierra adentro más vecina al mar, había otro sitio muy acomodado; envió allá al P. Cristóbal de Mendoza con orden de fundar otro pueblo si hallase bastante número de pobladores. Llamó al P. Pedro de Mola,. que estaba en la reducción del Tucutí, el cual vino luego con buen socorro de víveres, bien necesario para la extrema necesidad que padecían los nuevamente congregados, porque muchos dellos vinieron huyendo del Mamaluco, y no pudieron traer aún el bastimento precisamente necesario para la fuga.

Habiendo encomendado al P. Pedro Mola la reduccion de San Miguel, pasó el V. Padre Antonio á fundar la de San Antonio distante una jornada. Fué muy bien recibido de los indios; comenzó la fábrica del pueblo, iglesia y casa. Levantó una hermosa cruz cargando sobre sus hombros la pesadísima de haber de reducir á vida política y virtuosa gente tan ruda, y toda la vida

hecha á seguir sus bestiales apetitos. Ninguno, sino aquel que lo experimenta sabe lo mucho que se padece en este santo ejercicio.

Yo juzgo que en cada indio que se convierte y catequiza y hace capaz de los misterios de fe, obra Dios un milagro. Y por eso este empleo es tan alto, tan meritorio y tan grato á Su Majestad. Aquí se detuvo algunos días, instruyendo á los adultos enfermos para el bautismo, ministrándolo á los niños y catequizando á los demás. En este tiempo estaban los ladrones Mamalucos en un paraje algo distante que llaman Cogoindi, corriendo la tierra y cautivando los infieles de su contorno; y como no llegaban á donde nuestros indios se habían congregado, estaban muy alegres teniéndose por seguros. Si bien los Padres vivían con sobresalto, como quien tan conocidas tenían las malas mañas de aquellas fieras traidoras.

Con grave cuidado vivía el P. Antonio rumiando lo que estos enemigos le dijeron cuando se vió con ellos en el fortín, que al

mismo tiempo que ellos salieron en corso, partió del Brasil el gobernador de Paraguay y decían también que éste les había dado licencia para que talasen la tierra y cargasen con sus pobladores y naturales, con condicion que á él le diesen parte del pillaje para el beneficio de los ingenios de azúcar que tenía en el río Geneiro, donde había casado. Y que les prometía que en llegando á su gobierno él desterraría los mastines que defendían el ganado para que más á su salvo lo pudiesen embestir. Y aunque recateó el crédito el prudente Padre, ni pudo creer tan atroces tiranías de un ministro del católico monarca, electo por su Real Consejo para fiarle gobierno de tanta importancia, y descargar en él la real conciencia, ni que contraviniendo á muchas cédulas reales se atreviese á venir por el camino de San Pablo, abriéndolo y facilitando el paso á los enemigos; pero como lo afirmaban tantos, si no tuvo suficiente motivo para creerlo, tuvo bastante razón para vivir sobresaltado y temeroso.

Presto tocó con las manos su desengaño

y conoció ser verdad lo que le habían dicho, por una carta que recibió de este gobernador, en que le daba aviso y lo podía saber de buena tinta, siendo él cómplice, y fautor de la maldad cómo venían sobre las reducciones los Mamalucos con gran poder, que se retirasen. Constó después lo que había pactado con estos enemigos, con auténticos testimonios, y por sentencia de la Audiencia Real de Chuquisaca, fué severamente castigado con privacion perpétua de oficios reales. Y porque en aquella carta le decía importaba se viesen para cosas concernientes al servicio del rey, y por lo que otros le dijeron que el gobernador deseaba conocer y comunicar al gran cacique D. Nicolás Tayaoba, determinó ir el Padre Antonio á darle cuenta y querellarse de las crueles invasiones que los de la costa del Brasil hacían en los pueblos de aquellos pobres naturales sujetos á Dios y á la Corona de Castilla.

Entre tanto que se disponia para esta jornada, ordenó que el P. Pedro de Espinosa acompañase al cacique para que este

no fuese molestado de los españoles. Y porque actualmente su reduccion padecía la peste de las viruelas, dió orden al P. Francisco Díaz Taño que en ausencia de aquel asistiese y ejercitase su gran caridad con los Tayaobas enfermos.

Cuando se iba adelantando por momentos la conversion deste gentilismo y amenazaban las calamidades que tenían en prensa el corazon compasivo del P. Antonio que ya las pronosticaba futuras como si las llorara presentes, envió el próbido Padre de familias á la viña tres operarios de refresco, que fueron el P. Silverio Pastor, que había de dar el lleno á su renombre en la guarda y defensa de aquel ganado, el P. Justo Mansilla, justo y sin mancilla en su religiosa vida y ejemplarísima conversacion y el Padre Agustín de Contreras en cuyo semblante veneré siempre un espejo de modestia, una idea viva, de apacibilidad y compostura, varon en todo grande, pero en la caridad eminente.

Estos tres, con otra lucida compañía de aventajados sujetos vinieron de España,

conducidos por el P. Gaspar Sobrino, Procurador general de Paraguay y aportaron á Buenos Aires por los años de 1628, el último de Abril y á las reducciones los tres, á los once de Noviembre del mismo año.





CAPÍTULO XXV

Dase principio á la reducción de Santo Tomé entre las de San Pablo y del Tayaoba y conversión de la gente más feroz de todas aquellas provincias.

—

Ejecutando el P. Francisco Díaz Taño el orden del P. Antonio Ruiz, bajó de la reduccion de los Guañañas á la de los Tayaobas á substituir por el P. Pedro de Espinosa. Llevó consigo los caciques guerreros de más fama desta belicosa nacion, á quienes los Tayaobas recibieron con tanto festivo alborozo como si entre ellos no hubiera precedido la guerra, que por espacio de tantos

años, á fuego y sangre se hicieron. Divulgáronse luego estas paces y amigable confederacion que habían hecho estas dos naciones tan enemigas, con que los infieles quedaron aturdidos y el bravo Guiravera se acabó de amansar y sujetar la cerviz á la coyunda del suave yugo de Cristo, viendo que si no se reducía no podía prevalecer contra adversarios tan unidos y poderosos.

Había entre las provincias del Tayaoba y del Iñeay buena suma de infieles cimarrones, los más terribles y fieros de aquella region; y aunque el capataz á quien por sus encantos todos veneraban y temían era Guiravera, casi llegaba á competirle en séquito y autoridad el grande hechicero Yaciendi. Este es el que con sus vasallos vino algunas veces á quitalle al P. Antonio la vida, que avergonzado de no haber tenido bríos para ponerlo en ejecucion se había retirado á unos valles muy solitarios y puesto entredicho en su comunicación á Guiravera y á todos los de su gavilla haciendo rancho de por sí.

Procuró el P. Francisco Díaz ganar para

Dios aquella gente inculta y montaráz y asolar aquella Geneva del demonio. Envióles mensajeros de confianza, significándoles el deseo que tenía de verles y comunicarles y tenerlos por muy amigos, particularmente á su gran cacique Yaciendi, y que los caciques Guañañas vivían con el mismo deseo de confederarse con ellos, como lo habian hecho con los Tayaobas, y que si gustasen podian venir á su pueblo, con la seguridad con que habia venido Guiravera, con toda su presuncion y soberanía.

Llevaron esta embajada dos grandes caciques del Tayaoba y volvieron diciendo que muchos de los indios se habian alegrado con ella, otros entristecido y que Yaciendi habia mostrado más sentimiento porque le remordía la conciencia de sus homicidios y crueldades, y temía que lo llamaban con dolo para vengar los agravios que habia hecho al P. Antonio Ruiz.

Despachados los embajadores consultaron entre sí los bárbaros lo que habian de hacer. Unos con desesperada resolucion dijeron que no querian ver Padres en sus tierras, ni

que en ellas se oyese la predicacion del Evangelio, siguiendo el parecer de algunos hechiceros, y más á ciegas el de Yaciendi, á cuya autoridad deferían todos mucho.

Mejor acuerdo tuvieron los de la opinion contraria, pues resolvieron reducirse, recibir la fe y visitar al Padre.

Nombraron cuatro caciques de los más entendidos y valientes, que con otros muchos indios se pusieron luego en camino, enviando delante correo de aviso cómo iban, obedeciendo su mandato.

Hizo el Padre junta del pueblo para recibirlos con festivo aparato. Lleváronlos á la iglesia, y alli los abrazó con entrañas de caridad. Dióles brevemente á entender el intento de los predicadores evangélicos en venir á sus tierras padeciendo inmensos trabajos, que no era otro que enseñarles el camino del cielo y darles á conocer el verdadero Dios. Oyéronlo con gusto y mostraron deseo de saber con qué fin los habia enviado á llamar.

Mandólos aposentar en las casas de los principales caciques, encargándoles los agasajasen y regalasen mucho.

Con esto les cautivó las voluntades y visitándole muchas veces le dijeron conocían bien la dicha de los que merecían ser hijos suyos, y que le rogaban los admitiese en este número, que ellos ofrecían traer á la misma felicidad á todos los de su comarca, con que se fundaría una numerosa reduccion.

Alabóles el intento, dióles algunas alhajas de hierro, que las estiman más que si fuesen de oro, como son hachas, anzuelos, cuchillos, agujas y alfileres; recibiéronlas con estimacion y agradecimiento, y no acababan de mirarlas y admirarlas.

Instaron de nuevo se les señalase sitio para fabricar sus casas y habitar de asiento con sus familias en ellas. Dióles buenas esperanzas, con que se fueron contentos. Dentro de ocho dias volvieron con otros muchos caciques, y entre ellos un hermano del hechicero Yaciendi y otros vasallos suyos que lo habian desamparado.

En pos de estos vinieron otros muchos, y como nunca habian visto al Padre no sabian apartar dél los ojos, y mirándolo de cabeza á piés, quedaban asombrados, como si vie-

ran un hombre venido del otro mundo; porfiaban en que se les señalase sitio; pusieron los ojos en un lugar cómodo, cerca de un entierro ó cementerio, que según harto fundada tradicion, lo hizo el apóstol Santo Tomé cuando santificó con su presencia aquellas provincias con ocasion de una peste de que murieron muchos y el santo apóstol los bautizó y dió sepultura.

Es este entierro una gran plaza en medio de una espaciosa llanura que yace entre dos encumbrados cerros, de donde se descuelga un hermoso y cristalino arroyo que la baña, está eminente como un hilo de tapia, todo lleno de huesos y calaveras.

Rogarónle al Padre lo fuese á ver. Dióles gusto, y en él halló muchedumbre grande de hombres y mujeres que festejaron su venida. Y para mayor solemnidad, tenían prevenido un instrumento particular para la pesca, con que en un instante sacaron gran número de peces y con ellos sirvieron al Padre. Aprobó el sitio y dióse en él principio á la reduccion de Santo Tomé, con la ceremonia acostumbrada, colocando en la eminencia más

alta el real estandarte de la santa cruz. Con tal fervor emprendieron la obra, que en breve tiempo acabaron de poner en forma sus edificios y llegaron los moradores á cuatro mil almas en ochocientas familias. Bautizó luego todos los infantes, muchos de los cuales murieron del contagio y comenzaron á vivir en el cielo.

Quiso Nuestro Señor usar de su misericordia con algunos, que siguiéndoles la felicidad, huían della agavillados con el hechicero Yaciendi. Dieron en ellos los salteadores de San Pablo, mataron á unos, cautivaron á otros, y muchos escaparon y con dicho hechicero se acogieron á salvarse en el pueblo.

No estaba el P. Simón Maceta ocioso en este tiempo, que todo lo empleaba en enviar almas al cielo en su reduccion de San Pablo. A ella vino el P. Antonio y resolvió de dar principio á la de Jesús María en el pueblo de Guiravera, como lo dirá el capítulo siguiente, habiendo dejado en la de San Miguel al P. Justo Mansilla, y al P. Mola en la de San Antonio.



CAPÍTULO XXVI

Entra en las tierras de Guiravera y funda la reducción de Jesús María.

El que no hiciere reparo en lo que la omnipotencia de Dios, para mayor gloria suya suele obrar por medios de humildes y flacos instrumentos y lo que estos suelen conseguir, poniendo en aquella toda su confianza algún motivo tendrá para censurar, si no de temerarios, de indiscretamente animosos á cuatro pobres sacerdotes extranjeros, que sin otras armas defensivas ni ofensivas que una cruz en las manos, se meten por medio de naciones tan bárbaras y perversas y fian

sus vidas de la misma infidelidad, pues no hay en el mundo hombres más infieles y traidores, de menos verdad y que más falten á su palabra que estos hechiceros, los cuales hostigados del demonio, en viendo la suya, ejecutan cualquier alevosía y crueldad. Y que entre tropas destos tigres siempre sedientos de sangre humana vivan tan alegres y seguros los corderos; ¿quién no vé ser esta obra propia de la mano de Dios?

Fiado en esta paternal providencia que tantas veces había experimentado propicia nuestro Padre Antonio, se arrojó al mayor peligro entrando á fundar la reduccion en el mismo pueblo de aquel gran ministro de los demonios, capital enemigo de la fe, el famoso cacique y hechicero Guiravera. Lo que á mi ver, fué mayor prodigio que si cuatro soldados sin armas acometiesen á fabricarle al católico monarca una fuerza dentro de los muros de Argel.

Antes que saliese de San Pablo señaló al P. Josef Domenec para que llenase los vacíos del V. P. Simón Maceta, que aunque éste dejaba grande hueco, púdoselo prome-

ter del aventajado caudal del substituto.

Partió con dicho P. Maceta á la nueva fundacion, fiando todo el feliz suceso della de la proteccion divina y del favor de la soberana Virgen. Lo que pasó en esta peligrosa jornada, cuenta en su *Conquista espiritual*, por estas palabras:

«De allí á pocos días el P. Simón Maceta y yo nos pusimos en camino para las tierras de Guiravera, aquel portento de altivez que pintamos arriba. Recibiónos el indio con buen semblante. Enarbolamos la bandera de la cruz en medio de aquella leonera, pues todas aquellas sierras y quebradas estaban pobladas de muchos y famosos hechiceros, donde nunca se había visto accion de virtud y humanidad; su contratacion con los demonios, sus cuidados los hechizos, fomentar enemistades y guerras con los vecinos, traiciones para quitarles la vida y comerse unos á otros.

No les enseñaba otra arte de bien vivir su infernal maestro, y salían en esta facultad eminentes discípulos. Ya, gracias al Señor, en este espeso soto, vivar antiguo de

venenosas serpientes, se gozan delicias de Paraíso. Ya se predica en la iglesia la divina palabra y se oye con gusto; ya los vecinos en sus casas dan alabanzas al verdadero Dios; ya rezan antes de dormir las oraciones, y en despertando, su primer cuidado es implorar el divino favor. Ya en lugar de aguzar huesos humanos para sus flechas, labran de madera cruces para traerlas pendientes al cuello, y acuden puntuales á aprender los misterios de la fe y á saber lo necesario para recibir el santo bautismo y vivir, no solamente como hombres de razon, sino como buenos cristianos.»

Habian resuelto los Padres consagrar este pueblo al ínclito patron de las Españas el apóstol Santiago, pero llegando el dia de la Circuncision y Nombre Santísimo de Jesús, fiesta de Hijo y Madre, y titular de la Compañía, mudaron de parecer y lo bautizaron con los dos gloriosísimos nombres de Jesús y María, á los cuales habia de doblar las rodillas el infierno, y con cuya virtud confiaban habian de huir los demonios y desamparar aquel fuerte en que por tantos siglos

tuvieron pacífica posesion y rendido vasallaje de toda aquella nacion.

Continuó el P. Antonio su viaje á verse con el nuevo gobernador, dejando al Padre Simon Maceta como cordero entre leones; pero con su gran cordura y mansedumbre y con los ejemplos de su irreprensible vida, los fué domesticando, industriando en la fe y en la vida política y racional, administrándoles el bautismo, y matriculándolos en el libro de los escogidos.

Están estos lugares en lo más alto de aquellas serranías, y dellas descendió el Padre Antonio Ruiz al Tayaoba, consolando de paso con su presencia á los que tan tiernamente amaba, como á Benjamines que le habian costado tan acerbos dolores. Pasó al pueblo de Santo Tomé, nuevamente fundado por el P. Francisco Diaz, con peregrino artificio en su fábrica, que aún no habia visto el P. Ruiz.

Andaba aquel recogiendo por los montes algunos gentiles heridos del contagio, porque no se le muriesen sin bautismo, y alli se encontraron bien acaso los dos con mu-

tuo consuelo y admiracion de la divina providencia, porque no tenian noticia alguna el uno del otro.

Alabaron á Dios porque abría al Evangelio las puertas que el demonio tenía tan cerradas.

Despidiéronse con tiernos abrazos, y el P. Francisco continuó su viaje por aquellas montañas, donde halló más de cuatrocientos indios, en diferentes ranchos muchos dellos heridos de la peste y con riesgo de la vida del cuerpo y alma.

Acudió con toda caridad á asegurar la segunda instruyendo en los misterios de la fe á los que habian de recibir el santo bautismo. Y para atender mejor á la cura de los cuerpos, dispuso llevar todos los enfermos á la reduccion, donde podria socorrerlos con todo lo necesario.

Entendió el P. Antonio del P. Josef Cataldino antes de verse con el gobernador, lo que habia hecho en la Villa Rica, y cómo yendo á visitarle los Padres, los habia recibido con mal semblante y menos cortesía.

No faltó quien les dijo no lo extrañasen

porque era enemigo declarado de la Compañía, y que lo mostraba en sus palabras con harta desedificacion de los oyentes. Significóle la poca devoción y reverencia que había hecho al Santísimo Sacramento, pues estando patente en el templo de la residencia que allí tiene la Compañía, no quiso visitarle, como lo habían acostumbrado todos los gobernadores que de nuevo entraban en el oficio, que con mucha nota había ido á hacer oracion á una ermita distante, dando pie para hacer diferentes discursos. El más cierto fué que ya del reino de Chile traía en su pecho el encono á causa de que los Misioneros de la Compañía que van siempre con el ejército de los españoles amparan á los pobres indios de las injusticias y agravios que los soldados les hacen.

Disimularon prudentes los Padres y con toda urbanidad le visitaron y dieron la bienvenida en su casa. Comenzó luego á vomitar la ponzoña, dejándose caer con un estudiado descuido algunas razones bien indignas de su persona y puesto, todas enca-

minadas á hacer sospechosa la defensa que hacían á los indios los Padres, oponiéndose al mal tratamiento con que los ultrujan los españoles.

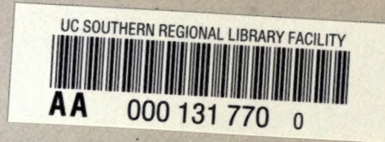
Por este mismo tiempo le llegaron al Padre Antonio tristes nuevas de la invasion de los Mamalucos, cautivando los indios con violencia y tiranía. Supo el gobernador la hazaña, digna de eterna memoria, que habían hecho los celosos ministros saliendo con mano armada al fortín á rescatar sus cautivos, y cuando debiera alabar su celo y agradecerlo y premiarlo y darse por bien servido, dió voces como un furioso que los Padres le usurpaban la jurisdiccion, y que no les tocaba á ellos defender la provincia. Como si cuando el enemigo asalta la plaza ó pone á la casa fuego hubiese alguno que no pudiese lícitamente acudir á la resistencia y remedio y hubiese de esperar órdenes superiores. Acometen los lobos al ganado y para defenderlo, ¿aguardarán licencia los pastores del mayoral, que dista cuatrocientas leguas?

Cuando en borrasca desecha se va á pi-

que la nave, si el piloto no vela al timon, todos tienen derecho para llevar el gobernalle. A más de que aquí no defendían los Padres lo temporal, aunque eso mismo se les debiera agradecer, como hoy les está agradeciendo el cristianísimo reino de Francia el haber defendido á París, que por ventura pendió de su valor el triunfo de la católica religion en aquel reino.

El arma que tocaron los Padres en sus reducciones, la gente de guerra que alistaron, la salida que hicieron en seguimiento de los piratas Mamalucos, fué para defender la vida de las almas de aquellos pobres indios, porque en estos asaltos á muchos degollaban catecúmenos sin recibir el santo bautismo, y á los ya cristianos sin confesion ni comunion.

FIN DEL TOMO SEGUNDO


UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY
AA 000 131 770 0

